

"A donde uno fue feliz siempre regresa"



Asunto Pendiente



CAROLINA VIVAS

D.J.57



Asunto Pendiente

CAROLINA VIVAS



Título ASUNTO PENDIENTE
© Carolina Eugenia Vivas Alzuru
Primera edición: Agosto 2019
Edición y corrección: Carolina Vivas
Diseño de portada: Carolina Vivas
carola.2505@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las condiciones establecidas en las leyes está expresamente prohibido copiar, transcribir, almacenar, alterar o reproducir el contenido de esta obra sin permiso del autor.

Para todas esas vidas que ya no están presentes,
pero cuyos recuerdos nos acompañan siempre.
También a esos amigos que te dan alas cuando
las tuyas no recuerdan cómo volar.
A mis ángeles lectores.

Índice

Prólogo
El parecido
El beso
Las preguntas
Las señales
La despedida
La propuesta
El chantaje
La estrella
El limbo
El motivo
El plan
El disimulo
El cambio
La opinión
La duda
La frustración
El incentivo
El ánimo
La trampa
Las sensaciones
La incomodidad
La decepción
La confesión
El cielo
La transformación
El apego
El regreso
Las visitas
El asunto
Las doce
La respuesta
Epílogo



Un viajero que llegó al cielo se preparaba para su primera reunión con su creador, daba vueltas y se preguntaba el por qué no tenía alas, ¿por qué si ya había llegado ahí?

El creador lo abrazó, ya que lo vio muy preocupado, con una cálida sonrisa, Dios le habló.

—Dame los motivos de tu inquietud, ¿por qué crees que no tienes alas?

—No lo sé, ¿por qué no tengo?, ¿puedes decírmelo tú? Por lo que había escuchado allá abajo, yo aquí sería un ángel, pero si no puedo volar me quiero devolver.

Dios se echó a reír y a los oídos del viajero llegó el sonido más hermoso y armonioso que había escuchado jamás, con una caricia suave como la pluma de un ave, el creador lo invitó a caminar y le comenzó a explicar.

—Te voy a dar alas para que puedas volar, de esta nube hasta donde quieras, si eso es lo que deseas, pero vas a tener que ser paciente porque primero tienes que resolver un *Asunto Pendiente*.

El viajero alzó ambas cejas y lo miró sin comprender.

—Padre celestial, ¿cómo voy hacerlo?, ¿cómo haré para resolverlo?

Dios volvió a sonreír.

—Hay alguien allá en la Tierra que necesitará toda tu ayuda, la noche en que ella llegue les aclararán todas sus dudas. Ahora... ve a curiosar, disfruta por ahí antes de que se tengan que marchar.

El viajero se despidió pensando en lo que habían hablado, en ese preciso instante una última duda le surgió.

—Dime que esa chica aquí no se puede quedar, tengo un presentimiento... y si es así no deseo volar.

—Borra esa angustia de tu corazón, Nathan. Ese día va a llegar, ella

vendrá sola porque su fe tiene que renovar, ya quedará de su parte si en el Cielo se ha de quedar.

-I-



Jo se enfrentó a mucha gente en el entierro de su hermano sin más apoyo que el de su tía Nancy, su padrino y una excompañera de trabajo. Fue difícil no ver a su madre ahí. Cuando todo ocurrió, Connie estaba intoxicada de pastillas, con el pelo desordenado y las ojeras color ceniza; fue por eso que nunca llegó. Jo se limitó a organizar el adiós de Nathan, era la última vez que el cuerpo de su hermano estaría visible y sintió que no podría perdonar a su madre. Él tenía apenas doce, pero le gustaba decir que tenía más edad. Eso solo lo sabían pocos de los presentes.

La chica de cabello negro azabache se colocó algunos mechones detrás de la oreja y se sentó con los labios ligeramente abiertos frente al ataúd, cuando comenzó el discurso del sacerdote se puso unos lentes de sol, el llanto lastimero de su tía Nancy y el de algunos allegados la hicieron sentir incómoda; su hermano estaba en paz, o al menos eso quiso creer por un momento.

Si alguien hubiera hecho algún comentario por su falta de lágrimas, ella estaba preparada para contestar, ¿tenía que llorar para demostrar lo mucho que amaba a su hermano? Claro que no. Solo Dios sabe cuánto lo quería, pero sus ojos no lograban generar ni una gota salada, tal vez porque desde que el médico le anunció, cuarenta y ocho horas atrás, que la leucemia de Nathan había llegado a su fase final, se deshidrató.

Suspiró. Nathan era un adolescente, uno que desde niño luchó con la muerte hasta que esta lo venció. Su madre y ella querían que Nathan se recuperara y saliera victorioso, pero también sabían que estaba cansado y que

el chico no podía más. Siempre tratamos de prepararnos para la partida de un ser querido, pero cuando ocurre cuesta mucho asimilarlo por completo. Definitivamente, ella lo estaba manejando mejor que su mamá.

¿Qué madre quiere ver cómo su hijo se deteriora poco a poco hasta que lo inevitable ocurre? Jo justificó la actitud de Connie durante mucho tiempo, trató de hacerlo de nuevo cuando el sacerdote terminó de hablar, se acercó a donde estaba Nathan para depositar sobre la fría tapa una gorra negra y azul índigo, firmada por los *Defensores de Connecticut* — el equipo de béisbol favorito de su hermano —, en ese momento se dio cuenta de que debía dejar de justificarla. Su mamá debió estar ahí para sujetarla, no su tía Nancy.

El estado emocional de Connie pendía de un hilo y Jo no tenía idea de cómo manejaría las cosas luego, sobre todo cuando regresara a casa, ya que todo intento por acercarse para tratar de ayudarla y que no sintiera tanto dolor solo las alejaba más. Ella no aceptaba la enfermedad de Nathan y muchos meses atrás había comenzado a olvidar que su familia era de tres, no de dos.

Con hombros caídos regresó a su casa y pensando en tantas cosas se paró frente a ella, respiró profundo porque los recuerdos la azotaron con fuerza — los malos —, Jo no tenía buenos recuerdos de ese lugar.

Tenía catorce cuando sus padres se divorciaron y su madre sin derecho a réplica decidió que se mudarían del pueblo que la vio crecer, llegaron a Connecticut, y en ese momento la casa le pareció bonita, pero ahora la veía sin color: la grama estaba muy alta, el blanco de las paredes tenía un aspecto gris, lo peor eran los dos materos de la entrada con flores marchitas. Esa casa estaba sin vida... sin vida igual que él.

Intentó tranquilizarse y entró cuando el frío se coló por la tela de su horrible vestido negro, quiso comprobar el estado de su madre y fue directo a su cuarto, ésta la recibió con ojos fríos e inexpresivos.

Connie Mitchell se levantó de la cama y se movió por la habitación, Jo simuló calma cuando vio el frasco de pastillas vacío sobre la mesita de noche, Connie se giró pareciendo consciente a medias y no pudo evitar tambalearse un poco. Se acercó para tratar de ayudarla, pero esta la empujó. Instintivamente retrocedió unos pasos, hacer eso había sido totalmente innecesario para una chica con el corazón destrozado.

¿De qué iba todo?, ¿así de jodidas serían las cosas de ahora en adelante?

Se preguntó si algún día Connie dejaría de tomar esas pastillas y recordaría que aún le quedaba una hija. Desde que la enfermedad de Nathan comenzó, ella le había dicho que ya nada sería igual, y viéndola actuar de esa

forma comenzó a entender que era verdad.

—Necesito dinero para comprar más calmantes —dijo Connie, y ni siquiera la miró. Pasaron unos segundos antes de que Jo contestara con un monosílabo: —No.

A los veinte años, Jo ya había trabajado más que cualquier otra chica de su edad. Estando en el último año de secundaria preparó hamburguesas en un restaurante de comida rápida, pero cuando se cansó de oler todo el día a frituras fue que comenzó la verdadera locura: cuidó niños, repartió volantes, sirvió café, atendió llamadas en el 911, y por último se quedó en un empleo que por fin le agradó —una Academia de música especializada en el área de sonido—, el dinero que ganaba estaba destinado en su mayoría a su hermano enfermo de leucemia, Jo lo hacía sin lamentaciones, desde los quince había trabajado sin descanso para ayudar a Connie, pero justo en el momento más difícil, su jefe le dio la noticia de que estaba despedida, las atenciones que requirió Nathan cada vez la absorbieron más y la hicieron faltar muy seguido; quedarse sin empleo la tenía desorientada, sin rumbo fijo ni carrera establecida.

Se preparó mentalmente cuando Connie frunció el ceño y la miró con dureza.

—¿Cómo qué no?

—Ya me oíste, no te daré más dinero.

—Creo que estás olvidando con quien estás hablando. Soy tu madre, ¿me oyes?

Jo negó con la cabeza lentamente, apenas la reconocía, ahora vestía pijamas todo el día, estaba muy delgada y el cabello negro se le comenzaba a encanecer por falta de tinte, necesitaba urgente pintárselo, necesitaba salir para que el sol calentara su piel pálida y mortecina aunque fuera por un momento.

—Te daba dinero para los gastos de Nathan... —Se quedó en silencio hasta que al fin contestó mirándola directamente a los ojos—. Pero él ya no está.

—¡No lo repitas! —exclamó con desesperación—. ¡Tienes que darme para comprar más calmantes! ¡Los necesito!

—No los necesitas —insistió la chica—. No puedes seguir escondiéndote de la realidad, mamá. Tienes que superarlo, salir de casa, volver al trabajo...

—¿Qué es lo que quieres?, ¿para qué quiero volver? ¡Ya no tengo ganas ni motivos!

—¿Y yo no soy motivo suficiente? —preguntó acelerada—, mamá, yo sigo aquí y te necesito. —La vio tomar un jarrón de flores que días antes le había colocado en la peinadora, Connie lo arrojó sin dar en el blanco porque Jo reaccionó apartándose con rapidez. Un grito ahogado salió de su garganta y de la de su madre una maldición.

—¡Maldita sea! ¡Lárgate de aquí! ¡Solo me jodes la vida! —vociferó—. ¡No necesito nada de ti!

—¡Mamá! —gritó con el pulso acelerado—. ¿Por qué demonios haces esto?, ¿por qué me apartas?

—¡Porque sí! ¡Porque en este momento no me siento capaz de nada, Jo! ¡No puedo tenerte cerca! Se parecen tanto.... pero nadie jamás será otra vez él... ¡Vete, vete, por favor!

Un jadeo ahogado escapó de lo más profundo del alma de Jo, el sentimiento de culpa la atacó al comprender lo que su madre sentía, la tristeza se desató con fuerza y salió corriendo de ahí.

La mala suerte pareció perseguirla por un par de horas, ya que mientras caminaba sin rumbo fijo por la calle, la lluvia amenazó con desatarse, miró las nubes grises con furia contenida.

¿Es que ya no ha sido suficiente por un día?

—Ángel de la guarda... —murmuró refiriéndose a Nathan—, dame una señal, nunca me había sentido tan sola.

No sabía qué hacer, ¿a dónde iría? Conocía bien a su madre, tenía que darle espacio.

Aceleró el paso cuando las gotas comenzaron a caer y el frío se adentró por sus rodillas descubiertas, no deseaba congelarse. De pronto un destello de luz llamó su atención, y una vez que estuvo más cerca miró la hoja pegada al cristal y sin creerlo se atrevió a entrar.

—Disculpa.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó la joven detrás del mostrador.

A Jo le hubiese gustado decir: « ¿Sabe? Hace unas horas me echaron de casa, me quedé sin empleo y mi vida apesta...» Pero la verdad, eso no era el mejor tema de conversación para abordarlo con una extraña. Respiró profundo y se centró en el motivo que la había llevado a entrar a ese lugar.

—Pasé por aquí y vi algo escrito en la entrada... un anuncio.

—Oh, ya lo iba a quitar. Mira, es que hoy en la mañana vino alguien y el encargado la contrató. Aunque se ve que no sabe de música. —Se echó a reír—. Organizaba unos discos y me preguntó: « ¿Estos Cd's para bebés que

hacen en la sección de rock? »

—¿Y qué discos eran? —indagó curiosa.

—*Nevermind* y *Before we ever minded*.

—¿De verdad? —Y luego de mucho tiempo Jo se rio con ganas. Se rio porque en cada caratula de esos discos sale un bebé en el agua, pero no tienen nada que ver con música infantil.

—Sí, eso dijo.

—Pobre *Kurt Cobain*, debe estar revolcándose en la tumba.

—Te gusta *Nirvana*, ¿no es así?

—Sí, mucho.

—De todas formas la contrataron. —Alzó los hombros y apoyó los codos en el mostrador—. Por lo menos me hace reír.

Jo le sonrió con sinceridad, hace mucho que nadie le resultaba agradable, pero la chica detrás del mostrador con cabello de zanahoria, recogido en una cola alta y vestida de negro de pies a cabeza, le cayó bien. Se fijó en que llevaba un carnet con su nombre: Erin.

—Si algún día necesitan a alguien...

—Claro —la interrumpió, acto seguido abrió una gaveta y sacó un bolígrafo—, deja tus datos y cualquier cosa te llamo. —Extendió la mano hacia Jo, quien soltó una carcajada al entender lo que la extraña chica insinuaba.

—¿Quieres que escriba en la palma de tu mano? —Erin asintió.

Pensó que estaba algo loca, pero igual anotó su número celular, no tenía número local y comenzaba a rezar para que no le cortaran la única línea que le quedaba. Aunque eso estaba por ocurrir porque ya debía dos rentas. La chica comprobó la información y la miró.

—Gracias. ¿Jo?, ¿ese es tu nombre?, ¿qué pasa con los padres de ahora?

Las dos se echaron a reír hasta que apareció el encargado, un flaco alto y con unos lentes de pasta azul que cubrían sus ojos negros, lo que no cubrieron fue la arruga que se le formó en la frente. Erin de inmediato se tensó, Jo lo notó y decidió tomar las riendas de la situación.

—Fue un placer, Erin —le dijo—. Gracias por indicarme donde están los Cd's de *Nirvana*.

—De nada, Jo. —Le regaló una sonrisa cohibida y a la vez cómplice. El encargado pareció acordarse de algo y la detuvo.

—Hay descuentos en esa sección, señorita.

—¿De verdad? Ya mismo voy a ver. —El pelinegro asintió complacido.

Jo se alejó de ellos con la intención de marcharse, pero igual terminó mirando algunos discos, y es que aunque no tuviera dinero para comprarlos ese tipo de música era una adicción para ella. Con el dedo índice fue revisando. Nada, ya todos los tenía. Probó mirando en la hilera de al lado y se detuvo en uno, se inclinó para leer: *Ángel de Aerosmith*. Una sonrisa se filtró en sus labios porque había buscado varias veces ese disco de los 80's, lo agarró y observó con atención la caratula, acto seguido le dio la vuelta entre las manos y notó que no tenía sello —ese típico plástico que da a entender que el Cd nunca ha sido usado—, comprobó que no había nadie cerca y lo abrió para encontrarse con algo muy raro; adentro había una nota junto con un número de teléfono.

“Se alquila habitación.

Único requisito: tener buen oído musical.

P.D. La gente puede escuchar lo que sea que quieran escuchar y obtener algo de ello.”

Axxxxx.

Y por si fuera poco, levantó la vista y vio que el encargado la escrutaba. A la velocidad del rayo cerró el Cd, haciéndose la loca, lo que menos necesitaba era meterse en problemas, pero antes de que pudiera huir, el hombre intervino.

—Perdona, ¿vas a comprar ese disco? —Jo le sonrió, tratando de ahorrarse una situación embarazosa, pero el tipo por encimita se veía fastidioso—. Vi que lo abriste y como comprenderás tendrás que pagarlo.

—No lo abrí.

—¿Tiene el plástico?

—No, pero...

—Vale, acompáñame a la caja.

—¡No puedo comprarlo!

—¿Entonces por qué le quitaste el sello?

—¿Cuál es su problema? Este Cd ya estaba así cuando lo encontré. —Lo miró molesta por su falsa acusación.

—Comprendo. No te muevas. —Su gesto era muy serio—. ¡Te lo querías robar y ahora no sabes que hacer porque te descubrí! ¿Crees que puedes engañarme con esa cara de ángel que tienes? Esto ha pasado antes y ya sé reconocer a las personas como tú, ¿tienes algún cómplice dentro de la tienda?

¿Estaba demente?

Jo quería gritar para detenerlo porque el tipo miraba en todas las direcciones buscando a los supuestos cómplices.

—Señor, Alirio, ¿puedo hablarle un momento? —Erin apareció al rescate

y por fin el tipo se calmó.

La chica le inventó una tremenda historia, le dijo que ellas eran amigas de toda la vida y que Jo estaba de cumpleaños, que por ser una fecha especial le había regalado ese disco. Hasta contó que el regalo de Jo ya estaba pagado. Con factura en mano, Alirio se quedó perplejo.

—Qué pena con usted, señorita. —Alirio la miró desconcertado, pensando que la había cagado.

—Tranquilo, solo fue un mal entendido —respondió liberada de culpa, aunque en el fondo disfrutó de verlo contrariado.

—Ven conmigo, amiga. —Erin la tomó del brazo con confianza como si de verdad fueran amigas de toda la vida—. Te acompaño hasta la puerta.

—Sí, sí, acompáñala... No te preocupes, yo vigilo la caja mientras vuelves.

Recorrieron el camino hasta la salida, y al llegar la pelirroja se echó a reír con fuerza, con una mano se apoyó de una pared y con la otra se sostuvo el estómago, Jo no pudo evitar contagiarse.

—¡Vamos, eres tremenda actriz! —dijo levantando ambas cejas.

—No, él es tremendo idiota que no es lo mismo. ¿Viste su cara? —inquirió dibujando una sonrisa de satisfacción.

—Gracias por salvarme. —Le tendió el Cd—. Toma, esto es tuyo.

—Lo siento, pero no, quédatelo, igual no me costó nada porque tengo descuento del 70%.

—No, ¿cómo crees? —Le acercó de nuevo el Cd.

—¿Me has oído? No costó nada y sé que lo quieres. —Jo miró el Cd con ilusión—, además, quién sabe si mi invento cambia el destino de dos personas... —La pelinegra fijó la mirada en Erin y esta le sonrió—. ¡Vamos, tuviste que haber visto la nota cuando lo abriste!

A continuación, Erin le quitó el Cd y sacó la nota.

—¿La escribiste tú? —preguntó Jo sin comprender.

—No, pero sí vi quien lo hizo. —Sus labios dibujaron una sonrisa traviesa—. Ten, es tuyo.

—¿Debería llamar?

—¿Estás buscando dónde vivir? —inquirió la pelirroja.

—Tal vez —contestó cohibida, sintió preocupación en la voz de Erin.

—En ese caso, llama. —De un movimiento la chica agarró la palma de Jo y le anotó su número—, o puedes acudir a mí. Tengo que regresar al trabajo, ¿estarás bien? —Jo asintió para tranquilizarla.

—Nos vemos, gracias por todo, Erin. —Y se despidieron con la mano.

Una hora más tarde llegó de nuevo a su casa y entró sigilosamente, la intención era llegar a su habitación y descansar, pero los ojos cálidos de Nathan le sonrieron desde el espejo de la peinadora. Agarró la fotografía y parpadeó varias veces para eliminar la inminente oleada de fuego que le quemaba el pecho.

«Yo, allá arriba entre las estrellas nunca te olvidaré, siempre tendrás a alguien que te recordará, ¿tú me recordarás, Jo? » Fue lo último que le dijo antes de partir.

El rostro nítido de Nathan llegó a la mente de la chica con tal fuerza que sintió que lo tenía enfrente. Sus ojos achicándose porque sonreía, la mata de cabello que de nuevo adornaba su cabeza y que caía en capas hasta su cuello, el gesto de morderse el labio superior cuando algo no le parecía bien, el tono de piel blanca y la idéntica dentadura que poseían, digna de una madre odontóloga.

El parecido de pronto la estremeció. Sintió que la garganta se le cerró, experimentó un momento de miedo y de muchos sentimientos. ¿Cómo lo olvidaría si él estaba tan presente en ella? No le disgustaba, le agradaba mucho porque la hacía sentirlo cerca, pero eso le afectaba tanto a su madre que por un instante deseó no parecerse a él.

¿Algún día podrá mirarme otra vez con amor y sin tanto dolor?

Quizá en mucho tiempo eso no ocurriría, así que con resolución sacó del armario una pequeña maleta de viaje y la abrió sobre la cama, metió algunas cosas indispensables y recordó su última opción: llamaría a ese número de teléfono, aunque la idea de vivir con un extraño no le agradaba. Además, había que ver si eso no era más que una broma pesada.

Dejó la luz del porche encendida y rodando su pequeña maleta partió de la casa en donde por seis años vivió muy infeliz. Cuando se alejaba cerró los ojos por unos segundos e intentó hacer una oración corta, pero el miedo y la incertidumbre no la dejaron concentrarse.



Había pasado una semana desde que abandonó su casa. Se tentaba en volver cada vez que anochecía, pero las fuertes palabras de su madre hacían eco en su cabeza y la hacían aguantar. En esos días pagó una habitación de hotel y buscó trabajo sin éxito alguno, llegado el fin de semana siguiente ya el dinero se le había acabado.

Estaba cayendo la tarde, caminaba a paso lento, muy cansada de no encontrarle solución a su problema económico y de vivienda. Durante su caminata sin rumbo observaba a las personas, algunos iban uno al lado del otro y conversaban entre sí; otros, caminaban concentrados en sus pensamientos, quizás tan inexpresivos como ella.

Se paró en el medio de la acera y vio que enfrente había una plaza, observó a la gente en el lugar: niños correteando palomas, un grupo de jóvenes, la mayoría parecía no superar los quince, también miró por unos segundos a un joven sentado en un banco. Tomó aire, cruzó la calle y lo primero que percibió fue un pelotazo.

¡Jodida vida! ¿Cómo no lo vio venir?

—¡Cuidado, hay personas caminando por aquí! —Sonó como una vieja amargada cuando la verdad es que apenas tenía veinte, se quedó mirándolos, replanteándose la idea de acercarse y jalarle las orejas, pero los apresurados pasos la desconcertaron.

—¡Eh, tranquila! —Se giró y levantó la cabeza para mirarlo, un muchacho alto le sonreía, el mismo que hacía segundos había observado desde la otra

calle. Debía tener la edad de ella o quizás más—. Tan solo están jugando.

—Tienes razón. —Terminó diciendo tras varios segundos callada, aunque seguía cruzando la mirada con los ojos verdes del sonriente desconocido.

—Si quieres siéntate aquí un rato. —Él le señaló el banco con un gesto.

—Muchas gracias, pero ya tengo que irme. —Jo lo escrutó con curiosidad mientras él hacía lo mismo con ella, parecía como si ambos quisieran decirse algo más, pero ninguno sabía qué. Otro pelotazo los sacó del trance.

—¡Malditos, mocosos! —Ahora el que había recibido el pelotazo era él, Jo soltó una gran carcajada.

—No fue nada, simplemente están jugando. —Se burló. Él alzó ambas cejas y amplió su sonrisa—. Créeme, te recuperarás.

—Seguro. —Continuó observándola con intensidad y Jo bajó la cabeza avergonzada, no entendió su reacción, ya que el que pasaba por un momento embarazoso era él—. Me llamo Jordan, ¿y tú?

—Hola, mi nombre es Jo.

Sus pasos la llevaron de forma automática hasta el banco y sin pensarlo más se sentó.

—Extraño nombre, pero me gusta —dijo sonriendo—. Veo que decidiste acompañarme.

—Si estás esperando a alguien o prefieres estar solo, yo puedo...

—Te estaba esperando a ti.

—¿Qué? —La voz le tembló.

—¡No...! —Se apresuró a decir al darse cuenta de lo loco que había sonado, apartó la mirada y controlando su tono de voz añadió—: No, la verdad es que no estoy esperando a nadie, no me molesta tu compañía.

Jo le sonrió con franqueza, no era una chica fácil para relacionarse con nadie, pero al poco rato ya no tuvo tiempo de arrepentirse o marcharse de allí.

Jordan le resultó muy entretenido, hablaron de todo y de nada. Descubrió que tenía veinticinco y que trabajaba en la empresa de su padre, él era de Arizona, pero vivía en un apartamento propio en Connecticut, Jo también le compartió parte de su vida; lo escuchaba atenta e interesada, a veces cuando él hablaba, ella observaba su cabello perfecto y castaño claro, tenía un brillo lustroso que le daba el gel de pelo, su sonrisa era muy llamativa, pero lo más fascinante eran sus ojos claros. Se sentía atraída por su timbre de voz, era como algo magnético. Jordan sin duda era un tipo encantador.

—Entonces... se me antoja un café. —Jo le sonrió—, yo invito, ¿qué dices?

Él sabía que aceptaría, ambos lo sabían. Esperó a que ella se levantara del banco y caminaron hasta una cafetería cercana.

El establecimiento en donde entraron estaba silencioso y cálido, el olor del lugar reconfortó el cuerpo friolento de Jo, se acomodaron en una pequeña mesa en un rincón y sin darse cuenta, Jordan alargó el café para que no acabara tan pronto la conversación. Al primer café le siguió un segundo, cuando pidieron el tercero, ya se habían comido unos waffles con chocolate, habían hablado de sus equipos de béisbol favoritos y del parecido de Jordan con *Brandon Stought*. Los faroles de la calle ya alumbraban a los transeúntes que regresaban del trabajo a sus casas, mientras que dos personas anónimas en una cafetería entraban a la vida del otro sin razón ni motivo.

—Es tarde, llegó la hora de irme. —Habló Jo con resignación—, no me gusta caminar sola de noche. —Jordan levantó su café y tomo un último sorbo, luego lamió un poco el borde donde había quedado la crema y ella miró sus labios por un instante, se sonrojó.

—¿Qué? —preguntó él.

—¿Te gusta mucho la crema?

—Me encanta —afirmó con cara de niño en navidad. Ella sonrió de acuerdo, el camino a su corazón definitivamente era a través de un café con crema espumosa—, Jo, puedo acompañarte, hemos pasado toda la tarde juntos —comentó—. Supongo que eso nos convierte en amigos.

—Supongo que sí, pero no quiero robarte más tiempo.

—Te acompaño —repitió con convicción.

Jo quería disfrutar de su compañía todo lo que pudiese, pero no quería mostrarse tan evidente. Al final, de nuevo aceptó.

Iba uno al lado del otro, con las manos en los bolsillos y respirando tranquilidad, hasta que Jo perdió su paz interior porque recordó algo.

¿Qué estoy haciendo?, ¿me va acompañar a mi casa?, ¿a qué casa?

La chica lo miró de reojo y se horrorizó, tenían veinte minutos caminando y ahora no sabía que excusa darle, de repente le entraron unas ganas terribles de echarse a correr y dejarlo ahí, pero no era capaz de eso, no quería arruinarlo todo.

—¿Queda muy lejos? —preguntó Jordan, ella dio un respingo.

—No, ya casi llegamos.

Sin más opciones, Jo fue a parar a la puerta de su antigua casa, en la que las flores de la entrada seguían marchitas y la grama seguía sin cortarse.

—Te veo nerviosa, me da la impresión de que te preocupa algo.

—Es que estaba pensando en una cosa. —Le sonrió tratando de quitarle importancia al asunto.

—¿Puedo saber qué cosa? —preguntó realmente interesado, se había dado cuenta de que a Jo se le desencajó la cara en el mismo instante en que llegaron.

—En que pronto me mudaré —le confesó—, no me la llevo bien con mi madre... Es nostalgia, eso es. —Jordan se quedó callado porque presintió que Jo seguiría hablando—. Ella necesita su espacio y yo voy a dárselo.

—Cuando hablas puedo sentir tu profundo deseo de marcharte, ¿a dónde planeas irte?

Jo se encogió de hombros, realmente sin querer pensarlo en ese momento. Necesitaba superar una emoción a la vez. No estaba lo suficiente bien como para tomar decisiones sobre su futuro. Ella ni siquiera sabía dónde pasaría la noche.

—Tal vez sea bueno que se alejen un tiempo.

—Supongo. —Suspiró resignada. No quería hablar de eso, quería lucir tranquila y serena, no como una persona con el corazón destrozado y sin hogar.

—¿Me llamarás algún día, Jo?

—Quiero hacerlo. —Él realmente le gustaba. Lo miró directamente a la boca—, claro que lo haré —declaró. Jordan la tomó de la mano y le regaló una sonrisa amistosa.

—No debería decir esto, pero si no me hubieras contado que te vas... —Le retiró un mechón de la cara—, te hubiera besado. —Ella mordió su labio inferior—. Fue un placer compartir contigo hoy.

Ambos se dedicaron una mirada cómplice y sonrieron.

—Hasta pronto, Jordan.

—Hasta pronto.

Lo siguió con la mirada hasta que él cruzó la calle, lo lógico en ese momento era marcharse también. Pero esperó un poco y los pensamientos comenzaron a atormentarla.

«Te hubiera besado.»

¿Qué habría pasado si hubiese ocurrido?

Todo el cuerpo se le estremeció con frustración. Para calmarse pensó en que las cosas eran mejor así, apenas lo estaba conociendo, aunque le hubiese encantado que la besara, de verdad que sí. Comenzó a caminar con más prisa, con el deseo de que algún día pudiese pasar. Pero nunca se sabe qué puede

pasar después...

«Te hubiera besado.»

¡Dios mío, Dios mío!

Nada más llegar a la esquina lo vio cruzar una calle. Y aunque su cerebro había comenzado a emitir advertencias muy alarmantes, la necesidad de besarlo hizo que no las tomara en serio, así que sin dudar más, gritó:

—¡Jordan!

Él dio un respingo y se giró, sus ojos alucinaron al verla en el medio de la vía.

—¿Y si olvidas lo que te conté y me besas?

¡Maravilloso, Jo, él intenta ser un chico consciente y tú una inmadura!

—¡Me imagino que si lo hago, no te irás! —gritó desde el otro lado de la calle, riéndose, ella agachó la cabeza un poco avergonzada.

—Tengo que hacerlo, debo irme...

—Seguro —respondió con la vista clavada en ella—. Si te vuelvo a ver, continuaremos donde lo hemos dejado, ¿te parece? Nos vemos, linda.

Jo notó la boca seca y el corazón le latió fuerte, eso no podía terminar así, él era fascinante. Le hubiera gustado detenerlo y robarle el beso, pero no... no lo hizo.

-III-



Mientras caminaba por la calle, una parte de ella le gritaba *¡No lo hagas!* Y la otra rodaba los ojos y murmuraba *No tienes más opción.* Seguramente estaba descansando y ella solo iba a molestar, pero respiró profundo y le dio a la tecla de llamar.

—*¿Pasó algo?* —*Atendió con tono agudo.*

—*No, no se ha acabado el mundo* —*contestó.*

—*¿Segura? No sueñas muy bien.*

—*¿Podemos vernos? No tengo donde dormir* —*dijo con un deje de tristeza y vergüenza.*

—*¡Por supuesto! Ven a mi edificio, escucha bien la dirección.*

Pasó un buen rato hasta que por fin dio con el lugar. Se paró en la entrada y miró el reloj, se sobresaltó, ya eran más de las doce de la noche. Marcó el intercomunicador y la chica le abrió enseguida, Jo subió en el ascensor y justo cuando iba a tocar la puerta una maraña de pelo naranja le abrió.

—*Siento venir a esta hora.* —*Se disculpó con Erin.*

—*Conmigo puedes tener la confianza suficiente para venir a la hora que quieras* —*soltó con cara radiante.*

La invitó a pasar, la llevó hasta el mueble de la sala y la instó a sentarse.

—*Vivo sola, nadie nos va a interrumpir. Vamos, dime qué sucede.*

—*No tenía idea de a dónde ir, me fui de mi casa hace una semana y no quiero volver.*

—*Por eso estabas buscando empleo* —*dedujo—, ¿y cómo puedo ayudarte?* —*Jo agachó la cabeza—.* Esto es una emergencia y te puedes quedar aquí. Pero, por favor, si puedo ayudarte en algo más, solo dime.

—Me da vergüenza, Erin.

—Si no me dices no lo adivino, tonta. —Jo sonrió a medias—, buscaré dos cafés y tendrás que contarme, ¿de acuerdo? —Asintió como respuesta.

Durante un rato no se movió del mueble, sentía mucha pena, ella prácticamente era una extraña e igual la pelirroja la había recibido con una sonrisa sincera.

—Erin... no te hubieses molestado —consiguió decir cuando agarró la taza—. Buscaré la forma de agradecerte por todo lo que haces por mí.

—Jo, no me cuesta nada. Eso hacen las amigas, ¿no? —Extendió la mano y le acarició el brazo con cariño.

—Gracias, la verdad es que no tengo muchas.

—¿De verdad? Pues yo tampoco. —Erin le dio un sorbo a su café y la miró—. Tenía una mejor amiga, Sandra, con ella compartía este apartamento. Planeamos hacer una fiesta aquí con Chad, mi último novio, teníamos tres años juntos y nunca vi indicios de que se gustaran. En fin... la fiesta terminó en una pesadilla cuando los descubrí juntos en mi habitación. Desde entonces no suelo hacer muchas amistades.

—¿Qué? —Jo la miró estupefacta.

—Luego me pidió disculpas, pero nunca la perdoné. ¡Vaya mierda que me hicieron! —Acto seguido todo quedó envuelto en el silencio de la sala, esos eran temas delicados. Si hay algo que duele en esta vida es la traición de alguien que te gusta, pero la de una mejor amiga duele aún más; enfrentarlo y alejarte es muy difícil.

De repente sintió vibrar su móvil, se lo sacó del bolsillo y abrió la carpeta de mensajes recibidos. Era Jordan. Le echó una segunda ojeada sin dar crédito. ¡Nooooo! Sonrió con ganas.

De: Jordan Cord

**Hola, quiero volver a verte, ¿podría buscarte mañana a las siete y media de la noche? **

La sonrisa de Jo era más grande que la del emoji que estaba por enviarle, pero él no podía pasarla buscando por casa de su madre, aunque ella deseaba verlo por lo menos una vez más antes de irse.

—¿Se puede saber a qué se debe esa sonrisota? —Erin la sacó de sus pensamientos.

—Eh..., te lo voy a contar... sé que sonará a locura, mejor dicho, no es que sea imposible que pasen estas cosas, es que nunca me había pasado algo así a mí... —En fin, la mareó un poco hasta que le contó sobre el chico que

conoció, es más, hasta se sintió aliviada al hacerlo. Le dijo que le pareció fascinante, que casi la besó, que la atraía mucho, que quería conocerlo más, que le estaba escribiendo para volverse a ver y, al terminar añadió—: pero no le responderé.

—¿Qué? —Erin alzó ambas cejas.

—Es lo mejor —dijo sin mucha convicción—, ¿de qué me sirve alimentar una ilusión si posiblemente el lunes por la mañana estaré agarrando un tren para irme a seis horas de aquí? —Erin se interesó más.

En ese instante a Jo no le quedó de otra que contarle sobre la muerte de su hermano, sobre los problemas con su madre y sobre la única alternativa que se le había ocurrido: regresar al pueblo donde nació. Ni siquiera omitió que en ese lugar había algo que la incomodaba mucho, algo muy grande que resolver; pero le había prometido a Nathan que iría.

—¡Ve, por favor, ve! ¡Sin duda tienes que ir! —Jo la observó con indecisión, sopesando su propio plan. Tras un par de minutos asintió.

—Lo haré, Erin, pero me molesta..., bueno, haber encontrado a un chico tan dulce como Jordan y desperdiciar la oportunidad. —Negó con la cabeza—. Siento que me perderé de algo que ni siquiera sé si puede funcionar. Quizá ese sea el problema, no lo sabré si me voy.

—Amiga, yo creo que lo que tú tienes es ganas de enamorarte.

Jo la estudió con la mirada, ella no había pensado en eso, hablar de amor ya era otro nivel, nunca se había enamorado, pero si algún día ocurría la idea de que fuera de Jordan no le desagradaba. Ya con la cabeza echa un lío, respondió:

—¿Entonces crees que deba aceptar la invitación?

—Sí, sal con él y diviértete. Dile que te irás de viaje el lunes porque tu abuelita enfermó y te pidieron ayuda para cuidarla.

—Pero si yo no tengo abuela...

—¿Y él lo sabe?

—No, pero, ¿para qué le voy a mentir?

—¡Para ganar tiempo! ¿O acaso le vas a decir que no sabes cuándo vas a regresar? Ponle emoción a la cosa.

—¡Estás loca!

—Sí, como una cabra. —Y se levantó tan repentinamente que sobresaltó a Jo—. Vamos, te mostraré donde vas a dormir.

Dejó las dos tazas en la cocina y la llevó a un cuarto pintado de azul agua, Jo observó con detenimiento las paredes y se echó a reír, luego miró a Erin

con sorpresa.

—¡Madre mía, nunca había visto algo así!

—Me enorgullece mostrártelo, es mi obsesión. Amo coleccionar llaveros. ¡Hasta me he robado algunos!

—¡Eh! ¿Cómo que te has robado algunos? —Se rio.

—Bueno... —susurró como si alguien las pudiera escuchar—, a donde voy compro cualquier llavero que encuentre: antiguos, del mundial, publicitarios, de madera, de países y... —Erin la aferró por un brazo y la arrastró hasta una pared para que los apreciara mejor—. Y a veces sin querer me traigo uno que otro de las casas que visito. ¡Ya sabes mi peor secreto!

Qué loca estaba. En cualquier caso era una excelente colección, en el fondo Jo sabía que tampoco era un delito grave, no había manera de que la metieran presa por robarse llaveros, así que al final logró decir que guardaría bien sus llaves. Y se echaron a reír.

—Te prestaré un pijama.

—Gracias —respondió con una sonrisa—. Dejé la maleta con todas mis cosas en casa de una antigua compañera de trabajo.

—Por la mañana te puedo llevar a buscarla en mi auto.

—De acuerdo.

—Y por la tarde saldrás con el chico fascinante.

—No lo sé todavía —reparó ella.

—Sí lo sabes —le dedicó una sonrisa cómplice—, buscaré el pijama. —Se dirigió a la puerta y salió del dormitorio.

Jo se recostó en la cama y revisó su teléfono, eran las dos de la madrugada. Le respondió a Jordan que a las siete y media estaría esperándolo en la misma plaza donde se conocieron. Estaba claramente agotada, y aunque tenía que esperar a que Erin le diera el pijama, el cansancio la venció y se quedó dormida.



Por la mañana Jo olió el café, y el beicon, adoraba el beicon. Se dio vuelta en la cama y vio en su teléfono que eran casi las nueve, fue al cuarto de baño y veinte minutos más tarde entró a la cocina, Erin estaba delante de un tostador.

—¡Sí te quedó, somos la misma talla! —Jo se miró la ropa que Erin le había dejado sobre la cama, una playera color negro con el logo de *Soda Stereo* y un jean azul prelavado. Se había dado un baño rápido y colocado un poco de maquillaje.

—Me encanta esta playera, ¿dónde la conseguiste?

—Llegaron hace unos meses a la tienda. —Sacó dos trozos de pan del tostador—, son edición especial y cuestan más de cuarenta dólares, pero Alirio me regaló dos, esa te la quedas. —Jo sonrió observando que le quedaba perfecta.

—¿Y Alirio y tú...?

—No, sin duda le gusto, pero nunca pasará nada entre nosotros. ¿Con beicon o sin beicon?

—Con beicon.

Erin sirvió los huevos en los platos y le añadió una tostada con mantequilla a cada uno.

—Alirio se ha ganado el título de idiota, es el único hombre de Connecticut que no se atreve o arriesga, ya sabes, por eso de las normas jefe-empleada.

—Él se lo pierde.

—Así es, espero que algún día encuentre un novio que me busque en el trabajo y me bese en la entrada, seguro se retorcerá de celos.

—Lo dejarás frustrado —dijo Jo con diversión.

—También, celoso y frustrado. —Erin habló entre bocados—. Cuéntame de la nota que encontraste en el Cd.

—No he llamado.

—¿Por qué? —Jo hincó el tenedor en el beicon.

—Sería muy raro vivir con un extraño.

—¿Sabes al menos donde es el alquiler? —preguntó ella—. Es curioso, yo viviría feliz con un extraño como *ese*.

—¿A qué te refieres?

—A que el tipo está buenísimo.

—Ay...

—Exacto.

Jo no tenía idea de a dónde estaban alquilando ese apartamento, había olvidado el papel hasta que Erin lo mencionó de nuevo, arqueó una ceja.

—¿Sabes? Llamaré. Si todo sale bien no tendré que irme de Connecticut.

—De acuerdo. Y puedo prestarte dinero para que pagues el alquiler... No me mires así, es mientras consigues empleo. Y si te pide depósito dile que no se preocupe.

La mejor amiga que había conocido nunca, sus ganas de ayudarla era auténtica, le nacía de la bondad. Jo sacó su teléfono y Erin se sirvió otra taza

de café.

—Está repicando. —Habló en voz baja, cruzó los dedos para que el destino se encargara de poner todo en su lugar. Erin levantó los pulgares. Por un momento, Jo creyó que no atendería, estaba a punto de colgar cuando escuchó su voz.

— *Buenos días, usted es el ganador de veinticinco insultos y una tirada de teléfono por levantarme a esta hora de mi cama. Por favor, responda de acuerdo para recibir su premio.*

A Jo se le encendió la cara y casi colgó, pero vio que el reloj del microondas marcaba las nueve de la mañana y pensó que era absurdo, era buena hora para llamar.

—¿Qué? —preguntó de forma brusca—. *Llamo por el alquiler de la habitación.*

—¿El alquiler? —Sonó algo sorprendido, pero se repuso rápidamente—. *Ah, sí, la habitación...*

—¿Todavía está disponible?

—Tal vez... —Jo entrecerró los ojos—. *No puedo decirte que sí hasta que contestes algunas preguntas, pero espera un minuto porque voy a servirme un café, esto va a ser interesante y necesito estar atento.*

—Fantástico —aceptó con molestia.

Erin movía la mano cómicamente delante de su cara para que le contara qué pasaba. Jo encendió el alta voz.

—*Las preguntas no son nada del otro mundo —le aseguró él—. Si encontraste la nota es porque te gusta el rock, ¿no?*

—No, te equivocas. En realidad... —Rodó los ojos—, *buscaba un Cd de Lady Gaga y di con este por casualidad. —El comentario de Jo fue tan inesperado que el chico al otro lado de la línea se atoró con el café—, hola, ¿todo bien? —preguntó al escucharlo toser.*

—Perdón... es un desastre —respondió tras unos segundos.

—¿El café o Lady Gaga? —Erin no disimuló la carcajada.

—Muy graciosa... —Logró hablar con más tranquilidad—. *Escucha, te haré las preguntas, pero si las fallas olvídate de la habitación.*

—Es lo mejor que has dicho hasta ahora. Vamos, ¿cuál es la primera?

—¡Que chica tan grosera!

—¿Lo dice el que quería lanzarme veinticinco insultos? —Erin volvió a reír y la miró como si no creyera que fuera capaz de hablar así—. *Generalmente las personas atienden con un «Aló» o un «Buenos días»*

¿cierto?

—No pensaba insultarte, estaba jugando.

—Está bien, no pasa nada. Estás loco y no hay nada que hacer —murmuró. El chico se largó a reír.

—Va la primera —anunció—. ¿De dónde es el grupo AC/DC? Si no te la sabes no pasa nada, el esfuerzo es lo que vale.

—Ridículo —siseó, él volvió a reír—. Son de Australia.

—¡Ah! —exclamó extrañado—. Muy bien, espero que no tengas el buscador de Google abierto.

—No lo necesito —contestó igual de extrañada, él tenía un sentido del humor muy similar al de ella y eso le causó diversión.

—¿Cómo se llama el guitarrista de Black Sabbath? —Jo se quedó en silencio un momento, él esperó.

—Anthony Frank Iommi, mejor conocido como Tony Iommi. ¿Sabes que también tocaba en la banda Heaven and Hell?

—¿Qué? —preguntó sin entender lo que ocurría—. La verdad es que mereces un premio.

—Sí, así es. Por cierto, ¿hay más preguntas o ya podemos hablar con seriedad del alquiler?

—Hay una última —comentó con voz maliciosa—. ¿Conoces a Queen?

—Me temo que sí, ¿quieres que te hable de Freddie Mercury? —contestó orgullosa.

—No... Quiero que me digas, ¿qué significa el logo de Queen?

En cuanto pronunció la pregunta a Jo le dio un espasmo. ¡Mierda! No se sabía la respuesta. Miró angustiada a Erin, que la observaba atenta, pero esta se encogió de hombros, dándole a entender que tampoco sabía. Jo se aclaró la voz y suspiró con resignación.

—No sé qué significa —contestó coloradísima, algo le decía que ese chico disfrutaría burlándose.

—Freddie estudió Diseño gráfico —explicó con suficiencia—. Él diseñó el famoso logotipo. Usó los signos zodiacales de cada uno de los integrantes de Queen. Dos leones (Leo) para John Deacon y Roger Taylor, un cangrejo para Brian May (Cáncer) y dos hadas para él (Virgo).

—No lo sabía —dijo con sinceridad—. Es una información interesante.

—Pues... ya que fallaste la última no sé si pueda alquilarte la habitación.

—Lo entiendo —contestó con su orgullo metalero herido.

—Pero quizás si te hago una última, última pregunta.

—No es necesario. —Forzó una sonrisa—. Tú sigue durmiendo, yo voy de salida.

—Será rápido, necesito saber si sabes esto, por favor.

—Muy bien. — Fue incapaz de negarse.

Erin analizaba todo en cámara lenta. Él deseando alargar la llamada, Jo aceptando, sonriéndole al teléfono de un modo extraño.

—Ok, ¿cómo se llama el cantante de Nirvana? —Jo soltó el aire.

—Kurt Cobain —dijo sin pensarlo.

—¡La habitación es tuya, puedes reclamar tu premio cuanto antes!

¡Wuoo, se la puso fácil a propósito! Pensó Erin, que saltaba de un pie a otro.

—Gracias, pero necesito preguntarte algo importante. —Habló Jo.

—Dime.

—¿Dónde vives?, ¿en dónde queda exactamente esa habitación?

—Es cierto, no te lo he dicho, no lo adivinarías nunca en la vida. Vivo a seis horas de Connecticut, en un pueblo que se llama Starry Ville.

—Durante varios segundos Jo no pudo respirar—. Hola, ¿sigues ahí?, ¿cerramos el trato entonces?

El cuerpo entero de Jo se estremeció, el estómago se le contrajo. Starry Ville era el pueblo donde había nacido. Todo aquello le pareció una casualidad demasiado irracional y empezó a creer que alguna fuerza superior quería que fuera a como diera lugar.

-IV-



Jo permaneció con el teléfono pegado a la oreja, arrugó la nariz y miró el papel entre sus manos. ¡No podía creerlo! No era lo que esperaba, de modo que se dejó caer en una silla. Mientras tanto oía la voz en su móvil.

—¿Hola?, ¿me escuchas bien?

—Sí, un segundo. —Sintió que él respiró con pesadez al otro lado de la línea, muy impaciente, pero ella aun no encontraba la respuesta.

—Quiero decirte algo, *Starry Ville* ha sido bautizado así porque es una ventana abierta al firmamento, aquí puedes disfrutar todas las noches del cielo estrellado en todas sus dimensiones. Las calles tienen nombres de constelaciones: *Calle Venus*, *Avenida Andrómeda*, *Calle Estrella Polar*, *Paseo Aldebarán*... Es un pueblo pequeño, sus habitantes son amables y tranquilos, tenía que contártelo porque seamos honestos, cuando le doy la dirección a alguien que no conoce el lugar piensan que estoy loco. —Sonrió al escuchar su último comentario, no recordaba la cantidad de veces que a ella le había pasado lo mismo.

—Te gusta *Starry Ville*. —Entendió más serena.

—Es un buen lugar —le aseguró.

—Pásame la dirección. —Suspiró, ir hasta allá era lo único que *Nathan* le había encomendado. Le pidió a *Erin* algo con qué anotar.

—Es fácil llegar —dijo él—. ¿Cuál es tu medio de transporte?

—Tren.

—Me decepciona.

—¿Por qué?

—No sé, te imaginé más arriesgada.

—¿Porque sé de rock?

—Sí —murmuró, y se quedó pensando—. Te imaginé como esas chicas que manejan su propia moto, visten pantalón de cuero, son agresivas, dominantes y se pintan la boca de rojo.

Jo soltó una carcajada.

—No, superé esa etapa como a los quince, aunque confieso que me gustaría tener una moto Vespa y me la compraría roja.

—¿Lo ves? Como los labios de la chica mala y fría de mi imaginación.

—Oh, qué pesado eres, dime ya la bendita dirección. — Y eso hizo, le dio la dirección con puntos y señales.

Cuando ella comentó que llegaría el lunes por la tarde, él con amabilidad se ofreció a buscarla en la estación.

—Llevaré un cartel —acordó él.

—Pero si no sabes mi nombre...

—¡Eh! Te darás cuenta que soy yo. —Se rio.

—¡Uy! ¿Debería asustarme?

—No, señorita. El lunes, entonces, pasaré por ti a las cuatro.

—Está bien, nos vemos.

Se guardó el teléfono en el bolsillo y respiró profundo. *Qué tipo tan loco.*

—¿Pasa algo? —le preguntó Erin.

—Hace una semana que le estoy dando largas al viaje y no puedo creer que el alquiler sea en Starry Ville, de alguna manera que aun no comprendo se me ocurre que Nathan tiene que ver con esa casualidad.

—No lo había pensado. —La miró con un brillo extraño en los ojos—. ¿Ya decidiste qué hacer?

—No voy a seguir con la duda, no quería ir, es como si traicionara a mi madre, intenté alejarme de ese pueblo lo más que pude, pero regresaré por mi hermano. Es una estupidez que trate de fingir que no tengo papá.

—Lo es, pero tienes tus razones. —Por su expresión supo que la entendía a la perfección—. Hay gente que no vale la pena, pero tú sí vales, debes ir y decirle todo lo que sientes, Jo. No es bueno que sigas con ese rencor.

—Tienes razón, solo espero que cuando lo tenga enfrente sepa cómo actuar.

—La verdad se merece que lo golpees —le recordó—, pero te comportarás y arreglarás todo sin violencia porque ya eres adulta. —Erin lo decía en broma, pero no sabía que en el fondo a Jo le daba miedo perder el control—.

Vamos, si no llegarás tarde a tu cita.

Asintió con la cabeza y agarró sus cosas. Erin tomó su brazo y la guio hasta la puerta. Mientras bajaban por el ascensor, Jo puso su mente en blanco y no pensó en nada, excepto en el timbre de voz del desconocido.



En la tarde llegó a la plaza y sintió una oleada de frío, el invierno terminaba, pero la brisa alborotaba su cabello, fue un invierno anormal, con mucha más nieve de lo que es habitual y con temperaturas entre -3 y 5 grados positivos; aunque Jo detestaba pasar frío el tener un clima con estaciones marcadas le encantaba. Miró la hora en su reloj, debía estar por llegar, consideró sentarse en uno de los bancos, pero ninguno estaba libre. Entonces lo reconoció entre algunos rostros del lugar, Jordan caminaba en su dirección, lucía muy bien, Jo se acomodó el cabello que el viento le había agitado y sonrió.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —le preguntó.

—No, acabo de llegar.

—Me costó encontrar un lugar para estacionar. —Besó su frente—, ¿cómo estás? —Hubo una rara intimidad en ese beso, como si se conocieran de toda la vida, para Jo era inquietante y a la vez emocionante.

—Estoy bien —contestó mirándolo a los ojos, la imagen que conservaba de él no le hacía justicia, era un chico muy llamativo y sin ningún rastro de presunción. Jordan la miraba con aire tranquilo y media sonrisa en su boca.

—Me alegro. Hay un cine a unas cuadras, ¿quieres ver una película?

—Ir al cine para mi está bien.

—Dejaré el auto aquí, ¿no te importa caminar?

—No, claro que no.

Jordan puso la mano en la espalda de Jo para guiarla y ella sintió el calor de la palma filtrándose por su suéter. Caminaron unos diez minutos hasta que llegaron, el cine se llamaba Bethel Cinema.

—No hay fila —comentó decepcionado.

La única función ya había empezado, algunas personas se apertrechaban de chucherías, pero ya no estaban vendiendo boletos. El lugar era bonito y las paredes estaban llenas de carteles con las películas del momento: Romance fatal, Un amor equivocado, Promesas y líos, La segunda mujer, Alta infidelidad, Amores prohibidos. Ella hizo una mueca al leer los títulos, luego la atravesó un extraño sentimiento, pero sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de él.

—¿Te gustan los parques temáticos?

—Son divertidos. —Jo le regaló una sonrisa—. ¿Quieres ir?

—Sí, vamos —dijo, y salieron del lugar.

Regresaron a la plaza por el auto de Jordan, era un coche costoso y del año, cuando se montaron Jo percibió un olor a perfume, no era una fragancia masculina e inmediatamente se sintió una idiota.

—Jo, te presento a Blanca —dijo.

—¿Hola? —Ella medio sonrió, pensando que del asiento trasero saldría alguien.

—Siempre está perfumada, le gusta oler a *Versace*.

—¿De quién diablos hablas? —le preguntó.

—De mi auto. —Se rio—. Es mujer.

—Y yo que pensaba que yo era rara. —Se burló.

Jordan se echó a reír y encendió el motor para marcharse de allí, escuchando a todo volumen la canción *Something Just Like This from de Coldplay*.

Se sintieron aliviados cuando vieron que la fila para entrar no era muy larga, Jordan compró en la taquilla unos brazaletes que les permitiría usar todas las instalaciones del *Lake Compounce*.

—Es agradable estar aquí —dijo ella entre emocionada y melancólica. Hace mucho que no visitaba un parque—. ¿A dónde vamos primero?

—Estoy decidiéndolo. —Jo alzó una ceja y él besó de nuevo su frente—. Estas cosas llevan su tiempo, no es fácil escoger entre la montaña rusa y la casa fantasma.

—Vamos a la casa fantasma —propuso ella, Jordan asintió con la cabeza—. Pero no me vas a estar abrazando, no soy de las chicas que le tiene miedo a esas cosas.

—Jo, nena, sé que quieres que lo haga. —Ella sonrió y apartó la mirada. Jordan colocó su brazo en los hombros de la chica y comenzó a caminar.

Mientras hacían fila para entrar a la casa fantasma se hacían preguntas normales, Jo se dio cuenta de que él eludía más preguntas que ella, pero no importaba, contó algunas cosas familiares.

—Tengo tres hermanos y soy el mayor, luego están: Jerald que tiene veintidós, Leroy que tiene diecisiete y el más pequeño es Kevin, está a punto de cumplir quince.

—Me gustan las familias numerosas.

—Tiene sus pros y sus contras, para mi madre es una locura.

—¿Por qué?, ¿son terribles?

—Sí. —Se largó a reír—, ella es una madre muy celosa, se molesta cuando ve muchas chicas en casa. —Jo se imaginó un desfile de ellas y a la madre de Jordan con cara amargada.

—¿Tú también llevas a muchas? —le preguntó.

—Bueno, sí, he llevado a varias, tú no puedes ser la única. —Jo frunció el ceño, no se consideraba «la única» ellos no eran nada, ¿no? La idea era investigar un poco, aunque obviamente con lo guapo que era Jordan seguro tenía a muchas detrás de él—. ¿Y qué me dices tú?, ¿hay alguien aparte de mí detrás de ti?

—No, no. —Jo parecía aceptar las insinuaciones de Jordan con agrado, su vida amorosa era nula antes de él, tener a alguien diciéndole cosas como esas era un gran cambio—. No hay nadie más.

Entraron a la casa fantasma, Jo decidió cruzar todo el trayecto con la cara enterrada en la espalda de Jordan, el cual se rio hasta más no poder por los gritos que daba ella. Al salir compraron un par de bebidas y algodón de azúcar, Jo cogía pequeños trozos delicadamente mientras que él se metía grandes pedazos en la boca. Se subieron a dos montañas rusas, entraron a un laberinto, disfrutaron del péndulo y cuando bajaron de ahí optaron por algo más tranquilo: un viaje en ferrocarril, que hacía su trayecto por toda la costa este del lago *Compounce*.

—Ojalá este paseo nunca acabara —dijo ella levantando la cabeza, la tenía recostada en el hombro de Jordan.

—Me temo que es imposible. —Suspiró y plantó un beso en la mejilla de Jo con cariño—. Quiero agradecerte, Jo, esta tarde la he pasado increíble

—Ha sido muy poco tiempo, no quiero despedirme de ti el lunes. —Ella le había dicho que pasaría una temporada en Starry Ville, pero que no sabía cuándo regresaba.

—Entonces no lo hagas —propuso él—. Podemos seguir en contacto por teléfono hasta que vuelvas.

—Eso será un serio problema.

—¿Por qué? —Tardó un poco en responder y clavó su mirada en él.

—Porque querré besarte y no podré. —Jordan sonrió de una forma muy bonita.

—Yo también querré hacerlo —agregó él—. La verdad es que no sé porque aún no lo he hecho.

Y entonces se inclinó y su boca recorrió el cuello de Jo con una suave

caricia que erizó su piel, sus manos se posicionaron en la cadera de la chica y la pegó un poco a su cuerpo, con un rápido impulso, Jo posó las manos en el torso de Jordan. Sonrió asustada, días perfectos como ese no le sucedían siempre y estaba comenzando a sospechar de su buena suerte. Los labios de Jordan parecían una grandiosa obra de arte, él se acercó un poco más y...

—¡Mierda! Jordan se apartó y se miró la mano derecha con cara de asco, Jo abrió la boca para protestar, pero la cerró de golpe cuando se dio cuenta de lo que había pasado.

Soltó el aire que no sabía retenía.

¡Era mierda, literal!

Y aunque sintió ganas de asesinar al pájaro del demonio, solo siguió a Jordan con resignación hasta el auto.

-V-



U n beso es el acto de presionar los labios contra una superficie —generalmente la piel de otra persona—, como una expresión social de afecto, de saludo, de respeto o de amor. El beso tiene una función social humana determinante: besamos por placer y por compromiso, besamos de forma apasionada, lenta y suave, besamos para calmar los ánimos, besamos con calidez, besamos con frialdad, nos envolvemos con un beso y nos despedimos con él.

A través de nuestros labios transmitimos una inmensa cantidad de emociones y sensaciones, los labios y los besos son las armas más potentes del ser humano, y las mujeres a veces utilizan el beso para descubrir el nivel de compromiso que puede tener una relación.

El viaje en auto lo hicieron en silencio, pero de vez en cuando se sonrieron. Jo tenía que admitir que estaba un poco decepcionada e inquieta, el mal sabor de boca aumentó cuando Jordan con lentitud agarró su mano y la acarició. Miraba por la ventana mientras a su lado, él manejaba y cantaba el coro de una canción que sonaba en el reproductor.

*Así que no me llames cariño,
a no ser que de verdad lo sientas así,
no me digas que me necesitas,
si no te lo crees...*

Intentó no escucharlo porque por alguna razón la letra la incomodó. Se habían visto en dos oportunidades, y en las dos, Jordan la había hecho sentir muy bien, pero algo ocurría, las dos salidas habían sido casi perfectas; repito *casi*, porque aún no se daba el siguiente paso. Ella quiso saber el por qué,

pero no se atrevió a preguntar, por un lado no sabía qué sentía Jordan por ella; y por el otro, no quería verse como una chica desesperada. Aunque lo estaba. ¡El ahora o nunca se agotaba!

Jo pasó parte de la noche pensando en que no se debió encariñar con el rubio, pero era imposible no hacerlo, Jordan era encantador y juntos habían pasado buenos momentos, aunque entre ellos nada estaba claro ni en los sentimientos ni en el corazón.



El día al fin llegó.

El tren de Jo salía a las diez de la mañana y los ánimos iban en picada. Sería la última vez que vería a Jordan hasta quien sabe cuándo, podía ser que ella regresara pronto a Connecticut, pero quizás para entonces, él ya la habría olvidado.

Simplemente la vida es así. Había sido el enamoramiento más rápido que había tenido en todo su vida, por eso lo pensó mejor y lo entendió, sin duda una bonita conexión había surgido entre ellos, pero tampoco es que sería la despedida de dos amantes a quienes se les desmorona el corazón. Existía un leve temor por la distancia, como también la alegría de haberse conocido.

—Hace frío. —Jo juntó ambas manos frente a su boca y las sopló para tratar de calentarlas con su aliento.

—¿Por qué no te pusiste guantes? —Jordan se quitó los suyos, se los colocó y frotó sus manos con las de ella generándole una calidez inmediata.

—Pensé que la mañana no sería tan helada.

Erin estaba sentada frente a ellos sumergida en su teléfono, de vez en cuando los espiaba en silencio y volvía a bajar la mirada a la pantalla.

—Anoche nevó —soltó Jordan unos segundos después.

—Pero la temperatura aumentó. —Ella siempre con una respuesta para todo—. No creí que hoy me convertiría en un cubito de hielo.

—Yo sé cómo derretir el hielo. —Jo lo miró levantando ambas cejas y no pudo evitar sonrojarse un poco.

—¿Ah, sí?, ¿cómo? —Lo tentó, Jordan se acomodó en la silla y se inclinó un poco...

—¡Ey, sigo frente a ustedes, el frío no me ha tapado los oídos! —Erin los miró fingiendo molestia, luego regresó la vista a su teléfono.

Jordan pasó el brazo por el hombro de Jo y la atrajo a su cuerpo, ella recostó la cabeza en su pecho y se quedaron un rato en silencio. Era como un abrazo cálido y contenido, uno que abría la antesala a una despedida.

—Quiero seguir en contacto contigo. —La chica habló de repente.

—Yo también, escíbeme cuando quieras y abre una cuenta en *Skype*, por favor.

—Lo haré, conseguiré a alguien que me explique cómo usarlo, ¿cada cuánto te puedo llamar?

—Las veces que desees. En el día siempre estoy ocupado en la empresa, pero las noches y los fines de semana pueden ser tuyos... —La miró fijamente con un gesto sugerente.

—¿Cómo una relación a distancia?

—Sí, pudiera ser así. —Jo sonrió a medias a pesar de que él le estaba dando una pequeña esperanza—. Oye, ¿qué sucede? Volveremos a vernos.

—Lo sé. —Su tono reflejó duda—, es solo que voy a echar de menos muchas cosas, por ejemplo a ti... —Su amiga carraspeó y Jo rodó los ojos con diversión—. Y por supuesto que a Erin también.

—¡Oh, gracias! Por un momento pensé en buscarme a otra amiga —exclamó, Jo y Jordan se echaron a reír.

La llamada para abordar el tren con destino a Starry Ville resonó por los parlantes y los tres caminaron hasta la puerta de embarque, las dos chicas conversaban entre risas cómplices, pero él iba pensativo.

A veces sonreía, pero también estaba inquieto. La presencia de Jo en su vida había sido algo inesperado. Trataba de evitar el contacto con ella, físico y mental, porque sabía que seguir adelante no estaba bien, pero esa chica tenía algo especial: su sonrisa, sus gestos, la determinación con la que le pidió que la besara, todo de ella lo envolvió. Desde que la vio le pareció una chica atractiva, luchó contra su cabeza para no invitarla a ese café aquel día, pero todo se le escapó de las manos e igual lo hizo, y el esfuerzo de mantener las cosas a raya se fue más a la mierda cuando aceptó una especie de relación a distancia con ella. Jo lo abrazó y eso denotó que hizo todo muy mal.

—Todo listo para partir —comentó aferrándose a la chica con una inentendible fuerza—. Cuídate mucho, linda. Gracias por regalarme un fin de semana diferente.

—Cuídate también, Jordan. —La mirada le brilló, no sabía de dónde le había salido tanto cariño por ese chico—. También la pasé excelente.

—Avísanos cuando llegues. —Sonrió y le acarició la mejilla—, buen viaje.

Otro abrazo, y otro más corto, pero nada más.

—Lo haré —le respondió.

Jo se despidió de Erin y se obligó a subir al tren.

—¡Resuelve todo, será la única manera de continuar! —le gritó Erin. Las despedidas no le gustaban, pero sabía que su amiga debía ir a ese lugar .

—Lo intentaré, lo prometo —contestó desde la ventana.

—Debí ir contigo, pero odio hacer maletas.

Jo se rio hasta que el tren comenzó a andar. Se despidió con la mano por última vez y se le apretó el estómago cuando Jordan le lanzó un beso, se sentó en el asiento y dejó escapar un pesado suspiro que la ahogó.

Espero que estés contento, Nathan. Pensó.

Y el viaje comenzó.

La hija de Preston Jones volvía al pueblo que años atrás creyó nunca regresar. La mirada de Jo iba de la ventana del tren al resto de los pasajeros: unos escuchaban música, otros leían alguna revista y solo algunos contemplaban el camino en el exterior del vagón. Aunque había dormido bien por la noche sintió cansancio en el cuerpo, se puso de lado y recostó la cabeza de la ventana, relajó el cuello y cerró los ojos.

A las horas una voz masculina anunció la primera parada, por lo que se despezó un poco. Observó a tres niños que jugaban cartas en el piso del pasillo, sonrió cuando se quitó los guantes que había olvidado devolverle a Jordan, comió algunos dulces que Erin le regaló en la mañana y luego hurgó en su bolso hasta encontrar su teléfono.

No quiero llamar.

Pero tenía que avisarle.

—*Hola, mi amor —atendió con voz alegre.*

—*Hola, tía Nancy, ¿cómo estás?*

—*Bien, llegando del mercado, ¿todo bien por tu casa?*

—*No lo sé —respondió. Hace días que no lo sabía, aunque rezaba para que así fuera.*

—*¿Cómo no vas a saber?, ¿qué pasó?*

—*Muchas cosas que luego te contaré, pero escucha, hay algo que quiero decirte, hoy llego a Starry Ville.*

—*¿A dónde?*

—*Sí, sé que parece imposible.*

—*No imposible, pero creí que sería una posibilidad lejana.*

—*Lo hago por Nathan.*

—*Ay, Dios mío... —dijo y se le quebró la voz—. Bueno, cielo, sabes muy bien que aquí estaremos encantados de recibirte, ¿a qué hora llegas?*

—«Tú» estarás encantada —enfaticó.

—Por supuesto, mi amor, y él también —agregó. Jo rodó los ojos.

—Llego en una hora, pero ya tengo donde quedarme.

—¿Cómo?, ¿por qué no te quedarás en mi casa? —Sonó molesta.

—Porque no estoy preparada para eso.

—Te quedarás aquí, no me importa si tengo que echarlo por un tiempo.

—No, tía, me quedaré en un apartamento que alquilé.

—¿Y por qué alquilaste un apartamento? ¡Está mi casa y también la tuya!

—Habló indignada.

—Ya no la siento mi casa, esa propiedad es de él. Además, me gusta ser independiente, solo necesito conseguir empleo.

—Hablaré con mi amiga Omaira, ¿la recuerdas? Su hija Jimena dio a luz y estaban necesitando a alguien en la tienda de antigüedades.

—Bueno, está bien. — No era un trabajo soñado, pero por algo debía empezar, ¿no? —. Te llamaré luego, hoy voy a conocer el apartamento y a descansar un poco, mañana nos vemos.

Se despidió y se volvió a acomodar en el asiento, se acurrucó un poco con la manta que había llevado para el viaje e intentó escuchar un poco de música porque se rehusaba a dormir de nuevo.

Más te vale que esto valga la pena, Nathan.

Suspiró.

Mira que hacerme regresar.

Parpadeó para contener las lágrimas.

Más te vale.

Uno de los niños que jugaba cartas levantó la cabeza y le sonrió como si la hubiese escuchado.

Tú sigue en lo tuyo, amiguito.

Apartó la vista para mirar por la ventana con nostalgia. Preston y Connie fueron un matrimonio ejemplar en Starry Ville y ella era su princesa. La niña que lo tenía todo. Observó el paisaje llenándose de añoranzas.

¿Starry Ville estará igual que siempre?

Lo recordaba como un lugar muy hermoso, por más que lo negara había extrañado su hogar.

Cuando llegaba del colegio al mediodía sus padres se peleaban por abrazarla, como siempre, su padre salía victorioso. Ella salía corriendo hacia él y no porque quisiera hacerlo a adrede, sino que Nathan era el primero en colgarse del cuello de su madre, era muy apegado con Connie y le encantaba

abrazarla. Tal vez por eso ella sentía un poco de favoritismo por su padre, siempre fue más cálido con ella, claro que igual amaba a su madre, pero con él siempre se la llevó mejor.

Cuando era niña, todos en el pueblo solían decirle lo mucho que se parecían, y no solo por los ojos azules y la mirada felina tan particular, sino también porque había heredado el buen oído musical de Preston; juntos habían cantado en el coro de la iglesia, en presentaciones de la escuela y otras tantas en el Pub Casiopea. Su padre era un artista nato, en su imaginación todavía lo podía escuchar cantar *Every Breath You Take* al puro estilo de *Police*, pero con una voz más distorsionada. No se dedicó a la música ni tampoco recorrió el mundo con una guitarra a cuestas, siguió cantando, pero desde la estación policial; desde hace unos años, Preston Jones era el sheriff de Starry Ville. ¡Ah, y le encanta ayudar a los demás! A todos menos a su familia. Jo nunca había sido buena para olvidar, Preston le dio la espalda a su familia cuando más lo necesitaron.

Oyó un ruido y prestó atención a la ventana. Miró la hilera de casas que el tren a su paso iba dejando atrás, casi pegó la nariz al vidrio para no perderla de vista y sonrió. Su hogar. El único en donde había sido realmente amada y feliz. El tren se detuvo unos minutos después y a Jo inmediatamente la envolvió la magia de haber llegado a Starry Ville.



A garró su maleta y abandonó el tren en una tarde de lunes cuando el sol todavía no se ocultaba. Comenzó a caminar por la estación, miró en varias direcciones y frunció los labios, ninguno de los presentes le daba la impresión de ser el loco rockero. Ella debía adivinar quién era y por eso sus ojos azules escaneaban sin éxito el lugar; nadie estaba vestido de negro, ninguno llevaba pelo largo o ropa con tachuelas, tampoco vio vaqueros desgastados o cuero abundante.

Resignada, se acercó a la salida, la había plantado. Cruzó la puerta y alzó la barbilla, estaba dispuesta a buscar un taxi, pero se detuvo y las ruedas de su maleta dejaron de hacer ruido en el suelo cuando algo captó su atención. Observó por unos instantes a un hombre que fumaba sentado en el capó de un auto. Simpático. Atractivo. No supo que era él hasta que vio el cartel con una imagen de una boca roja, que sujetaba con su mano derecha, se sacudió la ceniza que voló hasta su jersey gris y lanzó el cigarrillo al suelo.

¿En serio era él y había llevado un letrero?

«Como los labios rojos de la chica mala y fría de mi imaginación.»

Llevaba rato sin acercarse y no sabía por qué, no podía continuar así, estaba a unos pasos de él, mirándolo y detallándolo. *¡Vamos, que pareces loca!* Le dictó su conciencia. *Sabía que esto no sería buena idea.* Se respondió a sí misma y se movió.

—Hola, ¿eres el de las preguntas de rock? —Los ojos de él volaron en su dirección. Jo tragó saliva, de verdad era guapo, con cara de que no rompía un plato y de cabello castaño.

—Exacto, soy Andrew.

Estudió a la recién llegada con la misma medida que minutos antes había utilizado ella. Cuando hablaron por teléfono también se la imaginó diferente, es por eso que al verla se desorientó un poco. Starry Ville era un pueblo pequeño y miento si les digo que Andrew no se había cruzado con alguna chica bonita alguna vez, pero a pesar de que así era, él se dio cuenta de que esta difícilmente podría pasar desapercibida ante los ojos de ningún hombre. La muchacha que tenía enfrente de figura delgada y rasgos finos lo observaba con esos ojos color celeste que se asemejaban al cielo más limpio que hubiese visto jamás, sin exagerar, incluso hasta su atuendo le gustó, llevaba un abrigo vino tinto y marrón, un jean que se ceñía muy bien a sus curvas y unas botas marrones de invierno. Toda ella lograba un conjunto perfecto que no le desagradaría mirar por horas.

Jo dio un paso adelante y él se bajó del auto.

—Adiós a la idea de compartir apartamento con una excéntrica rockera —dijo con un deje de diversión. La escaneó de arriba abajo y los labios de Jo se movieron de lado formando una mueca—. Permite que te ayude con esa maleta.

—Gracias —contestó, sin poder apartar la mirada del objeto que brillaba en la oreja izquierda del muchacho. Intentó sonreír—, ¿tienes un arete? —le preguntó. Jo observó cómo cargaba la maleta sin mucho esfuerzo.

—Sí, estamos en el siglo XXI, cariño.

Lo miró disimuladamente. *¿Cariño?* Se ruborizó.

—No te estoy juzgando —objetó. Apartó la mirada cuando él cerró la maleta y la volvió a ver de arriba abajo. Quiso decirle que dejara de hacer eso, tuvo ganas de romper el acuerdo cuando se giró hacia ella y las comisuras de sus labios se elevaron, saberse viviendo bajo el mismo techo con ese sujeto de asombrosa sonrisa sería un problema. ¿Cómo diablos se suponía que viviría con alguien que la miraba de ese modo?

Voy a tener que vestirme dentro del baño y dormir con ropa que me cubra hasta el cuello, si en algún momento se pasa de la raya lo golpearé con lo que sea.

De seguro intentaba pensar que era un depravado cuando Andrew no era así, desprendía fuego con su mirada avellana, pero eso no le quitaba lo respetuoso.

—¿Qué hay de ti?, ¿cómo te llamas? —Con precaución caminó hasta ella y le extendió el cartel que había llevado.

—Que loco... —dijo, lo tomó entre sus manos y sin preguntarle si se lo podía quedar lo metió en su cartera—. A mí puedes decirme Jo.

—¿Joy? —preguntó sonriente.

—No, Jo —lo corrigió—. Se pronuncia Jo-u.

—Jo —repitió—. ¿Es un diminutivo de algo? No te ofendas, pero es extraño.

—Es una abreviación —explicó como muchas veces lo había hecho.

—Un placer conocerte, Jo. —Y sin saber por qué le dio un beso en la mejilla, ella lo miró sorprendida—. ¿Te parece si vamos a comer algo y así conoces un poco el lugar?

—Yo... —comenzó a decir—, yo quiero... darte las gracias por alquilarme la habitación y... por venir hasta aquí a buscarme. —Inhaló antes de continuar, debía contarle que ya había estado antes en cada sitio de Starry Ville—. De verdad gracias, Andrew. No debiste molestarte.

—No me has causado ninguna molestia, señorita. —Jo sonrió a medias.

—Voy a ir contigo a comer, pero antes quiero que sepas algo. —Andrew arrugó la frente, le pareció que estaba muy nerviosa—, deberías saber que ya he estado aquí, me refiero aquí en Starry Ville, ibas a saberlo de todos modos, es inevitable —explicó, como si estuviese hablando consigo misma—. El pueblo es pequeño, pero a pesar de que han pasado seis años, seguro me reconocerán.

—Deberías haberlo mencionado cuando te expliqué la dirección por más de treinta minutos —pronunció asombrado.

—Lo sé —contestó—. Nunca imaginé que regresaría.

—¿De verdad? —Se sacó las llaves del bolsillo de la chaqueta y negó con la cabeza—. Sube al auto, por favor, acabas de quitarle lo divertido a mi tour.

—¿Por qué le quité lo divertido? —Andrew le abrió la puerta del copiloto y ella por primera vez pudo sonreírle.

—Porque no habrá nada nuevo que mostrarte, si has vivido aquí debes conocerlo todo.

—Sí, así es, pero algunas cosas habrán cambiado, ¿no?

—¿Cómo voy a saberlo? Estoy en Starry Ville desde hace tres años, mi madre vino aquí por asuntos de trabajo y me pidió acompañarla.

—¿Vives con tu mamá? —indagó como preocupada.

—No, a mi madre no le molesto, pero ella es algo... ¿cómo explicarte para que puedas entender? Ya sé, como cuando tienes un dolor de cabeza muy fuerte y el vecino te coloca canciones a todo volumen. Bueno, se levanta muy

temprano para ir trabajar y odio a su chihuahua.

—Me gustan los perritos.

—Sí, pero este ladra todo el santo día para arruinarte el sueño.

—¡Es un perro! —refutó.

—Déjame ponerlo en duda, estoy convencido de que Timoti es una especie creada por satán. —Jo se echó a reír—. Bueno, es lo que es y ella lo adora, el punto es que mi madre es una persona compleja e igual de nerviosa que su chihuahua y eso siempre me crispera de los pelos, de verdad prefiero vivir solo.

—Entiendo... —Le dedicó una mirada condescendiente—. Si hay alguien en el mundo que comprende de relaciones complicadas entre madres e hijos, esa soy yo.

—¿Tú madre también es enrollada?

—Algo así —dijo, él notó la repentina tristeza en su voz y decidió cambiar de tema.

—¿A dónde quieres ir? —Encendió el motor y sacó de la guantera unos lentes de sol.

—¿Todavía existe Amilcar's Burger? —inquirió.

—Sí, te llevaré, me gustan esas hamburguesas.

—Vamos entonces —propuso.

Las hamburguesas que preparaban ahí eran muy buenas, pero la verdadera razón por la que quería ir hasta ese lugar era porque quedaba lejos de la comisaría y de la casa de su tía. No quería encontrarse con su padre, no estaba dispuesta a verlo todavía.

Jo sintió el viejo olor familiar apenas entró. El señor Amilcar llevaba siendo el dueño de ese local desde hace más de quince años. Tenía dos hijos, una esposa paciente y una vida muy agitada. Manejar un negocio de comida siempre le ocupaba mucho tiempo. Jo recordó las constantes quejas de la mujer de don Amilcar, ella cada vez que podía le reclamaba que ocupaba un segundo lugar en su vida.

Después de pasar una semana entera alimentándose con puro *Choco Krispis* y leche, Jo agradeció la hamburguesa con papas fritas que se estaba devorando, tenía la esperanza de comenzar a trabajar pronto y así llenaría la despensa de todo lo que encontrara en el supermercado.

—Eh, Jo, tómallo con calma. —Los ojos de la chica subieron de su hamburguesa al rostro que la miraba con diversión—. Te gustan bastante, ¿no es así?

—Lo siento, Andrew, pero no voy a privarme del placer que... me da saborear de nuevo una hamburguesa de aquí.

—¡Demonios, es que siento que no respiras!

—¡Claro que... lo hago! —Rodó los ojos y él negó con la cabeza.

—Si quieres puedo pedirte otra para llevar.

—Eres un buen hombre, Andrew. ¡Dios te bendiga!

Se echaron a reír. A Jo le pareció que sin duda podía comerse no una sino dos más, pero paró la risa cuando se acordó que no tenía dinero suficiente.

Mierda. Bueno, ¿qué pasa? Puedo pagar la hamburguesa, lo que no puedo es llevarme la otra.

—Mira, Jo. —La llamó Andrew, y señaló hacia la barra en donde había diferentes sabores de helado—. Por si piensas pedir postre, te recomiendo el de chocolate blanco.

Vale, ahora sí debo parar esto.

—No quiero helado, ni nada para llevar. —Lo tranquilizó, limpiándose la boca con una servilleta—. Así estoy bien.

—¿Segura? —La miró de un modo extraño, a ella no le gustó su expresión.

—Sí, segura. —Observó con angustia su bolso y él captó el mensaje, pero le pareció divertido forzarla a decir lo que realmente ocurría.

—¿Te importaría pagar la cuenta, Jo? Dejé mi billetera en el apartamento. —Ella lo miró estupefacta.

—Pero... —Pestañeó varias veces y sintió como sus mejillas se calentaban—. Pues...

—Te lo agradezco. —Sonrió mostrando sus dientes—. Te pagaré, lo juro.

—No cargo mucho efectivo —mintió—. Y no creo que acepten tarjeta.

—Sí aceptan. —Se inclinó hacia ella y susurró—, será más rápido y sencillo. —Jo lo miró por un momento sin decir nada, las manos le sudaban y el cuello le comenzó a picar.

—Está bien, ya vuelvo —dijo, y se levantó con pesar.

—Jo... —Se detuvo cuando lo escuchó decir su sobrenombre—. Vuelve aquí.

—¿Qué sucede?

—Yo invito esta vez. —La chica soltó el aire, Andrew se aclaró la voz y con interés en los ojos le habló—: y todas las que lo ameriten, pero si me dices la verdad.

—¿Cuál verdad? —inquirió, fingiendo que nada ocurría.

—La de que no tienes dinero. —Guardó silencio, desconcertada—. Entonces tengo razón.

—Me temo que sí —contestó con tono inexpresivo—. Pero no te preocupes, una tía quedó en conseguirme empleo en la tienda de antigüedades.

—¿Sí?

Se levantó y dejó varios billetes en la mesa, se dio la vuelta y salió del local con Jo detrás de él.

—Así es, el mes que viene tendré para pagarte el alquiler. —Habló con voz nerviosa.

—Está bien —respondió—. Pero dime algo, ¿sabes algo de antigüedades?

—No tengo idea, ¿qué tanto se necesitaría saber?

—El señor Abdul paga por comisión, si no sabes vender antigüedades te irá malísimo.

—¡Gracias por la confianza! Sé que no nos conocemos, pero no me molestaría que tuvieras un poco de fe en mí.

—En serio, Jo. Es una mala idea.

Mientras caminaba con Andrew hasta el auto una parte de ella pensaba en que él tenía razón, y la otra, estaba a punto de echarse a llorar. Estaba negada a pedirle ayuda a su tía o a su papá.

—Estás pálida, ¿te sientes bien?

—No. —contestó con voz aguda—. ¿Por qué le hice caso? ¡No debí regresar!

—¿De qué hablas?

—¿En qué puedo trabajar yo en este pueblo? —Se rio con histeria—. ¿A qué diablos vine?

—Necesitas calmarte... —La detuvo sosteniéndola del brazo—. Ven, siéntate en el auto.

Pasó un buen rato hasta que Jo logró regular su respiración, necesitó unos minutos para recobrar la entereza. No podía perder el control, no podía dejar que el miedo la dominara. Cuando Andrew la vio más calmada suspiró hondo y le habló.

—No creí contarle esto a nadie, pero sé de un trabajo que puede interesarte. —Eso logró captar toda la atención de la chica.

—¿De qué se trata? —preguntó con rapidez—. Haré lo que sea.

—¿De verdad? Porque este empleo tiene buena paga pero no es nada fácil ni común.

—Sí, lo que sea. —Andrew se apoyó en el posabrazos y la miró pensativo.

—Quiero que me ayudes a descubrir las infidelidades de algunos habitantes del pueblo —le pidió sin más preámbulo. Jo frunció el ceño y soltó el aire poco a poco, aquello era lo último que esperaba oír. Andrew de verdad estaba loco.

—¿Es una broma?

—No, es un empleo totalmente real.

—¿Me estás diciendo que me vas a pagar por chismosear la vida ajena?

—Para mí no es «chismosear» —respondió serio—. Seremos más bien como detectives privados, ¿qué te parece?

—¿Puedo tratar de procesarlo?

—No te imaginas la cantidad de personas interesadas...

—No pensé que pasaran cosas así.

—¿Las infidelidades?

—No. Es evidente que en todos lados existen, pero me refiero es a que hayan personas que le paguen a otras para descubrirlas.

—Pues créelo —respondió con una ligera sonrisa en los labios—. Y pagan muy bien.

—¿Por qué lo haces? —Quiso saber.

—Por la misma razón que me diste tú hace un rato, no hay mucho que hacer por aquí y de alguna manera tengo que conseguir dinero.

—Ya... —dijo ella con cierto pesar—. Dime solo una razón por la que debería aceptar ese absurdo trabajo.

—Podrás pagarme la hamburguesa, tener para tus gastos y no te cobraría el alquiler. —Sus azulados ojos se clavaron en la sonrisa burlona de él.

—Creo que es un buen trato. —Lo miró expectante—. De acuerdo.

— ¡Venga, entonces seremos detectives!



S tarry Ville nació en la época de 1825 como un pequeño pueblo ubicado al este de Hartford en Estados Unidos. Su cielo nocturno brinda a sus 2.310 habitantes la mejor estampa de la naturaleza, sin mucho esfuerzo, las estrellas, planetas, galaxias y cúmulos, parecen quedar al alcance de la mano, por ser un lugar alejado de la contaminación lumínica es una experiencia inolvidable para los turistas; por eso seguían llegando de muchas partes del mundo y las personas que ahí viven los reciben siempre con encanto y hospitalidad. Jo nació bajo ese perfecto cielo, y así hubiera pasado tiempo sin apreciarlo le maravilló de la misma manera.

Andrew giró en la calle Gruya y Jo dirigió la mirada a la estructura de tres plantas, la bandera norteamericana seguía ondeando en el techo, ahí trabajaba su padre, el edificio se erguía en la misma esquina. Hubo un tiempo en el que le gustaba caminar por esos pasillos, se escurría en la oficina de Preston y se comía todas las donas que encontraba. Ella, y solo ella, podía jugar con su placa, llenar su escritorio de muñecas, y si alguna se portaba mal la encerraba en una gaveta. Era una niña que imitaba a su héroe.

—La comisaría, el único lugar de aquí que deseé ya no existiera.
—Andrew giró en otra esquina.

—¿Tuviste problemas con la justicia? —preguntó, le pareció extraño el comentario de la chica.

—Digamos que sí, hace como seis años cuando comencé a juzgar la moral y las buenas obras de alguien que trabaja en ese lugar —dijo refiriéndose a Preston.

—Entonces, ¿te metiste en problemas con algún policía? —indagó, el bajo ánimo de Jo era notable.

—Sí, en ese tiempo solo era policía...

—¿Ya no lo es?

—No.

—¿Debería estacionarme para que me cuentes?

La muchacha lo pensó por un momento hasta que decidió que debía encargarse personalmente de ponerlo al tanto de los pormenores que tenía con su padre, de su difícil relación. Y aunque Andrew era solo un desconocido, algo en él le inspiraba confianza.

—Continúa, lo prefiero así.

—Está bien, te escucho.

—Me gustaba presumir de mi padre, pero hace mucho tiempo que no lo hago, no tuve el placer de estar con él en los últimos seis años —dijo sin emoción, la expresión de Andrew era de duda.

—¿Él trabaja en la comisaría?

—Desde entonces sí, es el Sheriff —le explicó. Andrew frenó en un semáforo y la miró con sorpresa—. El problema es que mi papá no tuvo mejor idea que pelearse con mi mamá cuando a mi hermano menor le diagnosticaron leucemia, eso arruinó la vida de mi familia, nos distanció.

—¡Oh, mierda!

—Él necesitaba tratamiento y el mejor especialista, mi madre enseguida supo que teníamos que irnos de aquí para conseguirlos.

—Claro, era la mejor opción.

—Pero mi padre aceptó su ascenso y se quedó trabajando en Starry Ville.

—¿Por qué? —preguntó abriendo mucho los ojos—. ¿No pudo irse?

—No quiso, que es distinto. —Habló con resentimiento—. No rechazó la oportunidad que le dieron para ser la autoridad del pueblo.

—¿Cómo puede ser más importante un trabajo que tu familia?

—Me lo pregunto todos los días desde que Nathan enfermó. ¡Cómo me molesta! No lo supero. —La miró y vio una profunda tristeza en los ojos de Jo.

—Lo imagino...

La reacción de Andrew como esperaba, había sido de molestia, pero al menos no hizo más preguntas incómodas. Solo miraba al frente. Andrew avanzó cuando el semáforo cambió de color.

Él no tenía una familia perfecta, pero tampoco se podía quejar. De niño, su

madre siempre se las arreglaba para sustituir el vacío emocional que le causaban los constantes viajes de su padre —el sr. Key—, era como tener un padre a distancia, pero lo tenía al fin; su mayor problema era que solo lo veía en días festivos.

Cuando el auto atravesó el paseo Aldebarán, Jo descubrió que las hermanas Mery y Julia Tompson habían ampliado el negocio, la librería *Barnes & Noble* ahora ocupaba dos pisos, era evidente que el lugar se había puesto a valer. A lo largo del paseo, la tienda de mascotas, la de regalos, el pequeño supermercado y el viejo café Fuente de vida lucían manos de pintura nueva. Sonrió cuando pasaron frente al Starry Ville High, en el salón número seis de esa escuela había recibido su primer beso de los labios de Tyler Smith.

Andrew enfiló hacia la calle Venus, pasaron la iglesia que conservaba su estilo renacentista y una manzana más allá se estacionó. Jo había visto el edificio antes, aunque no recordaba que fuera marrón; el destino de los chicos fue el tercer piso, el último.

—¡Bienvenida! —Abrió la puerta y entraron. Los olores del lugar donde vivía Andrew la envolvieron: nicotina, ambientador y perfume.

—Un lugar bonito este que tienes aquí. —Jo estornudó y se volteó para descubrir que Andrew abría una ventana, los olores se dispersaron y los gestos de él fueron de disculpa. Ella notó que el apartamento era amplio y cómodo, carecía de algún toque familiar, sin embargo le agradó.

—Puedo permitírmelo —le confesó—. Hace un tiempo tuve uno más sencillo, pero estaba detrás del bar Casiopea, la tolerancia de mis oídos al karaoke que hacen ahí todos los jueves es limitada.

—Me gusta saber que todavía existe ese pub. —Lo siguió cuando él avanzó arrastrando la maleta hacia un pasillo—. Te ofrezco ir el próximo jueves.

—Gracias, lo pensaré, aunque creí que te gustaba era el rock.

—¿Tú solo escuchas rock? Es suficiente para mí, pero te confieso que escucho otros estilos musicales.

—¿Cómo cuáles? Quiero saber.

—Como cualquier éxito de esos que explotan las disqueras hasta el cansancio —añadió en tono bromista—. A veces puedo ser así de básica.

—Le he prestado atención a las letras y hay canciones buenas sonando en la radio —aceptó Andrew mientras entraban al sitio que ahora sería el cuarto de Jo.

Él se limitó a colocar la maleta en el armario y Jo curioseaba por todos lados. Más que agradable, la habitación que él le había dado era perfecta. No solo porque era espaciosa, sino que tenía su propio baño. Privacidad entre los dos.

—Quizá el jueves podamos cantar alguna canción en el bar —dijo Jo sentándose en la cama, mirando el edredón azul marino que simulaba ser un cielo con constelaciones.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque yo nada más canto en la ducha —le aclaró.

—¡Ya lo veremos!

—Nadie en este mundo hará que yo cante en ese pub.

—No creo que estés en condiciones de negarte, ¿qué tanto puedo chantajearte? Ah, sí, bastante.

—No puedes contarle a nadie lo que hago, Jo. No puedes exponerme.

—La miró con reproche, Jo lo ignoró y se levantó para quitarse el abrigo.

—No se lo diré a nadie. —Se acercó y sostuvo la puerta con la mano—. Ahora sal de aquí que quiero familiarizarme con mi nueva habitación.

—Después de todo si eres una chica mala.

—Solo cuando me llevan la contraria. —Eso divirtió al chico.

—Me temo que seremos buenos amigos. Estaré en mi habitación por si necesitas cualquier cosa.

Jo alzó la mano para despedirse y cerró la puerta. Andrew atravesó el pasillo y se detuvo, esa chica loca le iba a dar problemas, ¿por qué sonreía entonces?

Andrew negó por la invitación de la joven, lo que ella había maquinando en su cabeza no sucedería. Él no cantaría en ese bar ni en mil años y nada lo haría cambiar de opinión, pero tal vez sería divertido ver a Jo haciendo el ridículo, sintió ganas de que fuera jueves y volvió a sonreír. Eso, al menos, lo mantendría alejado de su otro pensamiento. *¿Por qué tienes que ser la hija de Preston Jones?* Un profundo pesar lo embargó y no sabía bien por qué —o tal vez sí—, eso la hacía intocable.

Según lo que le había contado era hija de un hombre del que sabía se la pasaba maldiciendo, amargado y que le tenía el ojo puesto, no entendía a ciencia cierta la razón, aunque estaba comenzando a creer que el policía sospechaba de su “trabajo.” Andrew pensó que no podía culpar a su hija por no querer perdonarlo, el señor Jones había tomado una mala decisión, que a

su vez seguía arrastrando dolor.

Pensó en que Jo no le había preguntado cuál sería su horario laboral, pero ya lo arreglarían luego.

Ella se recostó un rato y cayó profunda, por lo que no volvieron a verse sino hasta la mañana siguiente.



Cuando entró al supermercado vio a seis personas, solo dos eran mujeres. Una rondaba los sesenta y la desechó de inmediato, la otra estaba de pie, masticando chicle y con una chaqueta de graduación con el nombre de Starry Ville High sobre su bolsillo izquierdo. Él pagó sus compras y la miró acercarse a la caja de al lado, la falda que llevaba puesta era ajustada y muy corta, y ni hablar del maquillaje exagerado para una muchachita de diecisiete. Ella salió del lugar y Andrew la siguió hasta la parte de atrás del local, la vio cruzar la puerta del depósito y se detuvo para escuchar.

—Mis padres no estarán en la noche, ¿quiere venir a mi casa, sr. Lossa?

—¿Y qué haremos?

—Ya sabe, tendremos sexo.

—Mi esposa se está cansando de mi falta de atención.

—Haré lo que me pida —presionó con descaro—. ¿Ella te deja hacerle lo que quieras?

—Haces que me caliente en un segundo, nena. Imposible negarme cuando hablas así.

—Te daré un adelanto entonces...

Andrew corrió hasta su auto y lo encendió cuando los sonidos se empezaron a tornar calientes y calurosos. Serpenteo algunas calles y se echó a reír cuando pasó frente a la preparatoria.

Escuchó la sirena justo cuando cruzó a la izquierda de su edificio. Algunas investigaciones requerían poco tiempo, pero se tardó más de lo habitual porque el sr. Lossa abrió el supermercado a las siete, echó un vistazo al espejo retrovisor y se alegró de tener el asiento lleno de víveres. Se estacionó, bajo la ventana y el dueño de la patrulla se acercó.

—Buenos días, Andrew. —Este saludó con la cabeza—. Supongo que estás apurado.

—¿Iba muy rápido?

—Ibas a una velocidad de setenta cuando pasaste por la plaza. —Andrew sonrió y apretó el volante.

—No hay muchos autos esta mañana, ¿seguro que no iba a cincuenta?

El hombre se tomó algunos segundos para mirar las bolsas en el asiento del copiloto antes de devolver su atención al joven.

—¿Cómo está Valerie? —Andrew rio por la pregunta del oficial y lo contempló, atento a lo que estaría pensando en su cabeza. Él no era tonto como para no darse cuenta del notable interés que tenía hacia ella.

—Debe estar igual que siempre, señor. Mi madre vive ocupada con la inmobiliaria.

—¿Ya vendió la casa que está en la calle Estrella Polar?

—Me temo que no.

—Qué mal. —Retiró el brazo de la capota del auto y se enderezó—. Ojalá tenga suerte pronto. Ah, y manda a arreglar el kilometraje, ¿de acuerdo? No quiero guardarte rencor por mentirme.

—Lo haré, sr. Jones, gracias.



Eran casi las nueve de la mañana cuando Andrew llegó al apartamento, ya se había quitado la chaqueta y los guantes y comenzó a revisar las fotos que tomó con su celular. Había espiado varias veces a West Lossa desde que su esposa lo contrató, uno de los socios del supermercado parecía tener un romance con una chica demasiado joven. Si a Andrew le faltaban pruebas ese día las consiguió; le gustaban los retos y hacía cualquier cosa por encontrar la verdad.

Jo se dio un vistazo en el espejo y sonrió cuando su estómago comenzó a rugir, era una fría y renovada mañana, así que salió de la habitación dispuesta a devorar cualquier cosa. Cuando llegó a la sala divisó a su compañero de piso, lucía igual de bien que el día anterior, pero con ropa diferente; vestía un pantalón gris y una playera blanca, no era ropa para estar en casa, así que adivinó que entonces él ya había salido.

—Buenos días. —Andrew levantó la cabeza y clavó sus ojos en ella.

—Buenos días, Jo, ¿cómo dormiste? —preguntó mirándola de pies a cabeza, se detuvo en su rostro—. ¡Wou, tus ojos están más claros hoy!

—¿Sí? Mi hermano siempre decía eso, es por el reflejo de la luz solar.

—Son hermosos. —Jo se ruborizó ante el halago, pero enseguida él cambió de tema—. Traje algunas cosas para el desayuno.

—Perfecto —se apresuró a decir—. Cocinaré, solo dime donde están las cosas.

La miró con una sonrisa y se levantó del mueble.

—Vamos.

A Andrew siempre le gustó vivir solo, pero la compañía de Jo le comenzaba a parecer agradable. La observó con atención, le confesó que odiaba cocinar y que lo que siempre preparaba eran cosas rápidas y sin mucho esfuerzo, evitando freír y rogando para no quemar el apartamento. Se quitó los zapatos y puso algo de música, aun así no lograba relajarse, su cuerpo reaccionaba a cualquier movimiento de Jo de una forma que no reconocía y eso lo perturbaba, incluso más que pensar en la reacción de Preston Jones cuando supiese que su hija estaba viviendo con él.

—Vi a tu papá hace rato —comentó, midiendo su reacción. La chica detuvo lo que hacía y se giró enseguida.

—¿De verdad?, ¿en dónde? —Andrew extrañamente había comenzado a preocuparse por ella, le inquietaba lo que pudiera pasar cuando al fin se encontraran.

—Bueno, cerca de aquí. Casi me multa por exceso de velocidad, pero luego me dejó ir con una advertencia. —Jo intentó no parecer sorprendida, pero lo estaba, no imaginó que ellos se conocieran, aunque sabía que era una gran posibilidad.

—¿Estaba molesto? —inquirió.

—Un poco... preguntó por la venta de una de las casas que vende mi madre y luego me dejó ir. —Ella tenía la mirada perdida, pero reaccionó cuando él le tocó la mano—. ¿Pasa algo?

—Mi padre está vendiendo la casa... —musitó luego de parpadear varias veces.

—¿Y eso es malo?

—¡Lo es! ¡Claro que lo es! —Apretó los puños y la mandíbula de manera automática—, él nunca lo entenderá porque no le importa herirme más de lo que ya lo ha hecho, no entiende el valor que tiene esa casa para mi madre y para mí. Es... un idiota. —Lo miró un segundo antes de salir corriendo, dejándolo solo en la cocina.

Jo abrió la puerta de su habitación y se lanzó boca abajo sobre el colchón, el dolor rompió la barrera que lo contenía y la hizo pedazos.

Andrew se debatió en si debía darle espacio o no, no tenía idea de qué hacer. Se levantó y se sostuvo de la isla de la cocina, frente a los dos platos llenos, no habían comenzado a desayunar. Después de pensarlo detenidamente corrió hacia el pasillo para llegar a su puerta, porque no, no podía ignorar lo que ocurría, lo único que deseaba era que esa linda chica sonriera otra vez.

—Jo, abre.

—Quiero... estar sola, por favor... no te preocupes. —Logró decir con voz llorosa.

—No me iré. —Se quedó de pie ahí—. Vamos, déjame entrar.

—Estoy bien. Vete, no me gusta que me vean así, soy de lo peor.

—No digas eso, no lo eres. —Andrew escuchó sollozos—. Jo, por favor, abre la puerta. —Sintió un agujonazo en el pecho al oírla tan triste. Ella acababa de tener una gran pérdida y ahora venía su padre a fastidiarlo todo con lo de esa casa, por más fuerte que tratara de parecer, no podría ser de otro modo—. Espera...

Buscó algo en su bolsillo, en el llavero tenía las llaves del auto, la de la puerta del edificio y la de las habitaciones. Abrió sin mucho esfuerzo y entró.

—Te dije... que no entraras. —El suave susurro lo hizo correr hasta ella.

—Oh, cariño. —Se agachó para estar a la altura de la cama y con una mano recorrió el cabello que estaba desparramado sobre su rostro, al quitárselo vio su rostro húmedo—. Lo siento, pero no pude evitarlo.

—No puedo reclamarte, es tu casa —dijo al percatarse de que Andrew estaba a su lado con cara de preocupación.

—Vamos, ven aquí. —Le extendió la mano y cuando ella se sentó la envolvió en un fuerte abrazo.

Jo parecía una estatua, incapaz de moverse o decir algo. Pero pronto sus defensas cayeron y se apoyó contra él sin dejar de llorar. El joven no dudó en acariciar su cabello, por largo rato estuvo envolviéndola en sus brazos. Cuando ya estaba más calmada, Andrew tomó su mano y entrelazó sus dedos, no solo como un gesto de consuelo, sino porque comenzó a necesitar más contacto físico aunque fuera mínimo.

¿Qué le pasaba?, ¿por qué se sentía de esa forma? Solo era Jo y estaba triste. Solo era su compañera de piso, solo eso.

—¿Te sientes mejor? —preguntó, ignorando el vacío que sentía en el estómago.

—Sí, gracias —comentó Jo mirando su playera, parte de ella estaba mojada—. Es que muchos recuerdos me cayeron encima. Pero ya pasó, tranquilo.

—¿Segura? No sabía que esa casa significaba tanto para ti. Lamento habértelo soltado así —dijo a modo de disculpa.

—Ya no importa, Andrew. Tú no tienes la culpa, de cualquier forma me habría afectado. —Se esforzó por sonreír—. Y... gracias por prestarme tu

playera como pañuelo.

—No hay nada que agradecer. —Sacudió la cabeza a ambos lados—. Somos amigos, ¿no? O es lo que creo. No voy a escucharte llorar y dejarlo pasar. No puedes guardarte para ti sola tantos sentimientos, Jo. Es algo que no te dejaré hacer.

—Claro que somos amigos —le respondió levantándose—. Sé que te hice pasar por un mal rato, pero quiero que sepas que algo así no ocurrirá de nuevo, lo prometo.

—De acuerdo, confío en ti. —Y luego sonrió y la acercó a su torso para darle otro abrazo.

Estar unidos era muy agradable. Andrew no sabía qué le estaba sucediendo. Nunca antes se había preocupado tanto por alguien. Esas inmensas ganas de consolarla y protegerla le eran ajenas.

La chica se dejó guiar de nuevo a la cocina, se sentaron y él le acercó uno de los platos. Comieron en silencio. Jo quería agradecerle otra vez, pero el nudo en su garganta era tan grande que con suerte pasaba los bocados.

¿Por qué dolía tanto?

Para algunos no tiene sentido sufrir por un bien material, pero para Jo no era solo una casa, en ese lugar creció con Nathan, quién además de ser su hermano menor era su compañero y apoyo. En esa casa su risa fue más fuerte y su sonrisa más brillante. Para Jo el hogar estaba donde estaba el corazón.

Tengo que ir de nuevo a ese lugar.

—¿Qué puedo hacer para que sonrías de nuevo? —preguntó Andrew—. Dime, haré lo que sea.

Jo siguió en silencio un momento, y después, como si hubiera recordado algo importante, levantó las cejas hipnotizándolo.

—¿Lo que sea?

—¿Qué? —inquirió sin entender, después cayó en cuenta—. ¡No!

—¡Sí!

—¡Santo cielo, Jo, pide otra cosa!

—No quiero otra cosa, será muy divertido.

Andrew resopló y derrotado apoyó la frente sobre la mesa. Esos ojos tiernos y azules lo habían conseguido.

-VIII-



Jo trancó la llamada con una sonrisa. ¿Quién dice que diciembre no trae alegrías? Después de pasar media hora hablando con Jordan, contándole sobre cómo era el apartamento en donde vivía, y finalmente, escucharlo decir «pasa una feliz navidad, linda», se animó un poco más.

Y digo más, porque Jo reconoció que Andrew había hecho un buen trabajo el día anterior. Tal vez lo que más le gustó fue como la sostuvo para no dejar que se rompiera en mil pedazos, o la promesa que le arrancó de ir al karaoke, quizás fueron las carcajadas mientras le contaba lo que escuchó en el depósito del supermercado; lo increíble es que ese chico no descansó hasta que a ella le ardió la cara de tanta risa.

¿La hizo olvidar el tema de la casa? Bastante, al parecer.

Jo comenzaba a sentir agrado por Andrew Key. Un agrado especial que hacía que las cosas fueran más soportables y que ayudaba mucho a su ánimo revuelto.

Prestó atención a los ruidos de la cocina, ya era miércoles por la tarde y se había cansado de ver la televisión.

—Buenas. —Lo saludó sintiendo un delicioso olor a chocolate.

—Hola —contestó, y cuando se giró le extendió una taza—. Ten cuidado, está caliente.

—Gracias. —Jo sopló para luego darle un pequeño sorbo, pero tragó grueso—. Sabe muy bien.

—¿De verdad? —preguntó él con una mezcla de duda y sorpresa—. Siempre me queda raro.

—Tienes razón... — Jo no pudo contenerse más y arrugó la cara mirando el líquido en el interior de la taza—. Sabe fatal, le falta chocolate.

—No me extraña. —La chica se rio entre dientes. Andrew le quitó la taza y la puso en el fregador—. ¡Menuda mentirosa!

—No quería hacerte sentir mal —aseguró con una sonrisa, y lo empujó para apartarlo de la olla—. Déjame intentarlo yo.

—El chocolate está ahí —comentó él, indicando hacia una repisa que estaba al lado de la nevera—. Y el azúcar está en el frasco mediano de metal.

—Tendré que aprender donde está todo. Y prometo que lo mantendré ordenado.

—Coloca las cosas donde quieras.

—¿No te importa? —preguntó haciéndose un moño desgarrado en el cabello.

—Eres tú quien preparará el chocolate —dijo tranquilo, caminando hacia la nevera. Jo arqueó una ceja—. Por fin llevaré una vida como es debido.

—Como desee el señor. ¿Quieres un bolígrafo para que puedas hacerme una lista de quehaceres? —replicó afable—. Si me descuido no saldré de esta cocina ni de este apartamento.

—Eso no me molestaría. —Jo dejó de revolver el chocolate.

—¿Puedo preguntar por qué?

Andrew barrió su cuerpo con la mirada y ella se fue ruborizando.

—La verdad es que así podría tomar chocolate cada vez que me provoque —soltó de forma atropellada.

—Ah, qué alivio.

—¿Qué? —indagó él con curiosidad.

—Es que... —murmuró sonrojándose todavía más—. Vamos a vivir juntos, para mí no es fácil convivir con un hombre y... me he fijado en cómo me miras.

Él apartó la mirada un poco avergonzado.

—No te miro.

—¿No?

—Bueno, un poco, pero no lo hago a propósito. —Se aclaró la voz—. Si te molesta intentaré no mirarte así.

—Solo si puedes —dijo nerviosa.

Encendió de nuevo la hornilla y le echó dos cucharadas de chocolate en polvo.

—Por supuesto —contestó enseguida.

—Gracias, Andrew. —Sonrió tratando de ocultar la imagen de Jordan en su cabeza. Algo no iba bien. En el fondo ella no quería que Andrew la dejara de ver *así*.

—¿Jo? —La llamó—. ¿Estamos bien?

—Sí —tartamudeó.

¿Quién tartamudea con una palabra de dos letras?

De pronto sintió que debía establecer algo de espacio entre ellos, salir del apartamento y poner orden en su cabeza.

—Espero que te guste el chocolate. —Caminó con paso rápido hasta la sala, agarró su bolso y cuando se giró, él ya estaba detrás. Se sobresaltó aún más—. Voy a... salir.

Andrew estaba tan cerca que ella cerró los ojos para controlarse. Confiaba en él, pero no estaba segura de lo que acababa de pasar en la cocina y no quería preguntárselo. Él le sonrió cuando ella abrió los ojos e inhaló con lentitud. El color de sus ojos se había aclarado más y eso a él le fascinó.

—¿A dónde vas? Puedo llevarte.

—¡No! —dijo con prisa—. Mira, caminaré un poco. Lo lamento, pero necesito salir de aquí.

—Está bien, ¿sigues tensa por lo de ayer? —preguntó con duda.

—Tal vez, pero no te preocupes por eso —lo tranquilizó.

—Bueno, vuelve pronto, señorita —recobró su magnética sonrisa y le dio un beso en la mejilla—. Hasta luego.

—Nos vemos.

¿Lo ven? Era muy difícil no sonrojarse. Jo cerró la puerta respirando con dificultad.

¡Por el alma de Gustavo Cerati! Gritó su voz interna.

De todas formas volvería, suponía que todos los compañeros de piso se enfrentaban a ese tipo de momentos al principio, seguramente era algo normal.



Ir del apartamento hasta el paseo Aldebarán, a pie, le costó veinte minutos. Tomó una gran bocanada de aire frío que llenó sus pulmones, solo así recordó que seguía viva y que aún no se moría de hipotermia por no haberse puesto el abrigo antes de salir.

Observó a la gente y se dio cuenta de que todos llevaban bolsas grandes, regalos para sus familiares y amigos. Un señor amarraba un pino en el techo de un auto y varios locales ya tenían decoraciones alusivas. Navidad, la mejor

época para sentir felicidad. A su madre, a su hermano y a ella, siempre les gustó esa festividad; por el contrario, Preston decía que la navidad traía peligro, que era el mes donde más tragedias ocurrían y que a causa de eso para muchos no era la mejor época del año. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, no importaba cuantas veces deseara no pensar en todo lo que él alguna vez le dijo, su mente siempre regresaba a ese tipo de recuerdos.

De pronto dejó de sentirse abrazada por el frío y el entumecimiento se esfumó, dando paso al enojo, se enojó porque todos parecían felices, pero ella no lo estaba, no tenía nada que celebrar. ¿Cómo alegrarse si su familia estaba incompleta?

Se levantó de una banca en donde pasó más de una hora sentada y empezó a caminar sin rumbo porque necesitaba que la sangre volviera a circular por sus venas heladas, se concentró en las luces que comenzaban a prender en los locales y cuando miró su reflejo en el cristal de una tienda se dio cuenta de que tenía los labios morados, la nariz roja y las mejillas igual.

Siguió caminando y vio a una familia: la mamá, el papá, su hija y un niño pequeño. El estómago se le retorció con tristeza y apartó la mirada.

No sé si Dios existe, pero si existe debe estar molesto conmigo. ¿Para qué me hace ver estas cosas?

El labio inferior le tembló y sintió las medias húmedas cuando el frío aumentó. Caminó más rápido hasta que llegó a una calle conocida, sabía bien a dónde había ido a parar, si hubiera querido terminaba el trayecto con los ojos cerrados porque se lo conocía a la perfección.

La entrada estaba un poco deteriorada, pero las paredes todavía lucían el tono lila. Dos pisos y el techo a dos aguas, su hogar parecía intacto. Alzó la vista y sonrió, la casa del árbol también seguía ahí, fue construida por Preston cuando ella cumplió ocho años y de no ser porque su madre jamás lo permitió se hubiera mudado a esas cuatro paredes de madera. Pisó la nieve dejando sus huellas hasta el árbol, la escalera elaborada doce años atrás la recibió, una escalera que Jo necesitaba subir cuanto antes.

Se agarró fuerte de la soga y puso el pie en el primer escalón, subió hasta la cima y entró. Jo dejó su bolso en el suelo y miró alrededor. El pequeño lugar estaba lleno de objetos que reconoció: un comunicador portátil por donde Connie les avisaba que la comida estaba lista, una reproductor de música, algunos cuentos, unas botas de nieve de Nathan, una linterna y varias telarañas. En la pared seguían guindadas las medallas de él por sus torneos en trineo de nieve, a pesar de que se daba muchos golpes le encantaba competir.

Jo se acercó a un pequeño estante y apartó una telaraña de una fotografía, en ella salía Nathan mordándole la mejilla y ella con cara enojada, él sabía que a ella no le gustaba que la mordiera, pero aun sabiéndolo no dejaba de hacerlo. Los ojos se le cargaron de lágrimas, no fueron suficientes mordiscos como debieron serlo, esa carita que la acompañó por quince años ya no estaba, no fastidiaría más.

No pudo moverse mucho y solo logró sentarse en el suelo, abrazó sus piernas y dejó caer esas lágrimas que la estaban ahogando desde el día del funeral.

No, no puede ser. No, no y no... Era solo un niño...

Quiso gritar, pero le dolía mucho el pecho y la garganta. Un leve mareo hizo que se recostara boca arriba.

Que injusto, hice todo lo que pude...

El dolor y la impotencia la dejaron sin aire, con esa horrible opresión en el pecho lloró en silencio. No supo cuánto tiempo pasó así, pero cuando abrió los ojos se paralizó, la casa del árbol tenía una ventana redonda en el techo, la cual los hermanos Mitchell usaban para contar las estrellas, Jo se preguntó cómo lo había olvidado.

—Nathan —susurró—. Vives en mis pensamientos. Si yo pudiera contar las estrellas, las contaría, si yo pudiera pedir un deseo, pediría estar allá contigo. Hermano, te amo. Sé bien para qué querías que viniera a Starry Ville... Pero es que no puedo, no puedo perdonarlo. Nathan, no me acostumbro a la idea de estar aquí sin ti.

Jo no lograba hilar un pensamiento sin llorar. Se sentía muy triste, débil y perdida.

De pronto abrió mucho los ojos, apenas la pudo ver, pero sin duda fue una estrella fugaz. Con el rostro bañado en lágrimas se levantó, miró hacia arriba y juntó sus manos en un claro gesto de súplica. Sentía el corazón desbocado, esa estrella tenía que ser una señal. Y sin imaginar las consecuencias comenzó a rogar.

—¡Dios, tu puedes hacer lo que sea! —gritó—, nunca me había sentido así, he perdido las esperanzas de todo, ya nada me hace brillar porque él era mi estrella. Solía pensar que se curaría, solía soñar que lo vería hecho un adulto, pero eso no sucederá porque injustamente te lo llevaste. —El dolor que salió de su voz hizo que el corazón le doliera—. Mi madre tampoco quiere continuar viviendo y no la puedo culpar, ¿para qué?, durante un tiempo me hice la fuerte, dejé mis propios sueños de lado y no sirvió de nada;

ahora ella no tiene esperanza y yo no puedo devolvérsela. Nada parece ir bien en mi vida, no estudio, no trabajo, no tengo familia, mi padre me olvidó, así que siento que estoy aquí sin ningún motivo. No sé, quizás debí aferrarme a Jordan, pero no le encuentro el sentido si estoy aquí. Me aterra quedarme sola, me siento atrapada en este mundo sin saber cómo seguir.

Jo cerró los ojos con fuerza y sollozó en silencio. Estaba de pie, abrazándose e intentando darse el calor que su cuerpo no generaba, cuando escuchó su voz.

No te rindas...

El estómago le dio un vuelco.

¡Oh, Dios, Nathan!

El simple hecho de escucharlo tan claro la hizo perder casi toda su cordura.

—¡Llévame allá arriba! ¡Quiero renunciar! ¡Yo, Peyton Jones, también quiero ser un ángel!

Cuando pronunció esas palabras sopló algo de brisa y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo a la velocidad de la luz.

Pensó que lo escucharía de nuevo. Una vez más. Una última vez, pero eso no sucedió. La casa del árbol estaba silenciosa y Jo seguía completamente sola.

Pegó un brinco cuando escuchó su móvil sonar, tal vez si había perdido la cordura o el frío que no abandonaba sus huesos la estaba haciendo delirar. Volvió a sonar su celular, se lo sacó del bolsillo y vio el nombre de Andrew clavado en la pantalla, no quería que se preocupara más, así que no contestó. Se limpió las lágrimas de las mejillas y se apresuró a tomar la fotografía, la metió en su bolso y se paró en la puerta para comenzar a bajar.

A esa hora ya todo estaba oscuro. Nada más pisar el primer escalón sintió un sudor extraño atravesarle la columna, maldiciendo el frío y el no tener abrigo bajó el otro pie. Por culpa del estrés, el dolor y los nervios, comenzó a marearse, no se percató de que pisó en falso, consiguió agarrarse de la soga y logró estabilizarse, pero el jalón logró rasgarla un poco.

Sin más volvió a sentir el sudor frío por debajo de su cuello, su respiración se volvió irregular e incluso la visión le comenzó a fallar. Se agarró como pudo de la escalera e intentó subir de nuevo, aunque no fue una decisión muy acertada porque la cuerda se terminó de rasgar y Jo cayó para atrás.

Su cuerpo quedó tendido en la nieve y su cabeza recibió un fuerte golpe. Intentó coger aire ya rozando en la inconciencia, un dolor atravesó su sien y

trató inútilmente de levantarse, exhausta cerró los ojos... Su deseo se había cumplido.

-IX-



Muchas veces, Jo trató de imaginarse cómo sería el cielo.

Cuando era niña, en las clases de religión, lo mencionaban como un valle fértil, lleno de flores y con ángeles cantando; en otras oportunidades lo vio en películas como un cuarto brillante e iridiscente, en todas ellas siempre aparecía algún personaje muy alejado de la majestuosidad de Dios.

Entonces, ¿qué pasaba realmente después de morir?

Cuando su hermano enfermó leyó en algún libro que llegado el momento en el que el reloj de la vida se detiene y todo termina, el alma se desprende del cuerpo y llega a un lugar entre dos mundos; en ese espacio de tiempo el alma logra experimentar sensaciones tanto placenteras como aterradoras, leyó que era un proceso absolutamente normal, y todas las veces se referían a ese lugar desconocido como «El limbo.»

Al principio le costó comprender. ¿Cómo alguien puede estar entre dos mundos? Se supone que si mueres vas al cielo y punto, no hay más, pero después de leerlo por segunda vez con la mente más abierta pudo hacerse una idea de lo que en ese libro trataban de explicar: parecía un consuelo a la tragedia que significaba morir, era la posibilidad de que existía algo más allá. ¿El reloj en sí se detenía? Tal vez no.

Lo que Jo nunca pudo imaginar es que llegaría a experimentar en carne propia lo que sus ojos leyeron en esa oportunidad.

Pero de repente pasó, algo se accionó y en ese momento supo que las cosas iban a cambiar, y cambiaron, a partir de allí una luz dio inicio a lo que

le sigue a después de morir.

Recordó que se había caído de la casa del árbol, tuvo la sensación de que todo había sido un sueño debido a la confusión y la rapidez con la que sucedieron las cosas. Abrió los ojos aliviada de no sentir frío ni dolor de cabeza, pero eso ya no importó cuando descubrió en donde estaba.

Era un pasillo con las paredes en color blanco y lila, el suelo era de madera y en el lado izquierdo —incrustado en la pared—, un espejo con mosaicos de colores. Jo caminó despacio y con miedo, de alguna manera intuyó lo que ocurría. Se paró en el marco de la puerta y lo que vieron sus ojos fue difícil de asimilar: ella estaba dentro de esa habitación, pero aunque era ella pudo notar que no era la misma. Su corazón se aceleró más cuando Nathan pasó por su lado, lo que veía no era normal, los dos estaban más pequeños y todo el mundo lo hubiera notado. Impresionada observó el recuerdo con detenimiento.

—¡Jo! —Los chillidos de Nathan eran más molestos que un lunes por la mañana—, ¡Quiero usar la computadora, me toca a mí! —La chica lo ignoró por completo, no se la daría, no mientras estuviera descargando el último disco de su banda favorita—, ¡Dámela ya! —gritó haciendo una rabieta—. No me hagas jalarte el cabello.

¡Estúpido enano, no te saldrás con la tuya!

—Hazlo y verás. —Lo desafió—. ¿No puedes esperar un rato?

—¡Jo, dale la computadora! —Oyó los pasos de su madre subiendo por las escaleras y notó que Nathan sonrió con burla.

—Ya oíste, levanta tu culo de ahí.

—¡Nathan, te escuché! ¡Deja las groserías! —gritó Preston desde su habitación, el chiquillo palideció.

—¿Qué pasa, hermanito?, ¿te quedaste mudo? —Se rio fuerte. Nathan se acercó mucho a ella y la miró con fastidio, luego le haló el cabello y echó a correr.

—¡Estúpido mocososo! ¡Ven aquí! —gritó persiguiéndolo por el pasillo. Connie negó con la cabeza y la frenó abrazándola—. ¿No crees que ya estás lo suficiente grandecita como para seguir peleando con Nathan por tonterías?

—¡Oh, vamos mamá, solo le daré un coscorrón! —Su madre se rio y la soltó.

—No lo golpearás, Peyton.

—Es Jo, mamá, no le digas Peyton. —Connie miró a Nathan como si estuviera loco, se había escondido detrás de ella cuando su hermana estiró la

mano .

—Ese fue el nombre que le puse. —Le sacudió el cabello al pequeño y se dirigió escaleras abajo—. Tú no le digas Jo, ese diminutivo es feo.

—¡Te escuché! —contestó Preston desde arriba y los hermanos se echaron a reír. Pero claro, él se ofendía porque era un diminutivo que provenía de su apellido: Jones.

—Ahora usaré la computadora. —Habló Nathan con voz de triunfo, y al pasar por su lado la pinchó en el estómago con el dedo.

—¡Eres insoportable! —En cuanto él le dio la espalda continuó—: agárrala, siempre me han dado lastima los niños adoptados.

—¿Qué?

Jo siguió caminando y volvió a reír. Bajó las escaleras y se dirigió a la cocina.

—¿Todo bien? —preguntó su madre suspirando.

—Podías haberte puesto de mi parte aunque sea por una sola vez. —Connie se giró e intentó no demostrar asombro, pero fue imposible, sus ojos se abrieron totalmente.

—¿Alguien está celosa?

—¡Claro que no!

—Yo creo que sí. —Sonrió. Jo apartó la mirada.

—¡Oh, vamos mamá, él es tu favorito!

—Por supuesto que no.

—Admítelo mamá, no me encantará escucharlo, pero al menos sabré que no estoy loca.

—¡Ya no sigas con eso, Peyton! —La reprendió. La chica rodó los ojos. El silencio se apoderó de la cocina cuando Preston entró.

—Tú madre siempre ha demostrado el mismo amor por los dos —le dijo él.

—He escuchado eso muchas veces —contestó con enfado—, pero hay días como hoy que no me lo creo. —Se colocó los audífonos conteniendo su molestia —. Estaré escuchando música en la casa del árbol.

—Baja a las siete para cenar. —La ignoró y cerró la puerta.

La chica de la actualidad recordó que ese día había estado hasta el anochecer en la casa del árbol, pensó en ir tras la Jo adolescente, pero no la siguió, se quedó. Por el rabillo del ojo vio como Preston se llevó la mano a la cabeza y empezó a dar círculos por la cocina.

—Tienes que arreglar esto. —dijo de pronto.

—¿Y qué sugieres?, ¿cómo hago para hacerle ver que la amo y que no tengo favoritismos?

—No lo hagas, demuéstraselo. Muchas veces permites que Nathan la moleste.

—¡Ajá, está bien! ¿Entonces estoy malcriando al bebé?

—¡Pero si ya no es un bebé, mujer! —Negó sonriendo, Connie lo miró con los ojos entrecerrados—. Sí, entiéndelo, hace seis años que dejó los pañales.

—Preston, él es más pequeño...

—Y más manipulador —aseguró—. Gana todas tan fácil.

—Tienes que estar bromeando —dijo indignada.

Nathan entró a la cocina y colocó sus suaves manos en la pierna de su madre.

—Mami, ¿dónde está Jo? —Preston la miró y sonrió, Connie supo lo que pasaba por su cabeza.

—Está en la casa del árbol, cariño.

—Quiero subir a la casa del árbol. —Preston se rascó la barbilla con cara de «Vamos a ver qué vas a contestar.»

—Ahora no puedes —dijo con inseguridad en la voz—. Tú querías la computadora y ya la tienes, ahora juega y deja a tu hermana tranquila.

—Anda mami, quiero subir, di que sí. —Nathan hizo un mohín, con ese gesto siempre lograba desarmarla.

—Tú eres mi bebé y siempre será así aunque me critiquen. —Se agachó y dejó un beso en la cabeza del pequeño, Preston rodó los ojos—. Pero te lo repetiré por segunda vez, hoy no subirás a la casa del árbol.

Levantó la mirada hacia ella, confundido, luego miró a Preston con ojos interrogantes, pero este solo alzó los hombros, dándole a entender que no refutaría la decisión.

—Me iré a jugar con la computadora —decidió. Ambos padres se sorprendieron porque se lo tomó absolutamente normal, como si eso hubiera sucedido antes, pero nunca había sucedido.

—Ahora resulta que si está creciendo.

—Sí, solo que no te habías dado cuenta, eso es todo. —Preston la rodeó con un brazo y ella suspiró—, no te preocupes —Sonrió—. Él te adora, me lo dice siempre.

—Gracias. —Le devolvió el abrazo—. Los adolescentes son más difíciles, ¿no te parece? No sabía que Peyton se sintiera así, esto va a ser complicado.

—No lo será —dijo conciliador—. Pronto entenderá que no hay favoritos y que la amas mucho.

Viendo todo así, la Jo actual se sintió muy diferente. ¿Por qué le habían mostrado ese recuerdo y por qué le resultaba imposible seguir enfadada con su madre?

Apoyó la cabeza en la pared de atrás. Y cuando abrió los ojos de nuevo seguía allí, aunque una sensación diferente la atravesó.

Era de noche, todos estaban muy nerviosos, debían llevarlo con rapidez al hospital.

Sus pasos la llevaron de forma automática a la habitación donde se encontraba él, entró con mucha duda.

—Tiene que revisarte un doctor, Nathan —comentó su madre quitándole el paño húmedo de la cabeza—. Van tres días de fiebre alta y no sede con el acetaminofén.

—Tonterías, mamá. —Se arropó de nuevo con la cobija y se giró—. Seguro se me pasa, es gripe nada más.

—Tienes varios moretones grandes en la espalda y en la pierna... esto no es tontería.

—Me he golpeado con el trineo varias veces. Ya déjame dormir.

El tiempo pasó y no hubo mejoría; al contrario, su estado empeoró. Jo notó como a Nathan le costaba respirar y revivió la misma angustia que sintió la primera vez. Él no estaba bien, no era una simple gripe y ahora ella lo sabía con certeza.

—Nathan, hazle caso a mamá. ¡Estás ardiendo!

Al joven levantar la cabeza cruzó sus ojos con los de ella, pero no con la Jo que estaba sentada junto a él, sino con la Jo que estaba parada en el umbral. Mantuvo la mirada posada en ella como si la estuviera viendo de verdad. Frunció el ceño.

¡Por Dios! ¿Me está viendo?

Fue la voz de Connie la que interrumpió el misterio.

—Nathan. —Apartó la mirada, confundido—. No sé qué te ocurre, pero nos vamos ya al hospital.

—Está bien, tampoco sé lo que ocurre. —Su voz fue apenas un susurro, suspiró resignado—. Iré.

Jo lo vio levantarse con cuidado, ya estaba bastante adolorido como para tratar de entender. Se vistió con la ayuda de Connie y maldijo en voz baja, enojado. La causa de su enfado era que odiaba visitar los hospitales. De

pronto un intenso ahogo le recorrió el cuerpo, como si un camión le estuviera aplastando el pecho, dio un grito espantoso y Connie se paralizó.

Jo, presa de la impotencia, comenzó a llorar, salió corriendo de ahí y bajó a toda velocidad las escaleras, de nuevo estaba reviviendo ese momento tan traumático, un recuerdo muy intenso y nítido que la llenó de pánico. Se dirigió a la puerta de su casa negando con la cabeza, en aquella circunstancia acudió al hospital con su madre, y en esta solo quería gritar, pero su voz se quebró por el dolor y murió como un gemido en su garganta.

—¡Por favor! —Se tapó la cara con las manos—. ¡Necesito que pare, no quiero ver esto otra vez!

Su esperanza se desvaneció y se convirtió en terror al ver frente a ella a dos siluetas conocidas, y sobre todo, al escuchar lo que se decían.

—¡Te arrepentirás de esto! —Cerró la puerta de la habitación con un portazo, sin embargo la puerta se abrió al instante y Preston entró.

—¡Escúchame, Connie! —Sus gritos retumbaban por toda la casa, afortunadamente Nathan y Jo se encontraban en el hospital—. ¡Esto es importante para mí!

—¡He dicho que no quiero escucharte más! —gritó también.

—¡Soy tu esposo y tendrás que hacerlo!

—¿Y cómo harás? —inquirió elevando la voz—. ¿Me obligarás? ¡Yo no creo que lo hagas!

—Nunca te obligaría a nada. —Preston empezaba a enfadarse mucho por la pedantería de su esposa, por mucho que la amara no permitiría un grito más—. Pero si sigues hablándome en ese tono será la primera vez.

Decidida y harta se acercó a él.

—¿Eso hará que cambies de opinión? ¡Si es así, oblígame! —La provocación no tuvo efecto, Preston se haló los cabellos con frustración.

—¿Qué es lo que quieres que haga? —Habló con rabia.

—¡Apoyar a tu familia! —respondió como algo obvio—. Aceptar que tienes un hijo enfermo, entender que tenemos que irnos de este pueblo; todo lo demás pasó a un segundo plano, acepta que esta es nuestra nueva vida.

—Pero tenemos una vida aquí, ¿cómo dejamos todo atrás? —replicó, intentando encontrar otra solución.

—¡Entonces has lo que quieras...! —Connie lo vio con ira—, pero mis hijos y yo nos vamos, en dos días estaremos en Connecticut y si decides quedarte olvídate de nosotros. —Preston se quedó callado durante unos segundos, con la cara desencajada y los puños apretados, negó con la mirada

perdida, no podía creer lo que escuchaba.

—No... —Su voz fue apenas un murmullo—. No puedes hacerme eso.

—De hecho sí puedo —aseguró con el rostro húmedo por las lágrimas—, no creerás que te dejaré abandonarlos cuando más te necesitan y que luego te dejaré verlos, ¿verdad? —Preston no contestó, Connie clavaba sus ojos en los de él, que aún estaba tratando de procesar todo lo que estaba ocurriendo —. ¿Y bien?, ¿qué decides?

—No me dejas opciones —musitó con miedo, pese a saber que estaba cometiendo el error más grande de su vida.

—No hay más opciones —repitió Connie con voz estrangulada—. Adiós, Preston.

En el poco tiempo que llevaba Jo en el lugar en el que estaba había experimentado tres sentimientos: celos, miedo y dolor. Un cúmulo de sensaciones luchaba por salir de su pecho, se sentía mal, intranquila e insegura. ¿Realmente es lo que quería para toda una eternidad?

Un par de lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas, el dolor era insoportable y apenas estaba empezando.

—¡Qué pare, qué pare, qué pare! —gritó en la oscuridad.

¿Quieres que pare?

¿Y esa voz?

La cabeza le daba vueltas y todos los recuerdos dolorosos giraban en torno a ella como en sentido contrario a las agujas del reloj.

—Por favor... —suplicó.

¿Por qué pediste ese deseo? ¡No deberías estar aquí! ¡No parará hasta que encuentres paz dentro de ti misma!

—¿Y cómo la consigo? —susurró.

Está pasando demasiado tiempo, piensa en cosas agradables y tal vez se detenga.

Jo cerró los ojos con fuerza y se abrazó a sí misma. Se obligó a encontrar algún recuerdo que no le causara dolor, su mente tendía a olvidar lo que realmente le gustaba, así que comenzó a pensar desconsolada, pero el ejercicio funcionó.

Sus cachorritos nacieron, estaba feliz al verlos cada mañana dándoles leche para el desayuno. Por primera vez aprendió a manejar bicicleta, a pesar de caerse dos veces se volvió a montar y lo hizo sin problemas. Pasó todo el día sonriendo luego de su primer beso, ese chico le hizo sentir lo que son las mariposas en el estómago. Aprendió a volar en un sueño, su cuerpo se elevó

del piso y pasó sobre un río cubierto de agua cristalina y abundantes peces de colores. Tuvo unas sesiones de canto en donde expresó amor interpretando sus letras, allí supo lo que realmente le gustaba en la vida, y además, encontró una posible carrera, era algo que realmente la definía.

Jo se olvidó un poco de sus preocupaciones y admiró lo que pasaba por su mente como si fuera la primera vez que lo veía. Siguió escarbando en lo que iba sintiendo: Connie y Preston dándose un beso, Nathan ganando sus competencias, Jordan protegiéndola del frío. Erin, una amiga que no conseguiría dos veces. Y se quedó más tiempo en un último recuerdo, fascinada apreciaba la sonrisa de su compañero de piso.

Entonces lo entendió, había vivido con sufrimiento, pensando en que nada bueno le había pasado, pero viendo las cosas en retrospectiva recordó que los momentos felices son instantes, instantes que debemos contemplar y agradecer.

Sin previo aviso el blanco llegó.

Todo comenzó a girar de nuevo en el sentido correcto de las agujas del reloj, de repente los recuerdos se esfumaron y Jo exhaló fuerte.

Lo lograste, hermana...

-X-



Abrió los ojos, aliviada de no estar mareada, miró a su alrededor y descubrió que se encontraba en un lugar que ya no era su casa, era un enorme espacio delimitado por nubes. ¿Dónde estaba? Era todo tan extraño, y sin embargo, tuvo la sensación de que nada malo pasaría, se sintió protegida, segura.

Se levantó sin una pizca de temor, en ese lugar era imposible experimentar algo que la hiciera sentir miedo. Caminó por la superficie blanquecina, el suelo al tacto era arenoso y se extendía creando la sensación de estar en una playa sin mar. Se tocó la cabeza, no había dolor ni rastros de golpes, su cuerpo tenía la temperatura adecuada, ni frío ni calor. En realidad era como si nada hubiera pasado.

Caminó un poco más y todo era más de lo mismo —blanco y tranquilidad—, hasta que a unos cuantos metros divisó un espejo alto y circular, se acercó y se dio cuenta de que estaba sujeto a una gran columna que parecía hecha de mármol; parpadeó rápido cuando pudo ver a través de él.

Era ella, la misma que había caído del árbol, tirada en la nieve y muy quieta. Había sangre alrededor de su cabeza como en la peor película de terror. Contempló la imagen durante varios minutos, su pelo largo estaba esparcido y el color de su piel se había consumido dando paso a una palidez total. El pulso se le aceleró, no sabía dónde estaba y millones de preguntas surgieron en su cabeza.

Como si el *cielo* hubiera decidido dejar de jugar con ella, un hombre apareció en el lugar luciendo ropa informal... y unos lentes pequeños y redondos, que Jo reconoció al instante. Parecía relajado y sonreía, era extraño, nunca imaginó conocerlo y menos en un lugar así.

—No tienes idea de lo que está pasando, ¿verdad? —le preguntó.

Su voz, igual a la que recordaba haber escuchado en varios discos, sonó dulce. Jo negó con la cabeza, y sin añadir más, el hombre se acercó a ella y besó su mano, el contacto le causó muchas emociones, pero dadas las circunstancias no podía exteriorizarlas.

—Supongo que te preguntas dónde estamos, ¿no es así? —Miraba con algo de tristeza hacia el espejo, Jo asintió—. Ni en el cielo ni en la tierra, estamos justo en el medio.

—¿De verdad eres Jhon Lennon? —preguntó perpleja.

—¿Te resulta tan difícil creerlo?

—Tengo que estar soñando.

—No me digas que no te agrada verme, por favor.

—Soy tu fan desde que tengo uso de razón, ¿sabes? Pero es extraño que aparezcas así, ¿tendrás un bolígrafo para que me des un autógrafo? —Jhon se echó a reír de repente y se tanteó los hondos bolsillos de su pantalón, su risa era tan melódica como los acordes de una guitarra.

—No tengo —contestó divertido—. ¿De verdad eso importa ahora?

—No, creo que no... —Suspiró.

—Me enviaron aquí para recibirte. Me pareció buena idea ya que amas mi música, además sé que no es fácil dejar tu residencia anterior.

—Gracias. —Habló con voz débil—. Pero no entiendo, no puedo hacerme a la idea, no sé si quiero estar aquí.

—¿Y qué piensas hacer? —quiso saber—, ¿reclamar? —Se rio de solo pensarlo—. Estás aquí por libre albedrío.

—¿Qué quieres decir?

—Que has muerto y que fue tu elección —confirmó.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar, ella lo siguió en silencio, con cada paso que daban desprendían nubecillas de niebla blanca de la superficie. Jo comenzó a sentir un cúmulo de sensaciones en su pecho, un interruptor de pronto se encendió y el velo de la incomprensión desapareció.

Había muerto.

Elevó una mano hasta su pecho de forma automática y se sorprendió al comprobar que no tenía latidos cardíacos, su circulación era inexistente. No

sentía hambre, no tenía sed, su piel estaba muy fría y se estaba más receptiva, como con una conexión mayor con el universo. No sentía miedo, pero una gran pesadumbre la atacó cuando varias preguntas volaron por su cerebro.

¿Ya me habrán encontrado?, ¿cómo se sentirán mamá y papá al saberlo?, ¿Nathan se estará echando la culpa?, ¿realmente es lo que quería? ¡Oh, Dios! ¿Qué hice?

—Las personas tienen derecho a arrepentirse, pero ya no hay nada que hacer ¡Perdiste la vida! —replicó él cuando escuchó sus pensamientos—. Jo, cometiste un grave error al pedir ese deseo, pero lo hecho, hecho está. Mi consejo es que te calmes o la tristeza será la que te acompañe por toda una eternidad.

—Perdón... —susurró—, perdón por sentirme triste, perdón por querer ver a Nathan, por sentirme tan sola y no saber qué hacer... —Una lágrima salió de su ojo derecho y como una reacción en cadena la embargó la culpa y la impotencia—. *¡Sr. Lennon, quiero volver! ¡Por favor, dígame cómo volver!*

—Yo no sé la manera, *los superiores* son lo que toman ese tipo de decisiones —le dedicó una mirada condescendiente a la chica—. Quiero que sepas que él trató de interceder por ti, pero no pudo hacer nada, le dijeron que tarde o temprano ibas a venir... Quieren hablarlo contigo.

—¿Cuánto tiempo estaré aquí?

—Ellos te dirán lo que necesites saber. Tranquila, no estarás sola. —Se detuvo de pronto—. Podrás ver a tu hermano ahí adentro.

Jo lo miró desconcertada, aunque se obligó a guardar la compostura para ocultar su emoción. Miró a su izquierda, justo a tiempo, para ver una puerta dorada que apareció en el lugar. Jhon Lennon se despidió de ella con la mano y su cuerpo se esfumó dejando una columna de luz blanca llena de vapor.

Cuando Jo entró vio que todo era muy luminoso, el techo eran nubes esponjosas y el lugar era infinitamente espacioso. Cinco personas aguardaban y solo dos de los presentes eran como ella —no desprendían un aura brillante—, la primera estaba sentada frente a un escritorio con un libro que parecía antiguo, en su mano derecha sostenía una pluma plateada, Jo ignoraba su identidad, pero al lado de ella reconoció a Nathan, quien sonreía dándole la bienvenida.

De repente, el corazón de Jo palpitó contra sus costillas, la alegría de verlo estalló en su alma, incluso a varios metros pudo notar que él ya no tenía fatiga en el rostro y que su pelo había vuelto a crecer, parecía estar bien. A Jo

se le secó la boca mientras observaba con asombro la imagen de su hermano. Ese era el Nathan antes de la leucemia, ese era el Nathan que siempre deseó volver a ver.

Se acercó un poco y vio que ya no tenía ojeras; se dio cuenta de que había ganado peso. De repente alguien carraspeó, Jo giró la cabeza hacia el sonido y notó que la observaban. De pronto tuvo la sensación de que todo estaba preparado para su llegada, allí iniciaría una reunión en la cual obtendría respuestas a todas sus preguntas.

—¿Peyton Jones Mitchell? —preguntó la chica, Jo no respondió, no podía creer lo que veía en la espalda de los tres hombres.

—¿El señor *Lennon* fue amable contigo? —indagó uno de ellos, olvidándose de la mirada atónita de la joven.

—Está en shock. —comentó Nathan admirando lo mismo que su hermana, como si fuera la primera vez que lo hacía—. ¿No es increíble?

—Tienen... alas... —Se atrevió a decir.

—Sí. —Habló el tercer hombre, elevando sus ojos ambarinos hacia ella—. Somos los ángeles de la reflexión: Azrael, Raguel, y yo soy Abiel. En este lugar hay mucho tiempo para pensar, te quedarás con nosotros hasta que renueves tu entendimiento y puedas ir al reino de Dios.

—¿Ir al reino de Dios? —preguntó turbada—. Como usted dice, en el poco tiempo que llevo aquí he reflexionado sobre muchas cosas, antes no me hubiera importado quedarme, pero aprendí la lección... tan solo estaba confundida.

—No estarás pensando en regresar, ¿o sí? —Jo no contestó porque la voz del ángel sonó seria, incluso algo molesta—. Eso no es posible, no se puede ir y venir al mundo terrenal, las cosas no funcionan así.

—Pero...

—Abiel habló y su palabra es ley —dijo Azrael.

Nathan la miró con pena.

Que respeto inspiraba ese ángel y que incómodo sería tratar de oponerse a su decisión, pero deseaba con todas sus fuerzas encontrar la manera.

—Lo entiendo —respondió en voz baja—. Entiendo que no puedo ir y venir a mi antojo, pero si me dejan volver ahí abajo prometo madurar y renovar mi entendimiento —puntualizó, repitiendo las palabras de Abiel.

Jo no sabía si podía cumplir eso, pero se tomaría las cosas en serio, sobre todo si los convencía.

—Tienes osadía. —Raguel la observó con curiosidad, el ángel más

anciano, con un gesto de cabeza le indicó que se acercara—. Renovar nuestro entendimiento es algo parecido a la renovación o restauración de un auto antiguo. Imagina un auto viejo de mucho valor, el cual tiene ya kilometraje, con golpes, daños en el interior y necesidad de ciertas reparaciones, ¿qué harías con él?

Antes de contestar notó que la chica anotaba toda la conversación en el libro, era algo extraño, entonces se dio cuenta de que estaba en una especie de juicio y de que debía pensar muy bien sus respuestas. Suspiró con fuerza.

—Reconocería el valor del auto y haría que luciese y se manejase como nuevo.

—Interesante... —dijo Raguel, Nathan y la “secretaria” lo miraron sorprendidos, Azrael y Abiel murmuraban y veían a Jo por la respuesta que había dado—, escuchen... —Los murmullos fueron interrumpidos—. Merece la oportunidad que pide, otras personas abandonarían la lucha o venderían el auto por piezas, esta chica tiene mucho valor. No quiere confrontarnos, quiere transformarse. ¡Esa es la verdadera voluntad de Dios!

—Es un proceso complicado, ella estaba destinada a quedarse —comentó Azrael—. Además, la chica de antes no tenía motivos importantes para volver.

—Revisa su libro de vida, debe haber algo relevante, algún propósito —respondió el anciano con tranquilidad.

—¡Pero si no hay nada se quedará! —replicó Abiel.

—No... —La voz de Jo fue un murmullo—. No puedo quedarme, eso no es posible. Se puso tensa, Nathan la vio palidecer y apretar los puños, como si se estuviera preparando para escapar, pero eso era imposible. Solo había visto gente llegar, nunca irse.

—Para nosotros sí lo es.

Las palabras de Abiel le congelaron el cuerpo. ¿Por qué era tan inflexible y frío? Su cara no demostraba ningún atisbo de duda y sus enormes ojos violetas la perforaban sin miramientos.

—¡Tengo algo!

Jo, qué resignada había hundido la cabeza entre sus manos, la levantó al escuchar a la chica, esta continuaba sentada frente al escritorio.

—¿Qué encontraste? —preguntó Nathan esperanzado.

—No creerán esto porque cuando revisé su historia por primera vez no aparecía, pero algo cambió en los últimos días, algo que podría ser el motivo para su regreso.

Nadie contestó, sabían que era posible que ocurrieran cosas así, pero Azrael era muy cuidadoso con los detalles, así que con lentitud se acercó al libro.

—¿Y bien?, ¿qué dice? —Abiel clavaba sus ojos en él, aún estaba renuente a tomar una decisión.

—Como dice Gabriela, algo cambió en su última semana de vida —confirmó.

—¿Algo como qué? —preguntó con seriedad.

—Conoció a alguien —contestó Azrael—. Alguien que necesita de ella, alguien que se convirtió en su asunto pendiente.

—¿Qué? —Los ojos de Jo se abrieron de par en par—, ¿quién necesita de mí? —Con lentitud, Raguel se acercó a ella.

—Deberás descubrirlo por ti misma. Escúchame bien, tendrás que decidir a quién le vas a prestar tu atención, si al que está ahí o al que te apoya, si al que tienes o al que realmente tienes; porque la única condición para quedarte en el mundo terrenal es que escojas al que estaba destinado a estar contigo.

—¿Y qué pasa si hago una mala elección? —preguntó.

—Si lo dejas pasar, él será el que morirá —decretó Abiel con voz solemne .

—Y yo agregaré otra condición —dijo Azrael—. Él la acompañará.

—¿Yo? —Nathan abrió los ojos de par en par pese a imaginarse la respuesta. Azrael miraba al muchacho el cual escuchaba incrédulo.

—Sí. Moriste de manera natural, pero continúas aquí porque también tienes algo que resolver. Irás con ella como su ángel de la guarda, si lo haces bien te ganarás tus alas.

Los hermanos Mitchell se quedaron callados durante los siguientes segundos. Jo tenía la cara desencajada y los ojos desorbitados, negó asustada, no podía morir alguien por su culpa, tampoco podía permitir que Nathan siguiera pensando, nunca se lo perdonaría.

—Ya demasiado se ha hablado aquí. —Raguel se giró hacia sus compañeros—, ¿y bien?, ¿ya está tomada la decisión?

Aunque al principio estuvieron en desacuerdo, aceptaron con un asentimiento de cabeza.

—Muy bien, ustedes dos, síganme. — El anciano echó a andar.

Nathan y Jo lo siguieron sin poder quitar la vista de sus alas. Al cruzar la puerta, el suelo se tornó de nubes, pero les llamó la atención que unos pasos más allá las nubes terminaban y ante ellos se mostraba una cantidad de techos

que reconocieron, era como ver Starry Ville desde una gran cima. El anciano se dio la vuelta y colocó una de sus manos en cada hombro de ellos.

—La mente es como un jardín, cada uno de los pensamientos es como una semilla que crece cuando se le da atención, o como una semilla que muere cuando no se le presta cuidado; al llegar entrenen su mente con fe, confíen siempre en Dios y todo saldrá bien. Te deseo un bello despertar, muchacha —dijo hacia Jo. Luego miró a Nathan—. Si logras ganarte las alas vuela y dirígete al norte, verás una puerta dorada y ahí encontrarás tu lugar. ¡Suerte a ambos!

Los hermanos Mitchell vieron como Raguel se alejaba, de un momento a otro comenzaron a sentir una sensación de ingravidez y ligereza, como un vacío. Nathan sonreía como vacilando entre la alarma y la curiosidad, en cambio, Jo tenía la esperanza de que el descenso fuera rápido y sin complicación.

Y así fue en gran parte, con una sola excepción, al abrir los ojos, Preston Jones la contemplaba.



Jo imaginó su impotencia, lo vio fruncir las cejas y arrugar el ceño. Preston estaba a punto de un colapso, lo conocía. Simplemente bastaba ver sus ojeras pronunciadas y sus ojos azules apagados.

Lo que más le resultó sorprendente fue ver a Nathan parado en un rincón de la habitación y que su padre no lo notara, ahí comprendió, que su presencia era invisible ante los ojos de los demás. Detrás del rostro de su hermano había un inmenso rencor; y la pena de Nathan le dolió más que la de ella misma.

—Hola, hija. —La saludó, sonaba preocupado, y es que desde que su familia dejó Starry Ville solo había tenido noticias de ellos por medio de su hermana Nancy, incluso pensó que no la volvería a ver jamás.

—¿Cómo te enteraste que yo...?

—Me llamaron para avisarme —la interrumpió.

—¿Quién?

Jo tembló, pero no de frío, sino que tenerlo ahí frente a ella la turbaba.

—Quédate tranquila, iré por alguna enfermera, todavía estás muy débil —dijo alarmado. Sin dejarla responder, agarró el pomo de la puerta, lo giró y salió apresurado.

Nathan aguardaba contenido cuando Jo rompió el silencio.

—¿Qué fue eso? —inquirió—. ¿Se supone que ahora le preocupa lo que me pase?

El chico frunció los labios para luego pararse al pie de la cama.

—Lo fingió bien, al menos.

—Estaría mejor... —Tembló de nuevo—. Si no lo hiciera...

Su hermano encontró algo para acobijarla, pero cuando intentó agarrarlo, no pudo. Resopló con frustración.

—¡Genial! No puedo tocar cosas —confirmó cruzándose de brazos.

Jo estaba perpleja, todo lo que había experimentado le parecía un sueño. Lo había creído así de no ser porque su hermano fallecido estaba todavía frente a ella, evidenciando con claridad que el trato con los ángeles de la reflexión había sido real.

Siguió pensando en el término “ángeles” mientras lo veía. *¿Cómo hará Nathan para ganarse sus alas?, ¿y qué asunto tiene que resolver él?* Esperaba que lo lograra, ya que él acababa de regresar y ya se sentía incómodo.

Abrieron la puerta de la habitación y una señora como de cincuenta años entró, su padre venía detrás, sonriendo.

—¿Peyton Jones?

—No —contestó de inmediato, la enfermera arrugó la frente ante la respuesta.

—¿No eres Peyton Jones? —Quiso saber.

—Mi apellido es Mitchell, solo Jo Mitchell.

La sonrisa de Preston se esfumó, dando paso a una cara de esas que pone la gente en los funerales, su hija apartó la mirada y la enfocó en la enfermera, quien oprimió un botón y la cama se inclinó un poco para que la chica quedara casi sentada.

—Te traerán el desayuno en un rato. —La arrojó con un cobertor—. El frío pasará pronto.

—¿Desayuno?

—Estuviste aquí toda la noche, dulzura. Tu temperatura descendió mucho y tuviste un cuadro de hipotermia severa. —Jo la miraba reflexionando mientras le hacía algunos arreglos; cambió la bolsa de suero para luego tirarla en la papelera, ajustó el tiempo del goteo y revisó su temperatura—. Bueno, todo en orden por aquí, ¿necesitas algo?

Jo no necesitaba nada, pero si quería hacerle una pregunta.

—¿Qué tan grave estuve? —El solo decirlo en voz alta hizo estremecer a su padre, que se cruzó de brazos y miró a través de la ventana de la habitación, la nieve caía con sutileza.

—Tu organismo comenzó a fallar, tuvieron que reanimarte cuando llegaste

—le dijo con pesar—, clínicamente te dieron por muerta, aunque no entienden cómo lo lograste. —Jo asintió en silencio, suponiendo que aquello era lo que tenía tan nervioso a Preston, no era un hombre de muchas palabras, pero se le notaba el esfuerzo que hacía por mantenerse callado —, no hay explicación para lo que sucedió... —agregó la mujer—. O más bien, habría que decir que cuando tu corazón volvió a latir fue como un milagro.

Jo miró a Nathan de forma automática y encontró aprobación en su mirada, en realidad era justo lo que había pasado, se habían ganado una segunda oportunidad y debían aprovecharla al máximo.

La enfermera pensó que el padre debía tener mucho que hablar con su hija y decidió irse. Preston nunca le temía a nada, pero en ese momento, quedarse solo con Jo le pareció algo muy aterrador.

—Lo siento —le dijo apenas la enfermera se marchó, cuando la volvió a mirar sus ojos lucían contenidos—. Siento mucho todo lo que te pasó.

Ella no quería escucharlo, le dolía el pecho, se movió y acomodó de lado dándole la espalda, la opresión en el estómago no le permitía ni reclamarle. Preston se sentó a su lado e intentó pensar en que decirle luego de tantos años, pasaron unos minutos hasta que se atrevió.

—Perdón —repitió sin tocarla—. Perdón por no haberme ido con ustedes, por no cuidarlos, por no ser un buen padre, por no...

—¡Para, para, para! Hazme un favor y sal de la habitación. —El pedido de Jo lo tomó por sorpresa, pero era eso o la sabana se mojaría con lágrimas, las lágrimas que no paraban de caer desde que él le dio la espalda a su familia.

—Hija, deja que te explique...

—¡Sal de aquí! —reiteró aturdida, y ya no fue un pedido sino una orden.

Preston entendió. Se levantó de la silla y se quedó de pie al lado de la cama, su corazón golpeaba con fuerza contra sus costillas y respiraba agitado. Jo lo escuchó abrir la puerta de la habitación mientras su cuerpo parecía un maniquí, no se movía, le comenzó a doler la cabeza, el pecho, el alma.

—Volveré por la tarde —susurró. Ella apretó los ojos y respiró hondo, lo hizo para no levantarse y arrojarle algo a la puerta.

Los pasos de Nathan interrumpieron su agonía, la miraba preocupado.

Hora de sonreír. Pensó ella.

—¿Estás bien? —indagó, Jo se encogió de hombros sin querer hablar del tema, no quería lucir como una débil delante de su hermano.

—Yo solo... —Se restregó el rostro con ambas manos—. No quiero hablar de eso en este momento, ¿de acuerdo?

—Me duele, Jo. Desearía poder hacer algo para que no te sintieras tan triste.

—El que estés aquí es suficiente para mí, yo me encargo de mis sentimientos luego. —Nathan trató de colocar su mano sobre la de ella, pero no sintieron el contacto .

—Si pudiera te abrazaría con mucha fuerza.

—Tal vez si nos concentramos bien lo logremos —dijo esperanzada, apretó los ojos y estiró la mano.

—O tal vez no —respondió él cuando la mano de Jo pasó a través de su brazo.

—Muy bien, olvidemos eso por ahora. Tenemos algo importante que resolver y será mejor que comencemos a pensar en un buen plan —asintió resignado, no podía tocar cosas por el momento. La instó a continuar—. Ya sé que es lo que dejé pendiente y trataré de confirmarlo pronto.

¿Ya lo había descubierto?, ¿por qué Nathan frunció los labios entonces? Tal vez era el hecho de que él si conocía la verdad, y a sabiendas de eso le habían prohibido decírselo, Jo tenía que averiguarlo sola.

—Eso es genial, haré lo que sea para ayudarte —prometió.

Y hablaba en serio. Nathan sí tenía un plan, estaba consciente de que no podía revelarle nada, pero sí podía seguir enviándole señales. Algo era algo.

—Vamos a lograrlo, así tú encontrarás lo que quieres también y seremos menos infelices.



Andrew la escuchaba hablar con media sonrisa. Soltó el pomo y miró a una enfermera que lo observaba desde el otro extremo del pasillo con actitud hostil y que enseguida caminó hasta él.

—¿Cuánto puedes tardar en decidirte a entrar? —rezongó.

—Lo siento... Yo... Está con alguien y no quiero molestar. —La enfermera lo hizo girar como si fuese un títere y lo empujó hasta la puerta.

—¿Por qué no entras de una vez? Está sola, su padre se marchó hace rato.

—¿Está segura? —indagó, la enfermera rodó los ojos.

—Sí, estoy segura, jovencito. En esa habitación solo han estado su padre y tú. Si quieres verla mejor hazlo ahora porque tiene que descansar.

—Pero ella está hablando con alguien —replicó él.

—¡Qué no! —exclamó, levantando ambas manos en el aire.

Andrew abrió la boca, pero la volvió a cerrar cuando la enfermera apuntó la cerradura con un dedo, él la observó y pensó que le gritaría, pero eso no

pasó porque respiró profundo y se decidió a entrar.

Se detuvo y sonrió en el instante en que la vio. Miró de soslayo toda la habitación y se sorprendió porque la enfermera tenía razón, no había nadie más. La muchacha lo miró a él, estaba sentada en la cama, la palidez ya empezaba a desaparecer de sus mejillas, su cabello oscuro estaba alborotado y sus penetrantes ojos realmente estaban azules.

Carajo, no puede ser. No hay manera de que sea tan bella.

—¡Andrew, que bueno verte! —La escuchó decir.

—Hola... —La quiso saludar con el mismo entusiasmo, pero apenas era capaz de hacer que las palabras salieran de su boca —. Te ves muy bien.

—¿Sí?

—Sí, ¿te cortaste el pelo?

—No. —Jo frunció los labios.

—¿Bajaste de peso?

—No.

—¿Te caíste de un árbol?

Jo soltó una carcajada y Andrew sonrió realmente grande.

—Estás loco, me haces reír.

—Eso es algo bueno. Tenía que lograr que volvieras a hacerlo o de lo contrario no se me quitaría este susto que todavía tengo en el estómago.

—¿Por qué?, ¿qué pasa? —No respondió, solo se quedó observándola hasta que ella volvió a hablar—. Andrew, ¿estás bien?

Suspiró. ¿Qué podía decirle?, ¿qué haberla encontrado muerta había sido lo peor que había experimentado en toda su vida? Muchas cosas pasaron por su cabeza, verla riendo de nuevo agitaba su corazón con sentimientos extraños, sentimientos que no podía controlar. Jo esperaba una respuesta y lo observaba atentamente, pero el muchacho frente a ella parecía no querer hablar. Entonces ella estiró el brazo y le agarró la mano, obligándolo a sentarse a su lado.

—Recuerdo que me estabas llamando al celular —murmuró la pelinegra, pero él no quería verla a los ojos y se puso a husmear el tubito por donde le pasaban el suero. Sin esperar un segundo más o se volvería loca, Jo sujetó el mentón de su acompañante para girarle la cabeza hacia ella—. Oh, Andrew, dime qué pasa.

—Tú... —respondió al fin balbuceando, porque su cuerpo reaccionó ante el toque de sus manos—, tú estabas tirada en la nieve y no respirabas, verte así fue muy difícil y al mismo tiempo aterrador. —La chica lo miraba

esperando que continuara—. No puedes volver a hacerme algo así, Jo. Fuera de broma, yo quiero tenerte cerca por mucho tiempo.

Nathan soltó un silbido que provocó que las mejillas y el cuello de su hermana se calentaran. Eso sí que se había escuchado bonito. Pero ella lo sintió extraño y parpadeó antes de alejarse un poco.

—Fue solo un susto, me resbalé de la escalera y caí —explicó ella.

—Sí, ya pasó, pero hay cosas que se pueden evitar cuando uno se siente mal.

—Andrew...

—No tienes que decirme nada ahora, solo quiero que sepas que puedes confiar en mí, necesito que sepas que quiero verte bien. —Las palabras fueron bien recibidas porque ella sonrió—, también deseo que no te sientas sola, no lo estás, ¿de acuerdo? —musitó agarrando un mechón de su cabello—. ¿Confías en mí, Jo?

En medio de la bruma que había en su cabeza pudo oír los latidos fuertes de su corazón y sintió el color subir de nuevo a su rostro, acompañado de calor, porque Andrew sonrió y depositó un beso en su mejilla. La chica cerró los ojos ante el contacto. ¿Qué le pasaba con él?

—Confío en ti, Andrew. No sé si alguna vez te lo han dicho, pero eres el mejor amigo del mundo. Gracias por haberme ido a buscar.

—Justo lo que él quería oír —murmuró Nathan, a ella le dieron ganas de mostrarle el dedo grosero.

—Lo soy... —contestó Andrew con sonrisa débil—. Ahora dime, señorita, ¿qué planes tienes para comenzar con tu nueva vida?

A ella le agradó el comentario porque su intención era comenzar cuanto antes con el trato, y para eso necesitaba de su ayuda. Jo agarró su celular y le sonrió.

—Necesito que me enseñes a usar *Skype*. ¿Podrías descargarlo aquí? Tengo que hablar con alguien.

—Claro, dame. —Jo le pasó el teléfono y él comenzó a buscar la aplicación.

—Es fácil usarlo, solo creas una cuenta y una contraseña, luego puedes hacer llamadas de vídeo.

Cinco minutos después ya estaba listo. Jo estaba emocionada, que ganas tenía de verlo, quizás estaba trabajando, pero cuando supiera lo que ocurrió seguro que dejaba todo para hablar con ella.

—Tengo que agregar el contacto, ¿a quién voy a buscar?

—A Jordan Cord —respondió ella.

—¿Y él es...?

—Mi plan de vida.

Los ojos de Andrew se elevaron hacia ella con rapidez, sus dedos dejaron de teclear, la sonrisa se le congeló en los labios. Los hombres inteligentes saben resguardar su corazón, pero en ese instante se sintió el más torpe de todos.

-XII-



Escucharla decir eso fue una puta mierda.

Buscó y agregó el contacto en el celular, pero como no quería quedarse a oír la conversación se despidió con la mano.

—No te vayas, ¿podrías quedarte un rato más? —pidió la chica en un susurro.

—De hecho, tengo que revisar un caso importante. —Jo lo miró con pesar, con ojos tan suplicantes que el muchacho suspiró y se rascó la cabeza—. ¿Qué más da? Podría dejarlo para más tarde.

—Gracias. Andrew, gracias de verdad.

Él suspiró hondo y volvió a sonreír, tomó asiento en una silla al lado de la cama y se quedó en silencio, oyendo el tono de llamada.

Después, una voz que no quería escuchar lo incomodó más.

—¡Jo, qué gusto verte!

—Te dije que aprendería a usar Skype —dijo con una gran sonrisa mientras sostenía el teléfono en sus manos.

—¿Acaso llevas puesta una...?

—Sí, es el atuendo que regalan en los hospitales. —Jordan abrió mucho los ojos, ella alejó la cámara un poco y la bata azul se vio por completo en la pantalla.

—¿Cómo?, ¿qué haces en un hospital?

—Me caí de la casa del árbol. —Se sobó la cabeza como recordando el golpe—, me dijeron que morí por unos minutos... — Andrew y Nathan no necesitaban ver la pantalla para saber que Jordan tenía la cara desencajada.

—Dios, ¿cómo te pasó algo así?

—Por distraída.

—Mmm... lo supuse desde aquel pelotazo.

—Entonces somos dos los despistados, porque que yo recuerde, tú también te llevaste tu parte ese día.

—A decir verdad te protegí, vi cuando la pelota venía en tu dirección y me atravesé. — Ella soltó una carcajada, sabía que no era verdad. Nathan y Andrew rodaron los ojos al mismo tiempo—. Eso sonó a que no me crees.

—Por supuesto que no, no intentes quedar como un héroe.

—Te muestro mi capa cuando gustes, aunque no me queda claro si quieres ver mi capa o solo reírte de ella —bromeó.

—Jordan, tú te verías bien con lo que sea, pero sí, seguro me reiría.

—Bien, es un trato, en otro momento en el que no esté en la oficina te mostraré mi otra identidad. — Se quedó en silencio considerando si alargar la conversación o no—. ¿Sabes? Hay algo importante que debo hablar contigo.

—¿Cómo qué?

—El sábado te llamaré.

—Estaré lista y esperando esa llamada —dijo con inquietud.

— Llamaré después de las cuatro, mi madre quiere que la lleve a recoger algunas cosas para una fiesta que dará.

—¿Una fiesta?

—En realidad no es una fiesta, más bien es una cena en su casa.

— ¿Si estuviera allá me invitarías? —Jordan la miró pensativo y con una expresión extraña se desentendió.

—Me tengo que ir. Lo siento, tengo trabajo, ¿hablamos el sábado?

— Está bien.

—Cuídate mucho, preciosa, me alegró verte. Un beso.

Jo casi acercó sus labios a la pantalla, pero Jordan ya había cortado la llamada.

Andrew arrugó la nariz. Sintió celos. Estaba siendo un idiota, probablemente ese tipo era su novio y claramente, él no tenía oportunidad. Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando alguien tocó a la puerta.

—Adelante —resopló Jo.

Andrew recibió la bandeja con el desayuno y se lanzó descuidadamente en la silla para contemplarla mientras comía, ella parecía incómoda, refunfuñaba mientras pellizcaba el pan con sus dedos y se lo metía a la boca. Él no quería

mirarla, pero tampoco lo podía evitar, sacudió la cabeza y mordió el interior de su mejilla, le molestaba verla así; todo estaba bien y ahora no lo estaba.

—Jo.

—¿Sí? —Dejó escapar entre mordiscos.

—¿Por qué no me dijiste que tenías novio? —Ella miró atentamente la bandeja y sacudió la cabeza.

—Porque no tengo. —Se encogió de hombros y se alejó del sándwich, Andrew la miró con atención y se apoyó de un lado de la silla.

—¿No tienes nada con Jordan? —preguntó directamente.

—No, no tenemos nada —contestó y disparó devuelta—. ¿Por qué te importa?

—Nah... pura curiosidad. —Hizo una mueca—. Tal vez no esté en lo correcto, pero pareciera que no estás contenta con eso.

Él tenía razón. Efectivamente quería más de Jordan, pero ella ahora estaba lejos. ¿Funcionaría una relación a distancia? Debía comprobarlo, no se rendiría tan fácil.

—Salimos un par de veces, todo fue muy apresurado y no pudimos conocernos lo suficiente, pero me gustaría que me diera una oportunidad, Jordan me gusta. —Andrew trató de ocultar su decepción, aunque agradecía que fuera sincera.

—¿Y él te corresponde? —Se rio por la pregunta, la curiosidad era evidente en la voz del muchacho. Andrew le agradaba mucho, pero no podía permitirse complicar la relación con Jordan, su plan no debía desviarse.

Le contestó lo que ella misma quería creer.

—Por supuesto, somos uno para el otro.

Él lamentó las palabras en el momento en que dejaron la boca de Jo, se levantó de la silla y sin darle tiempo a reaccionar se acercó mucho.

—Me alegro por ti —susurró en su oído, luego besó su mejilla, el aroma de su colonia la envolvió, estaba luchando con el deseo de enterrar la nariz en su cuello y aspirar esa fragancia tan divina cuando él se alejó—. Vendré luego, descansa un rato, señorita.

Y salió con un escueto adiós del lugar.

—Veo que el regreso a Starry Ville no ha sido del todo malo.

La voz de Nathan hizo que se enderezara de golpe, como si la hubiese pillado en algo; lo que era ridículo porque solo estaba pensando en que le hubiera gustado que Andrew no se fuera tan pronto.

—No empieces, el rockerito es guapo y simpático, pero solo es mi

compañero de piso.

—¿Viven juntos? Esto cada vez se pone mejor... —Alzó las cejas con picardía.

—¡Solo es un amigo!

—Un buen amigo. Guapo, simpático y también dijiste que te hace reír.

—¿Estás haciendo una lista?

—No, todo lo grabo aquí. —Se tocó la sien con el dedo.

—Nada, deja la locura, estás viendo cosas donde no las hay. Ya demasiado tengo con haber regresado de la muerte, una relación con Andrew lo complicaría todo, te lo aseguro.

—¡Oh, venga, hermanita! Eres inteligente, ¿te diste cuenta de que se puso celoso de Jordan? —Jo lo miró con molestia y le lanzó lo primero que encontró, Nathan se echó a reír cuando la almohada pasó a través de él.

—No te rías, Nathan. Fue extraño lo que sentí cuando vi su expresión.

—Parece que lo lastimaste. —Ella lo miró un tanto preocupada—, tranquila, eso no debe importarte porque él no te gusta, ¿no es así? —Su voz destilaba sarcasmo. Jo fingió un bostezo y se recostó.

—No, no me gusta.

—De acuerdo, hagamos que te creo. Duérmete, que yo seguiré haciendo mi lista.

—Nathan...

—¿Qué?

—Ya cállate.



La mujer le brindó una alegre sonrisa.

—¿Nos vemos pronto?

—Seguro.

—Nada me gusta más que estar contigo.

—Y a mí también, cariño. —Dejó que ella lo besara sabiendo que en las escaleras de esa casa alguien los podría ver. El tema de que los descubrieran lo ponía nervioso, así que se separó y juntó las cejas.

—No pasa nada. Fue un arrebató —dijo apoyando las caderas en la barandilla.

—Yo no tengo nada que perder, pero no me gustaría que te juzgaran.

—Por supuesto...

—Todos hablarían de ti.

—Lo sé, tendré más cuidado.

Él no estaba casado, las solteras de Starry Ville morirían por hacer cola delante de su puerta con tartas de manzana y comida de todo tipo, pero ese hombre no disfrutaba de nada a menos que viniera de ella, de la que si estaba casada y con la que mantenía un romance clandestino.

—Sin duda fue bueno venir a verte, pero ya me tengo que ir.

—Lo sé, anhelaba que te quedaras, pero entiendo tus razones.

—Lo que tenemos es así, una cana al aire.

—Qué romántico. —Arrugó la frente con desagrado—. No es que quiera escuchar cosas empalagosas de ti, pero es horrible que describas lo que tenemos como una «cana al aire».

Él intentó controlar la carcajada.

—Una cana, una aventura, un rollo, un lío; es lo que es y no puede cambiar hasta que no te quites ese anillo.

—¿No te ibas?

—Me echas porque tengo razón. —La expresión de ella se volvió fría, él suspiró.

—¿Qué es lo que te pasa ahora?

—Nada, nos vemos luego. —Y se marchó.

Ella permaneció inmóvil por unos segundos, el aroma a obstinación quedó impregnado en el ambiente hasta luego de cerrar la puerta. Ese hombre la iba a volver loca. Se sentó en el mueble y miró a su perro que llegó a olisquear sus pies.

—¿Cómo diablos se lo digo? —El perro sacudió una oreja y se echó en la alfombra ignorando la pregunta.

Ella comenzó a pensar exactamente de qué manera le podría pedir el divorcio a su marido.



Era casi hora de cenar cuando Andrew regresó al hospital, se había marchado antes con la esperanza de evitar a Preston Jones, responder un interrogatorio sin sentido no le apetecía.

¿Cómo puedo siquiera explicarle que su hija vive conmigo?

Sacudió la cabeza mientras se bajaba del auto, pero ahí lo vio.

¡Demonios!

Sonrió manteniendo la calma.

—No vas a decirme que fuiste tú el que me llamaste, ¿cierto? —preguntó Preston caminando a su lado por el sendero que los llevaba a la entrada.

—No sé de qué me habla. —respondió con una mueca, porque aunque iba

vestido de civil se le veía el armamento que llevaba en la cintura.

—Vas a hacerte el loco entonces —murmuró con disgusto—, tengo derecho a saber cómo fue que encontraste a mi hija, dentro de mi propiedad, a esa hora de la noche. —Andrew se detuvo con una mueca desagradable—. Yo que tú empezarías a hablar y buscarías un buen argumento para convencerme de que se cayó por un descuido y de que tú pasaste por ahí solo por casualidad.

—¡Tiene que estar bromeando!

—No, Andrew. No soy tan cruel como para bromear cuando mi hija estuvo a punto de morir.

—Sr, Jones, ¿ha pensado que tal vez su hija y yo nos conocemos? —inquirió serio, los ojos de Preston se entrecerraron.

—No, ¿de dónde la conocerías? Ella no vive en Starry Ville —contestó con recelo y desconfianza.

—Sí, ahora si vive aquí. —Y con eso abrió la puerta principal y entró. Él no era de los que huía, pero la cara de Preston lo ameritaba.

—Espera... —Le dio alcance intrigado—. ¿Qué quieres decir con eso?, ¿sabes en dónde está viviendo?

—¿Por qué mejor no se lo pregunta a ella?

Andrew no tenía ánimos de una discusión y quería escapar de la inquisición lo más rápido posible.

—No puedo hacerlo —resopló—. No es de tu incumbencia, pero no soy bienvenido en esa habitación.

—Jo es una chica maravillosa —comentó—. La conozco desde hace poco, pero estoy seguro de que si no le reprocha nada, ella aclarará todas sus dudas.

Preston lo miró de reojo y se detuvo en seco cuando una ligera sospecha se asomó a su mente.

—No estará viviendo contigo, ¿verdad?

—Sí, está viviendo en mi apartamento. —La expresión en el rostro de Preston se endureció—. Pero no ha pasado nada, ni pasará. —Lo intentó tranquilizar. Sin poder creer lo que el muchacho decía abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo ocurrió tal cosa? ¡Mi hija no puede estar viviendo con un hombre!

—¿Con un hombre o conmigo? — Andrew frunció el ceño incómodo y molesto—. Entiendo desde hace tiempo que no le caigo bien, pero yo sería incapaz de faltarle el respeto a Jo, antes que nada necesita entender eso, señor

Jones.

El hombre bufó.

—¿Qué pasa entre tú y ella?

—Nada —dijo sin fingir—. Sé que a ningún padre le gusta saber lo que le confesé, pero es la verdad, ella no tiene interés en mí. Le alquilé una habitación, es todo.

Preston arqueó una ceja al oírlo, la desaprobación brotaba por cada poro de su cuerpo y era perceptible para Andrew.

—Estaré cerca, Key. —Hizo una pausa significativa—. Muy cerca y atento.

Entonces, llegaron a la puerta de la habitación y simularon una sonrisa de «aquí no ha pasado nada». Al entrar, Andrew pudo ver como el rostro de Jo se desfiguró ante la imagen de verlos juntos.

—Oh, esto sí que será interesante —murmuró Nathan.

-XIII-



La ropa que sostenía se cayó al suelo, se agachó a recoger un calcetín que voló debajo de la cama y cerró los ojos antes de incorporarse y mirar de nuevo a los dos hombres que acababan de entrar a la habitación. De inmediato se dio cuenta que ese par de sonrisas eran fingidas.

Ya sabe dónde estoy viviendo, puedo imaginar lo que dirá.

—Tú llevas la voz cantante, no él. —le susurró Nathan. Jo estaba de acuerdo y se recordó a sí misma que ya no era una adolescente a la cual podían regañar, decidió que actuaría indiferente.

—¿Qué haces levantada? —inquirió Preston, su voz era ronca pero no autoritaria. Se movió hacia ella, quien dio un paso atrás y levantó la mano. No quería ningún contacto—. Hija...

—No, nada de hija.

—¿Por qué no estás descansando?

Jo sacudió la cabeza y mordió el interior de su mejilla, odiaba el hecho de verlo ahí fingiendo preocupación por ella.

—Me voy a casa, estoy de alta —dejó escapar.

Rompió el contacto de ojos con Preston cuando Andrew se mordió el labio inferior y miró hacia la puerta buscando la huida, pero ella se aclaró la garganta y corrigió—: a casa de Andrew, ahí es a dónde voy.

—No, no tienes que ir allá, puedes ir a casa de Nancy.

La chica sacudió la cabeza y se frotó la frente para espantar el dolor de cabeza que estaba por comenzarle. Podría ir a casa de su tía Nancy, tal vez conseguir un verdadero empleo, ¿pero estar cerca de él? Vivir con Preston

significaba perdón y eso no estaba ni cerca de ocurrir.

—¿De verdad crees que iré contigo?

—¿Por qué no? —Sus ojos lanzaron dagas, no le importó que fuera su padre. La abandonó.

—Te tienes que ir, voy a cambiarme y no creo que quieras tener esta conversación frente a Andrew, ¿o sí?

Preston negó con la cabeza, era lo último que quería, no podía permitir que su pasado fuera señalado con el dedo, a pesar de que Andrew ya sabía todo.

—Peyton, ¿cuánto tiempo te quedarás en Starry Ville? —preguntó usando su nombre de pila, el que solo utilizaba cuando estaba muy enfadado.

—Nos abandonó. No merece que lo escuches —dijo Nathan, Jo retrocedió y miró de soslayo a su hermano, pudo sentir el profundo sentimiento en su voz y decidió seguir firme.

—No te lo diré.

—¿Dónde está Connie?

—En Connecticut.

—¿Sabe que estás aquí? —Jo se rio de la pregunta y tomó la oportunidad para alejarse, se giró antes de entrar al baño.

—No lo sabe, no le importa.

—¿Qué quieres decir con eso?, ¿cómo no le va a importar a dónde estás? ¡Es tu mamá!

—¡Tuvo un hijo! ¡Para ella siempre fue uno y lo perdió! ¿Crees que las cosas mejoraron? —Lanzó la puerta con tanta fuerza que hasta ella misma se estremeció.

Preston se marchó en silencio, aunque Andrew pudo ver el dolor absoluto que cruzó por su rostro. Desde la esquina de la habitación, Nathan tampoco sintió júbilo.

Cuando Jo salió del baño se sintió aliviada porque su padre se había ido. Respiró tranquila al verlo sentado en la silla, su corazón se aceleró de manera extraña, suspiró para calmar sus nervios. Era solo Andrew después de todo.

—Vamos a tener problemas —murmuró el muchacho—. Estará vigilándonos, me lo advirtió.

—No... —dijo deseando que olvidara todo ya—, lo mantendré al margen —le aseguró—. No molestará, yo me encargaré de eso.

Andrew la miró con curiosidad, era la primera vez que la veía molesta y una media sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Cuál es el chiste? —Él no contestó, aunque con rapidez le pasó un suéter, pero Jo no hizo nada para tomarlo. Andrew le explicó antes de que pudiese abrir la boca.

—Esta mañana busqué en tu habitación, pero no vi ninguno; lo compré para ti.

—Andrew...

—Quise hacerlo. De nada, no hay problema.

—¿Cómo sabes lo que iba a decir?, ¿y si quería regañarte por registrar mis cosas? —Él se echó a reír y salió tranquilo de la habitación.

Jo rodó los ojos, la estaba esperando. No debía aceptar que gastara más dinero en ella, pero el pensamiento desapareció de su cabeza cuando él tomó su mano y la guio hasta el auto. Allí estaba esa sensación extraña de nuevo, moviéndose y ganando terreno, como diciéndole que algo en su estómago había estado dormido.

—¿Sabes? —dijo Nathan entre un susurro y una respiración pesada—. No iré con ustedes, tengo algo que hacer.

—¿A dónde vas? —preguntó bajito para que Andrew no escuchara.

—A dar un paseo, quiero ver la puesta de sol. No me mires así, tú ni siquiera me extrañarás. —Sonrió y le guiñó antes de desaparecer.

Jo jadeó, fue increíble verlo hacer eso. Era como si Nathan hubiera hecho magia.



De muy buen humor, Andrew condujo hasta la cafetería Fuente de vida. Buscaron una mesa y revisaron el menú para hacer el pedido. Mientras él se ocupaba de eso, Jo se metió en el baño y se echó agua en la cara porque sintió que mientras hablaban su mente se ponía en blanco, solo podía concentrarse en su sonrisa, esa perfecta sonrisa que hacía que las esquinas de sus ojos se arrugaran.

Cuando salió observó que una chica alta, con un delantal negro que llevaba amarrado en su cintura, se paró al lado de él.

—Hola, Andi —dijo con voz dulce.

—Hola, Liz —respondió en tono amable.

Jo se incomodó al descubrir que era la hija mayor de Marty —uno de los dueños de la cafetería—, iban en la misma sección en la preparatoria, pero nunca fueron amigas.

—¿Irás al mirador este fin de semana? —persistió la chica—. A mí me parece muy aburrido cuando no vas, creo que voy a necesitar un profesor de

astronomía particular.

—Tal vez me acerque, pero Marco Green sabe más del tema; deberías preguntarle si es que de verdad te interesa la materia. —Liz estrechó los ojos molesta porque ofreció mucho y recibió poco.

Entonces, Jo se dio cuenta de dos cosas: Liz arqueaba la espalda para que Andrew notara su figura, pero aunque la chica intentaba coquetear, él la miraba solo a los ojos de forma inexpresiva. Los espío un poco más hasta que reunió ganas y se acercó, Andrew le lanzó una mirada inquieta y con los labios pronunció *¡Auxilio!* Liz se giró y se dio cuenta de la presencia que le sonreía radiante.

—Muchas gracias por ofrecerle empleo a mi novio, es muy amable de tu parte. —La chica se sorprendió más que Andrew al oírla, que de paso no entendió su actitud amistosa—, la astronomía es muy interesante. —Jo bajó la voz y la convirtió en un fuerte susurro—. Lo hará bien, se ha mostrado muy deprimido desde que le diagnosticaron ese problema médico, pero estoy segura que hablando de constelaciones y estrellas se olvidará un poco del tema de las enfermedades venéreas.

El aludido escupió el café que se acababa de llevar a la boca, Liz clavó los ojos en Jo y luego en él, palideció.

—Tengo que atender otras mesas, mi padre se molestará mucho si me ve hablando con los clientes tanto tiempo —carraspeó y se marchó a toda prisa.

Jo rodó los ojos, luego enfrentó la mirada alucinada de Andrew.

—Ni se te ocurra protestar —le advirtió.

—¡Podrías haber inventado otra cosa!

—Eres un hombre atractivo, y los hombres atractivos no pueden espantar tan fácil a chicas como Liz Allen. Por favor, si lo que le dije fue súper ingenioso.

Él se indignó y le dijo cosas como «mentirosa», «inventora» y «loca». Solo dejó de vociferar cuando se montaron en el auto, hicieron el recorrido en absoluto silencio, pero cuando llegaron al apartamento, Jo oyó la risa ahogada de Andrew; entonces supo que todo seguía bien entre ellos.

Nathan llegó como a las once de la noche, se había tomado un tiempo extra para pasear por Starry Ville. Se dirigió a la habitación de su hermana y la encontró dormida en la cama, agradeció que estuviera descansando y se recostó a su lado. Todo estaba en silencio excepto por el sonido del reproductor de Andrew; por lo visto también se dormía escuchando música.

Se estiró y disfrutó de lo bueno que era no sentir dolor en su cuerpo, pero

como igual estaba cansado se enrolló de lado. Mientras dormía imaginó sus alas, eran tan magníficas como en cada sueño.



Durante los siguientes cuatro días, los compañeros de piso estuvieron relajados, habían conseguido sentirse a gusto, cada quién se ocupaba de alguna labor en el apartamento, y la verdad, la pasaban bien en compañía. Andrew siempre escuchaba música o la ponía al corriente sobre el caso que estaba resolviendo, por las noches a veces se sumergía en páginas de internet sobre Astronomía.

Llegó el domingo y ella lavó alguna ropa, hizo pizza y también horneó una torta, también lo hizo comprar un ambientador de manzana verde el cual roció por todo el lugar. Jo se preguntaba qué estaría haciendo Jordan, quizás dormía o buscaba cosas que ponerse para la cena en casa de su madre. Cualquiera cosa con tal de que no olvidara que ese día hablarían de nuevo por *Skype*.

Con el almuerzo terminado y los platos lavados, Andrew se recostó en el mueble de la sala para ver una película en *Netflix*, Jo continuaba ansiosa, estaba empezando a parecer medio obsesiva porque su cabello estaba liso, y sin embargo, no dejaba de cepillarlo.

Andrew debió darse cuenta porque ladeó la cabeza y le puso pausa a la película.

—Tú cabello está perfecto.

—No sé qué le pasa, siento que está rebelde, ¿qué opinas de las chicas con cabello corto?

—Depende del corte, hay algunos que se ven muy bien. ¿Quieres cortártelo?

—Si tuviera una tijera, lo haría —dijo—. Hace mucho que lo llevo largo.

—Pensé que irías a la peluquería, ¿y si no te queda bien? —Jo rodó los ojos por su precaución.

Ella solía cortarse el cabello y en varias oportunidades también se lo cortó a sus amigas. A los dieciséis había trabajado en una peluquería, y a pesar de no haber tenido entrenamiento nadie se quejó.

—Tú ni imaginas todo lo que sé hacer —objetó.

Andrew se levantó, caminó hasta un estante y de una gaveta sacó lo que necesitaba.

—Tienes razón, pero antes de cortártelo ten en cuenta que la peluquería abre es los lunes.

—¡Wou, hombre de poca fe! —exclamó Nathan divertido.

—¡Dame acá la bendita tijera! —chilló Jo—. O el que saldrá trasquilado serás tú.

Él sonrió y se la pasó. Jo buscó una toalla, se la puso sobre los hombros y se paró frente al espejo de la sala. Mechones de cabello comenzaron a apilarse en el suelo y Andrew arrugaba la nariz por cada clic de la tijera.

—¿Cuál es la razón para este nuevo look? —indagó curioso.

—No es solo un cambio de look, Andrew —aclaró—. La dueña de la peluquería en la cual trabajé, me dijo una vez, que la mujer que se corta el pelo es porque quiere un cambio en su vida. Sin duda es verdad, necesito esto, quiero dejar atrás los malos recuerdos y aprovechar al máximo mi segunda oportunidad.

—¡Me gusta mucho eso, señorita!

Andrew interrumpió su labor cuando la abrazó con efusividad. En cuanto la soltó, Jo se inclinó y besó su mejilla.

—Gracias —le dijo.

—¿Qué agradeces? —preguntó el joven, ella se encogió de hombros.

—Que seas así, nunca había sentido tanto apoyo y cariño.

Nathan dejó escapar una risa burlona.

—Uff, hay amor en el aire... —Jo dio un respingo ante las palabras de su hermano y lo fulminó con la mirada. ¿Por qué decía esas cosas? No iba a lograr sonrojarla.

—Solo estoy siendo tu amigo —contestó Andrew.

Debería haber dicho que quería ser algo más, pero no se atrevió.

—Elije, ¿café o chocolate? Te consentiré. —Y cuando Andrew iba a contestar, el celular de Jo comenzó a sonar.

—Deja, lo preparo yo. —Habló con resignación—. Tú tienes algo más importante que atender.

El proverbio que dice: “*La vida es tan buena maestra que si no aprendes la lección te la repite*”, no podría haber sido más apropiado.

-XIV-



Andrew daba vueltas alrededor de la cocina mientras le daba privacidad a Jo, pero ya estaba harto de esperar.

¿Qué me importa a mí la conversación de esos dos cuando tengo tantas cosas que resolver?

Bueno, en realidad no era tanto. Tenía el caso de Caleb —esposo de Jackie, dueña de la tienda de mascotas—, ella quería pruebas para enfrentarlo; resulta que Caleb llevaba al pequeño Jack a la guardería y a Jackie le habían llegado rumores de que su marido le calentaba la oreja a la *baby sister*.

¡La engañaba! Jackie Harford no aprendía, debió pedirle el divorcio desde la primera vez cuando lo encontró teniendo sexo con la vecina, en el jardín trasero, olvidándose de que los domingos la tienda de animales cerraba al mediodía.

¿Cómo se lo diría? Andrew tenía las fotos que demostraban que a la *baby sister* no le disgustaba en absoluto la forma en que Caleb pasaba las manos por su cuerpo y devoraba su boca.

—*¿Me estás escuchando, Jordan? Necesito saber tu opinión, ¿te gusta o no? A Andrew le gustó...* —la escuchó decir.

El mencionado casi se atragantó con una tostada que estaba masticando. No aguantó la tentación y asomó la cabeza, la vio de espaldas, el apartamento no era tan grande y espiar se le daba de maravilla.

—*¿Quién es Andrew?* —le preguntó.

—*Mi compañero de piso* —dijo sin mayor explicación, y tampoco era

necesario, ya que la cara de Jordan se transformó como si hubiera escuchado algo terrible.

—¿Está ahí en este momento?

—Creo que está haciendo café.

—¡Llámallo! Quiero conocerlo.

¡Maldición! Estuvo a punto de replicar Andrew, pero ella respondió:

—En otra oportunidad, aún no has contestado a mi pregunta.

—¿Por qué estás viviendo con ese tal Andrew? —La evadió, quería saber más, sus ojos desprendían curiosidad—. ¿Es atractivo?

—¡Oh, por Dios! ¿Qué importa cómo encuentre a otro hombre si mi atención es para ti? — Jordan sonrió de lado y Jo sintió que las mejillas se le pusieron rojas.

Mierda, cuando sonrío así de verdad es sexy.

—Tranquila —contestó tratando de aligerar las cosas—. Solo me inquieté un poco.

—Tú y yo no somos nada, ¿lo recuerdas? —Él respiró profundo.

—Y lamento eso.

—¿Sí? —La ansiedad se le reflejó en el rostro, a Jordan le pareció adorable.

—Debí haberte besado. —El estómago de la chica dio un vuelco—. Fantaseo con eso desde que te fuiste.

—Tal vez puedas hacerlo pronto. —Se mordió el labio.

—¿Qué tan pronto? —preguntó con inquietud—, he pensado que... quiero que sepas algo... —Se interrumpió.

—¿Qué?

—Es que... puede que no te guste. —Volvió a callarse—, es decir... —Se quedó en silencio, ella casi no podía respirar.

—¿Y? —Lo animó, tanto suspenso la enloquecería.

—Quizá si estuviese a mitad de espalda y no por los hombros se vería mejor. —Nuevamente evadió.

—¿Ah? —preguntó sin entender.

—Tú cabello —murmuró—, déjalo crecer, largo me gustaba más. — Jo lo miró con reproche.

—¿Sí?

—Sí.

—¡Está bien! —exclamó, y se levantó del mueble—. Ahora que recuerdo, tengo cosas que hacer, ¿hablamos luego?

—Por supuesto —contestó enseguida—, yo también tengo cosas que hacer. —Se aclaró la voz—. No te preocupes, crecerá pronto. Hasta luego, preciosa.

Andrew estaba apoyado en la puerta de la cocina observando como su amiga suspiraba luego de colgar. Siempre era así, siempre que hablaba con Jordan terminaba desanimada. No importaba lo que Jo dijera, en momentos como ese dudaba de que esos dos fueran el uno para el otro.

Jordan ciertamente se puso nervioso cuando ella insinuó que se verían pronto, Jo no le había dicho cuanto tiempo estaría en Starry Ville, y quizá, era bueno que se quedara porque él se olvidaba por momentos de que no tenía que involucrarse de ninguna otra forma que no fuese como amigos.

Andrew se acercó con cautela y agarró un mechón de su cabello.

—Aún me debes un chocolate caliente, ¿lo preparas?

—Sí. —Forzó una leve sonrisa y pasó a su lado con ojos brillosos.

Entraron a la cocina y ella comenzó a calentar leche, Andrew se sacó del bolsillo una cajetilla y encendió un cigarrillo con un mechero. Jo lo miró con reproche, aunque no era la primera vez que lo veía fumar, él esperó que se molestara, ya que en otras ocasiones le había dado un sermón del daño que ocasionaba, pero no dijo nada.

—Necesito salir del apartamento —comentó Jo luego de que se bebieron el chocolate—. ¿Crees que puedas llevarme al mirador?

—Debería haberlo propuesto yo —susurró bajito, acercándose a ella—. Claro que sí, puedo llevarte a ver las estrellas.

Jo se rio y sacudió la cabeza; le dieron ganas de seguirle el juego así que se acercó a su oído e imitó su tono.

—Es el mejor plan que te he escuchado hasta ahora. Lástima que Liz se enojará si nos ve juntos. —Hizo un puchero y él se echó a reír. Era extraño, estando con ella todo era divertido.

—Frustraste nuestro amor, ¿o ya olvidaste lo que le dijiste? No volverá a verme nunca más de forma sexual —bromeó.

—Mira, no te pierdes de nada, esa chica debe estar más abierta que Google.

—¿Qué? — Su comentario fue tan inesperado que Andrew soltó una sonora carcajada y la miró con asombro.

—Sí, o más tocada que timbre. —Ambos se largaron a reír.

Entre risas cada uno se fue a su habitación. Pasaron unos veinte minutos arreglándose, Jo se amarraba sus botas de invierno, pero se detuvo cuando

sintió a alguien detrás de ella.

—¿Nathan? —preguntó en voz alta.

—Hoooolaaaa... —respondió muy cerca en tono fantasmal. Jo saltó de la cama.

—¿Por qué no te veo? —De pronto su silueta comenzó a tomar forma, se encogió de hombros.

—¿Te asusté?

—Estoy bien —replicó.

—Lo siento, lo estoy comenzando a entender, pienso que todo está en la mente. De si quieres dejarte ver o no. —Pasó una mano por su frente y se apartó el cabello que enmarcaba su rostro.

—Es increíble, Nathan —murmuró—. ¿Dónde estabas? No sé nada de ti desde esta mañana.

—Estaba con mamá —confesó.

—¿Con mamá? —jadeó—, ¿y cómo la viste? —indagó preocupada.

—Mal. —Hizo una mueca de pesar—. He estado visitándola desde que llegué, casi no se para de la cama y me sorprendió ver lo delgada que está.

—Sigue sin comer. —Jo levantó una ceja—. No sé de qué forma ayudarla.

—Necesita un especialista, Jo. Alguien que la ayude a manejar la depresión.

Ella estaba de acuerdo, pero lo que Nathan no comprendía era que Connie no se dejaría ayudar por ella, no la quería cerca, se lo había dejado claro la última vez.

—¡Estoy listo! ¡Vámonos!

La voz de Andrew hizo que Jo se sobresaltara. Le hubiera gustado hablar con Nathan un poco más.

—Qué bueno que saldrás un rato —dijo Nathan con sonrisa “celestial”—. Espero que se diviertan mucho, ¿pondrás de tu parte?

Ante la inesperada pregunta de su hermano, Jo sintió curiosidad, pocas veces habían hablado de Andrew, pero en todas hacía insinuaciones y recalca algo que a ella le comenzaba a incomodar.

—La verdad es que no sé qué tramas —dijo a modo de respuesta—. Yo sé que te cae bien y quizá no te guste lo que voy a decirte, pero él no es el indicado.

Nathan levantó la mano deteniendo su parloteo.

—Con Jordan fue todo muy apresurado, no lo conociste lo suficiente para estar tan segura de lo que dices. —Jo entendió el punto de Nathan y quería

seguir escuchándolo, pero se quedó callada cuando Andrew abrió la puerta—, pásenla bien, ya habrá tiempo. —Fue lo último que dijo antes de desaparecer.

Ella resopló y apoyó las manos en sus caderas, no era justo que Nathan pudiera huir así.

—¿Todo bien por aquí? —Jo respiró profundo y decidió voltearse.

—Sí, ¿por qué me miras con esa cara?

—Te escuché hablando sola. En realidad, es la segunda vez. —Su mirada estaba fija en ella, Jo no quería darle explicaciones, pero como era posible que la volviera a escuchar, se sinceró.

—A veces hablo con mi hermano, sé que es difícil de creer. —La observó con asombro. O decía la verdad o el golpe en la cabeza la había dejado loca.

¿Pero quién era él para cuestionarla? Su opinión se inclinó por lo primero; sabía que hay personas que cuando están a solas hablan con sus seres queridos fallecidos como si ellos siguieran en este plano. Midió su respuesta.

—Y yo fumo —le recordó—. Podremos con esos malos hábitos.

Ella se rio y miró su teléfono.

—Vamos, se hace tarde.

Salieron del apartamento y cuando iban bajando las escaleras, él hizo una sugerencia.

—Voy a llamar a un terapeuta.

—No, tranquilo, prometo no hacerlo más.

—El terapeuta es para mí, tú necesitas un exorcista. —Jo soltó una carcajada, algo que hacía junto a él con frecuencia, uno que otro vecino los miró con curiosidad al llegar a la planta baja.

—¡Que va, no lo necesito! Y no seguiremos hablando de eso, hoy solo quiero hablar de estrellas.

—Está bien, señorita. Lo que te haga feliz.

—¡Gracias! —Jo le mostró las llaves del auto, las había tomado y pretendía que la dejara manejar.

—Claro... —Se apartó de la puerta del piloto y la dejó montarse.

¿Cómo mierda hace para salirse con la suya en todo?

Jo encendió el auto y luego el reproductor, la música de *Maroon 5* los acompañó hasta su destino.

Cuando llegaron, Jo hizo algunas preguntas discretas, descubrió que a Andrew de verdad le apasionaba la astronomía. La inmensidad sobrecogedora de un cielo plagado de estrellas y la belleza nocturna del paisaje creaban para ellos un entorno mágico, con un telescopio y un mapa

celeste empezaron a identificar constelaciones, planetas y satélites; tenían la sensación de que no paraban de multiplicarse. Pasaban las horas y seguían igual, disfrutando abstraídos, hasta que vieron una estrella fugaz.

—Piensa rápido un deseo —le dijo Andrew. Pero a ella no se le ocurrió nada, de pronto recordó la conversación con Nathan, ¿se estaría equivocando con Jordan? Debía tener cuidado y descartar al equivocado, no sería justo para nadie si erraba.

Oh, Dios mío, has que elija bien.

Las dudas comenzaron a llegar a continuación, estaba comenzando a atormentarse mientras Andrew de pie, justo delante de ella, con su cabello y ojos pardos hablaba con entusiasmo. Apenas lo conocía, pero sin duda podía sentir la fuerte conexión, estaba dentro de ella elegir, la pregunta era: ¿cuándo?

Había gente esparcida por el lugar, se sentó en un banco y se acomodó el suéter, tiró de su gorro hacia abajo para protegerse las orejas del frío.

—Me pregunto qué estás pensando —musitó Andrew, girándose hacia ella—. A veces tiendes a quedarte muy callada.

—Pienso en muchas cosas, en mis padres, en mi hermano, en lo bien que se siente estar de nuevo aquí. —Andrew le sonrió y se sentó a su lado, incluso sin tocarla, él lograba un efecto vertiginoso en ella. Se las arregló para mantener la calma, debía ser cautelosa.

—Es un lugar muy agradable. —Jo asintió con la cabeza, cruzó cómodamente los brazos sobre su estómago y se recostó del banco.

—Háblame de ti, rockerito, ¿por qué Starry Ville?

—Por esto —dijo—. Por la excelente calidad de este cielo. Desde la primaria he estado estudiando las estrellas, mi madre quería vivir en un sitio tranquilo y yo encontré en internet que Starry Ville era el lugar idóneo para los dos. Ella puede ejercer en bienes raíces y yo puedo ser un aficionado hasta que llegue la hora de estudiar en el instituto de astrofísica.

—Eso suena como algo increíble.

—Es probable.

—¿Entonces por qué no lo dices con entusiasmo?

—Porque me gusta Starry Ville, la idea de mudarme de nuevo no me convence mucho.

—¿Y a dónde tendrías que viajar?

—A España.

A pesar de que el futuro de Andrew estaba trazado por él mismo, Jo sintió

su indecisión, se lo imaginó con una vida exitosa y decidió animarlo.

—Yo en tú lugar emprendería ese viaje sin pensarlo tanto.

—¿Y qué hay de lo que dejaría aquí? —Jo lo dudó, pero cuando vio sus ojos adivinó sus pensamientos, su corazón se aceleró—. Señorita, la voy a extrañar.

—Y yo a ti...

—¿De verdad? —preguntó incrédulo.

Quizá, solo quizá, ella había comenzado a sentir algo más.

—¿Por qué lo dudas?

—Porque a veces conoces a una persona, estás cómodo con ella como si se conocieran de siempre, no finges a su lado y después simplemente se olvidan.

—¿Crees que todo el mundo es así? —le preguntó, Andrew sonrió.

—No lo creo, lo veo siempre en todos los casos de infidelidades, a donde quiera que miro hay personas olvidándose.

Jo se quedó en silencio unos minutos pensando en cómo esas personas podían adivinar que estaban con parejas incorrectas, la vida humana era complicada.

—Andrew... —lo llamó—. ¿Te puedo preguntar algo?

—Claro.

—¿Crees en el destino?

—La astrología dice que todos nacemos con un destino marcado.

—Sí, pero me refiero es a si crees que alguien pueda entrar en nuestra vida y hacernos entender porque otros no se quedan.

¡Ah! Al parecer eso llamó la atención de Andrew porque la miró con más interés.

—Me gustaría pensar que es así, me gustaría pensar que una de esas personas puedo ser yo. Después de todo en algo hay que creer.

No hizo falta decir más, Jo entendió bien lo que insinuó. Cerraron la conversación con una mirada muda pero llena de posibilidades.

Andrew se levantó con la intención de regresar al apartamento, pero Jo detectó sus intenciones y le dirigió una mirada que no solo lo sosegaba sino que también le encantaba.

—No es tan tarde, todavía no quiero ir a casa.

—¿Y qué propones?

—Eliot es un viejo amigo de mi padre, seguro nos deja entrar al bar para que beber algo. —La boca de Andrew se torció.

—No lo sé, mañana es lunes.

—¿Y? —Le frotó la espalda—. Vamos, abuelo, ¿tanto miedo le tienes al karaoke? No te preocupes, no habrá público.

—Eres una mala influencia. —Ella se rio.

—Sí, soy de lo peor. —Comenzó a caminar y Andrew la siguió.

Esa noche, Jo no quería pensar más, se lo dejaría al destino, que pasara lo que tenía que pasar.



—¿ **P** or qué me pides que lo estacione otra vez?, ¿qué pasa?

Ella echó la cabeza hacia atrás y respiró con pesadez.

—No sé cómo hacerlo, en realidad es la segunda vez que agarro un auto manual. —Andrew la miró confuso.

—Has manejado mi carro dos veces por una vía llena de personas y... ¿Me estás queriendo decir que no sabes conducir bien?, ¿de milagro llegamos aquí? —Jo quiso asentir, pero el hecho de que él la estuviera mirando con el ceño fruncido y los labios apretados la hizo exhalar.

—Tu auto no tiene ni un solo rayón en la carrocería. Eso es bueno, ¿no?

—Necesito un trago —soltó, pellizcando el puente de su nariz.

—Que bien, porque a eso vinimos. No lo hice tan mal, ¿verdad?

—No —soltó a regañadientes.

—Entonces ya quita esa cara y vamos a pasarla bien.

La entrada al Bar Casiopea se le hizo familiar, solía tener recuerdos de Preston cantando por horas hasta que a ella la vencía el sueño y regresaban a casa, después de un tiempo los recuerdos se volvieron difusos, pero no los olvidó.

Cuando entraron vieron como a diez personas, la vieja Rockola llamó su atención, algo que siempre le gustó del lugar. Se acercó, introdujo una moneda y oprimió un botón, el sonido la hizo sonreír. Estaba segura de que había oído esa canción millones de veces, pero en esa Rockola tal vez le parecía más especial.

A Andrew se le había pasado el enfado y estaba pidiendo dos cervezas cuando escuchó lo que Jo eligió. Se giró hacia ella y sonrió desde su lugar, era una de sus canciones preferidas. El momento exacto en el que escribió la nota y dejó su Cd favorito en aquella tienda de discos en Connecticut llegó a su mente. Su corazón latió fuerte, peor que el día que la conoció. Esa nota fue escrita con un propósito, uno más allá que una simple entrada de dinero.

—*Me alegra que hayas venido, sé que estás molesto. —Su mano encontró la de él y trató de hacerlo pasar a su casa, pero él no se movió—. ¿No vas a entrar?*

No, no quería. Si entraba olvidaría todo y su vida sería el mismo patrón una y otra vez, si no terminaba con eso se volvería loco. Sacudió la cabeza y ella entrecerró los ojos.

—*¿Qué sucede, Andrew?*

Su garganta comenzó a cerrarse, su estómago ardió, tenía sentimientos encontrados, la quería, pero estaba decepcionado. De momento dolió, aunque imaginó que a la larga pasaría. ¿Estaba haciendo lo correcto?

—*No nos veremos más, Sarahí. — La sorpresa se propagó en el rostro de la chica. Estaba confiada. El muchacho que usaba como remplazo mientras su novio iba a la universidad la estaba cortando.*

—*¿Por qué?*

—*Porque lo que tenemos es tóxico, me hace daño.*

—*¿Tóxico? Siempre la pasamos bien, bebé. Cuando empezamos sabías que tenía novio, me dijiste que no importaba, ¿por qué ahora te molesta tanto? Ven, entra y hablemos.*

Andrew sintió alivio al darse cuenta de que hacía bien en dejarla. Ella nunca lo entendería. Él no sería el segundo nunca. Sacudió la mano y siseó fuerte para que ella cerrara el pico.

—*No, no entraré. Hasta aquí llegamos. — Se dio la vuelta y comenzó a bajar las escaleras ignorando su voz mientras gritaba su nombre.*

Caminó calle arriba con los puños apretados, era un sentimiento que no quería tener, pero que todos alguna vez hemos experimentado. No lo amaba, nunca lo amó, lo había notado, pero no lo quería enfrentar.

El móvil sonó, era Valerie, una enfadada madre. Andrew siguió caminando sin ganas de contestarle. No sabía a qué hora salía el tren a Starry Ville, pero poco le importaba, no quería hablar con nadie; al menos no en ese momento. Atenderle sería escuchar gritos y reclamos por las cosas que aún no había empacado.

Entró a la tienda, un amigo le dijo la noche anterior que allí había visto música buena, quería comprar algunos discos antes de la mudanza. Una joven se le acercó cuando lo notó indeciso.

—¿Buscas algo en particular?

—Eh, ¿tendrán algo de Aerosmith?

—Sí, por aquí está —dijo acomodándose un mechón rojo detrás de la oreja—. Mira, queda uno.

—Wuo, ¿segura que no está rayado o tiene algún defecto? — La pelirroja se le quedó mirando a punto de reírse, pero su expresión la convenció de que no bromeaba.

—Bueno, no sé —respondió desconcertada—. La mayoría de discos llegan bien.

—Entonces me lo llevo —dijo encogiéndose de hombros—, nunca había tenido suerte —murmuró creyendo que ella no lo escucharía o no le daría importancia.

—Tal vez es porque nunca la has fabricado. — Su respuesta lo sorprendió.

—¿Qué la fabrique? —la interrogó—. ¿Y cómo se supone que haga eso?

—De nosotros depende que nos ocurran cosas buenas, ¿sabías que podemos atraer lo que queremos? Tu suerte depende de ti y únicamente de ti.

—Le explicó a un Andrew que era todo oídos.

—Ah... —Su expresión cambió y exhaló fuerte.

—¿No me crees? —Lo preguntó cómo preocupada, a Andrew le dio la sensación de que esperaba que aceptara su reflexión sin rechistar. Tal vez lo había escuchado antes en algún canal de televisión, pero él sentía que tenía tanta suerte como un cubito de hielo en el infierno—, es así —reiteró—. Vamos, dime algo que desees mucho.

—¿Algo como qué?

—Bueno, ¿y yo cómo voy a saberlo? —Lo pensó por unos segundos—. ¿Estás disponible emocionalmente?

—¿Quieres decir que si tengo novia?

—Aja, ¿tienes?

—Tenía, rompimos hoy —confesó.

—Qué mal —dijo la vendedora. Y de pronto se dio cuenta de que el muchacho tenía una mirada triste desde que entró—. Seguirás adelante, no es que sea la única en el mundo. Velo de esta manera, dejarla te ha traído

suerte.

—Si tú lo dices. —Andrew reparó en la extraña chica y se rio.

—Cada cosa desagradable que nos pasa es para que podamos encontrar algo bueno después, así que te propongo algo... —Le mostró el Cd—. Fabrica tu suerte, no lo compres.

—¿No lo compro? —preguntó con cuidado—. ¿Y entonces?

—Entonces lo abrimos. —Le quitó el plástico que lo protegía—. Deja una nota aquí adentro y luego se lo echas a la suerte, la persona que la consiga llegará a ti. ¿Te atreves a intentarlo?

Hizo falta decir mucho más para convencerlo de agarrar el bolígrafo, pero cuando lo hizo, ella se fue a buscar un papelito para que Andrew escribiera la nota. Se le hizo demasiado gracioso el asunto. Pensó en qué escribir con una expresión de duda, no sabía las palabras adecuadas, pero las consiguió.

—La persona que encuentre esta nota obtendrá más que un alquiler, obtendrá mi corazón. ¡Díganme si eso no es surte! —musitó.

Andrew se rio de su propio ego y devolvió el Cd a su lugar, se despidió de la pelirroja con la mano y creyó que el juego terminaría ahí. Pero el destino está siempre jugando y cambiando.

A Jo no le gustaba el aleteo de mariposas que sentía en el estómago cada vez que Andrew se le quedaba viendo de esa manera, lamentablemente pasaba desde que lo conoció, la confundía. Sentía la atracción, pero también la sentía por Jordan Cord.

¿Cuál es el indicado? Su cabeza maquinaba. Tenía que averiguarlo pronto. Con esa idea le regaló una sonrisa calculada mientras oprimió otro botón en la Rockola.

—¿Es Jo a quien estoy viendo? —Se giró para estudiar a la persona que le habló, a los segundos lo reconoció y abrió mucho los ojos.

—¿Logan? —El hombre asintió y ella se le abalanzó encima, el abrazo fue tan efusivo que lo hizo tambalearse un poco.

—¿Qué hace mi ahijada en este pueblo y por qué no me avisaron?

—Tengo poco tiempo aquí. —Lo soltó y lo miró con la cara iluminada.

Nunca se lo imaginó con tantas hebras color plata en el cabello. Logan Meyer, el mejor amigo de su padre y el ex esposo de su tía Nancy. Era imposible no querer a su padrino después de que estuvo presente en toda su niñez.

—Me alegra mucho verte de nuevo —dijo notando también los cambios

en ella—. Estás preciosa, chiquilla.

—Te iba a llamar pronto —le explicó—, al igual que a mi tía Nancy. —Ella miró a Andrew que los observaba con curiosidad—. ¿Qué te parece si nos tomamos algo y conversamos?

—¿Y tu madre cómo está? —preguntó siguiéndola hasta la mesa.

—Este..., muy bien —mintió, cruzando los dedos con disimulo—. Te envié saludos.

—¿No vino contigo? —le preguntó, era evidente que estaba comenzando a preocuparse. Jo negó con la cabeza y le pasó la mano por el brazo tranquilizándolo.

—Padrino —dijo deteniéndose—. Mamá está muy deprimida, llora todo el día encerrada en su habitación y se ha alejado del trabajo. Ella necesita tiempo para sanar y la verdad es que yo también.

Logan le acarició el cabello a su ahijada y besó su frente.

—Está bien, comprendo, chiquilla. —Jo le sonrió con cariño.

—Ven, quiero presentarte a alguien —le susurró, y después se volvió hacia su compañero de piso—, Andrew, él es Logan Meyer, mi padrino. —El muchacho se tensó, pero se levantó y le estrechó la mano—. Él es Andrew Key, un amigo, y el que me brinda un techo donde dormir.

—Un gusto verlo, señor Meyer.

—¿Se conocen?

—Este pueblo no es muy grande, cariño. —Logan cruzó un brazo sobre su pecho y se agarró el mentón, mostró una sonrisa tan amplia que a Jo le dio la sensación de que se estaba riendo por dentro de alguna broma privada.

—¿Preston sabe lo del techo?

—Sí —dijo, y su padrino se echó a reír.

—El gusto es mío, señor Key.

—Dígame Andrew, por favor. —El hombre inclinó la cabeza. Al parecer la conversación finalizaba allí porque Logan se volteó hacia Jo y agarró su mano.

—Cariño, espero verte pronto. Tengo que irme porque mañana estoy de guardia, eso se traduce en que debo aprovechar y dormir todo lo que pueda.

—Te llamaré la semana que viene.

—Ah, no. Dentro de una semana no —replicó—. El miércoles lo tengo libre, los invito a almorzar. Le buscamos solución a lo de Connie y así conozco un poco más a Andrew.

—Yo no sé si pueda...

—Ey, tranquilo. Sé que podrás, ¿los veo el miércoles, Andrew?
—preguntó usando un tono de voz autoritario. Andrew suspiró y Jo sacudió la cabeza.

—Allí estaremos, señor.

—Muy bien.

Se despidió de Jo con un beso en la mejilla y se fue. Ella se sentó frente a Andrew.

—Necesito otra cerveza —dijo él. Jo se echó a reír sin poder evitarlo—. ¿Qué te da tanta gracia?

—Que no dejó que te negaras. —Se volvió a reír.

—Vamos, calla. Me estoy empezando a arrepentir de nuestra amistad, eres la chiquilla de dos policías. Me gusta romper las reglas a veces, ¿sabes?
—Sus ojos cargados de diversión lo delataron, estaba bromeando. Jo juntó los labios y se inclinó hacia él.

—¡Eres un miedoso! —dijo a menos de quince centímetros de distancia. Los ojos de Andrew brillaron intensificando su color miel, se lamió los labios y ella no pudo evitar imitarlo.

—¡Y tú eres muy molesta!

—A ti te molesta todo, hasta el perro de tu madre. —La divirtió su expresión de sorpresa. Se levantó rápido de la silla, pero él la atrapó contra su cuerpo rodeándole la cintura, la calidez del pecho de Andrew contra su espalda se filtró por su piel. Su corazón comenzó a latir acelerado.

—Se está pasando, señorita —murmuró en su oído.

—También sé romper reglas, rockerito. —Se apartó de él lo más rápido que pudo y fue en busca del micrófono de karaoke.

Andrew se sentó en un taburete de la barra, luego de una hora bebía y reía a carcajada limpia porque Jo cantaba peor que *Bob Marley* sin fumar yerba. Bueno, no era tan mala, pero las palabras se le comenzaron a enredar después de la quinta cerveza igual que a él. La “multitud”, una pareja, dos borrachos y el cantinero, se habían vuelto sus fans y la alentaban a seguir cantando. Jo se sentía desenvuelta sobre la tarima, el miedo escénico nunca formó parte de ella. A uno de los borrachos se le cayó una botella y Jo interrumpió la canción.

—¡Salud! —gritó la pareja. Cuando iba a continuar su presentación se le ocurrió una gran idea.

—¡Vamos, Andrew, caaaanta, es tu turno! —sugirió hablando por el micrófono.

—No voy a cantar. —Su estómago se agitó nervioso.

—Si lo harás —objetó—. Hoy podemos ser capaces de todo.

—¡Qué cante! ¡Qué cante! —Lo animó “la multitud”.

Oh, no. ¿Cómo me escapo de esta?

—En serio, Andrew, ven. —Volvió a insistir Jo, para luego lanzarle la mirada que lograba derrotarlo—. Si quieres cantamos los dos.

Él frunció el ceño, pero se envalentonó y caminó hasta la tarima.

—¿Qué vamos a cantar? —preguntó pacientemente, agarrando el otro micrófono que ella le ofreció. Jo no sabía que escoger y él tampoco, en el estado que se encontraban no podían sumar ni dos más dos.

—¡Ey, tú, elige una canción! —le pidió Jo al cantinero. Era el único sobrio del lugar.

Y resultó tener una buena opción en mente para esos dos. Una vez que comenzó la letra comenzaron a cantar, se reían y desafinaban como locos. De pronto el cantinero apagó un interruptor y con eso ambos quedaron bajo una luz tenue que les permitía verse. Andrew se aproximó a Jo y agarró su mano, ella reaccionó a los segundos y le sonrió. Lo escuchó cantar su parte mientras el corazón le latía rápido, incluso más veloz que las ganas que comenzó a sentir. Pensó en cómo sería que Andrew la tomara por sorpresa, la asiera con un brazo por detrás de su cintura y por el cuello con el otro, tomara posesión de sus labios y se perdieran en un beso salvaje. Soltó un jadeo porque la respiración le comenzó a fallar, fue efímera la imagen, pero muy real. Se soltó de él y abrió la boca para recobrar oxígeno y poder hablar.

—Es hora... de irnos —dijo ahogada, e hizo una pausa para inhalar—. Ahora.

Andrew parpadeó y asintió.

—¿Puedes manejar? —preguntó el castaño con una sonrisa contagiosa—. Estoy un poco mareado.

—Sí, claro que puedo.

Andrew mantenía la mano de Jo sujeta a la suya, y luego de que ella contó mentalmente hasta diez la utilizó para halarla muy cerca, tan cerca cómo se le hizo posible. La chica lo ayudó a salir del bar y lo montó en el auto, manejó a casa y fue épico lograr estacionarse.

Su frente se empapó de sudor porque él no colaboraba mucho subiendo las escaleras, su mano lo sujetaba por la chaqueta de cuero y el hombro parecía que se le iba a desprender.

—Señorita, señorita, señorita, ¿me hiciste cantar? No pueedo creerlo.

—Ven, vamos a la cama —dijo intentando llegar a la habitación de él.

Andrew dio unos cuantos pasos, entonces se detuvo y se intentó quitar la chaqueta, pero se enredó todo y solo pudo sacar un brazo. Jo lo ayudó a quitársela y logró llevarlo hasta su cama, casi se cae sobre él porque Andrew no soltaba su suéter. Soltó una risita suave y cerró los ojos dichoso por tanta diversión, Jo parpadeó varias veces para poder enfocar la vista en la oscuridad y observar al joven de cabello castaño y labios generosos que dormía tan tranquilo. Uno de sus dedos viajó hasta su mentón, se moría de ganas por tocar esa barba corta y probar como se sentía al tacto; seguramente él no daría señales de vida, pero se equivocó.

—Por favor, quédate aquí —pidió en tono de súplica, con voz ronca—. Hay espacio suficiente.

—Sí, tú cama es grande, pero yo tengo la mía —le contestó. Andrew le sujetó la mano y la haló hasta que ella accedió a recostarse a su lado.

Me quedo hasta que se duerma y luego me voy. Se prometió en silencio.

Complacido, Andrew se giró y ella dejó que la sujetara por la cintura. Trago saliva.

—Abrázame fuerte por la noche, no me dejes ir, vamos a estar bien... —tarareó con los ojos cerrados.

—Toca mi alma, sostenla con fuerza, te estuve esperando... —respondió, era lo que le seguía al fragmento de la canción que habían cantado en el bar.

Andrew sonrió.

—Ahora entiendo por qué Jordan se enamoró antes de ti.

—¿Antes? —repitió parpadeando.

Él acercó sus labios a los de Jo, luego se alejó unos centímetros con indecisión, ella sintió miles de seres voladores en el estómago. *¿Así que esto es lo que se debe sentir?* Pensó. Con más seguridad que nunca colocó una mano en su cuello y terminó con la distancia. No se puede rechazar a la suerte cuando nos encuentra.

-XVI-



Los dedos de Jo se enrollaron en el cuello de Andrew y sus labios se movieron contra los de él. Al principio el muchacho se sorprendió, pero luego reaccionó de manera rápida y la acomodó sobre su cuerpo para saquear su boca con ansiedad. Jamás se le habían alterado los sentidos de esa manera. Cerró las manos alrededor de la cintura de Jo, no lograba hilar ningún pensamiento coherente; excepto uno: ese beso sería irremplazable.

Una vez que necesitaron respirar, Andrew se apartó un poco y parpadeó hacia su chica...

¡No! ¡No era su chica! Era la chica de alguien más y él se dio cuenta en ese instante.

Si seguían besándose probablemente irían más allá y la querría para él. Y eso no pasaría porque él era Andrew Key, y Andrew Key nunca se queda con la chica al final del cuento. Su experiencia lo precedía.

Entonces todo se estropeó, había bebido en exceso y decidió parar esa locura. Andrew la hizo girar y caer sobre el lado izquierdo de la cama como un adolescente culpable, se cubrió los ojos con el brazo para no darle la cara, se sentía agitado y terriblemente irritado.

¿Cómo podía estar tan deseoso de una mujer que claramente le destrozaría el corazón?, ¿seguía siendo un masoquista?

Apretaba los ojos con fuerza cuando oyó su suave voz.

—¿Estás bien?, ¿qué sucede? —Andrew exhaló con lentitud y ella con manos temblorosas le apartó el brazo de la cara, él encontró valor y la miró a

los ojos.

—Fui el segundo una vez y... no quiero volver a pasar por la misma jodida cosa de nuevo. Tengo límites, Jo. Quiero besarte, en este momento es lo que más deseo, pero siento que será una pérdida de tiempo. Yo no soy para ti.

« ¿Yo no soy para ti? »

¡No puede ser! ¿Estaba seguro? Porque ella no.

Jo estaba a menos de un palmo de distancia y tuvo que sentarse para impedir que sus dedos se extendieran y acariciaran los labios del muchacho. Resistir era más doloroso que sucumbir. Andrew montó la farsa de bostezar y cerró los ojos, ella se quedó muy quieta, nerviosa, probablemente con la esperanza de que le dijera algo más. Pero los minutos pasaron y parecía que dormía de verdad.

¿Qué sucedió entonces? Por unos instantes, Jo tuvo la certeza y el nombre del indicado. Se sintió feliz con el beso, con el hecho de haberse atrevido a dar el primer paso, con la idea de que volvería a pasar muchas veces, y sin embargo, a medida que corría el tiempo sentada ahí, todo resultó confuso, sofocante y horrendo.

Ella había deseado un beso de Jordan, de quien estaba segura al principio, pero ahora que había probado los labios de Andrew sintió debilidad, le gustó a rabiar. Sin darse cuenta sus sentimientos estaban cambiando.

¡Vaya que sí! Y era horrendo que ahora él manifestara no ser para ella.

—Tienes razón, perderemos el tiempo —murmuró luchando con un remolino de sensaciones en su pecho.

Con eso se puso de pie y salió de la habitación de su compañero de piso. Así fue como terminó esa noche. Ella pudo regresar sus pasos y confesarle lo que comenzaba a sentir, y quizá, él pudo haber cambiado de decisión. Ambos hubieran podido tener la posibilidad de convertirse pronto en los protagonistas de su cuento, solo que eso no era posible tan pronto.



—Hola —gruñó al teléfono, enojado porque lo estaban despertando de madrugada. Levantar la cabeza de la almohada le costaba. Entrecerró los ojos hacia el reloj de la mesa de noche y los números le mostraron que ya pasaba del mediodía. Con ese dolor de cabeza lo que quería era dormir.

—¡Mi pollito! Pensé que no ibas a atender, según mis cálculos no hablamos desde hace una semana, parece que has decidido olvidarte de mí. ¿Qué sucede?

—¡Jesucristo, mamá! Deja de decirme así. ¿No entiendes que es vergonzoso? —la escuchó exhalar.

—Aun así siempre serás... — No la dejó terminar la frase.

—Está bien, ya lo sé. —Hizo una pausa. Sabía que ella sonreía, probablemente burlándose de él. Realmente no le importaba ser un pollito mientras no lo dijera delante de nadie más.

—¿Cuándo vienes?

—Pronto —dijo queriendo trancar el teléfono y dormir.

—Andrew... —pronunció su nombre en voz tan baja que él supo lo que vendría. No quería lidiar con su enfado.

—Mamá, tengo una resaca que me está matando.

—¿Bebiste?

—Sermones ahora no, por favor. Yo lo único que necesito es...

—Déjame adivinar, ¿comida? —preguntó Valerie—. Hijo, quiero pasar tiempo contigo, ven a visitarme, te cuidaré. Así aprovecho y te hablo sobre una decisión importante que tomé.

—Está bien, llegaré en una hora.

Colgó. No podía seguir hablando y definitivamente lo de la *decisión importante* le dio curiosidad.

Salió de la cama lentamente y se dirigió a la ducha. Después del karaoke con Jo por la noche volvieron al apartamento y ella fue la que condujo. No recordaba cómo había llegado hasta su habitación y no es como si podía preguntarle, sería demasiado vergonzoso. Debajo del agua caliente su sien palpitaba, secretamente trataba de hacer memoria y esperaba haberse comportado, algunas imágenes de lo ocurrido fueron llegando como escenas de película.

Cerró el agua y se secó para luego dejarse caer otra vez en la cama, quería matar a Valerie por haberlo despertado, pero sabía que ella lo hacía porque lo extrañaba, en el fondo agradecía su consentimiento. Su madre era una mujer solitaria, el trabajo, su perro y él eran su única compañía. No importa si el sr. Key no figuraba en ese cuadro, ella trataba de mantener la mentira: la de un buen matrimonio a pesar de la distancia. Andrew ya no lo veía correcto.

Se desperezó por segunda vez cuando un olor llegó a su nariz. Eso lo terminó de revivir, sin pensarlo más se puso un pantalón, una playera amarilla y optó por colocarse una chaqueta de jean. Se miró en el espejo del baño y agarró sus lentes de sol. Salió de la habitación y no vio a Jo por ningún lado, caminó hacia la cocina y de nuevo el olor le hizo agua la boca.

Una sopa, todavía caliente y con una pinta excelente. Si Jo hubiera estado en la cocina, Andrew le confiesa amor eterno. Metió el cucharón dentro de la olla y cerró los ojos cuando la probó, se sirvió un poco en un plato hondo y cuando se sentó a comer vio el papel en la mesa. Le había dejado una nota.

“De nada, pensé que la necesitarías.

Pasaré la tarde con mi tía Nancy.

P.D. Resultaría incómodo si nuestra amistad se ve afectada por lo que sucedió anoche, si fuera otra persona no me importaría, pero tú me importas.”

Jo.

¿Lo que sucedió anoche?

Se dejó caer en la silla, releyó la nota un par de veces y se masajeó la sien. La cabeza le iba a estallar.

¿Qué diablos sucedido anoche?

Resopló e hizo un recuento.

Mirador... Bar... Rockola... Cerveza... El padrino Logan... Cerveza... Música... Más cerveza... Baño... Otra cerveza... Más canciones... Cerveza... Auto...

¡Ahí!

Desde que se bajó del auto comenzaba su laguna mental.

Se quitó la chaqueta... Su cama... Quédate... Jo se acostó a su lado... Luego... Luego ella...

Irguió la columna y se sostuvo la cabeza con las manos. Respiró hondo.

¡Demonios, nos besamos! ¡Nuestra amistad se arruinó!

Después de casi veinte minutos con la frente pegada a la mesa terminó saliendo del edificio, con el mismo ánimo que tendría si se dirigiera a un examen de próstata. Estaba amargado, pero es que debía mantener la distancia. La última vez que fue plato de segunda mesa terminó con el corazón hecho mierda. Y él era el único que andaba así porque Sarahí tenía su reemplazo, el que ella nunca lo considerara mejor que su novio lo hizo sentir inseguro. Aunque sinceramente él también fue culpable, cada quien actúa como quiere. La testarudez de Andrew lo llevó a ese punto, el de probarse que podía quedarse con la chica, pero el amor no se puede obligar. Por eso mismo no sabía cómo seguirían las cosas con Jo, no podía mentir, le gustaba y mucho, si fuera por él mantendría sus labios pegados a los de ella indefinidamente.

De verdad, ¿cómo pasaré los días sin besarla? Pensaba.

Al menos Sarahí no vivía con él, no fue difícil soportarlo. De hecho fue

fácil olvidarla, más fácil de lo que creyó.



—¡Pollito! —gritó apenas abrió la puerta. Sus brazos lo rodearon y luego dejó impresa una mancha de pintura naranja en su mejilla. Los ladridos demasiado desesperados de Timoty también se hicieron presentes.

—¿Por qué no lo superas de una vez? —preguntó Andrew mirando al perro agazapado en los pies de Valerie—. No es mi culpa que me quiera más a mí que a ti.

Timoty no era un perro resentido, así que se echó y se hizo el muerto para que le acariciaran la barriga.

—¡Qué Chihuahua tan manipulador! —dijo, Valerie puso cara de drama—. De acuerdo, lo saludaré.

Andrew se agachó y acarició la panza del animal, cruzó un pasillo y llegó a la sala. El perro intentó saltar, pero Andrew que ya conocía sus mañas se lanzó en el mueble ocupándolo todo. Timoty puso cara de burlado.

—¿Quieres que te prepare algo de comer? —inquirió su madre de forma dulce.

—No, acabo de tomarme la mejor sopa de mi vida.

—¿En dónde? —Lo miró entrecerrando los ojos, él no era de malgastar dinero en restaurantes.

—En mi apartamento —dijo divertido mientras forcejeaba con Timoty por un muñeco de plástico.

—No tienes porqué mentirme. —Lo miró con sospecha—. Si tienes hambre hay comida preparada en el horno.

—No, de verdad comí. —Lanzó el juguete y el perro corrió a buscarlo—. Mamá, ¿dónde hay un cenicero?

—Andrew, sabes que no me gusta el olor a cigarrillo.

—De acuerdo. —Caminó hasta la puerta del patio y la abrió—. Ustedes son imposibles. —Se quejó.

—¿Ustedes? —preguntó Valerie, que lo había seguido.

—Sí, ahora tienes apoyo. —Ella volvió a poner esa expresión algo sorprendida—, no tienes que mirarme así —murmuró encendiendo el cigarrillo—. Igual voy a hablarte de ella.

—¿Hay una ella?

—Sí, escucha, alquilé una habitación del apartamento.

—¿Qué?, ¿te hace falta dinero? —preguntó apoyando una mano en la puerta—. ¿Y lo que te envía tú padre mensual? No me digas que no te ha

depositado porque lo llamo ahora mismo. Lo juro, voy a insultarlo, cada vez se aleja más de nosotros.

—No te molestes, mujer —respondió riéndose—. Papá ha cumplido todos los meses. Y si lo piensas, ¿crees que me mantendrá toda la vida? Ya soy adulto.

—En mi opinión, no tiene nada de malo que te siga ayudando, más aún si quieres seguir ahorrando para estudiar astronomía, todavía quieres ir a España, ¿no?

—Sí, sigo guardando para la inscripción, luego veré si puedo pagar el pasaje.

—¿Lo ves? —insistió ella—. Pero, eh, no me cambiaste de tema.

—Pensé que lo dejarías pasar.

—Acabo de planear visitarte pronto, así que mejor háblame de ella para saber con qué me encontraré —dijo de forma obstinada.

Andrew apagó el cigarro y se metió una goma de mascar a la boca. Valerie lo siguió de nuevo a la sala y se sentaron frente a frente.

—Tiene ojos claros, y no de un color cualquiera, son de un azul que hace que la gente se detenga a verlos más de una vez. —Su madre sonrió de forma tonta y a él le dieron ganas de callarse, pero el resoplido ante su silencio lo hizo continuar—. Creí que conocería a una chica llena de tatuajes y piercings, pero no fue así; ella es de esas mujeres que sorprenden.

—¿De verdad? —Quiso saber, sus ojos examinaban los de Andrew porque nunca lo había oído hablar así de una chica.

—Ella vivió toda su infancia aquí y regresó hace poco, en realidad tiene problemas familiares, su hermano murió, su madre tiene depresión y su padre los abandonó hace un tiempo. —Valerie se llevó las manos a la boca y sus pulseras chocaron entre sí provocando ruido. Era muy teatral.

—Que horrible —murmuró—. Ha pasado por mucho.

Él recordó cuando la encontró tirada a los pies de la casa del árbol y se estremeció, pudo sentir la vibración de su corazón mientras corría hasta su auto para llevarla al hospital, también recordó lo mal que se puso cuando se enteró de que su padre estaba vendiendo la casa. Quería evitarle más tristeza.

—Mamá, ¿puedo pedirte un favor? —pidió tomándose el atrevimiento. Si él podía ayudarla, lo haría.

—Claro, hijo. —La mirada del joven cayó sobre los ojos marrones de su madre y tragó saliva. No sabía si era lo correcto, tal vez se metería en problemas, pero ya había sembrado la intriga en ella.

—¿Puedes contener la venta de una casa?

—¿Exactamente de qué casa estamos hablando? —le preguntó sin entender.

—De la que está en la calle Estrella Polar. De la propiedad del sr. Jones.

—¿La de Preston? —Su voz fue un chillido, un chillido agudo. En su imaginación oyó el grito del Sheriff—, esto... eh..., no sé si pueda hacer eso, jamás le he quedado mal a un cliente y estamos hablando de Preston Jones. —Ella vio cómo Andrew se fue desinflando en el mueble. «*Oh, señor, presa en la comisaría por culpa de mi hijo.*» Pensó—, ha sido una venta difícil y había pensado decirle que bajara un poco el precio... quizá se me pueda olvidar decirle eso para ayudarte. —Él entrecerró los ojos en su dirección—. Pero solo si prometes que en unos años cuando esté llena de arrugas, me cuidarás porque recordarás este favor.

Andrew desvió la mirada, se agarró el mentón y vio la punta de sus zapatos, haciéndola creer que lo meditaba. Valerie abrió la boca justo cuando él le saltó encima para abrazarla.

—¡Realmente eres la mejor mamá del mundo! ¡Claro que te cuidaré, mi viejita linda!

—Mmm..., no me vayas a meter en problemas, ¿todo esto es por *ojos claros*? Hijo, ¿por qué esa chica no quiere que se venda esa propiedad? —Andrew se aclaró la garganta para responder.

—Porque es su casa, esa chica es la hija de Preston Jones.

Valerie tosió tratando de no ahogarse por lo grueso que tragó. Ella sabía que Preston tenía una hija, se lo contó él mismo, pero la noticia la hizo sudar gravemente.

—¿Peyton está aquí? —Su hijo elevó las cejas ante eso.

—¿La conoces?

—Hace unos días escuché el rumor —explicó—. Ya sabes que en este pueblo todo se comenta, pero no pensé que fuera verdad.

Hubo algo en el tono de su madre que lo desconcertó.

—Pues es cierto —contestó—. Vivió varios años en Connecticut y ahora no tiene idea de si hizo bien en volver. A mí me alegra que lo haya hecho, estoy seguro que ella te agradecerá.

—¿Sabes? Cuando hablas de ella te brillan los ojos... Te gusta, ¿no es así?

—Sí, má, pero Jo tiene a alguien, ella está confundida. —El estómago se le revolvió y la jaqueca amenazaba con volver. De mala gana resopló.

—Hace unos años le explicaba a mi pequeño pollito los cambios de la

adolescencia y ahora vive con una mujer.

—Solo somos amigos —puntualizó rodando los ojos.

—Y nosotros somos madre e hijo. Quiero que seas muy feliz y que por ningún motivo te amargues por nadie, es obligatorio que luches por lo que quieres. He hecho todo lo posible por darte lo mejor, por enseñarte cosas de la vida, te he hablado de muchos temas, pero no recuerdo haberte explicado nada sobre la cobardía.

—Me frustra que pienses eso, ¿crees que no quiero pelear por ella? Sabe que me gusta, pero no tengo intenciones de jugar a un trío, así que, ¿qué se supone que haga?

—Espera, déjame hablar —continuó Valerie—. Hace veinticuatro años que te esperaba, no me licencié en la universidad, encontré una carrera cuando hice el curso de asesoría inmobiliaria y hasta ahora me ha servido. Mi sueño es verte feliz, por ese motivo me levantaba cada mañana y pasaba horas mostrando casas a desconocidos. Después de muchas horas llegaba cansada y no tenía a nadie que me echara una mano, tú padre siempre estaba de viaje trabajando, pero cuidarte no me pesaba porque te quería muchísimo. Eso es ser valiente. —Y para sorpresa de Andrew su madre se echó a llorar.

—Oye, ¿estás bien? —preguntó asustado, luego se agachó para quedar a su altura y comenzó a acariciarle el hombro.

—No muy bien —contestó con honestidad—, pero sobre lo que te decía... Hay personas que pueden tener una pareja disfuncional, pueden quererla y estar enamorados de otra, pueden saber que alguien no les conviene, y sin embargo, no se deciden a dejarlo ir —sollozó—. Quiero que quede claro que eso sí es cobardía, y es porque esas personas sienten miedo de tomar decisiones, no quieren arrepentirse. Entonces, ¿qué se supone que hagas? Déjame decirte que no tenemos que vivir con quien no nos merece. — Andrew hizo una mueca.

—¿Por qué tengo la impresión de que ese consejo no es solo para mí?

—Tienes razón —confesó—. No te equivocas, creo que necesito tu apoyo porque tomé una decisión. Me voy a divorciar de tu padre. Y a él no va a gustarle cuando se lo diga, pero bien, tendrá que aceptarlo.

Andrew se levantó con rapidez y alzó una ceja de la misma forma en que ella lo había hecho cuando había oído lo del alquiler del apartamento.

—¿Estás segura de eso? —preguntó impactado ante los ojos llorosos de su madre—. ¿Pero qué demonios pasa con ustedes? Nunca me dijiste que las cosas estaban tan mal.

—Cariño, lo siento, no es mi intención generarte malestar. Solo sé que tenía que decírtelo, perdóname por no contártelo antes, pero es que no encontraba la manera. —Suspiró. Andrew llenó de aire sus pulmones antes de responder. ¿Qué podía decir? La relación de sus padres no era normal, siempre lo había sabido, hasta él imaginó que algún día se divorciarían.

—Si quieres terminar con esa relación para sentirte en paz, te apoyaré.

Valerie miró a su hijo satisfecha, al fin había encontrado la valentía para ponerle fin a su matrimonio. Todo saldría bien, aunque algo nuevo le preocupaba, no contaba con el regreso de la hija Preston. Y a eso debía sumarle el enamoramiento que Andrew sentía por ella. Algo le decía a Valerie que la verdadera causa de su divorcio no le caería bien a esos dos, sabía que los problemas se avecinarían apenas la gente del pueblo se enterara.

-XVII-



Tras salir del apartamento, dispuesta a desaparecer toda la tarde porque su amistad con Andrew estaba arruinada y su vida amorosa de momento también, se fue a la cafetería Fuente de vida y llamó a su tía. Le hizo prometer que iría sola y quedó con ella.

La tía Nancy le dio un largo y significativo abrazo, desde la llamada del tren no habían tenido más comunicación y eso le daba a entender a ella que Jo seguía renuente a encontrarse con su padre. No le habló de Preston, no hizo ni la más mínima mención de él, Jo intuyó que ya sabía del encuentro desagradable que habían tenido.

Luego de que ordenaron café y tarta de chocolate, su tía la escuchó. Jo se sinceró con respecto a su nueva residencia y le contó parte de la historia de su nuevo empleo, una parte muy modificada o se escandalizaría: «Haré trabajos de investigación y me pagará bien.» Omitió el detalle de los espías y las infidelidades, pero Nancy comenzó a juntar las cejas y dijo cosas como « ¡Te había conseguido el puesto en la tienda de antigüedades! », « ¿Segura que no te querrá cobrar la estadía de otra manera? », « ¡Todavía puedes venirte a mi casa! ». Al final, Jo logró tranquilizarla, y a pesar de su insistencia no accedió a mudarse con ella.

—Jamás habría imaginado tenerte aquí otra vez. —Jo sonrió, el tono de Nancy era de asombro.

—Todo es posible en este mundo, tía.

—Tú debes saberlo bien, no imaginé que conocías al hijo de Valerie y mucho menos que vivías con él.

—Tía, yo... —No la dejó hablar. Se llevó el dedo a la boca en un claro

gesto de que guardara silencio.

—Ahora escúchame tú a mí. No me gusta que no estés en mi casa.

—Lo sé...

—No es recomendable para ti vivir con ese muchacho por lo que tú y yo sabemos.

—Lo sé... No, espera... ¿qué?

—Soy consciente de lo que puede pasar, me guste o no, la realidad es que ya eres una linda mujer y las mujeres lindas tienen que cuidarse mucho. Andrew es un chico apuesto, que con solo sonreír seguro le basta y le sobra para conseguir a la mujer que quiera, pero tú tienes que saber protegerte.

—¿Protegerme?

—Sí, cuando digo *protegerte*, ya sabes a qué me refiero. —Nancy respiró hondo, sacó algo de su cartera y con todo el esfuerzo del mundo deslizó una cajita sobre la mesa en dirección a su sobrina. Jo la miraba entre asombrada y divertida, le pareció gracioso que tuviera las mejillas coloradas, seguramente le había costado un mundo darle eso. Nancy era muy reservada y aun así tuvo el valor suficiente para comprarle condones.

—Tía, nosotros no... nosotros no tenemos ninguna clase de relación. Quédate tranquila, él es respetuoso y me lo ha demostrado. —Su corazón de pronto se descontroló, pensar en Andrew rechazándola la noche anterior la puso triste. Demasiado triste.

—¿Ninguna?

—No, solo somos amigos.

—Hasta ahora imaginé que eran novios y tenía razones suficientes para estar aterrada, me llena de mucha tranquilidad saber que no es así.

—¿Y por qué te asustaba tanto?

—Me habló Eloise, la mamá de Liz Allen, no sé cómo consiguió mi móvil, lo cierto es que me pidió que hablara contigo, ella no es santa de mi devoción, pero agradezco que se haya preocupado. Eso de las enfermedades venéreas es delicado. —Bloqueada por lo que escuchaba, Jo abrió mucho los ojos.

—¿Te dijo eso?

—Sí, ella sabe que Liz está encaprichada con Andrew, pero luego de enterarse de lo que le pasa le prohibió hasta mirarlo. Me sugirió que te pidiera lo mismo.

—Esa mujer está equivocada, tía.

—¿Por qué? —Entre risas, Jo le dio un trago a su café y se retiró el pelo

de la cara.

—Eso lo inventé yo para que Liz deje en paz a Andrew.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—¿Por qué inventaste algo así? —Jo sonrió y volvió a tomar de su bebida—, ¡Ojalá pudieras ver cómo te brillan los ojos y ojalá no te gustara tanto como para haber inventado semejante cuento! —Jo apartó la mirada cuando se sintió descubierta, pero siguió escuchando con atención—. ¿Y así es como debo creer que lo que hay entre ese joven y tú solo es amistad?

—Para Andrew nuestra amistad es auténtica, saber que puedo contar con él es lo que debe importarte. Y si en dado caso me gustara, no habrá nada entre nosotros, él me lo dijo. Además, se irá pronto porque estudiará en España, una relación así no funcionaría. —Un silencio las rodeó, ella no quería exponerse más.

—Sí, tienes razón —respondió—. Entonces vamos, cariño, quita esa cara, es bueno que te hayas dado cuenta que ese muchacho no te conviene.

—Intento comprenderlo, pero no entiendo por qué me cuesta.

—Mi vida, porque es obvio que ya lo quieres.

—¡Pero yo no puedo quererlo! —perseveró—, es complicado y al mismo tiempo es simple y fácil de entender. —Pensaba en el trato y en que no sabía hasta cuando estaría vigente—. Creo que debo estar con otra persona, una que me espera en Connecticut.

—No puedes jugar con dos personas, Jo, eso estaría mal —le explicó.

—Es lo que no quiero, sabes bien que yo no soy así.

—Entonces aclara tu mente.

—Así lo haré. —Se inclinó para besar la mejilla de su tía y así transmitirle el agradecimiento que sentía por ella, como pudo le sonrió—. Nos vemos pronto.

—Hasta luego, cariño. Que los ángeles te cuiden —dijo a modo de despedida. Algo que la hizo sonreír de lado porque Nathan hacía segundos que la estaba esperando afuera.

—Seguro que lo hacen. —Metió sus manos frías en los bolsillos de su pantalón y caminó hasta la puerta.

Él aparecía y desaparecía cuando le provocaba, Jo ya comenzaba a acostumbrarse o incluso lo adivinaba, ya que por algún motivo la energía a su alrededor cambiaba; cuando Nathan estaba a punto de manifestarse la temperatura de su cuerpo bajaba, el ambiente se impregnaba con un perfume

suave, y a veces por el rabillo del ojo, de un momento a otro, veía una sombra blanca.

Siguió caminando un poco, no quería hablar con Nancy todavía mirándola desde la cafetería.

—¿Cómo puedo estar segura de que el indicado es Jordan? —le preguntó, Nathan sonrió, Jo volteó y le dedicó una mirada de advertencia, él se había dado cuenta de que había comenzado a dudar.

—Por eso tienes esta segunda oportunidad, lo averiguarás pronto —le explicó—. ¿Sabes qué deberías hacer mientras?

—No —dijo.

—Faltan seis días. —Su cara se iluminó con emoción.

—¿Para? —Él la miró con incredulidad.

—¡Para el concurso de esquís de nieve, tonta! Nunca creí estar aquí para estas fechas. —Normalmente, Jo se hubiese molestado por el uso de la palabra tonta, pero no pensó mucho en eso cuando recordó que él soñaba con competir en ese torneo.

—¿No es un poco difícil que participes? —inquirió—. Te falta algo como... ¿no ser invisible?

—Sí, ya lo sé. Pero tú no lo eres, podrías ganar.

—¿Qué?, ¿estás loco? —Los ojos de Jo se expandieron—. Ese concurso no es para aficionados, aparte que hace mucho no manejo una moto de nieve. Era tu deporte favorito, no el mío.

—Puedo entrenarte rápido —dijo, la verdad era que todo eso le resultaba divertido y decidió que trataría de convencerla. No se podía imaginar otro ganador en tal evento, el trofeo debía quedar en la familia.

—¿Alguna otra cosa que pueda cumplir por ti?

—No, es la única. ¿Lo harás? —preguntó mientras la seguía, ella veía al frente porque no quería ver su mirada de súplica. Nathan era bueno para conseguir lo que se proponía. Al tercer suspiro, Jo dejó de ignorarlo .

Acceder a las peticiones de Nathan siempre fue la debilidad de Connie, cosa que Jo criticaba mucho, ¿entonces por qué estaba a punto de ceder a los alocados inventos de su hermano? Con doce años, Nathan seguía siendo un manipulador; le dijo que era demasiado importante para él y la presionó insistiendo en que a su edad debería disfrutar más de la vida. Tenían sentido esas palabras, ya que Jo se había saltado muchas etapas, siempre estuvo cargada de mucha responsabilidad.

—Bueno... —Bajó la voz cuando pasaron cerca de unas personas—.

Podría intentarlo.

—¡Perfecto! —exclamó—. Hay que alistar mi esquí, debe seguir en el garaje de la casa. El circuito dura cuarenta y cinco minutos y el recorrido será en la montaña de Aries.

—¡Wow! —contestó fingiendo que sentía emoción por lo que él decía—. Suena genial.

—¡Lo sé! —chilló—, pero hay algo más, necesitarás un compañero. —Jo hizo una mueca y detuvo el paso, Nathan sonrió encantador, ella había accedido porque él la contagió con su entusiasmo, pero comenzaba a sospechar que su hermano tramaba algo más.

—¡Claro, qué tontería de mi parte pensar que no era así! Ahora, si no te importa, ¿podrías decirme quién sería? —Esperaba expectante a que dijera algo. Mientras tanto, Nathan se divertía con su impaciencia.

—Imagina que te muerdo la mejilla —le dijo con una gran sonrisa.

—Y tú imagina que te golpeo —Jo respondió de mala gana.

—Siempre golpeaste como niña.

—¿Será porque soy una? —inquirió.

—¡Baja la voz! —Un grupo de espectadores lejos de ellos la observaban curiosos—. Como que mejor me voy.

—No te atrevas...

—Nos vemos al rato. Consigue a ese compañero.

—¡Nathan Mitchell! —gritó más fuerte. Oh, no, cuando usaba su nombre completo la cosa se ponía fea, ni loco regresaría en lo que restara de día.

Gracias a sus gritos, Jo tuvo que fingir demencia y siguió caminando, pudo sentir las mejillas rojas y se alejó de ahí.

Pasó por la biblioteca para verificar si en las estanterías estaba la novela *Mi mejor disfraz*, hace meses que lo quería terminar, y en efecto allí lo tenían. Lo tomó y se perdió una vez más en la emocionante vida de Esmeralda y su Pirata, amaba a esos chicos, pero sobre todo amaba la manera de escribir de Verónica Heiyima.

Pasadas las diez de la noche comenzó a subir los escalones del edificio. Al llegar a la puerta, esta se abrió antes de que tuviera oportunidad de meter la llave. Andrew estaba de pie ahí, con tres arrugas en la frente y una línea recta en los labios.

—Iba a ir a buscarte —dijo con más voz de preocupación que de reproche.

—No era necesario, estaba en la biblioteca, estaba bien. —Lo siguió con la mirada, Andrew se sentó en el mueble con la espalda recta, por lo general

siempre sonreía, pero su cara de enojo la hizo pensar en una disculpa—. Lo siento, no quería preocuparte.

—No, no lo sientes, Jo. —Habló sin mirarla—. Si lo sintieras me habrías llamado.

—Oye, no seas dramático, no eres mi padre —empezó, pero él se puso de pie y la silenció levantando su mano como protesta.

—¿Y ahora me sales con eso? —Su mandíbula se tensó y sus lindos ojos pardos se oscurecieron—. El otro día dijiste que estarías bien y terminaste en un hospital, yo hubiera estado aquí tranquilo todo el rato, pero a ti te cuesta mucho hacer una llamada, así que no me vengas con esa mierda de que no soy tu padre, Jo. ¡Sé que no lo soy, pero igual me preocupo!

Sin decir más salió disparado a su habitación.

—¡Espera! —gritó la chica antes de seguirlo.

—«*Dramático...*» —repitió él con enfado para sí mismo.

—Lo siento, tienes razón, no quise ser grosera.

Andrew se sacaba la chaqueta de espaldas a ella, Jo se mordió el labio al saber que él se sentía ofendido. ¿Por qué le dolía tanto el enfado de ese chico? Ella iba a decirle que lamentaba el no haber llamado, pero todas las palabras se le atoraron en la garganta cuando vio que se quitaba la camisa.

¡Por todos los cielos, que vista!

Jo se encontraba en una situación incómoda. Diablos, no sabía a donde mirar. Parecía que últimamente cometía muchos errores, entrar al cuarto de Andrew fue el de ese día. Debió haberse quedado en el salón, pero quería disculparse. Él se volteó y la atrapó observándolo, notó que tenía las mejillas enrojecidas, ni siquiera pestañeaba, pero cuando lo miró pudo encontrar deseo en esos jodidos ojos azules; antes de que huyera ya estaba frente a ella. El muchacho clavó la mirada en los labios de la chica y por instinto relamió los suyos.

—¿En serio crees que quiero ser un padre para ti, Jo? —preguntó en tono serio—. Dime una cosa, ¿los padres besan a sus hijas?

La respiración de Jo se volvió más irregular, sus mejillas estaban tan rojas que tuvo que retroceder un poco. Andrew quería dar un paso adelante, envolverla en sus brazos y decirle que no podía parar de pensar en el beso de la noche anterior, pero ella se veía insegura.

—Mejor hablamos... en otro momento —murmuró ella por lo bajo. Él cerró los ojos con fuerza, se dio la vuelta y se sentó en la cama. Jo sabía que no iba a presionarla, no quería que pensara que iba a besarla de nuevo porque

no era así.

—Está bien. Estoy cansado y no creo poder lidiar con esto ahora, mañana será otro día. —Habló más que frustrado. Jo asintió y salió de ahí.

Odió poner distancia cuando era obvio que lo quería cerca, pero era por el bien de ambos, adoraba haber conocido a un muchacho así, pero estaba bastante segura de que ese chico saldría pronto de su vida.

¿Por qué el indicado no puede ser él?

Lo lamentó tanto, que por primera vez supo cuánto le gustaba. Renunciar a Andrew Key no sería fácil.

-XVIII-



El insomnio les hizo compañía toda la noche, la discusión que tuvieron los había dejado aturcidos.

Andrew encendió la luz de la sala y prendió un cigarrillo, ya nunca fumaba dentro del apartamento, pero asumió que podía romper la regla porque ella dormía. Exhaló con lentitud tratando de calmar su mente, como queriendo que sus pensamientos se esfumaran con el humo. Podía escuchar a lo lejos en la voz de *Jesse & Joy* la canción *Ilumina tu navidad*. Era Mel —la vecina del segundo piso—, que había decidido llenar su corazón de espíritu navideño.

Él también tenía un corazón, uno lleno de miedo. Lamentaba que Jo solo lo viera como un amigo, ella le atraía demasiado y no sabía qué hacer con ese sentimiento, pero a la vez pensaba que no podían tener nada. Primero, porque había alguien en el medio y eso no era agradable, y segundo, por él mismo; se sentía muy confundido, no podía perder la cabeza o sería peligroso. Incluso ya comenzaba a necesitar más tiempo para recordarse a sí mismo que la universidad lo esperaba y que sus sueños estaban en otro país. Necesitaba ver en vivo y directo la versión de ella con Jordan para convencerse que irse era lo mejor para él, independientemente de que eso lo hiriera.

Solo déjalo pasar. Salvo que ella me vuelva a besar, porque ahí sí nada me detendrá.

Escuchó ruido en una de las habitaciones y apagó el cigarrillo antes de que Jo dijera que estaba perturbando la vida del planeta, corrió a agarrar el spray de ambiente y roció dos veces, dejó el pote en la mesa de centro y se lanzó en

el mueble. Sin embargo, Jo alzó una ceja al llegar al salón con el pelo revuelto y una taza de café vacía en las manos.

—Andrew, ¿estabas fumando? —El cuerpo de él cosquilleó cual niño pequeño, y no porque lo atraparan, sino porque el pijama de la chica le pareció una combinación perversa; se veía adorable y ardiente a la vez en ese conjunto blanco.

—Sí, sí... es que no podía dormir.

—No me digas que te cayó mal la sopa, no le puse tanto laxante —bromeó aligerando las cosas entre ellos. No sospechaba que lo que le cayó mal a Andrew fue ese short tan diminuto.

—Muy graciosa. No, no estoy mal del estómago, es solo que... bueno... no tengo sueño.

—Yo tampoco puedo dormir, tengo muchas cosas en la cabeza —le contestó, luego se sentó a su lado y rodó los ojos cuando vio el cenicero en la esquina inferior de la mesa—. No entiendo por qué no lo dejas.

Andrew se acomodó en el mueble, ella subió las piernas y abrazó sus rodillas, él sonrió y quiso sentarse más cerca, si Jo mostraba más, él se arrancaba el cabello.

—Ya te lo he explicado, es como una droga que no puedes controlar.

—¿Estás loco? Tú puedes decidir cuándo dejarlo, solo tienes que proponértelo. Vas a joder tus pulmones, así que hazme caso.

—Sí, lo sé, pero no me gusta sentir ansiedad. Es fácil volver a caer, tal vez tengo la mente débil.

—¿Quieres que te ayude a intentarlo? —Andrew asintió, sabía que ella le declararía la guerra si se negaba.

—Eso me alegra, entonces voy a buscar algo, no te muevas.

—No lo haré —contestó sin mucho entusiasmo.

Aunque era probable que no lo lograra, accedió porque Jo lo preguntó con un brillo de esperanza en los ojos. Se puso nervioso, como aquella vez que lo intentó dejar por su madre, pero lo que más lo puso ansioso fue aceptar... por ella.

—¡Mira! —exclamó al volver, y le tendió una cajita de chicle con sabor a frutas—. Luego compramos más.

—Pues hay un problema con esto —dijo y se volvió hacia ella—. Ya lo intenté y no funcionó.

—¿Cada vez que estabas ansioso te comías uno?

—Sí, pero... Está bien, no ponía todo mi esfuerzo.

—Entiendo, pero esta vez será diferente, yo estaré pendiente de que no se te acaben —sostuvo firme y decidida—. Además, Andrew, es divertido hacer bombas.

—¿Cuántos años tienes?, ¿cinco? —preguntó con su mejor sonrisa, ella lo golpeó en el hombro y él se echó a reír—. ¿Por qué la agresividad?, ¿sabías que la violencia hacia un compañero de piso está penalizada?

—Te lo merecías, a veces me llevas al límite —contestó encogiéndose de hombros—, y no me cambies el tema, estamos hablando de tu salud. —Él se recostó hacia atrás y suspiró. Jo se quedó mirándolo—. ¿De verdad es tan difícil?

—Me gustaría dejarlo y que esta vez funcionara, pero... no quiero decepcionarte, ¿entiendes? —La chica asintió algo inquieta y preocupada.

—¿De verdad te importa lo que opine de ti?

—Pues claro, sí —aseguró mirándola a los ojos—. Lo único que quiero es complacerte, Jo. No a mí, solo a ti.

—Bueno... —titubeó, todas sus defensas habían caído—. En ese caso, dime qué puedo hacer, ¿qué incentivo necesitas?

Y hablando de incentivos, él miró sus labios y recordó su sabor. *Joder, qué boca tan deliciosa.* Pensó. *¿Debo apartar los ojos o sigo mirando sus labios?* Divagaba ella.

De pronto, una sonrisa pícaro apareció en el rostro de Jo porque no había manera de que olvidara el beso de la noche anterior. Tal vez si ella...

Sí, eso funcionaría. Sería un buen incentivo.

Se sobresaltó al escucharlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Andrew, ella casi saltó en su lugar.

Vamos, dile lo que estás pensando.

—Eh... nada... nada.

No seas cobarde... ¿quieres ayudarlo de verdad?

—¿Podrías callarte?

—¿Quién?, ¿yo?

—¡No! —exclamó algo tensa, mirando a todos lados, pero no lo veía. De inmediato buscó una excusa—. ¿No te parece que la vecina es una escandalosa?

Genial, acabas de sonar como una vieja amargada.

Jo rodó los ojos y Andrew arrugó la frente. Eran las tres de la mañana, pero a él le parecía que el volumen estaba dentro de los límites legales, además era una canción suave.

—Ya veo...

—De verdad no era contigo, es solo que no se puede tener un poco de privacidad aquí —murmuró por lo bajo, quería ahorcar a su “conciencia”.

—¿Quieres más privacidad?, ¿te das cuenta de que estamos solos?

—Olvídalo, ¿está bien? Mejor hablemos, tú y yo —enfaticó con la intención de que Nathan se callara.

—Ok, nosotros. —Se burló. Jo negó con la cabeza y esperó unos segundos hasta que sintió que su hermano se marchó. ¡Niño irritante! ¡No podía seguir escuchando sus conversaciones! ¡No era justo! Le había dado vergüenza que Nathan supiera lo que ella estaba pensando, pero era inevitable, su mente casi que gritaba lo que quería proponerle a Andrew.

Se armó de valor y lo soltó.

—Con respecto a «nosotros», se me ocurrió algo para que puedas cumplir tu palabra y dejes de fumar.

—Te escucho —articuló mirándola.

—Te daré un chicle directamente de mi boca cada vez que te provoque un cigarro . — Andrew creyó morir cuando escuchó la proposición, y casi que grita: ¡Quiero un cigarro ya! Ese incentivo le resultó muy emocionante y divertido —, me gustaría saber si estás de acuerdo. —Indagó curiosa, aferrándose a un cojín para mantener los nervios controlados.

—Creo que sí —murmuró—. Pero, Jo...

—Andrew... —lo imitó.

—¿No te estás olvidando de algo?

—Creo que no.

—¿Será buena idea? —preguntó ansioso—. Somos amigos.

—Ah, eso —dijo ella con voz despreocupada—. Dije que te daré el chicle, no que te besaré. Pasarse el chicle es algo inocente que pueden hacer dos amigos.

—Lo sé, no soy un mojigato, pero... ¡Tendré tu boca a escasos milímetros!

—Sí, y te controlarás —contestó solemne, evitando reírse.

Andrew suspiró. Comenzó a no agradaarle la idea cuando ya se había hecho ilusiones de otro tipo. Chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Ok, no puedo besarte. Otra regla. Cuando me vaya ya no estarás, ¿entonces qué haré, Jo?

—Le pedirás a otra amiga que te ayude —contestó, tratando de soportar la desazón que le produjeron sus propias palabras—, o me llamarás y yo sabré

que decirte —añadió.

—¡Ja! Suena mejor, dudo mucho que le acepte eso a otra persona, señorita. Sino tendré que dejar de fumar antes de irme.

—Muy buena idea, rockerito.

Se echaron a reír hasta que Andrew se levantó del mueble con entusiasmo, hizo una mueca al pisar el gélido piso y agarró la cajetilla. Volvió a su lugar y la miró a los ojos.

—¿Qué haces? —preguntó ella, arqueando una ceja porque le radiografió la mente.

—Quiero uno, ¿serías tan amable de ayudarme?

—Ja, ja. Qué chistoso, acabas de fumar —le recordó.

—Eso no importa, lo encenderé si no cumples el trato.

—¡Manipulador! —Andrew se rio cuando ella se metió uno de los chicles a la boca —. Cumpliré mi parte.

—Aquí vamos...

—Solo agárralo con tus dientes —le advirtió Jo.

—Está bien —aseguró con fingida tristeza—. ¡Solo hazlo!

Andrew la contempló cuando Jo se acercó, atento a todas sus facciones. Él no era tonto, sabía que era cuestión de varias pasadas de chicle para que la regla se rompiera y lo de no besarse fracasara. El cuerpo de Jo reaccionó a la cercanía de Andrew, eso la hizo reconsiderar su idea, pero no se detuvo, le acercó el chicle lo más que pudo y sonrió cuando él lo tomó.

Si bien no pudieron disfrutar de más acercamiento, les complació lo que hicieron, así fue como esa noche surgió la *pasada de chicle* de Andrew y Jo. Una idea tonta que no tardaron en repetir cada vez que les provocaba.



La traviesa Erin llamó al día siguiente, le hablaba con una sonrisa enorme y le hacía muchas preguntas. Ya estaba al tanto de lo que sucedía con Andrew, pero Jo pensaba que lo estaba malinterpretando todo.

—*Wow, amiga, quieres volver loco a ese hombre. No puedo imaginar su autocontrol, además de pícara eres perversa.*

—*Solo es para ayudarlo, Erin —prometió, y mordió el sándwich—. Es un buen amigo, eso no lo voy a olvidar.*

—*¿Vas a seguir con eso? —masculló—. ¿Por qué no admites que te gusta? Puedo notarlo a kilómetros y sin tener que verte. Dale una oportunidad, no tienes nada que perder.*

—*Claro que sí. ¿Qué hay de Jordan si se entera? No quiero lastimarlo.*

—Pero es que no puedes mantener una relación telefónica...

—Iré a visitarlo en cuanto pueda, lo he estado pensando y quiero sorprenderlo. Entiende, Erin, el indicado es él.

Con un suspiro exasperado, Erin le recordó que las cosas no siempre son como creemos. Se había dado cuenta de que su amiga no cambiaría de opinión y de que lamentablemente tendría que tropezarse con una piedra para aprender; solo esperaba que la caída no le doliera tanto.



Era casi hora de cenar cuando Andrew regresó, se había marchado horas atrás para hacer una investigación, ya en unos días le pediría a su socia que lo acompañara. Pero eso no le preocupaba tanto como el hecho de abrir la puerta con los brazos cargados de bolsas.

Cuando Jo escuchó el timbre y abrió, vio a Andrew, que atareado le entregó unas cosas y sonrió aliviado.

—¿Compraste toda la tienda? —le preguntó caminando a su lado hasta que llegaron a la mesa.

—Casi —respondió divertido.

—¿Vas a decirme qué es?

—Si quieres te digo, pero me gustaría que lo descubrieras tú misma.

—Como quieras —dijo, y comenzó a inspeccionar.

Él se quedó viéndola y disfrutó de cada gesto de sorpresa en su rostro. Dentro de las bolsas había muchos adornos de navidad, todos en dorado, rojo y verde; la falta de ellos en el apartamento, en esa época del año, lo habían puesto nostálgico, pero por fortuna, la vecina le dio una gran idea con su canción decembrina.

—No tienes un árbol, ¿dónde pondrás todo esto? —Sonrió sacando unas bambalinas.

—Conseguiremos uno. Podemos traer un árbol de verdad —dijo mientras rebuscaba en otra bolsa—, mira esto. —Le mostró. Los ojos de la chica se iluminaron al ver dos botas de fieltro, en especial porque una tenía su nombre escrito con escarcha.

—¿En serio hiciste algo tan bonito?

—Siempre he sido un *Grinch*, cariño. —Ella no dejaba de sonreír—, bueno, no siempre —admitió recordando su niñez—. Pero me provocó comprar estas cosas para celebrar la navidad.

—Yo no quería celebrarla, no me sentía capaz de festejar sin mi hermano, pero tú me devuelves la alegría. —Andrew la miró con atención, luego le

pasó el pulgar por las mejillas y quitó las lágrimas que habían comenzado a asomar por sus pestañas. Ella sonrió—. Estás un poco loco, pero eso me gusta.

Él se acercó, quedando frente a frente, ella no podía dejar de mirarlo.

—Prometo hacerte sonreír siempre que pueda —pronunció acariciando su cabello. Entonces Jo sonrió en respuesta y lo abrazó muy fuerte.

Tal vez Erin tenía razón y debía darle una oportunidad, porque con esos detalles, Andrew estaba ganando muchos puntos, los estaba triplicando, si es que contaba lo bien que olía su camisa en ese momento.

—Quiero contarte algo, Andrew.

—Adelante —consintió él, disfrutando de tenerla entre sus brazos.

—Me inscribí en un torneo de esquí de nieve.

—¿De verdad? —Hizo una mueca y la soltó para poder mirarla a los ojos—. ¿Esas carreras no son peligrosas?

—Oh, no... —respondió sonriendo—. Pero hay algo más, te anoté como mi compañero, en cada esquí deben ir dos participantes.

Andrew arrugó la frente.

—Eso no me parece —articuló con lentitud y seriedad.

—¿Por qué no? Mira, te aseguro que nos vamos a divertir. —dijo tirando de su camisa, él se alejó más .

—No, Jo —repitió, y se pasó las manos por el cabello—. Lo lamento, pero en eso no voy a ceder, puede ser peligroso.

—Luego de la carrera podemos ir a buscar el árbol de navidad que quieres... —Quiso seguir hablando, pero él dio media vuelta para ir a la cocina, Jo lo persiguió entre súplicas y chillidos.

Y así comenzaron otra discusión. Después lo arreglaron. Su relación se fortalecía con cada pelea porque comenzaban a aceptar sus diferencias.

¿Solo amigos?

Lo que tenían, definitivamente ya era algo más.



La intensidad de su mirada la intimidó. Escudriñando a través de un ojo vio a Gary acercarse, una inmediata sensación de malestar se apoderó de ella por su expresión, le tendió una taza de café y se sentó frente a su esposo.

—¿No piensas visitar a Andrew? —le preguntó, sabía que acababa de llegar, pero tenerlo ahí la incordiaba.

—Lo llamaré más tarde, pensé que tú y to podríamos hablar ahora. —Señaló las dos copas y la botella de vino que estaban en el fregador—. Parece que la pasaste bien anoche.

Valerie se tomaba su café con cuidado mientras pensaba qué responder. ¿Finalmente se sinceraría?

—Gary...

—No seas condescendiente conmigo, Val. Habla de una vez. —Él miraba su taza, su matrimonio había pasado por muchos momentos difíciles, pero nunca se sintió tan nervioso. Algo le decía que ella le diría algo decisivo.

—Lo siento. —Ella colocó la taza de café en la mesa y el profundo suspiro hizo que él la mirara a los ojos.

—¿Qué sientes? Verás, yo vine a escucharte, hablemos como adultos, Valerie.

—¿Qué quieres que te diga?

—Solo di que todavía me quieres y que regresarás conmigo a casa. —La mujer sostenía la taza con fuerza aguantando las ganas de llorar, había imaginado muchas veces lo que le diría al tenerlo de nuevo frente a ella, pero

en ese instante las palabras desaparecieron. Deseó que no hubiera pedido eso, por primera vez en su vida no estaba segura de sus sentimientos. Ya no sabía que sentía por su esposo porque la lejanía había causado grandes grietas en su corazón.

—Estoy en casa, Gary. —respondió negando con la cabeza—, este ahora es mi hogar, aquí está mi hijo y también está... —Su voz se apagó, no estaba lista para esa confesión.

—¿Qué más hay?

—Mi empleo. —Se levantó de la silla y salió al patio, efectivamente seguida por él.

—Val... —musitó con suavidad. Ella extrañaba tanto esa voz que cerró los ojos por unos segundos, ahora estaba ahí revolviéndolo todo y ella solo quería gritarle que se fuera—. Podemos resolver esto, con lo que gano sabes que basta y sobra. Y con respecto a Andrew, vine a darle una sorpresa, tendrá que irse a finales de enero porque le compré el pasaje de avión a España.

Ella se puso las manos en el cabello y cuando Gary tocó su espalda quiso derretirse, pero esa era la vieja Valerie. Se volvió hacia él y lo miró con reproche.

—¿Por qué hiciste tal cosa sin consultarlo con él?

—¡Vamos, mujer! Sé que quiere ir. Además, Andrew no atendió ninguna de mis llamadas, ¿cómo le avisaba?

—Pudiste haberme llamado a mí, pero se te hubiera caído el dedo, ¿no?

—No, nunca me ha pesado llamarte, pero es que el trabajo...

—Está primero —lo interrumpió—, me abandonaste, obviamente no soy tu primera opción. —Los ojos de Gary se movieron en dirección a Valerie, ella conocía la respuesta incluso antes de oírla.

—¡Dios mío! ¿Siquiera te estás escuchando? No está primero, pero ha sido un gran cambio lo de ascender de puesto.

—Pensaba que seguías en el cargo anterior. Si soy tan importante para ti, ¿cómo es que no lo sabía?

—Debido a que... Sé que tenía... ¡Maldita sea! No tengo idea de por qué no te lo había dicho. —Quería dar un paso adelante, envolverla en sus brazos y decirle que nunca había querido alejarse tanto de ella—. Debí haber vuelto antes, hacer tu maleta y llevarte conmigo, pero en lugar de eso me sumergí en el trabajo.

—Gary... —Su maquillaje estaba corriéndose, dejando un camino de tristeza y arruinando su belleza—. Pasé meses esperándote, tú simplemente

te alejaste cada vez más y eso rompió mi corazón.

—¿Podemos arreglarlo? —Valerie suspiró, no estaba segura de cómo explicar a Preston y el día en que todo cambió.

—Tú eres feliz en Chicago y tienes el empleo que quieres. ¿Sabes que es gracioso? Que ignoras lo mucho que me gusta el mío en Starry Ville. Siempre pensaste que era broma y que regresaría; y ese tipo de cosas nos hace una pareja de mierda.

—¿No regresarás? —Val sacudió la cabeza.

—No, no lo haré. El hecho de que hayas venido no significa que me iré contigo. —Gary la miró fijamente comenzando a sospechar.

—Hay alguien más... —comenzó a entender con el ceño fruncido. Miró hacia arriba como si se tratara de una broma, Valerie no pudo evitar soltar otro par de lágrimas—. ¿Lo hay?

—Tengo que ir a mostrar una casa, te veré más tarde —lo evadió, dudando antes de alejarse.

Mientras tanto la sorpresa daba vueltas en el rostro de Gary.



Andrew tocó con renuencia la puerta de Logan y de inmediato oyó las pisadas que caminaban hasta la entrada, seguidas de una voz.

—¿Quién?

Logan se sorprendió apenas lo vio, Andrew forzó una sonrisa porque aquello era incómodo. El padrino de Jo abrió la puerta de par en par pareciendo menos avinagrado que la última vez.

—Muchacho —lo saludó con un apretón de manos.

—Señor —respondió.

Una vez que lo invitó a pasar, Andrew buscó con la mirada, pero comprobó desilusionado que su persona favorita no estaba presente. Sin duda era raro que no hubiese llegado, habían acordado encontrarse ahí a la una.

Logan se paró al lado de la chimenea, vestido con un suéter de rombos rojos y verdes, quizá esa tarde el espíritu navideño lo había atacado. Con las manos en los bolsillos se balanceaba atrás y adelante, de los talones a la punta de los pies, como dispuesto a soltar un interrogatorio. El interrogatorio iría dirigido al pobre Andrew, que estaba sentado en un sillón que le ofreció y parecía ido viendo un cuadro enorme de la Mona Lisa.

—Nunca entendí por qué la llaman «*La alegre*» —murmuró quitando la vista del retrato—. Esa mujer da escalofríos.

Logan lo miró indignado.

—Vamos, Andrew, no me digas que no te gusta. Es un cuadro hermoso, es puro arte. —El joven rio entre dientes y se ganó una mala mirada.

—¿Qué te da tanta gracia? —Andrew se movió nervioso en el asiento.

—Me parece sorprendente que al mirarla directamente la sonrisa desaparezca —contestó con fingido interés. Logan exhaló por su estupidez.

—Sí, claro, Leonardo Da Vinci la pintó con ese efecto. El juego de sombras refuerza la sensación de... —Y siguió con la perorata mientras Andrew volvía a hundirse en el sillón, esforzándose por no mirar a la Mona Lisa.

Jo llegó media hora después, encontró a su padrino y a Andrew riendo por un chiste y con media botella de vino. La tensión había desaparecido entre ellos luego de la segunda copa.

—¡Ajá, ahí está, mi bella ahijada se dignó a llegar! —exclamó Logan. Andrew sonrió y se levantó del sillón.

—Aquí llega la señorita más impuntual de todas. —Jo arrugó la nariz—, veo que algo te demoró. —Se acercó a ella y de pronto la abrazó—, ¿qué sucedió? —le preguntó al oído.

—Que vine a pie. —Antes de volverse hacia Logan depositó un beso en la mejilla sonriente de Andrew—. Querido padrino, no puedo visitarte seguido porque subir esa colina agota mucho.

—Vaya, ¿los médicos no recomiendan caminar una hora diaria? —preguntó el hombre con sarcasmo.

—Padrino, cuéntanos de cuando fuiste a la guerra y no había ni arroz para comer —dijo Jo con seriedad.

—Oye, yo nunca fui a la guerra.

—Ni yo caminaré una hora diaria. —Los dos hombres se echaron a reír.

—¿Quieren dejar de marearme? —pidió Andrew.

—Pero, ¿serás grosero? —contestó Jo .

—Bueno, ya que estamos los tres podemos almorzar —propuso Logan—. Espero que les guste el lomo de cerdo.

—Me asombra que no recuerdes que soy vegetariana —dijo Jo guiñándole el ojo a Andrew.

—Perfecto —gritó el hombre con escepticismo desde la cocina—. Más para nosotros, compañero. Aquí no tengo ningún tipo de ensaladas, Jo. Así que tendrás que tomar agua.

Logan colocó a sus comensales: Jo a un lado, Andrew en el otro y él ocuparía el extremo. Con un poco de suerte, el centro de flores evitaría que

sus invitados solo se vieran entre sí.

Andrew soltó una exclamación de entusiasmo cuando Logan destapó la fuente de comida y el aroma llenó la estancia. Él era un hombre que cocinaba muy bien y siempre experimentaba con nuevos sabores y recetas, rasgo que su ahijada recordaba a la perfección.

—Bueno —dijo la chica relamiéndose los labios—, yo como que haré una excepción por hoy. Mmmm... —Logan rio abiertamente y alzó la vista, no apartaban los ojos del otro ni un solo segundo, así que se vio forzado a sacarlos de su ensoñación.

—A ver, cariño, cuéntame, ¿dónde pasarás noche buena?

—No tengo nada planeado.

—Puedes venir conmigo a casa de mi madre —propuso Andrew. Logan acercó la botella de vino hasta la copa de su ahijada y la llenó, gesto que ella agradeció.

—Gracias, lo pensaré —dijo Jo y continuó comiendo—. ¿Y tú donde la pasarás? —Miraba fijamente a Logan.

—Oh, esto te parecerá interesante —dijo con una mueca en los labios—. Tu tía quiere hacer una cena y me invitó.

—¿Y vas a ir? —Jo esbozó una sonrisa cómplice.

—Sí, mira, y se me ocurre que pueden pasarla con nosotros. —Logan miró a Andrew—. También puedes invitar a tu mamá.

—No sé si sea buena idea —opinó ella con duda.

—A mí me parece bien. —Andrew asintió hacia Logan en señal de apoyo.

—Sí, ya... —dijo Jo en un tono que no sonó amigable—. Eso es porque no recuerdas quien estará ahí.

—Supongo que con el rato que llevas sin hablarle ya habrá cumplido parte de su condena —terció Logan. Sabía de sobra que era un tema delicado, pero Nancy le había pedido que abogara por Preston. Además, lo hacía por la amistad que se tenían de años.

—Padrino, es muy importante que entiendas que no lo perdonaré —explicó Jo.

—Eventualmente pasará. Sus actos le han traído consecuencias graves, pero está muy arrepentido —insistió Logan.

—¡No me importa! —contestó alzando la voz, lo miraba con enojo—. No estuvo ahí durante toda la enfermedad de Nathan. ¿Sabes? Fueron muchos los problemas que tuvimos que afrontar sin su apoyo.

—Bueno, yo... —farfulló Logan—, tienes razón, pero sé cuánto se

lamenta por ello. —Se volvió hacia Andrew y abrió los ojos, como pidiéndole ayuda—. ¿Qué tal está la comida?

—Muy buena, gracias —murmuró incomodo, y colocó una mano sobre la de Jo para apretarla con cariño, gesto que no pasó desapercibido para Logan—. Vamos, señorita, olvídate eso. Mejor cuéntale sobre la carrera del sábado.

—¿Participarás? —preguntó Logan agradeciendo el cambio de tema.

—Pues sí, se lo prometí a Nathan. Ya la moto esquí está lista. —Se llevó la mano al bolsillo y sacó su celular, buscó la foto y se la mostró—. Afortunadamente solo necesitaba un poco de aceite y gasolina.

—Oh, Jo, se ve en buen estado. —Se miraron por unos segundos y Logan supo lo que significó para ella desempolvar esa moto.

—Sí, me tardé fue por eso, el hijo de los Lewis me estaba ayudando a revisarla. —Cuando la fotografía llegó a Andrew, este se echó a reír. Jo estaba montada en la moto con la mejilla derecha llena de aceite y sacando la lengua.

—Enmarcaré esta foto y la pondré en un cuadro en la sala —bromeó Andrew.

—Es una idea estupenda, quita el de Elvis Presley y sustitúyelo por ese —ironizó Jo.

—Un momento, antes de que sigan decidiendo la decoración de ese apartamento —dijo Logan levantando la voz por encima de la conversación de ellos—, me gustaría proponer un brindis, ya que este es un almuerzo de bienvenida. —Sonrió hacia su ahijada—, te eché de menos, cariño, me alegra que hayas vuelto a casa. —concluyó Logan y alzó su copa—. ¡Por Jo!

—¡Por Jo! —repitió Andrew. Y se tomaron el líquido.

Logan siguió comiendo en silencio y los observaba mientras interactuaban. Llenó su copa de nuevo y sonrió. Ese chico la animaba y ella lo hacía reír con tanta facilidad que comenzó a darse cuenta de algo; simplemente estaban enamorados.



El día siguiente comenzó con buen pie. Ambos se levantaron temprano y por primera vez, Andrew la llevó a resolver una infidelidad. Se pusieron lentes oscuros y suéteres con capucha, tal como hacía él en cada investigación con el fin de que en las siguientes horas pasaran desapercibidos y fueran lo que buscaban ser: detectives.

Parecía increíble.

¿Por qué las personas se cansan de sus parejas?, ¿y por qué no se separan antes de ser infieles?

Jo estaba preocupada. Andrew le había dicho que cuando llevas una vida triangular el resultado siempre era el mismo: matrimonios destruidos, personas resentidas y esperanzas perdidas. Esa mañana, ella lo comprobaría y no sería agradable.

—¿Qué hacemos aquí? —Jo parpadeó repetidamente ante el nombre de la tienda: Pet Shop. Un sitio donde vendían mascotas.

Andrew no respondió a la pregunta sino que continuó mirando hacia el local, como si creyera que en cualquier momento pasaría algo indebido. Una mujer acababa de llegar y estaba parada en la puerta con la dueña.

Jo puso más atención.

La propietaria de la tienda decidió cambiar el letrero de abierto a cerrado, luego entraron al local y fue evidente, ninguna de las dos pudo esperar más para juntar sus cuerpos y darse un beso apasionado. Jo miraba sin creerlo, comenzando a comprender.

—Bien, creo que para ellas ya es hora de comer —dijo él, ajeno a la expresión de asombro de Jo.

Ella se quedó muda, sentada entre los arbustos que ocupaban como escondite y que tenían buena vista hacia la tienda. Andrew anotó la hora en una libreta y le contó que el esposo de la dueña era doctor y que los había contratado, la verdad era que el tipo trabajaba mucho, era internista en urgencias y con las guardias pasaba muchas horas en el hospital. Pero un día, mientras Aurelia se bañaba —así se llama la esposa—, él agarró su celular y descubrió unos mensajes. Le estaba siendo infiel, y con una mujer. Era imposible que luego de seis años de casados le estuviera pasando algo así, de solo pensarlo se volvió loco, pero estaba claro que era algo grave porque parecía que su esposa la pasaba genial con esa mujer. Desde entonces fue que comenzó su preocupación.

Una enorme tristeza atravesó el corazón de Jo, se sintió abrumada con tanta información.

—¿Qué sucede? —Él levantó la cabeza y notó en sus ojos que algo le ocurría—. ¿Te sientes bien?, ¿quieres que te lleve a casa?

Rápidamente, ella negó.

—¿Por qué tienes ganas de llorar? —La ayudó a levantarse, le abrazó la cintura y luego bajó sus manos hasta sus caderas.

—Estoy bien, de verdad. Es solo que... no hay razón para ser infiel.

—Ah, con que es eso... Esas personas que investigo disfrutan, pero después la pagan, y con intereses. —Andrew la apretó contra su pecho—. Tranquila, no me gusta que llores.

—Ni siquiera sé por qué me da tanta tristeza —le dijo—. ¿Peleaste? Arréglalo. ¿Te aburraste? Cambia. ¿Te gusta alguien más? Termina. No es necesaria tanta traición.

La besó espontáneamente en la mejilla.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Qué bueno, porque considero que las parejas deben ser exclusivas.

—¿Nos vamos? —Él puso una mano en su hombro—. Te llevaré a cualquier lugar con tal de que no sigas pensando en eso.

—Sí, se me ocurren varios lugares.

—¿Cómo cuáles?

—Tenemos que pasar por la tienda de deportes a recoger los trajes herméticos para la competencia —Hizo una pausa para pensar—. ¿Ya tienes el regalo de tu mamá?

—¿Regalo?, ¿tengo que comprar un regalo?

—En noche buena las personas se obsequian cosas.

—No, no le he comprado nada.

Jo hizo una mueca mientras lo tomaba de la mano y lo hacía caminar hasta el auto.

—Entonces vamos a comprarle uno cuanto antes, dime que le gusta...

Jo quería ocupar su mente en otra cosa que no fuera la carrera, por eso le sentó muy bien ir de compras, y sobretodo, disfrutó pagar ella misma con la buena remuneración que le dio él por el “trabajo”. Gastó parte del dinero en obsequios navideños; el primero en su lista fue el de Andrew.



La mañana del sábado estaba helada. Lo único que la hacía sentir caliente era la chaqueta le había regalado Andrew y los guantes que le pertenecían al rubio. Se miraba en el espejo del baño, tal vez sus ojos estaban más azules que de costumbre.

Escuchó que una notificación de WhatsApp entró en su celular, tomó el aparato y sonrió. Era Jordan. Leyó la respuesta.

¿Y si te pasa algo?

Jo rodó los ojos con fastidio, ella le había escrito contándole sobre la carrera, por alguna extraña razón buscaba su opinión al respecto, pero comenzaba a arrepentirse.

No pasará nada, sé manejar la moto esquí, no seas ave de mal agüero.

Jordan miró al frente, pensativo. Por supuesto que no quería parecer pesimista, pero existían riesgos.

Tú misma me contaste que hay que conocer bien la montaña o podrías perderte.

Y Jo la conocía. Respondió a la defensiva.

El circuito estará lleno de banderines y rescatistas. ¡Demonios, Jordan! ¿Cómo me bajas el ánimo así?

Jordan suspiró, era lo que menos quería. No supo qué responder hasta que pensó en algo.

Tienes razón, lo harás bien. Me gustaría verte ganar.

Jo no sintió ganas de responder, ya no. Antes sí porque quería su apoyo, pero de alguna forma la hizo sentir insegura al decirle que le pasaría algo. Poco a poco se le pasó vacío en el estómago, de todas formas iría con Andrew detrás, confiaba ciegamente en él.

—Jo... —A los segundos asomó la cabeza por la puerta con una gran sonrisa, cuando ella lo miró se dio cuenta de que estaba delicioso, todo él. En ese momento entendió por qué las mujeres aman a un hombre que vista chaquetas negras de cuero—. ¿Nos vamos?

—Sí, estoy lista —respondió.

—Antes de irnos quiero que te pongas esto. —Jo parpadeó insegura, no supo qué hacer cuando él le tendió una cajita—. Se supone que te dará buena suerte. Bueno, eso dijo la chica de la tienda, aunque le dije que no creía en ellos.

Ella abrió la caja y ubicada en el interior estaba una cadena de plata con unas alas de ángel. Se quedó sin habla. Andrew la tomó entre sus dedos y le pidió que se girara para abrochársela en el cuello. Una enorme sonrisa atravesó el rostro de Jo, era un detalle precioso, se miró en el espejo, pero sus ojos nublados le impedían ver el collar con claridad.

—Se supone que sonreirías, no que llorarías, señorita.

—Son lágrimas de las buenas, rockerito. Muchas gracias, me encanta.

—La chica tenía razón entonces. —Jo se echó a reír.

—¿En qué momento lo compraste?

—Cuando entraste a la librería para buscar el libro *Un ángel duerme conmigo*.

La chica sonrió y asintió.

—Tengo que conseguirlo, Jonathan Mariñas escribe genial.

—Estás obsesionada con ese tipo —dijo lentamente Andrew.
—Claro que no —rodó los ojos—. Es que él es un escritor especial.
—Como digas. —No tenía ganas de llevarle la contraria—. Ahora, vamos,
es hora de ganar una competencia.

-XX-



Jo se bajó del auto de Andrew bastante inquieta y nerviosa, sobretodo porque el causante de que se inscribieran en esa arriesgada carrera aun no hacía acto de presencia. Andrew abandonó el puesto del piloto y activó la alarma, unos minutos después se giraron al escuchar la voz de una mujer que los saludaba con un gesto entusiasta; Jo se extrañó, en cambio él sonrió abiertamente.

Andrew saludó a la mujer de unos cincuenta años, con el cabello marrón y la tez blanca. Llevaba un abrigo grueso, labial rojo y una bufanda del mismo color, de su hombro derecho colgaba una cartera. Pareció conmocionarse cuando vio a Jo. No la culpen, el parecido con su padre era desconcertante.

—Hola, hijo, si yo fuera ustedes me apuraría, parece que ya están todos los participantes —saludó con voz contenida, y adelantándose a la presentación miró a la chica—. Soy Valerie Foster, la mamá de Andrew.

El muchacho resopló cuando Valerie le limpió con el pulgar el beso que le había dejado marcado en la mejilla. Y Jo, siempre educada, le ofreció una sonrisa sincera y estrechó su mano.

—Es un placer, soy Jo Mitchell. Qué gusto conocerla.

—Oh, cariño, el gusto es mío —dijo en respuesta—, solo pasé para desearles suerte y traerles esto. —Le tendió una bolsa de papel que sacó de su cartera—. Pensé que a lo mejor no habían desayunado, traje unos sándwiches con jamón, jugo, galletas... No estaba segura de que más traer.

—Gracias, sra. Foster, que amable.

—Llámame Valerie —pidió—. Todos por aquí me dicen así.

—Está bien, así la llamaré.

De pronto, Andrew entrelazó sus dedos con los de Jo, Valerie bajó la mirada hasta ahí intentando entender, su hijo estaba más enamorado de lo que esperaba. Él siempre fue reservado y cauteloso con sus muestras de cariño, al menos frente a ella, ese no era el pollito que conocía.

—¿Te quedarás a ver la carrera? —le preguntó Andrew—. Puedo conseguirte un buen puesto en la tribuna.

—No, no puedo quedarme, hijo. Tengo que hacer unas compras de última hora —exhaló algo descolocada—. Lo que harán no es peligroso, ¿verdad?

—¡Mucho! —exclamó él, y ante la mirada horrorizada de su madre se rio entre dientes—. Anoche te dije que no, que no es peligroso, ¿verdad, señorita?

Valerie esperó expectante a que Jo respondiera, pero esta no lo hizo, había volteado hacia el área donde ya estaba su moto esquí desde la noche anterior y... lo vio.

¿Qué hace él aquí?

Ante el silencio de Jo, Valerie lanzó otro comentario.

—Que linda eres al hacer esto por tu hermano. —La chica suspiró, al parecer, Andrew le había contado sobre Nathan y de su historia con las carreras.

No pudo pensar en algo que decir como respuesta, así que asintió y se concentró en sus zapatos. Lo hacía para no mirar otra vez hacia su izquierda, sería un grave error, encontrar su mirada causaría el mismo malestar que tuvo la última vez, así que decidió que Preston no le arruinaría el día, lo evitaría a toda costa.

—Disculpen, pero voy a entrar, tengo prisa por llenar las planillas —murmuró.

—Claro, qué tontería de mi parte retenerlos. Ahora, si necesitan algo me llaman. Me encantó conocerte, linda. —Jo sonrió y se liberó del agarre, probablemente sin querer hacerlo porque la mano de Andrew le había regalado una sensación de calidez agradable.

—Te alcanzo en un momento —le dijo él con una sonrisa, ella asintió y comenzó a caminar.

Andrew acompañó a Valerie hasta su camioneta, su madre tenía allí el obsequio que él le había encargado, antes de entregárselo, ella le volvió a dar una advertencia.

—Oye, ten mucho cuidado.

—Lo tendré —le aseguró—. Jo conduce bien el esquí, manejando autos sí que es un desastre.

Valerie no pareció satisfecha con esa explicación, pero miró a su hijo, suspiró y estiró la mano para acariciarle la mejilla.

—¿Le gustará? —le pregunto preocupado. Ella sonrió.

—Seguro le encantará, ¿a qué chica no le gustan las flores? —Acercó la nariz al Lirio y aspiró con suavidad—, ¿a qué hora llegarás a casa? —Andrew la ignoró—, ¿irás? ¡Es noche buena! —le recordó.

—Ya que lo mencionas —dijo—, el padrino de Jo nos invitó a pasarla en casa de su ex esposa, ¿recuerdas quién es? —Vio una mirada de sorpresa cruzar el rostro de su madre.

—Por supuesto, Logan estaba casado con Nancy Jones.

—Entonces, ¿qué dices?, ¿vamos con la familia de Jo? Es la primera navidad que pasará sin su hermano, quiero estar allí por si algo le afecta demasiado. —Valerie apretó los dientes y se concentró en la flor.

—Hijo... —Lo miró fijamente a los ojos.

—¿Qué?

—Me preocupan, tú y esa chica.

—Estaba jugando con lo del peligro...

—No, no es eso —sacudió la cabeza—, me preocupa que te guste más de lo que yo pensaba —murmuró con ojos preocupados—. No quiero que olvides tus metas, nada puede interponerse ante el viaje a España, la gente de tu edad va a la universidad y termina una carrera antes de comprometerse fuertemente en una relación.

Andrew frunció el ceño y revisó con rapidez en su mente. ¿Lo que sentía por Jo era algo tan intenso y delicado como para no mudarse a la universidad? Se rascó el cuello y cambió el tema con agilidad, luchando por hablar con naturalidad, a pesar de que la respuesta lo había impresionado.

—¿Entonces cenaremos con los Jones? —insistió.

—Le tendré que preguntar a tu padre y en la tarde te diré. —Él ladeó la cabeza sin comprender.

—¿Cómo que a papá?

Sin dudarlo, ella le contó que Gary estaba en el pueblo, su padre lo había llamado en tres oportunidades, pero Andrew desviaba las llamadas. Había algo en Valerie que la hacía comprender la verdad de manera inmediata. Antes, padre e hijo, no tenían problema alguno para comunicarse, hasta entonces no existía el deseo de que Andrew se quisiera quedar en Starry

Ville.

—Le diré que vaya conmigo —murmuró. Aunque era lo que menos quería, ella no esperaba nunca tener que estar con Gary y Preston en el mismo sitio.

—Entonces nos vemos allá. Gracias por haber venido, mamá.

—Llevaré algo para compartir, lo que sea que encuentre en el mercado —dijo hacia su hijo y se marchó.

Jo se alegró cuando llegó junto a la moto esquí y vio a Nathan, sintió una oleada de alivio porque sin él no menguaba su nerviosismo, necesitaba desesperadamente pedirle algunos consejos en cuanto a la pendiente de la montaña; solo sabía que no podía acelerar de golpe en las curvas. Aprovecharía ese momento de soledad para hablar con él.

Nathan estaba observando la moto con unas ganas terribles de extender sus dedos y tocarla, Jo percibió su extraño estado de ánimo y le habló con cariño.

—Te llamé anoche, pero no hubo respuesta, estaba preocupada por ti. —Él asintió, parecía estar atascado en sus recuerdos. La miró y sonrió a medias—. ¿Qué pasa, Nathan?

—En parte estoy feliz, pero también siento tristeza por no ser el que la usará —dijo—. Supongo que tengo algo de envidia.

—Entiendo, pero... ¿seguro que no hay más? —Jo lo conocía, sabía leer sus estados de ánimo, sus ojos siempre hablaban por sí solos; su mirada era como un libro abierto.

—Se está agotando el tiempo —comenzó él tentativamente.

—¿El tiempo para qué?

—Esta situación —explicó—, tú sin escoger y yo pasando tiempo aquí sin entender lo que tengo que resolver... —Hizo una pausa—. Es más complicado de lo que imaginamos. Ayer me hablaron a través de la mente, nos otorgarán varios días más y es una decisión que no podemos ignorar.

Jo sintió una ola de emociones explotando en su pecho, trató de calmarse y respiró hondo.

—Está bien —contestó—. Sé que vamos a lograrlo.

—¿De verdad lo crees? —preguntó él.

Un repentino miedo se apoderó de ellos, sus secretos y temores se vertían como vino en una copa, si comenzaban a dudar significaba que de verdad las cosas se complicarían; la elección de ella podría resultar un caos, sin embargo, a él le preocupaba el hecho de no recibir sus alas. Y ni hablar del

día en que tuvieran que despedirse de nuevo, pensar en eso los devastaba.

—Entiendo que estamos contra reloj, ¿pero no es la fe lo último que se pierde? —Jo apretó los labios en un ademán de tristeza.

—Eso es justo lo que necesito ahora —dijo sintiéndose más temeroso que nunca—. La idea de no tener alas me genera un dolor aquí, como si se me fuera a partir el corazón.

—¡No dejaré que eso pase!

—¿Qué no dejarás que pase? —Andrew la miraba de un modo extraño, la había descubierto hablando sola otra vez.

Nathan había escuchado los pasos y en segundos desapareció. Jo se volvió intentando no soltar las lágrimas, sus ojos estaban aguados y respiraba con ansiedad. A él se le olvidó el comentario ingenioso que iba a soltarle cuando ella sin previo aviso se le lanzó encima y lo besó. No le dio siquiera oportunidad de parpadear ni de entregarle la flor que cayó al suelo.

Andrew se sorprendió un poco cuando ella lo abrazó por el cuello con firmeza, como si deseara mantenerlo prisionero, pero luego reaccionó y deslizó una de sus manos por su espalda, presionándola más contra su pecho, sintiendo como el corazón de la chica latía apresurado. Jo no podía creer lo que estaba haciendo, no podía creer que estuviera corriendo el riesgo de nuevo, pero las palabras de Nathan la habían impulsado. Eso y que necesitaba besarlo, lo necesitaba más que cualquier otra cosa jamás, porque la verdad era, que desde el primer beso no había parado de fantasear con su boca, con sus labios desconcertantemente cálidos. Sin embargo, descubrió con asombro que aquel contacto había sido algo breve y con menos sentido, ya que el nuevo beso estaba resultando diferente, tan explosivo que la hizo temblar; más bien fue un estremecimiento de placer y temor, de sensaciones jamás sentidas.

La chica estaba en una nebulosa donde lo único que era capaz de percibir era el calor de su cuerpo contra el de él, de cómo la calidez de su respiración quemaba su boca y de cómo su alma sonreía nerviosa. Lentamente abrió los ojos y Andrew enterró los dedos en su cabello para mantener su frente junto a la suya, decidiendo que tendría más de esa boca a como diera lugar. Con la punta de la lengua delineó la forma del labio inferior de Jo, era perfecto y suave, el sabor lo hizo delirar. Se alejó un poco para mirarla a los ojos y sonrió cuando una sensación de cosquilleo le recorrió el cuerpo, todo era confuso y a la vez emocionante. Notaba desde la cabeza a los pies un deseo único y ardiente de acercarse más, de besarla otra vez, otra y otra.

—Andrew, yo...

—Shh... No lo arruines. —La silenció poniendo un dedo en sus labios con aspecto serio—, no digas nada que pueda estropear un beso tan glorioso.

—Pero es que yo no debí... —Comenzó a mover la cabeza de modo mecánico y Andrew deslizó una de sus manos por su cuello para detenerla. Era suficiente, no le daría espacio para arrepentirse. Agarró su rostro, la miró fijamente a los ojos y se sinceró.

—Mis sentimientos por ti están creciendo, cada minuto, lo puedo sentir —susurró con voz cálida y dulce—. ¿Qué estás sintiendo tú, Jo?

—Todo es muy confuso —dijo con voz ahogada, como luchando—. No sé qué me pasa, pero cada vez que te tengo cerca mis ideas cambian.

Andrew entendió.

—Tal vez es que te estés decidiendo por lo que te hace feliz. —sugirió.

—No debería tener que decidir, debería saberlo ya.

—No está mal tener dudas —le aseguró—, pero, por favor, no te limites a decir lo que sientes allí. —Él señaló con su índice el corazón de Jo; ese gesto la conmovió.

—Estoy tratando de guiarte en la dirección correcta —le dijo con la voz llena de ansiedad.

—Y creo que vas por buen camino. —Andrew le guiñó el ojo, con su sonrisa burlona y cariñosa de vuelta. Los ojos de Jo parpadearon sobre él.

—Eso espero —murmuró al fin.

Cuan voluble se sentía, pero ahora estaba más calmada y con buena disposición a elegir. ¿Un simple *quiero estar contigo, Andrew*, sería suficiente para los ángeles de la reflexión? Aunque todavía no se atrevía a decirlo, no si la vida de él dependía de su elección. Gimió con frustración.

—¿Y ahora qué pasa? —le preguntó riéndose entre dientes, metió un mechón de cabello extraviado detrás de su oreja y ella levantó el rostro con lentitud para encontrarse con su mirada paciente. Su expresión era amable y tenía los ojos llenos de comprensión.

—Ahora no. La competencia ya va a comenzar.

—¿Qué tal si lo hablamos en la noche?

—De acuerdo —accedió.

Jo quería más de su compañía, más de sus toques, más de sus sonrisas. Sus labios ardían y lo único que quería era besarlos de nuevo. Las dudas comenzaban a disiparse en su corazón, ella ya deseaba que él entrara completamente en su vida.

Andrew la besó rápidamente y recogió el Lirio. Luego comenzó a empujar la moto esquí para sacarla del toldo donde se encontraban y colocarla en la línea de salida, junto a las demás. Jo lo siguió sintiendo que le faltaba el aliento, sin duda ya se hallaba loca por él.



—¡Bienvenidos a la fiebre del moto esquí! —anunció un hombre desde una plataforma. Todos los presentes estaban sentados en una tribuna de madera y otros de pie, comiendo cualquier cosa de las que vendían allí o con bebidas en mano—, tenemos una perfecta temporada invernal para la realización de la competencia, la montaña de Aries tiene la nieve adecuada y los competidores ya están listos. —Señaló hacia donde estos estaban y el público aplaudió entusiasta.

Preston miraba sonreír a su hija mientras su acompañante ataba una flor en el volante de la moto esquí.

La mañana estaba realmente fría, por ello cuando Jo se hizo una cola para colocarse el casco el cuello se le erizó, las puntas de las botas de Andrew se llenaron de nieve, estaba esperando que ella se montara en la moto para subirse detrás; los otros competidores también se preparaban. El circuito duraba hora y media y los espectadores tenían pantallas gigantes por donde podrían observar la carrera.

Andrew se posicionó detrás de Jo y colocó las manos en su cintura, la chica se estremeció ante su contacto. Luego miró una vez más la flor y su rostro se iluminó, es que a ella le encantó ese detalle tan bonito.

—¿Estás lista? —le preguntó al oído.

—Sí, ¿y tú? —respondió viéndolo por los espejos retrovisores.

—Solo no hagas que nos pase algo o mi madre te matará —bromeó con evidente diversión.

—Rockerito, agárrate bien fuerte y ya.

Jo tenía ambas manos sujetas a la moto y estaba comenzando a sentirse nerviosa, esperaba que Nathan estuviera por allí viendo la carrera.

El presentador dio unas pautas hasta que dijo:

3... 2... 1... ¡Fuera!

Y todos arrancaron cuando sonó el pitido de partida.

Preston observaba la pantalla entre nervioso y ansioso. Le pasaba lo mismo cada vez que Nathan competía, pero ver a Jo subiendo la montaña de Aries a tanta velocidad le daba vértigo en el estómago. Respiró profundo. Podía ver la nieve caer fuera de la tribuna e intentó emparejar sus pulmones a

un ritmo regular, de modo que no terminara hiperventilando.

El joven al volante del esquí número 3 decidió acelerar y el del número 6 lo bloqueó antes de que pudiera siquiera pasarlos. Jo iba tres puestos más atrás. El 3 volvió a intentarlo, pero el del 6 se defendía bien, no le dejaba posibilidad. Ambos esquíes estaban luchando para ganar el primer lugar.

El cuerpo de Preston cambiaba inconscientemente de posición mientras observaba, anticipando cada movimiento, como si estuviera montado en la moto con su hija. Sus manos estaban heladas y las frotó contra su pantalón.

Lo que sus ojos vieron a continuación le aceleró la respiración que ya trataba de acompasar.

Oh, no. No, no.

Ocurrió tan rápido que le costó verlo. De pronto se acercó a la pantalla para mirar mejor.

—La moto esquí número 3 se volcó. —Habló el animador a los segundos.

La confirmación causó una súbita ola de jadeos en el público. Preston se alarmó, pero recordó que su hija estaba tres puestos más atrás y su corazón volvió a latir. Parpadeó aturdido mientras veía como los dos competidores esperaban el auxilio de los rescatistas, al menos no se veían heridos.

La organización del concurso dividió la pantalla en dos y Preston se concentró en el lado derecho, el que mostraba la carrera, sabía que había un trayecto de casi veinte minutos en donde no podría verla; las cámaras no pudieron ser instaladas en lo alto de la montaña porque la noche anterior había llovido y eso había dificultado las cosas. La nieve estaba muy resbaladiza, Jo tenía que llegar a la cima, agarrar una curva grande con sumo cuidado de no distraerse, para luego comenzar a descender entre los árboles y más curvas. A ella la pasó otro equipo de competidores que se salieron del circuito y automáticamente los jueces los descalificaron.

—¡No disminuyas la velocidad! —exclamó Preston.

Ella no lo haría, el esquí número 2 ya estaba muy cerca. En esa moto iban dos chicos que Jo reconoció cuando se inscribió —Alonso y José—, eran hermanos y habían competido varias veces contra Nathan. Jo sabía que eran unos tramposos y que conocían atajos que eran ilegales en la competencia.

Ella desaceleró cuando casi iba llegando a la curva más peligrosa, en cambio, Alonso aumentó la velocidad al doble y la pasó de golpe, provocando que Andrew y Jo se espantaran porque les dio la sensación de que esos chicos inconscientes se caerían por el voladero.

—¿Qué le pasa a ese tipo? —Andrew habló fuerte para que ella lo escuchara.

—¡Es un maldito idiota! —gritó—. ¡Agárrate bien, lo voy a pasar!

Jo pasó la curva sin problemas y en el camino más recto les dio alcance, pero Alonso no se dejaría ganar, así que sin pensar en las consecuencias, o tal vez sí, disminuyó con fuerza toda la velocidad y comenzó a girar la moto esquí en círculos; cosa que provocó una oleada de nieve que cayó sobre Jo y Andrew. Aun con los lentes de protección se tuvieron que tapar la cara con los brazos, todo estaba borroso y Jo perdió el control de la moto esquí, que se salió del camino y comenzó a descender a mucha velocidad por una pendiente llena de árboles altos y vegetación cubierta de nieve. Estaban a punto de chocar contra un árbol cuando Andrew gritó:

—¡SALTA!

Hubo un ruido, pedazos de la moto esquí volando por los aires y luego... silencio.

Alonso y José ya no necesitaron el atajo para ganar. El número 5 había quedado fuera del circuito.



Las siluetas rodaron en la nieve hasta que se detuvieron.

Jo aguantaba la respiración boca arriba y miraba los copos de los árboles, su rostro estaba blanco, al igual que sus nudillos, que habían hecho mucha fuerza al apretar tanto el volante. Levantó la cabeza a los pocos minutos para buscarlo, él estaba tirado a poca distancia, al principio le costó distinguirlo bien, pero luego se dio cuenta de que Andrew no parecía herido. Él se sentó y plantó sus manos en la nieve, se quitó los lentes de protección y también el casco, sus ojos se encontraron y por fin pudieron soltar un suspiro de alivio.

Ella también se incorporó intentando sacudirse la ropa, el motor del esquí hizo un ruido extraño y luego se apagó. Observó con horror cómo había quedado la moto de Nathan, se había partido en dos, ya que ella trató de girar, pero el impacto fue justo en el medio.

Se puso de pie resbalándose un poco. Andrew caminó hasta ella y la aferró por el brazo, la chica gruñó con frustración y se sostuvo de él, miró un segundo más la moto y apretó los labios, pero no pudo evitar soltar una maldición.

—¡Qué maldito... infeliz! ¿Cómo...pudo?

—Tranquila, estás temblando. —Ella asintió y lanzó el casco en la nieve. Sí, estaba temblando de la cabeza a los pies.

—Ellos... —Intentó formar una oración completa sin titubear—, ¡ellos van... a ganar la carrera! —gimoteó con cara de pocos amigos hacia él—. ¡Ese Alonso es un desgraciado! ¡Andrew, lo hizo a propósito, no le importó lo que nos ocurriera!

—¡Ay, Jo, es lo que menos debe importar ahora! ¿Estás bien?, ¿no te

duele nada? —Los dientes se le cerraron también de golpe—, ¿cómo saldremos de aquí? —Ella abrió la boca, pero él la interrumpió—. Olvídalo, no te preocupes, seguro mandarán gente a rescatarnos, ¿cierto? Solo dime si te duele algo.

La mente de Jo estaba suspendida, pudieron haber muerto. Quizás podría entender que ella perdió el control, pero esos imbéciles provocaron todo. ¿Cómo se les ocurrió hacer algo así?

—¡Denunciaré esto! ¡Se lo contaré a todo el mundo, no está bien lo que hicieron y haré que los descalifiquen! —despotricó imperiosamente. De pronto movió el cuello e hizo una mueca cuando le dolió.

—Ay, mierda, ¿te duele? —preguntó preocupado—. Espera, voy a ver que hay en el bolso de emergencia.

Se sintió atemorizado hasta el punto de sentir náuseas. Jo abrió la boca para decirle que no era necesario, que estaba bien, pero antes de pronunciar palabra, lo vio caminar hacia la moto. Se encontró de pronto con la mirada perdida entre tanta nieve y montaña, tan solitarios como una aguja en un pajar. El susto le recorrió la mente al mismo tiempo que el estómago se le hundió. Evaluó el panorama.

A favor: No habían salido heridos durante la caída.

En contra: Estaban muy lejos del circuito.

—¿Grito para ver si alguien nos escucha? —le preguntó. Quería gritar fuerte, más que todo para sacarse del pecho la frustración que sentía.

—Hazlo —le contestó él—. Yo revisaré la zona para ver qué consigo.

Con la mano apretando su colgante de ángel gritó fuerte, deseando que *él* la escuchara y le dijera como salir pronto de ese lugar, pero la única respuesta fue su propio eco. No había señales de *nadie* ni remotamente cerca.



A Preston lo atacó un mortal dolor de cabeza, pero que a su vez, no se comparaba con el que sentía en el pecho. Comprendió lo que le decían: «El esquí número 5 no está en el circuito y los chicos están perdidos.»

Había repasado las palabras tres veces mientras las personas lo observaban, y cada vez, el nudo en su garganta se hacía más grande. Sabía que la montaña de Aries era extensa y peligrosa. A su hijo siempre le gustó participar, pero nunca le pasó algo parecido. Preston estaba aterrorizado, no podía perderla a ella también, Jo era muy inteligente y astuta, pero no sabía nada de supervivencia. Así que vagaba de aquí para allá, rezando para que Dios se apiadara de su alma y de su hija a la cual amaba mientras contaba los

minutos para que se terminaran de organizar y emprendieran la búsqueda.

Alex Kowalski —jefe de los rescatistas durante muchos años—, daba instrucciones y revisaba la toma de las cámaras en busca de alguna pista que le indicara por donde cayeron. Alonso y José se mantenían callados y observaban de lejos, si se descubría que por culpa de ellos había sucedido aquello se meterían en tremendo problema con el sheriff del pueblo. Procuraban no mirarlo de frente, y aunque eran un par de cobardes, no podían evitar arrepentirse de lo ocurrido. Ellos vieron por donde cayó el esquí y escucharon el sonido del impacto.



Horas más tarde, Andrew y Jo se comieron los sándwiches que Valerie les dio. El daño en el asiento de la moto fue mucho y él tuvo que patearlo para poder sacar las cosas que guardaron ahí. Estaban sentados sobre el cobertor impermeable de la moto con las piernas cruzadas, Andrew le lanzaba hojas secas a una fogata que encendió y Jo resoplaba porque sus celulares estaban fuera de cobertura, ya comenzaban a descargarse.

—¿Quieres caminar o deberíamos seguir esperando aquí? —le preguntó él concentrado en su labor.

—Opción 2. Debemos quedarnos cerca del fuego para que nos encuentren.

Andrew apartó la mirada de las ramas, casi con molestia, sintiendo como el frío le agujoneaba el cuerpo. No era fácil entrar en calor porque el viento había comenzado a soplar con fuerza.

—¿Y si prendemos otra bengala? —propuso.

Ella negó, solo les quedaba una.

—Mejor esperemos —contestó con seguridad—. Si cae la noche la encendemos.

Se quedaron un largo rato en silencio. La temperatura estaba baja, pero lo que recorrió el brazo de Jo no fue un escalofrío. Abrió mucho los ojos y se miró la manga de la chaqueta.

—¿Qué diablos?

Andrew se volteó hacia ella, estaba ocupada desabrochando su prenda con rapidez. Se levantó cuando volvió a sentir algo, esta vez llegando a su hombro, se deshizo de la chaqueta y vieron el insecto al mismo tiempo.

—¡Quítamelo! —chilló contrayendo el rostro, sus ojos volvieron a los de Andrew, que estuvo a punto de reírse cuando ella comenzó a dar brincos. Tenía un colémbolo de nieve en el hombro, un bicho asqueroso parecido a una cucaracha—, ¡Andrew, quítamelo! —gritó sacudiéndose de forma poco

elegante para que el bicho se cayera—. ¡Asco, asco!

Él estiró la mano y lo aventó lejos, Jo suspiró agradecida, pero con el estómago revuelto. Toda esa clase de insectos le daban terror.

—No pasa nada, te juro que ya se fue —replicó Andrew entre risas. Tomó la chaqueta del suelo y se la pasó por los hombros—. Ven, si no te importa te abrazaré, tienes los labios morados.

—No es mala idea, pensé que no lo dirías nunca —cuchicheó Jo. Andrew entornó los párpados, pero sonrió con satisfacción cuando ella recostó la cabeza de manera cómoda y acogedora en su pecho.



El joven condujo su coche, por lo que, cuando llegó al hotel habían pasado ocho horas.

Qué extraño era aquel pueblo, desde que podía recordar nunca había visitado uno. Poca gente, tranquilo y con nombres raros en las calles. El clima era más frío que en la ciudad, esperaba que el abrigo que tenía puesto fuera adecuado.

Su familia estaba molesta, pero no le importó. Necesitaba alejarse, necesitaba espacio. «Solo será el fin de semana», les dijo. Salvo que decidiera quedarse un par de días más con ella, incluso si era solo para verla unas horas. Necesitaba organizar sus sentimientos y asegurarse de que el paso que daría era el correcto, necesitaba verla para saber hasta qué punto le importaba o si era mejor regresar a casa, necesitaba saber si ella lo comprendería. Esperaba que lo hiciera.

¿Me odiará si le digo la verdad?, ¿cómo lo tomará? Deseaba que ella encontrara a alguien que la quisiera tanto o más de lo que él *ya quería*.

Llegando a Aries, en las afueras de Starry Ville, apagó el auto y se colocó unos lentes oscuros. Sabía que se sorprendería al verlo, pero por pocos días quería estar a su lado. Recordó cuando le dijo a Adriana que viajaría, casi lo mató cuando pronunció aquella palabra, sin embargo, llamó a Erin y le pidió la dirección exacta de Jo.

Y allí estaba, caminando con una rosa roja en la mano.



Jo y Andrew, seguían estando a solas, ya no tenían batería en los teléfonos y no había señal de los rescatistas.

—Huele maravilloso —dijo Jo mientras se inclinaba un poco para oler el lirio que tenía entre sus manos, había salido ileso del accidente y ella seguía disfrutando del detalle.

—Tú hueles mejor. —Jo le sonrió.

—Sí, eso lo sé.

Andrew la empujó suavemente con su hombro y en el entusiasmo de ella por empujarlo también accidentalmente hizo que se resbalara en la nieve. Se sintió como una tonta adolescente y se disculpó entre risas.

—Tienes tanta fuerza como yo delicadeza —bromeó él, intentando levantarse.

—Vamos, rockerito, deja de reírte y muévete. —Le tendió la mano para ayudarlo, pero sin ella preverlo, Andrew haló con fuerza su brazo y la atajó por la cintura cuando cayó sobre él. Un poco sorprendida trató de molestarse, pero le fue imposible, estar tan cerca la hizo estremecer—, creo que deberíamos hablar —sugirió en un murmullo, mirando el arete en su oreja porque si lo miraba a los ojos estaría perdida.

—A mí me gustaría que nos quedáramos así un rato más —respondió él con un tono tranquilo, pero a la vez, que no daba lugar a negarse.

Sin embargo, ella se apartó y se sentó cerca de un árbol para recostar su espalda, Andrew se quedó tumbado boca arriba, no podía retrasar más la conversación y no tenía idea de lo que escucharía.

Jo tenía algo oculto, algo que quería sacarse del pecho, pero no sabía cómo iba a reaccionar Andrew. Las manos le temblaron, no sabía si tenía permitido contárselo, pero era la única forma de que él entendiera su forma de actuar. Sintió que de pronto el tiempo se detuvo, que todos sus movimientos iban más despacio, era como si maquinara las palabras adecuadas.

—Suéltalo ya —dijo, comenzó a incomodarle el silencio de la chica.

—Es complicado...

—Lo que sea que estés a punto de decirme puedo manejarlo. Anda, habla.

—¿Y qué pasa si no puedes?

—¿Ya te diste cuenta de que estoy loco por ti? —indagó, ella levantó ambas cejas, él estaba siendo tan sincero que sus ojos brillaron.

—Tenía una leve sospecha —bromeó entre sorprendida y emocionada por su declaración.

—Creo que he sido muy evidente. —Apretó los labios para no reír—. Y créeme cuando te digo que no suelo ser así con nadie. Confía en mí, me toma tiempo procesar las cosas, pero una vez que entienda todo estará bien.

—¿Incluso si después de esta conversación quieres alejarte?

—No creo que quiera alejarme nunca de ti.

—¿Cómo puedes decir eso si todavía no te he contado nada? —Andrew extendió los brazos, como invitándola a golpearlo con la verdad.

—Porque sé cuánto me importas. —Se sentó y bajó la voz para hablarle con seriedad—. Dime lo que sea, no saldré corriendo.

Jo suspiró con fuerza cuando una nueva sensación de confianza le atravesó el cuerpo. Se atrevió a tomar la mano de Andrew, decidida a explicarle algo que podría cambiar su perspectiva sobre la vida y la muerte.

—¿Alguna vez pensaste que los ángeles pueden existir de verdad? —preguntó nerviosa.

—Nunca he desarrollado mucha curiosidad por ese tema —respondió.

—Si no lo has hecho, entonces puede sorprenderte lo que voy a contarte. —Él se acomodó en la nieve frente a ella—. Los ángeles existen y hay un mundo diferente fuera de nuestro alcance. Ellos nos protegen y guían, incluso luego de la muerte.

—He escuchado un poco sobre eso, muchas personas creen en su existencia... hasta grandes filósofos como Pitágoras, Sócrates o Platón —le contó—. Pero yo creo que los ángeles son un invento universal.

—No es un invento, Andrew. Sé que es difícil concebirlo porque nuestra mente está muy unida a lo material, a lo que podemos ver, pero ellos tienen cuerpo, vida y alas.

—Respeto tu opinión —dijo con sinceridad—. ¿Pero a qué viene esta clase sobre ángeles?

—Escucha, cuando tuve el accidente en la casa del árbol... morí por unos minutos... y en ese espacio de tiempo experimenté algo transcendental.

—¿Algo como qué? —preguntó, y Jo vio que su cara se transformó en pura curiosidad.

—No sé cómo explicar esto sin sonar como una loca, pero lo intentaré —dijo con un suspiro—, cuando morí, mi alma llegó a un lugar extraño, las cosas eran confusas y no le encontraba sentido a lo que estaba ocurriendo. Al principio sentí mucha intranquilidad, estaba sola y comencé a perder el sentido del tiempo. Recuerdo tras recuerdo supliqué para que terminara, trataba con todas mis fuerzas, pero no podía. Luego escuché la voz de mi hermano y me aferré a él, solo deseaba verlo. Y lo logré, Andrew.

Se miraron el uno al otro en silencio por un momento. Jo presentía que su cerebro intentaba procesar la información. Hasta el momento no se había escandalizado, así que ella se tranquilizó.

—Que sueño tan extraño. —Habló él probablemente confundido—.

Porque eso fue, ¿no?

—No... —contestó con franqueza en la voz, la frente de él se arrugó—. No fue un sueño, fue algo real, en ese lugar no solo vi a Nathan, también conocí a algunas personas, puedo decirte sus nombres, pero se hacen llamar los ángeles de la reflexión.

—¿Qué? —Fue casi un suspiro—. Jo, eso no es cierto. Deja de decir esas cosas antes de que empiece a preocuparme.

—¿No me crees? —Andrew escuchó un poco de decepción en su voz—. Tienes que hacerlo porque fueron ellos los que me dejaron volver.

—¿Volver? —Andrew se frotó el puente de su nariz como si estuviera tratando de hacer que todo tuviera sentido en su cabeza—, eso no puede ser —musitó—. No lo entiendo.

—¿Me dejas explicarte por qué me dieron una segunda oportunidad?

—Está bien, Jo. Explícame. Pero hazlo con calma porque esto es muy...

—Lo sé —suspiró—. Sé que parece un cuento de fantasía, pero es real, yo lo viví.

Andrew se removió con el rostro desencajado, lo que más le aterraba era que Jo quería que le creyera, que creyera en algo que a él siempre le pareció imposible. Una lucha interna se libraba en su cabeza y tenía un millón de preguntas.

—De acuerdo... moriste, fuiste al cielo y volviste —enumeró.

—No fui al cielo.

—¿Entonces en donde estuviste?

—Entre dos mundos —explicó—. A un sitio donde llegan las almas que todavía tienen asuntos que resolver.

—¿Y qué tenías que resolver?

—Tengo —dijo, Andrew parecía confundido así que trató de hacerlo más claro—. Bueno, tenemos... Nathan también vino pero como un ángel de la guarda, al parecer, tiene que resolver algo para ganarse sus alas. Y a mí me dejaron regresar por alguien especial, estoy de vuelta por él. Una vez que se lo diga todo estará bien.

—¿Y cuando dices él asumo que hablas de Jordan?

Andrew parecía aturdido, como si le hubieran propinado un fuerte golpe en el estómago y le costara respirar. Sus dedos temblorosos echaron su cabello hacia atrás.

—Jordan... tenía algo que me gustaba. —El muchacho arrugó la nariz—. Mejor dicho, pensé que era perfecto y que tendríamos algo único. Yo... era

incapaz de pensar que alguien pudiera reemplazarlo.

—Creo que no entiendo —le dijo.

—¿No entiendes? —preguntó, él negó lentamente—. Es fácil confundir una atracción física con una conexión auténtica, pero a veces un toque es suficiente para saberlo. Es como cuando te beso, ¿entiendes? Siento alegría en todo el cuerpo y eso me dice que eres la persona indicada.

Andrew se rio de repente.

—¿Estás queriendo decir que esa persona especial por la que volviste soy yo?

—Creo que sí...

Abrió los ojos, después la miró fijamente. Jo levantó la mano para acariciarle la mejilla, y él, con torpeza, puso su mano sobre la de ella, absorbiendo esa confesión que tanto quería escuchar. Pero ese «creo que sí» no le era suficiente. Amaba a Jo. Ella lo amaba. Sus palabras modificaban la relación. Y quería que ella no tuviera dudas. Estaba cansado de eso, casi tanto como ella deseaba rendirse a la indiscutible conexión que había entre ellos.

—Quiero que lo digas con seguridad —dijo Andrew de repente, manteniendo serenidad—. Pero antes necesito hacer algo, ¿puedo?

Ella se encogió de hombros, viéndose condenadamente linda. No apartaba los ojos de su boca, pero Andrew no pretendía besarla, no como ella creía.

Antes de Jo saber lo que haría, Andrew agarró el lirio y comenzó a acariciarla con los pétalos. Su cabello, su frente... Ella cerró los ojos cuando la flor recorrió su mejilla derecha, él la miraba muy atento a sus reacciones, Jo suspiró al sentir la flor bajando con suavidad desde su nariz hasta sus labios; los roces sutiles la hacían temblar.

—¿Qué sientes? —preguntó él, deteniéndose en su cuello.

—Podría tratar de explicarlo, pero me conoces—murmuró sin abrir los ojos—. Por favor, no pares.

Él sonrió, no se detendría.

Le gustaba ver sus expresiones y sus labios entre abiertos como si en cualquier momento se fuera a deshacer en mil pedazos. Ella estaba absorta, encadenada a las sensaciones que esos delicados toques le provocaban. El aliento de Andrew estaba cada vez más cerca, se estremeció al percibirlo, no podía evitarlo, su corazón, su cuerpo, su alma y su mente querían más. Jo apretó los labios, esa era una idea muy loca y no podía ser, considerando que estaban rodeados de puros árboles y nieve. Mientras pensaba en eso, Andrew le agarró la barbilla y la inclinó hacia él para rozar sus bocas a través de la

flor, luego la fue impulsando hacia atrás hasta que la espalda de ella tocó la nieve. Siguió con sus deliciosos toques, pero fue intercalándolos con pequeños besos. Jo no perdió tiempo y enredó los dedos en su corto cabello, moviéndolos hasta poder tocarle el cuello y la barba de días que tanto le gustaba, todo estaba siendo suficiente para hacerla delirar. Andrew le acarició los labios con los de él y mordisqueó suavemente hasta que pudo deslizar su lengua y tocar la de ella, un delicioso calor comenzó a extenderse por su cuerpo y se filtró por su pecho; fue como si un espacio en su corazón se llenara, como si descubriera que una parte de ella lo había amado desde que el tiempo comenzó. ¿Por qué había tardado tanto en descubrirlo?

Él podía sentir como la adrenalina iba en aumento, nunca había deseado tanto a nadie, sabía exactamente lo que necesitaban sus cuerpos y odió el hecho de no estar en un lugar adecuado. Inclino la cabeza y dejó de respirar por un momento cuando aspiró el perfume que Jo se había colocado en la mañana, quería guardar la esencia en sus recuerdos. Las manos de ella subieron para sostener su cara, luego se permitió apoyar la frente en la de él y sonrió, su corazón latía a toda prisa, la vista de Andrew sobre ella con el cabello alborotado y con una leve sonrisa era tan atrayente que estuvo a punto de pedirle que repitiera todo de nuevo.

—Y bien, señorita, ¿te ayudé con la duda? —Su tono estaba cargado de dulzura y ansiedad. A modo de respuesta, Jo le tomó el mentón y presionó su boca con la de él. Por unos largos segundos una vida junto a él se desperdigó ante su mente obnubilada, le pareció ver más allá de la realidad y le encantó lo que vio.

—Sin duda lo hiciste —respondió.



Preston metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y se apoyó de un árbol, no se movería del lugar hasta que su hija apareciera. La fría brisa comenzaba a traer la noche. Él hubiera preferido ir con los rescatistas, al menos tendría la mente ocupada. Cuando le dijeron que se quedara y esperara sintió mucha impotencia y rabia. En las últimas horas había descubierto un dolor profundo parecido al que sintió cuando Nathan falleció. Los ojos se le llenaron de lágrimas de tristeza, pues imaginaba a Jo en la peor de las situaciones. ¿Llegaría a perder todo lo que le quedaba?

Como la carrera había terminado, la gente se fue marchando a sus casas para pasar noche buena, el lugar se estaba quedando en silencio, pero él oyó que alguien preguntaba por su hija; vio preocupación en su mirada y decidió

acercarse.

—Por favor, ¿cómo no la han conseguido? —preguntó—. Hace frío y está nevando.

Preston escrutó al joven, como si con ese gesto fuera adivinar quién era. No lo había visto nunca.

—¿De dónde conoces a mi hija? —Él se volvió rápidamente y miró con detenimiento a la persona que decía ser el padre de Jo.

—Señor, somos amigos de Connecticut. Jo es una amiga muy especial. — El hombre con quien el joven hablaba antes decidió dejarlos solos.

—La cuestión es... ¿Qué hace un amigo de Connecticut en Starry Ville? —indagó Preston.

—Vine a visitarla, Jo no tiene idea de que estoy aquí.

—Te aconsejo que te sientes entonces, nadie sabe aún en dónde está. —La manera que tenía Preston de arrugar la frente intimidaba, por eso el muchacho lo siguió a la tribuna y se sentó a su lado sin rechistar.

—No puedo comprender por qué se arriesgó participando en esa carrera.

—Porque se lo prometió a su hermano —contestó Preston, repitiendo lo que Logan le había contado.

—Pero le advertí que no lo hiciera, no es capaz de valerse por sí misma.

—Eso no es cierto. —El padre de la chica rechinó los dientes sin poder ocultar su desagrado—. Jo es inteligente y sabe cuidarse.

—Si me permite, que esté perdida me hace creer que no es así.

—Debió haber pasado algo, ella sabe manejar bien la moto esquí, no dejaré que me hagas pensar otra cosa. —A Preston le estaba comenzando a irritar su actitud, por eso el rubio carraspeó cuando le vio la cara.

—Lo siento... Estoy tan nervioso como usted.

—Te gusta mi hija, ¿no es así?

—¿Por qué lo dice?

—Soy policía, muchacho. —Hizo una mueca—. Aunque tampoco es difícil de deducir.

—Jo es una chica muy especial.

—No es necesario que me lo digas.

—No tiene nada de qué preocuparse, pronto me iré, señor. Lo único que quiero es hablar con ella y saber que está bien.

—¿En noche buena?, ¿puedo saber que es tan importante?

—Sí, en noche buena. No tengo mucho tiempo y la conversación es importante. —Preston se tensó un poco.

—A ver... no me digas que vienes a jurarle amor eterno o algo así. No cometas una estupidez semejante, no creo que ella te corresponda de la misma manera... —Luego lo miró indeciso y se rascó el cuello—, he visto como mira al muchacho que le alquiló la habitación. —Soltó sin filtro, tanteando el terreno. Acto seguido, el rubio se levantó y le dio la espalda.

Preston no entendía su actitud, venir desde tan lejos para ver a la chica que te gusta con otro es masoquista. Y cuando le dio el frente volvió a escrutar su rostro, quería ver si descubriría un atisbo de tristeza, pero él no demostraba ninguna emoción. Y en ese momento se sintió como un chismoso, cerró los ojos y resopló, no sabía con certeza lo que su hija sentía.

—Eh, no me hagas caso... ya no sé ni lo que digo. —El chico suspiró.

Por lo visto ese viaje le pondría los pies en la tierra.



Nathan siempre desconfió de Alonso, por eso se explicaba porque había hecho tal cosa para sacar de la competencia a su hermana. Cuando anunciaron que la moto de Jo se había salido del circuito y vio llegar a Alonso y José los siguió, estaban agitados y nerviosos, pero sobretodo no disfrutaban de haber llegado en primer lugar.

Al final, Jo y Andrew estaban perdidos, y a pesar de que parecía un accidente Nathan no lo creyó, por eso comenzó su propia búsqueda. Recorría una parte de la montaña cuando vio una luz roja a lo lejos, pensó que se trataría de ellos y apareció más cerca. Nathan buscó por un buen rato y pidió ayuda a los entes superiores, sus plegarias fueron contestadas.

Cuando dio con ellos comenzó a dejar algunas pistas para los rescatistas, que por suerte no se percataron de que algo inexplicable sucedía allí. Como un espectro vio como descubrían el lugar por donde había caído la moto esquí, aliviado de que así fuera; la mala cabeza de Alonso había ido demasiado lejos. Los rescatistas bajaron a toda prisa, uno detrás del otro, transportando una camilla, un kit de emergencia y botellas de agua. Y en medio de unos árboles, entre la gran montaña que los rodeaba, los vieron. Habían hecho un pequeño refugio con el cobertor de la moto, los trajes impermeables no habían permitido que se congelaran, tenían los labios morados y trataban de calentar sus manos con su aliento.

¡Bien, estaban a salvo!

Andrew comenzó a creer en los milagros y Jo agradeció no ser la misma chica, ella tenía un ángel de la guarda.

Los comenzaron a subir amarrados y halados con sogas, Jo mantuvo la

mirada fija en donde estaban esperándolos arriba. Andrew dejó escapar un suspiro de alivio y se puso de pie ayudado por un rescatista.

—Peyton... —Se escuchó la voz de Preston entre las personas, ella lo miró por unos instantes y se puso de pie apresurada, Andrew se colocó detrás de ella y recibió los lentes y los cascos que le habían pasado—, gracias a Dios... —susurró al darse cuenta de que no tenía ni un rasguño.

Estiró el brazo para tocar su mano, pero ella no lo dejó. Jo miró su rostro, lucía cansado y triste.

—Jo... —Su voz hizo que el corazón le saltara. Inclino la cabeza y lo vio. Fue verlo de nuevo y sentir que el mundo se le venía encima. Recordó los buenos momentos que pasaron para luego recordar las últimas horas con Andrew: especiales, mágicas.

Fue como una gran nevada y ella estaba demasiado frágil como para soportarla. Trató de tranquilizarse un poco, tomó una respiración profunda y dejó salir las palabras temblorosas.

—Jordan, ¿qué... haces... aquí?

Pasó la mano por su cabello, la atención de todos estaba enfocada en él.

—Vine por ti —susurró en respuesta, queriendo que el tipo a su lado se enterara más que nada. Jo desvió la mirada a los ojos de Andrew y entonces vio el peso de la súplica en ellos.



Jordan se acercó y Jo dio un traspié. Andrew la salvó de caer sobre su trasero y justo cuando ella iba a disculpase vio como esos dos se miraron.

—Estás... aquí —tartamudeó ella.

—Sí —respondió sin entender, ese tipo no le quitaba las manos de la cintura.

Jo asintió y él hizo algo estúpido: la abrazó.

Andrew los miraba sin dejar de prestar atención a ninguno de los dos. No le gustó que Jordan demostrara tanto cariño en el abrazo, pero no podía impedirlo, eran amigos y llevaban tiempo sin verse. Ella pronto se separó y lució nerviosa.

—Lo siento, verte aquí me parece increíble. —Se disculpó tratando de parecer menos agobiada.

—Andrew, él es Jordan. —Se apresuró a presentarlos Preston. Andrew le dio la mano al rubio y forzó una sonrisa.

—Mucho gusto, Andrew. Lamento mi efusividad, pero es imposible controlarme cuando la tengo cerca. —Sonrió y le guiñó un ojo a Jo—. ¿Verdad, preciosa?

Preston la observó con miles de interrogantes en el rostro, pero Jo no lo vio en ningún momento; en su lugar veía a Andrew como tratando de pedirle disculpas.

—¿Nos vamos? —preguntó Preston queriendo sonar calmado, pero era imposible dejar el malhumor que le producían esos dos.

Jo asintió recordando por fin la presencia de su padre.

—Sí, quiero salir de aquí —dijo con súplica en la voz. Preston le sonrió y asintió con la cabeza, para luego despedirse y agradecer una vez más a los

rescatistas.

Al salir de la montaña de Aries, los padres de Andrew lo esperaban. Luego de un rato ya no parecían preocupados sino contentos, bastante en realidad.

Lo normal habría sido que los compañeros de piso se hubiesen ido juntos a descansar al apartamento, pero no fue así, ya que Preston insistió en la cena de noche buena. *La cena incómoda*, como le comenzó a llamar Jo en su cabeza, porque tal vez solo por educación, su padre invitó a Jordan, que no dejaba de mirar a Andrew con ojos escrutadores. Eso no le gustaba a ella, seguramente a Andrew tampoco porque se mantuvo muy serio; incluso llevaba sin hablarle un par de horas.

Estaban reunidos en casa de la tía Nancy, quien se había esmerado con la cena y tenía aún el pavo relleno en el horno. Definitivamente, Jo no quería estar ahí, por lo que se mantenía pegada a la ventana de la sala pensando en cómo huir. Los demás estaban sentados en la mesa del comedor, su padre — al que todavía no le hablaba —, Nancy junto a su ex esposo Logan, los padres de Andrew en el lado derecho de la mesa, y justo enfrente, Andrew y Jordan. Suspiró cuando vio el asiento libre, en medio de esos dos.

Sin duda tenía razón, la noche sería más que incómoda. Andrew pensaba lo mismo porque su expresión corporal era rígida y sus ojos parecían estar en otro lugar.

Jo se despegó de la ventana a regañadientes, corrió la cortina y cruzó la sala, abrió la puerta y se sentó en el porche, incluso cuando podía huir, no lo haría, ya que solo tenía en el estómago un café y uno de los sándwiches que les había dado Valerie en la mañana.

La chica se sujetó la melena corta y lacia detrás de las orejas, justo cuando vio acercándose por el jardín unos ojos fantasmales que hacían contraste con su pelo oscuro. Llegó hasta ella y la miró fijamente como un espectro. Nathan esperó a que dijera algo, y al ver que no lo hacía, habló él.

—¿Estás bien? —Su hermana respiró con pesadez.

—Sí, aunque por un momento creí que no lo contaría. —Nathan frotó uno de sus zapatos contra el suelo, estaba inquieto, aunque poco a poco se le había ido pasando el cosquilleo de preocupación.

—Yo... pues... quiero pedirte disculpas.

—¿Por qué? Nada de lo que pasó fue tu culpa.

—Lo sé, pero yo te obligué a... —Bajó la vista nuevamente hasta sus zapatos—. ¡Juro que fue como un último favor!

Recuerdos de añoranza le oprimieron el corazón. Él pudo haberlo hecho.

Él pudo haber competido si no estuviera...

—Nathan, no me obligaste, yo quise hacerlo. ¿Cómo iba a negarme cuando me lo pediste? Siempre te complazco porque eres mi hermano y todo eso.

—Quizá va siendo hora de que dejes de complacerme. —Levantó la cabeza con un destello de desafío.

—Eso no ocurrirá jamás.

—¡Pronto ya no estaré contigo! —Los ojos de Nathan se convirtieron en un borrón porque las lágrimas comenzaron a bañar el rostro de Jo, las lágrimas que habían parado solo cuando él regresó.

Se limpió un poco la cara con la manga del suéter para no perder detalle de ese cuerpo delgado, de ese cabello alborotado y de ese matiz ronco en su voz que lo hacía parecer más mayor de lo que era. Jo deseaba que ese día no llegara, ella quería que el muchacho estuviera ahí, que no regresara al cielo y se quedara para siempre a su lado.

—Mientras estés aquí... —Ella se señaló el pecho, justo sobre su corazón—. Siempre estarás conmigo.

—Por supuesto que sí —susurró Nathan con ojos vidriosos—, eres mi Jo, eres la mejor hermana que he podido tener. —La chica miró la sonrisa de Nathan y suspiró, él no se aparecería más, no oiría su risa ni lo complacería, algo que hacía desde que él nació doce años atrás. Pero ella fue premiada con una segunda oportunidad, claro está que aprovecharía a su hermano hasta el último momento que le permitieran.

Había sido un día largo. La carrera y el accidente. Andrew y las emociones que vivieron. La llegada de Jordan. No quería más complicaciones, que era lo que prometía estar con ellos en el mismo lugar.

—¿Cómo sobreviviré a esta cena? —le preguntó de pronto escondiendo sus ojos detrás de sus manos.

—Desearía tener una respuesta para ti, pero no tengo idea. Solo aclara las cosas con él, sé sincera. —Nathan bajó el primer escalón y le sonrió, confiaba en que toda saldría bien—. Lo siento, Jo, pero no puedo quedarme.

—¿A dónde irás?

—Con mamá —dijo comenzando a desaparecer—. Me necesita, es la primera navidad que pasa sin sus hijos... No puedo dejarla sola.

A Jo se le heló la sangre y no fue por el clima ventoso o el aire frío. Se imaginó a Connie tirada en la cama, llorando y abrazada a la cazadora de Nathan como recordaba verla hacer cada noche. Era también su madre y eso

la desolaba, por eso agradecía que al menos él pudiera acompañarla en su dolor. Sin duda buscaría la forma de un acercamiento pronto.



Logan trataba de aligerar el ambiente contando anécdotas. Él y Nancy se habían conocido en el gazebo de la plaza, y según decía, había intentado brindarle un helado de chocolate y esta se lo estampó en la cabeza, estaba molesta porque el día anterior lo había visto coquetear con Anyela Trap.

—Logan, nunca olvidas esa historia... como siempre. —El resoplido de Nancy le dio a entender a todos en la mesa que no le agradaba recordar cosas de su relación.

—Cariño, ¿cómo lo voy a olvidar si perdí mi playera favorita porque pensabas que era un infiel? —De todos los ahí presentes, Logan era el menos infiel, por eso Valerie se removió en su asiento y pidió excusas para ir al baño.

Preston la siguió con la mirada mientras se alejaba por el pasillo. Logan siguió hablando, pero este ya no le prestaba atención, se sentía ansioso, la visita sorpresa de Gary, lejos de agradarle le molestaba. Por otro lado, Andrew echaba chispas. Diablos, no sabía que pasaría ahora con Jo y no quería intuirlo. Jordan había ido hasta Starry Ville por ella, pero independientemente de lo que Jo decidiera le haría saber que le patearía el culo si la persuadía.

—Andrew, esta noche estás muy callado. —Logan llamó su atención.

—Sí, disculpen, todavía estoy descolocado por lo que pasó.

—Temí por ti, hijo —dijo Gary—. Que se salieran así del circuito fue algo extremo.

—Ya estamos bien —lo tranquilizó—. Ya estamos a salvo.

—¿Qué hicieron mientras los encontraban? —indagó Jordan.

Andrew lo miró sin ganas de conversar. Podía ignorarlo, fingir que no lo había escuchado, había sido el mejor día del mundo a pesar de todo. Pero no le contaría. No a él.

—Hablamos de todo y de nada. Comimos lo que mi madre nos llevó en la mañana. Tan pronto como los teléfonos se quedaron sin batería encendimos una bengala, pero por la posición en donde estábamos imagino que no la vieron. Antes de que se hiciera más tarde hicimos un refugio con el cobertor del esquí y... esperamos.

—¿Nada más? —Jordan buscaba más información en cada parte del rostro de Andrew.

—Sí, hay algo más... —Trago el sorbo de vino que se había llevado a la boca y se desabotonó el primer ojal de la camisa para estar más cómodo. Los ojos de Jordan contemplaban el arete en su oreja con desagrado—. Descubrí que esa señorita le tiene miedo a los insectos.

Pudo escuchar las risas de los presentes, hasta la de Preston, y le pareció extraño. El único que no disfrutó del comentario fue Jordan, que negó con la cabeza. Cuando Andrew echó un vistazo a la ventana vio que Jo estaba afuera.

—Gary, ¿ese reluciente coche que está afuera es tuyo? —inquirió Logan.

—Ah, sí. Un Cadillac del 60 —dijo, y tomó un trago de su copa de vino—. Setecientos noventa y dos mil dólares, tres dueños.

—¡Joder!

—Estaba en oferta, no pude resistirme.

—¿También te gustan los coches antiguos, Andrew?, ¿qué manejas tú? —intervino Jordan—. ¿O heredarás ese algún día? —El labio de Andrew se curvó con disgusto.

—Pues, realmente aspiro comprar mis cosas por mí mismo —respondió con dureza, con tanta, que oleadas de rabia subieron por su espina dorsal.

—¡Así se habla! —exclamó Preston, levantando su copa hacia él—. Es bueno valerse por uno mismo.

—Una lección aprendida —corroboró Gary asintiendo con la cabeza, bebió un trago y le sonrió a su hijo—. Andrew pronto se convertirá en astrónomo y ganará lo suficiente como para permitirse el auto que quiera.

—¿Qué tan pronto? —preguntó Jordan con ánimo renovado.

Siempre haciendo preguntas, todas y cada una de las puñeteras veces. Pensó Andrew. *Vale, tranquilo. Aprecia la cena. Aprecia a la familia de Jo.* Pero a él no podía apreciarlo. No podía. Tenía ganas de estamparle la copa en la cara.

—Bueno, ya que estamos —dijo Gary con entusiasmo, para luego sacar algo del bolsillo interno de su saco—. ¡Feliz navidad, hijo!

La sorpresa lo dejó inmóvil. Se dio cuenta, mientras observaba lo que le entregaba su padre, que ahí estaba la razón de tantas llamadas telefónicas. Y la razón significaba una vida lejos de *ella*.

—Esto... ¿Esto es...?

—Un pasaje de avión, irás a la universidad a finales de enero —puntualizó su padre.

Él esbozó una sonrisa afectada y los demás apuraron el vino. Claro, un

boleto de avión. Por eso Valerie le había dicho que tenían que hablar algo importante, pero Andrew le había respondido que después y ahora lo había agarrado por sorpresa.

—Deberías estar feliz —le riñó su padre—, ¿no es lo que siempre has querido? —Casi se muere. No le había contado a nadie y menos a sus padres que estaba pensando en la posibilidad de quedarse en Starry Ville.

—Solo está impresionado, Gary —intervino Logan, había notado que Andrew tomaba grandes respiraciones—. Deja en paz al muchacho.

—Será, esperaré a que lo procese —contestó el señor Key alegremente.

Sí, espera y verás.

—Ya el pavo debe estar —dijo Nancy—, cariño, ¿puedes avisarle a Jo que en diez minutos sirvo? —lo animó con suavidad.

—Muy bien —respondió Andrew, abandonando sus pensamientos—. Iré por ella.

Cuando llegó a donde estaba la encontró tiritando. ¿Dónde estaba su abrigo?, ¿por qué le gustaba pasar frío? Se quitó la chaqueta para cubrirle los hombros. Y como el asiento era de dos, se sentó junto a ella. Jo se atrevió a mirarlo y le sonrió con tristeza.

—Ven aquí —dijo, y la atrajo hacia él, su piel estaba fría y él quería envolverla en una burbuja apretada para que nunca estuvieran lejos el uno del otro —. ¿Qué tanto piensas aquí afuera?

—No estoy segura, hay demasiadas cosas fluyendo dentro de mí.

—¿Y cuál es la que predomina? —Mantenía la voz baja. Jo descansó la cabeza en su pecho, su forma pequeña permitía que él envolviera el brazo alrededor de ella atrayéndola más cerca.

—Nosotros —contestó—. Mi corazón es tuyo, Andrew. Pero mi cerebro dice que hable con él y lo deje darme una explicación. Es lo menos que puedo hacer, ya que vino hasta Starry Ville.

—¿Sabes? —Puso la mano en la cintura de Jo, amontonando su chaqueta en un puño—. Hoy fue un día...

—¿Difícil?, ¿terrorífico?, ¿extraño? Es jodido resumir el día de hoy. —Andrew asintió, luego arrastró los labios por el cuello de Jo y los dejó sobre su oreja.

—Fue todo eso, pero escucharte decir que tu corazón es mío lo transforma todo. —Pasó sus dedos con delicadeza por el cabello de la chica—. Te quiero, Jo. Y sé que no puedo pedirte que me elijas, pero de verdad deseo que lo hagas.

Jo se apartó un poco y aferró su rostro con ojos iluminados.

—Le pediré que se vaya porque también te quiero —pronunció sin prisa, como si estuviera procesándolo ella misma, casi con miedo. Andrew sonrió y a ella le tembló el alma. Haría lo correcto. Esa sonrisa ahora era su favorita.

Él miró hacia la puerta y respiró hondo.

—Tú tía quiere que entres a cenar. —Jo se quedó en silencio y él insistió—: señorita, en algún momento tiene que entrar.

—Está bien, terminemos con esto de una vez —dijo refunfuñando.

—No será para tanto.

—No quería correr el riesgo —replicó.

—Pareces una niña de diez años.

—Si me propones salir corriendo de esta casa, ten por seguro que te sigo como una cría.

Entraron entre risas cómplices, pero se detuvieron cuando oyeron susurros provenientes de la sala.

—Quiero evitar un enfrentamiento, ¿no lo entiendes?

—En realidad no, esperaba que se lo dijeras.

—Aún no he podido, acaba de llegar, ¿no puedes esperar unos días? —Jo entrecerró los ojos al reconocer las voces.

—No podemos ocultarnos por siempre, si queremos estar juntos vas a tener que hablar con él, ármate de valor y hazlo.

—Me veo obligada a estar aquí. Así que, por favor, baja la voz y deja que la noche termine en paz.

—¿Qué me dirás en unos días, Valerie? No puedes excusarte siempre en tu hijo, ya es un hombre y eventualmente lo sabrá. —Andrew arrugó la frente.

—Sí, lo sé, pero no será hoy que se enterará. ¿Cómo crees que vaya a tomárselo?, ¿piensas que le agradará saber que salgo con el padre de la chica que le gusta?

—Sabrá que su madre no es feliz y que por eso tiene que divorciarse —murmuró. Aquello hizo que los jóvenes negaran, no pudiendo creer lo que escuchaban.

Entonces Jo tuvo que forzarse a respirar cuando entendió lo que estaba sucediendo, algo de su cabello negro le cayó en los ojos ocultando su mirada furiosa. Él parecía no procesarlo hasta que se percató de las lágrimas de ella y su expresión se tornó violenta; sus ojos pardos se dilataron y sus mejillas se pusieron de un rojo intenso. Cuando una infidelidad se comete, los que más

sufren son los hijos, pero experimentarlo en carne propia era una total basura.

-XXIII-



Un quejido lleno de miedo salió de la garganta de Valerie cuando irrumpieron en la sala.

¡Yo lo mato! Gritaba la cabeza de Jo.

—Andrew... —Valerie tomó una respiración profunda en un intento desesperado por tranquilizarse—, yo... yo estaba... —Se quedó callada cuando vio la expresión de su hijo, era una mueca aterradora de ira y rabia. Se le puso la piel de gallina y las alarmas se encendieron por todo su cuerpo.

—¿Cómo pudieron? —Algo sombrío surcó la mirada de Andrew al preguntar, apretaba los puños con fuerza.

—Chicos —musitó Preston en voz baja, implorando para que no armaran una escena—. Podemos explicarlo. Nosotros, en realidad... nosotros no planeamos esto, solo sucedió.

—Eres increíble. —Jo se obligó a mirar a su padre sin poder alejar la sensación de repugnancia que la invadía.

—¿Desde hace cuánto? —inquirió Andrew tragando duro.

—¿Quieres una fecha? —El muchacho quiso golpearlo por la ironía—. Contacté a Valerie para que vendiera mi casa, y bueno, las cosas surgieron luego de vernos un par de veces.

—¿Qué es lo que pretendes? —Jo estaba a la defensiva. ¿Pero quién podía culparla? No quería volver y sentirse como años atrás, no quería que Andrew lo sufriera por culpa de su padre.

—Me siento bien con Valerie, Peyton. Debemos hablar sobre esto, quiero explicarte...

—¿Ah, sí? —Una risa carente de humor la asaltó, lo miró a los ojos con furia—, tú no quieres a nadie, no nos quisiste ni a nosotros. —Su argumento lo golpeó fuerte aunque sabía que se lo merecía.

—Claro que los quise, los quiero y los querré siempre. —La tristeza se filtró en el tono de voz de Preston—. Me duele que digas algo como eso.

—¡No me importa! ¡No me importa lastimarte si así te devuelvo un poco de lo que siento! El que me digas que te duele no va a cambiar el hecho de que estás destruyendo otra familia. —La determinación en sus palabras dejó a todos sin aliento—. ¡Te detesto! Así me duela como el infierno decirlo, te detesto. Eres de lo peor, nunca vas a cambiar.

Andrew apenas podía controlar el temblor en su cuerpo. Tenía ganas de gritar fuerte y quería aflojar el nudo que le apretaba la garganta. Se tambaleó hacia atrás y golpeó la pared. De pronto, comenzó a caminar y abrió la puerta de la casa.

—¡Andrew! ¿A dónde vas? —exclamó Jo, persiguiéndolo.

Los gritos de la chica alertaron a todos en la mesa, que inmediatamente se levantaron para ver qué ocurría.

—¡Me largo de aquí! —advirtió con voz cortante y cruda.

—¡Espera! —escuchó el grito de Jo detrás de él.

—No te atrevas a seguirme. —No quería hablarle así, pero la frustración lo obligaba, Jo se puso rígida.

—¿A dónde vas? Dime, por favor... —le rogaba aferrada a su brazo, Andrew negó y la alejó hacia atrás.

Entonces oyó movimiento en el pasillo. Valerie lo miraba con lágrimas en los ojos. La llama en su estómago se reavivó.

—Hijo, no te vayas así, estás molesto...

—¿Molesto? ¡No tienes una maldita idea de lo que siento ahora mismo! —rugió y comenzó a andar por el jardín, echó un vistazo en dirección a Jo y dijo—: luego hablamos de esta mierda.

Jo dudó un momento, pero no se movió cuando Andrew comenzó a correr alejándose de la casa. Toda la tensión del día se liberó de su cuerpo en ese instante y comenzó a llorar con fuerza. Sintió varios ojos clavados sobre ella, pero no quería mirar a los espectadores que la observaban sin entender. Estaba tan vulnerable que se inclinó y vomitó en la grama.

Apenas Jordan la vio se apresuró hasta ella, giró su cabeza cuando escuchó sus pasos pero él no le dio tiempo a nada y envolvió sus dedos alrededor de su muñeca.

—Suéltame —trastabilló.

Con su brazo libre, Jordan envolvió la cintura de Jo y la pegó a él. Estaba nervioso, necesitaba saber qué ocurría. Las manos de Jo lo empujaron con fuerza, pero no lo movió ni un milímetro.

—Tranquila —susurró ligeramente, bloqueando el esfuerzo de Jo por alejarse.

—No... suéltame... —suplicó, pero él captó algo en su timbre de voz, ese algo que dice que quieres todo lo contrario.

—Mírame a los ojos y dime que no necesitas un abrazo, Jo —la retó. Ella se movía inquieta y Jordan aflojó un poco el agarre.

—¿Por qué haces esto? —luchó por última vez, sintiendo toda la rabia que sentía quemándole el pecho.

—Solo dime que te suelte y lo haré. —Jordan solo quería que sacara todo su coraje, que dejara salir esa tristeza que la estaba ahogando.

De pronto, Jo enterró el rostro en el pecho del rubio y lágrimas calientes rodaron por sus mejillas. Ya no luchaba por ser liberada y el agarre de él se convirtió en un abrazo suave. Era cálido, pero realmente no eran los brazos que le urgía tener alrededor. No sabía a dónde había ido Andrew, tal vez debía ir a buscarlo y disculparse, nunca había tenido que ofrecer disculpas por otra persona, pero tenía la necesidad de hacerlo, ya que el responsable de todo ese caos había sido su padre. Un sollozo brotó de su garganta y Jordan le acarició el pelo.

—Shh —susurró Jordan, balanceándola de atrás hacia adelante.

—Esto es vergonzoso —dijo con voz rota.

—No es para tanto. —Eso la golpeó duro porque él no tenía idea—. Vamos, dime qué pasó, déjame ayudarte.

Pero no podía detener las lágrimas. No podía hablar frente a todos ellos viéndola con pena.

—Sácame de este lugar —le pidió. Él asintió cuando percibió la ansiedad en su voz.

—Jo, no te vayas, haz estado todo el día sin comer —dijo Preston.

—¡No quiero cenar nada! —gritó ella en su dirección.

—Está bien... —intervino Jordan con rapidez—. Le compraré algo para que coma.

El silencio se extendió en el jardín. Pero para ella, en su mente todo gritaba. Solo esperaba que Andrew estuviera bien.

—¿Qué sucedió, muchacha, a dónde fue Andrew? —La pregunta del señor

Key le causó más dolor.

—Vámonos, Gary —ordenó Valerie.

—Pero si íbamos a cenar, todo estaba bien, ¿qué cambió? —Habló él con reproche.

A Jo le hubiera encantado abrirle los ojos, pero eso no le correspondía. Era consciente de que la verdad lo lastimaría, no sabía cómo se tomaría aquello un hombre como Gary Key. Lo que si sabía era que su padre y Valerie le habían complicado la vida.

—No más preguntas, no es el momento. —Val tragó grueso al bajar los escalones—. Ya te lo dije, vámonos.

—Qué pena con ustedes. —Gary habló incómodo y negó con la cabeza al ver que Valerie ya se subía al auto—. Quiero disculparme por el comportamiento de mi familia.

—No necesitas hacerlo, no pasa nada —respondió Nancy—. Fue un placer charlar un rato con ustedes.

Gary trató de sonreír, pero no pudo. Observó a la amiga de su hijo unos instantes y luego caminó hasta su vehículo. Sacudió la cabeza antes de comenzar a discutir con su esposa y marcharse.

Antes de que Jo pudiera pensar demasiado, Nancy se le acercó.

—No quiero que te vayas así, cariño —dijo preocupada.

—No puedo estar aquí ni un segundo —contestó sin expresión.

—¿Por qué? —Nancy la agarró por los hombros y la obligó a mirarla, Jo no sabía cómo explicarle y tampoco tenía ganas. Solo quería irse y olvidar todo lo que había escuchado—. ¿Vas a decirme?

—No.

—¿Peyton? —Ella se zafó del agarre de su tía y recibió la chaqueta que Jordan le ofreció. Se volvió y miró a Preston con una expresión que él nunca le había visto a su hija, respiraba con dificultad y su cara estaba roja.

—¡Feliz navidad! —gritó con ironía, comenzó a caminar y se subió al auto de Jordan.

Logan y Nancy, petrificados por su actitud, imaginaron que el sarcasmo era con Preston, pero él no se movió. Nancy pensó que no podía seguir permitiendo eso.

—¿Por qué está así? —le reclamó a su hermano—. ¿Por qué parece que te odiara?

—Porque me odia —murmuró, apretó una mano en su sien para con suerte aliviar el dolor de cabeza que sentía.

—Solía quererte, y mucho, lo recuerdo. ¿Cómo puedes verla así y no hacer nada?

—Ya no es una niña, Nancy. Las personas cambian. He cambiado y también lo ha hecho Peyton. Ya no somos los mismos y no veo que ella quiera darme una oportunidad.

—¡No seas idiota, Preston! Tuvo problemas con su madre y está aquí en Starry Ville. Ella vino a ti. Ella es tu hija y necesita que te acerques.

A Preston se le partió el alma al escucharla, pero la verdad era que no sabía cómo llegar al corazón de su hija, la había defraudado de tantas maneras que prefirió dejarla marchar antes que verla llorar sin poder consolarla. Él siempre hacía eso, ignoraba los problemas por el bien de todos, pensaba que era más fácil de esa manera.



Por alguna extraña razón no podía despegar sus ojos del aparato que tenía entre las manos, estaba sentado en un banco del mirador y se debatía entre llamar o no. No debió haber huido así. No debió dejarla allí. Ella lo necesitaba y él a ella.

Estuvo cerca de veinte minutos observando el celular cuando sintió una mano en su hombro que lo sacó del trance. Andrew arrugó la frente y lo examinó con lentitud, tratando de averiguar si ya sabía la verdad. Sus ojos decepcionados le dieron la confirmación que buscaba. Gary tomó asiento a su lado y suspiró.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—He tenido días mejores —murmuró Gary—, pero estoy bien, ¿cómo te sientes tú? —A Andrew lo golpeó fuerte que su padre tratara de consolarlo cuando debía ser al revés—, es una mierda... me siento como el idiota más grande del mundo —agregó.

—Lo siento mucho, papá —murmuró en voz baja y colocó una mano en el hombro de Gary para reconfortarlo—. De verdad lamento todo, nunca pensé que te harían algo así.

—Yo si lo sospechaba. —Un nudo se hizo en su garganta al recordar las palabras de su esposa: «pasé meses esperándote, tú simplemente te alejabas cada vez más y eso rompió mi corazón.»—. Soy un imbécil, no debí descuidarla.

—Papá, espera... no estarás pensando en culparte, ¿o sí?

—No debí dejarla sola tanto tiempo —explicó—. Valerie era mi esposa y yo no supe cuidar y valorar lo que teníamos.

—¿Y no te da rabia con él? —preguntó con voz áspera.

—Hace un rato, cuando tu madre me lo confesó, me enojé bastante, pero soy un adulto y sé cómo funciona esto. Si lo busco ahora mismo lo mataría. Lo mejor es dejar que pase el tiempo y luego discutirlo con la cabeza fría.

—¿Cuánto tiempo? —Se enojó de nuevo—. Confieso que no le partí la cara por consideración con Jo, hubieras visto su rostro, la hirió demasiado.

—Hijo, hiciste bien, no siempre se pueden resolver las cosas a golpes. Eres una gran persona y definitivamente esa chica no hubiera querido ver eso. Creo que está muy afectada, cuando te fuiste lloró mucho y hasta devolvió el estómago en plena calle —añadió, como si acabara de recordarlo.

Andrew se levantó de un salto y lo miró, desesperado por hablar con ella y decirle que nada de lo que había pasado afectaría lo que sentían, que sus padres podían pelear o desarrollar lazos o hacer lo que les diera la gana; la única cosa que no quería era que Jo lo odiara por haberse marchado cuando más se necesitaban. Quería escuchar su voz y que ella escuchara la de él, quería regresar a casa y...

Sonrió como si hubiera descubierto el secreto más maravilloso del mundo.

—¿Por qué sonríes, Andi? —Gary mantenía la voz baja.

—No tenía que dejarla, debo ir a buscarla. —Su padre negó con la cabeza porque ella ya no estaba ahí.

—Jo se fue con ese muchacho.

—¿Con Jordan?

—Tal vez no tuvo más opción —dijo tratando de excusarla.

—¿Y a dónde fueron? —Desvió la mirada hacia su reloj de pulsera y comprobó que ya eran más de la una de la madrugada. Jo estaba con Jordan. Él pudo haberlo evitado.

—Andrew, ¿por qué te preocupa tanto esa chica?

—Porque ese tipo es un imbécil, nunca la ha tomado en serio. Y de repente se aparece en Starry Ville reclamando algo que no le pertenece. —Gary suspiró como entendiendo al fin lo que estaba ocurriendo entre su hijo y esa joven.

—No quiero meter el dedo en la llaga, pero el chico de verdad se miraba interesado.

—No lo sé, pero empiezo a detestarlo —murmuró enojado—. Ojalá no se esté aprovechando de la única oportunidad que pienso darle a solas con ella.

—Espera... —Habló Gary con lentitud—. Si no te digo algo ahora me sentiré peor después.

—¿Qué quieres decirme?

—Pienso que vas demasiado rápido. En teoría, ¿a dónde encajaría tu amiga en el viaje a España? —Andrew no dijo nada en varios segundos, pero pronto comenzó a abrir la boca.

—*Mi amiga* tendrá que encajar como sea porque me enamoré de ella.

—Eso pensé —murmuró viendo hacia arriba; en realidad, pidiendo para que su hijo no experimentara nunca el mismo fracaso que él estaba sintiendo—. Tu rostro al ver el pasaje de avión no fue precisamente la que imaginaba.

—Papá, yo...

—Está bien —lo tranquilizó—, no puedo obligarte a nada, sé que debes tomar tus propias decisiones, solo trata de que sean las correctas. —Los ojos de Andrew se abrieron, era la primera vez que lo trataba como un verdadero adulto.

—Gracias, papá —dijo, tan emotivo que casi lo abraza. Gary asintió con el rostro tranquilo—. Tengo una pregunta, ¿cómo supiste dónde encontrarme?

—Hombre, no fue difícil, cada vez que estás agobiado te gusta perderte allí —inclinó la cabeza hacia atrás y observó con más atención el cielo—. Viéndolo bien, si parece terapéutico.

—Lo es. Mientras queden estrellas estaremos bien. —Sonrió.

Se mantuvieron así por un buen rato, sentados uno al lado del otro, hasta que les comenzó a doler el cuello y el cansancio comenzó a pasarles factura. Gary le mostró las llaves del Cadillac y su hijo sonrió más cuando lo dejó manejarlo. El viaje de regreso al apartamento de Andrew lo hicieron en silencio. Gary no quiso quedarse y se fue a un hotel. Andrew quería saber qué había pasado con Jordan. Solo necesitaba que Jo llegara.



J o llevaba unos cinco minutos sentada en la orilla de la cama con la vista fija en el suelo y un torbellino en la cabeza, pero oyó la voz que se elevó sobre el sonido del televisor. Era Jordan. Levantó la cara y parpadeó hacia los ojos verdes que le resultaban familiares.

—¿Estás segura de que no quieres? —Durante un instante no contestó, su apetito estaba descontrolado y no sabía si su organismo le iba a permitir pasar bocado.

—Supongo que debo comer algo, aunque no me provoca en lo absoluto.

—¡Vamos! —exclamó preocupado—. Prueba al menos las papas fritas.

—¿Tendrías apetito si tu padre te hubiera destrozado el corazón, si lo hubiera hecho por segunda vez? —Su pregunta lo dejó en silencio—. Contesta.

—Seguramente no.

—¿Lo ves? —Su labio se torció—, ¿y estarías bien si yo... si yo hubiera ido sin avisar hasta tu casa en Connecticut? —Jordan palideció ante la imagen.

—Pero tú no sabes donde vivo...

—¡Ya lo sé! —Sus ojos se encendieron—, nunca te lo he preguntado, pero imagina por un momento que sé la dirección, ¿te gustaría que te hubiese sorprendido? —La miró pensativo.

—Un momento, ¿te refieres a que no te gusta que esté aquí? Yo necesitaba verte.

—Excelente, en noche buena... —murmuró—. Imagino que tu familia

está contenta.

El rostro de Jordan se desencajó y se quedó mirándola fijamente, tratando de entender. Ella había cambiado, esa chica no era la de Connecticut.

—Estás diferente. —Los ojos de Jo por fin se encontraron con los de él.

—¿Diferente?

—Es que antes...

—¿Antes? Jordan, tú tampoco pareces el muchacho que me gustaba.

—¿Eres la misma Jo? —Se trató de convencer al ver su rostro, pero no la encontraba—. Perdona, pero desde que llegué no he visto a la chica dulce que conocí, la que por teléfono decía extrañarme.

—En este momento no lo soy —dijo a cambio—. No puedo serlo porque estoy furiosa, avergonzada y confundida.

Confundida, atajó.

Estaba perplejo y tuvo que levantarse de la silla. En cuestión de horas se había dado cuenta de que esa confusión era compartida. Creía que ella lo quería. Pensaba que ella... que ella y él... De repente algo se removió en su estómago, eran celos, los mismos que sintió al enterarse de que ella vivía con ese tipo. Resopló.

—¿Ese Andrew y tú son...?

—Nos conocimos por una llamada telefónica. —Esta vez fue ella la que se levantó y lo confrontó—, él estaba alquilando una habitación y yo no quería vivir con mi padre. Al principio creí que sería una mala idea... —Comenzó a hablar con un poco más de fuerza—. La verdad, es que pensaba, ya sabes, que sería extraño vivir con un hombre, pero en realidad nos adaptamos rápido. Él se ha portado muy bien conmigo, me cuidó cuando tuve el accidente y siempre me apoya emocionalmente.

Cuando Jordan comprendió cerró los ojos y se dio la vuelta para ir hasta la ventana. La había perdido. Por eso no lo quería en Starry Ville. Por eso estaba tan enojada cuando ese tipo se fue. Por eso lloró. Eran más que amigos, eso estaba claro. Movié la cabeza ligeramente hacia atrás, buscando sus ojos, pudo ver la verdad en su hermoso rostro.

—No lo planeé, Jordan. No sabía que conocería a otra persona.

—Tienes que decidirte, ¿él o yo? —exigió de pronto.

—No está bien que me pidas algo así —contestó molesta, lo taladraba con sus ojos azules—. Él nunca me haría elegir.

—Entonces voy a volver a Connecticut —dijo con frustración.

—No. Quiero que me digas a qué viniste y luego si quieres irte puedes

hacerlo. Quizás hasta yo me vaya también. —La última parte no iba a ocurrir porque ella aún no hablaba con Andrew; pero si Preston lo había arruinado todo, ella no quería seguir en Starry Ville.

—Ahora entiendo por qué tu padre dijo eso —soltó.

—¿Qué dijo? —preguntó pasándose las manos por la cara, ella sabía cómo era Preston y le sorprendió que cruzaran palabra.

—Estábamos en la tribuna y mencionó que se había fijado en cómo ves a Andrew, dijo que no cometiera una estupidez porque tú no me correspondes. —Jo cerró los ojos con fuerza, no quería lastimarlo, no quería que pensara que ella nunca lo quiso porque no era así.

—Te quiero —dijo.

Porque Jordan estaba ahí mirándola con tristeza y no podía sacarlo de su vida sin que al menos supiera que sintió algo por él.

—Pero lo quieres más a él —la interrumpió odiando el hecho, agachándose para quedar a su altura. Jo asintió con la cabeza, sus ojos seguían conectados a los de él. Jordan alargó la mano y le acarició la mejilla.

—He intentado mantener lo que siento por ti al margen.

—¿Por qué? —le preguntó, incluso el primer día que lo vio, ella sintió su resistencia, pero la extraña conexión entre ellos les complicó la tarea.

—Porque puedo hacerte daño.

—¿Cómo podrías hacerme daño? —dijo poniendo algo de espacio entre ellos.

—Podría herir tu corazón... y realmente espero no hacerlo.

—¿Entonces por qué estás aquí?

—Te advertí que continuaríamos donde lo habíamos dejado. No dejo de pensar en que tengo que besarte. —La besó en la mejilla, acercándose centímetro a centímetro a sus labios, Jo recordó cuanto había deseado aquello y estaba a punto de pasar, pero ella necesitaba a alguien con quien pudiera estar de verdad, alguien con quien contar y en quien pudiera confiar.

«Tendrás que decidir a quién le vas a prestar tu atención, si al que está ahí o al que te apoya, si al que tienes o al que realmente tienes.» Recordó.

Y entonces se dio cuenta, no era él. No más dudas, ya no se equivocaría. Además, Jordan ocultaba algo. Lo empujó por el pecho para romper el contacto entre sus labios y su piel.

—Esto no está bien.

—Solo una vez —pidió él tragando con dificultad. Cuanto más la miraba más quería besarla. La voz en su cabeza le decía que lo hiciera, que no dejara

escapar la oportunidad, pero la voz de su corazón le gritaba que no, que no continuara.

—No puedo... —murmuró la chica—, tú no me amas, nunca tuvimos nada real y de verdad no entiendo ni el porqué. —Y estaba en lo correcto porque cuando lo miró a los ojos lo notó, él no sentía amor por ella, Jordan no tenía ese brillo especial que notaba cuando Andrew la miraba.

—Supongo que es así. —Bajó la vista hasta sus zapatos y carraspeó—, nunca hemos tenido nada porque... tengo novia. —Al fin confesó.

A Jo se le formó un nudo en la garganta. Después de sentir algo tan bonito, él hizo todo trizas, hasta una posible amistad. Por eso no la había besado antes, por eso dudó cuando ella propuso mantener una relación a distancia, por eso palideció al imaginarla sorprendiéndolo en su casa.

—¿Desde cuándo? —replicó Jo de manera cortante.

—Llevamos tres años juntos y nos vamos a casar. —Al ver su cara horrorizada se sintió miserable, y aunque parezca mentira, le dolió lastimarla, olvidar su rostro sería imposible—. Si quieres que me vaya en este momento, lo haré.

—¡No, no te irás! —advirtió intentando no coger cualquier cosa para aventársela—. ¡Ni se te ocurra, tú querías hablar, pues habla! ¿Cómo se te ocurrió pedirme que eligiera si tú estás comprometido y te vas a casar?

Jordan permaneció mirándola con el corazón desbocado, sintiendo el mismo dolor, la misma desilusión. Se lo dijo todo. Todo. Y ahora ella no lo perdonaría.

—Yo... estaba confundido...

—¿Confundido? —Le devolvió a cambió con los pulmones comprimidos—. No sabía que fueras tan descarado.

—No digas eso. —Se inquietó aún más—, sé que darte esperanzas no estuvo bien, pero no me saques de tu vida. Una parte de mi corazón es tuyo, Jo... pero otra gran parte le pertenece a Adriana. Yo vine hasta aquí porque necesitaba que supieras la verdad.

A Jo el corazón le latía a toda velocidad, los pensamientos se le dispararon decidiendo que hacer. ¿Debía seguir escuchándolo?, ¿debía golpearlo por mentiroso? Sacudió la cabeza y se volvió a sentar en la cama mientras lidiaba con la cantidad de sentimientos mezclados dentro de ella. Jordan también se sentó con los codos en las rodillas y la frente oculta entre sus manos.

—Jo... —susurró.

—¿Qué? —Su voz estaba rota.

—En algún momento me permití jugar a que tenía otra vida, y lo siento, estaba siendo un completo idiota.

—¿Era un juego para ti?, ¿así le llamabas?

—No.

—Para mí no era un juego.

—Lo sé, lo siento.

—¿Cómo hiciste para venir?

—Me dio un respiro.

—¿Por qué?

—Porque sabe que me siento presionado por la boda y por nuestros padres.

—¡Estás loco!

—No me juzgues, Jo. No estoy loco, yo solo necesitaba aclarar mis sentimientos antes de casarme.

—¿Quiere decir que ya estás claro? —Su expresión era fría, lo estaba odiando por haberla usado.

—El día que te conocí había un ensayo de compromiso al que no quería asistir, así que fui a la plaza. Había discutido con Adriana y las cosas estaban tan delicadas que la boda pendía de un hilo. Pensé mandar todo al demonio, iba a ser difícil dejarla, pero...

—¡Por Dios, Jordan! —Él se volteó hacia ella.

—Escucha... perdóname —dijo con desespero—, lo que sentí al conocerte fue tan real tanto para mí como para ti. —Ella se estremeció, había tal ansiedad en su voz que la ira que sentía se aligeró un poco.

—Pero la verdadera realidad te alcanzó.

—Así es, verte así de mal por Andrew me abrió los ojos, es imposible que me elijas a mí cuando tienes sentimientos tan fuertes por él. —Ella lo miró de soslayo.

—No quiero oírte más.

—Realmente lo siento, te he contado la verdad y me estoy disculpando por haberte mentado y lastimado. ¿Vas a perdonarme o también te perdí como amiga? —Inmediatamente pareció tan afligido que deseó haber guardado silencio.

—En este momento no puedo aceptar tu disculpa —dijo negando.

—¿La aceptarás algún día o me condenarás para siempre?

—¿Crees que será así de fácil? —inquirió con las mejillas sonrojadas por la rabia.

—No, sé que tendré que esperar. —Se levantó derrotado—. De verdad deseo que algún día resolvamos esto.

Ella también se levantó, caminó hasta él y lo miró a los ojos. Su estómago se tensó con fuerza cuando lo imaginó casándose, Jordan llevaba una camisa azul, era tan hermoso y alto; no recordaba haber visto en toda su vida a un hombre tan atractivo.

—Solo dime que estarás bien —dijo cerrando la mano sobre su hombro.

—Eso espero —respondió ella.

—Yo si lo creo, el hecho de que no me hayas escogido quiere decir que vas por buen camino. —El indicio de una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Vamos, llévame al apartamento de Andrew —le exigió.

—Bien. —Jordan la siguió renegando con la cabeza, pero se detuvo cuando Jo le dio un puñetazo en el hombro.

—¡Eres un idiota! —La miró con sobresalto, luego parpadeó y ella entornó los parpados, el cuerpo le temblaba—. Escúchame bien, Jordan Cord, más te vale que aprendas a respetar a esa chica, dile lo que ocurrió, y si te perdona cástate con ella. No me gusta haber conocido este lado tuyo. —Él agachó la cabeza, entendiendo la desilusión que había causado, que causaría también en su prometida—. Dile que no te dé más respiros, que eso fue muy estúpido de su parte, ¿has entendido?

—Lo entiendo —musitó.

Ella se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta para comenzar a bajar las escaleras del hotel. El rubio exhaló con el estómago hundido.

Jo apoyó la cabeza en la ventana mientras Jordan conducía, iban en silencio, honestamente no querían interrumpir esos minutos de paz. Cuando se detuvieron en la entrada del edificio, ella vio que el auto de Andrew estaba estacionado ahí, cerró los ojos y se preparó para lo que encontraría arriba.

—Supongo que es hora de que me vaya. —Ella lo ignoró, parecía querer subir corriendo hasta el apartamento—. Jo...

—¡No te disculpes otra vez, por Dios! —exclamó—. Si no querías sentirte así todo lo que tenías que hacer era ser claro desde el principio. —Ella agarró su cartera, salió del auto y levantó su mano en un gesto de despedida. Con una última mirada, Jordan se marchó.

Respiraba agitada cuando llegó al apartamento. El futuro ya no parecía tan gris, el panorama comenzaba a pintarse claro como un cristal. Necesitaba a Andrew. Lo amaba. Se lo diría a Nathan y a los ángeles de la reflexión. Ese

era el nuevo plan. La certeza ya estaba dentro de ella, había estado confundida, pero el caos había terminado porque todo lo que necesitaba estaba al otro lado de esa puerta.



Andrew tenía un mortal dolor de cabeza, pero que a su vez, no se comparaba con la impotencia que sentía en el pecho. Luego de ver el reloj por millonésima vez había llegado a la conclusión de que Jo pasaría la noche con Jordan, lo único que deseaba era ir a buscarla para apartarla de él. Dedujo que el muy idiota estaría complacido; en las últimas horas todo lo hacía detestarlo.

La ansiedad lo estaba matando, se sentía enfermo o algo parecido. Lo único que lo impulsó a ducharse y ponerse un pantalón cómodo de pijama era la posibilidad de que el sueño llegara, pero eso tampoco ocurrió, puesto que su mente recreaba una y otra vez todo lo sucedido en la cena.

La había embarrado, sabía que Jo deseaba salir de esa casa cuanto antes. ¿Y él que hizo? Se fue. La dejó ahí por su rabia de mierda. Intentaría disculparse. Solo le rezaba a Dios, a los ángeles y a todo el puto universo que llegara. Se sentía como un adolescente, pero es que descubrió que ya la quería demasiado y le entró el pánico, es jodido luchar contra los nervios y la incertidumbre. Había salido dos veces al balcón y las manos le temblaban, no creía poder soportarlo más, se apresuró hasta su habitación para buscar un cigarro, si Jo no aparecía, él se fumaría la cajetilla entera.

No había oído la puerta porque estaba distraído registrando una gaveta, pero en cuanto se giró la vio, lo observaba a escondidas. El corazón le comenzó a latir con violencia y ella le dedicó una mirada tímida. Andrew no parecía creerse que estuviera allí.

—¿Estás más tranquilo ahora? —musitó sonriéndole un poco. Rindiéndose a esos ojos que lo hipnotizaban y después de haber tenido suficiente drama por toda una vida, asintió y se acercó a la chica que lo traía loco. Ninguno de los dos hablaba, tenían tanto que decirse y a la vez tan poco—. Andrew, con respecto a todo lo que pasó hoy...

Quería disculparse, pero él la silenció presionando los labios sobre los suyos. Bajó las manos para rodearle la cintura y la apretó contra sí, no la dejaría escapar nunca. Ella no tardó en reaccionar y cruzó los brazos por detrás de su cuello, respondiendo con ímpetu, con más ardor del que esperaba. Él la necesitaba y ella también lo deseaba, el amor había surgido y ya podían entregarse a ese impulso desbocado que sentían. Las manos de Jo revolvieron su pelo mientras las de él recorrían la silueta de su espalda, descendiendo hasta su cadera y subiendo de nuevo. Andrew pegó su frente a la de ella y tomó aire un segundo.

—Estás aquí... —Jo asintió y acarició su mejilla.

—También me alegra verte, parece que me extrañaste —bromeó.

—¡Sí, fue horrible! —dijo con sencillez, para luego besarla otra vez con suavidad—. Pensé que te quedarías con él.

—Claro que no. —Sacudió la cabeza y se separó un poco—, le dije lo que siento por ti, le aclaré todo. —Lo miró directo a los ojos para que viera que no mentía, para generar confianza en él. Y Andrew la vio. Sus ojos se iluminaron y una pequeña sonrisa tiró de sus labios.

—¿Entonces se fue? —preguntó cómo un chiquillo, Jo sonrió y deslizó los dedos por su hombro descubierto.

—Sí, ya se fue, es lo mejor que pudo hacer.

—Bien —respondió moviendo la boca hacia el oído de la chica y susurró—: entonces ahora eres mía.

A Jo se le erizó la piel, Andrew sonrió en su cuello tras escuchar el jadeo ahogado.

—Andrew... —Él metió las manos por debajo de su ropa, la agarró con firmeza de la cadera y la acercó más a él.

—Eres toda *mía*, señorita —repitió. Ella se sintió a gusto con sus palabras, de lo contrario se hubiera separado. Pero no lo prolongaría más y él no se detendría por tercera vez; ya no, el destino les estaba sonriendo y no lo podían desperdiciar.

—Y ahora que yo te quiero y tú me quieres... —Él se rio—, ¿qué pasará con nosotros? —Mucho calor recorría su cuerpo, deseaba escucharlo.

—Ahora nos daremos una oportunidad, una verdadera. ¿Qué dices?, ¿quieres intentarlo? —Jo sonrió y esa sonrisa iluminó todo dentro de él.

—Es lo que más deseo. —Andrew sonrió y la atrapó en un abrazo. Era un buen amanecer, él esperaba que todo saliera bien y ella esperaba que la relación funcionara de verdad .

—¿Andrew? —preguntó tras un instante, él aflojó un poco el agarre y la miró a los ojos—. ¿Puedo pedirte algo?

—Lo que sea —informó. Jo lo miró fijamente y luego sonrió con algo de timidez, pero segura de lo que diría.

—Quiero que me hagas el amor.

Ninguna palabra pasó a través de su boca. Se había quedado sin palabras. Totalmente sorprendido. Y al no poder expresar sus sentimientos, su enorme felicidad, se lamió los labios para luego atrapar los de ella. Lo volvía loco y estaba seguro de que ese cuerpo sería su nueva adicción.

La tomó por las muñecas y la llevó hacia la cama, sin soltarla la recostó y tomó de nuevo su boca con ferocidad, su lengua se abrió paso buscando la suya, ella respondía con la misma pasión y le pasaba las manos por toda la espalda. Era extraño como sus pieles se estaban reconociendo, como si les produjera una alegría contenida, como cuando te brindan un helado en mitad de la tarde más calurosa del año. Instintivamente se apoyó del colchón y la miró desde arriba, le estaba dando tiempo a pensar y detenerlo, pero ella no hizo nada de eso, sonrió completamente segura; y bajo su atenta mirada su corazón se agitó dulcemente en su pecho.

—Los deseos si se cumplen. —Fue todo lo que pudo decir él cuando ella se desabrochó el botón del jean.

—Parece que los planetas y las estrellas se alinearon a tu favor. —Presionó sus bocas y sintió sobre sus labios la risa ahogada de Andrew.

—Te amo, Jo. —soltó—. Gracias por escogerme a mí.

Cálidos labios chocaron nuevamente, ahogando sus sentidos. Jo lo marcaba como suyo y le demostraba que ella solo le pertenecía a él.

—Mmm... —musitó al quitarle el pantalón—. Eres algo bonito, somos algo bonito juntos, incluso cuando estoy nervioso me haces reír.

Cuando solo los cubría la ropa interior, él comenzó a subir las manos por las piernas de la chica, intercalaba las caricias con besos y Jo emitió un jadeo cuando los dedos ávidos de Andrew se acercaron a la parte más interna de sus muslos. Subió hasta su boca y su lengua se abrió paso, caliente, desesperada. La terminó de poner a cien cuando deslizó una mano por debajo de su ropa

interior, encontrando toda su humedad y calor. Acariciaba con el pulgar mientras mordía y lamía con suavidad su cuello, eso la comenzó a enloquecer; era definitivo, el rockerito sabía usar las manos.

—Dios... —susurró cuando Andrew comenzó a llevarla lejos. La besaba por tantos lugares que cerró los ojos con fuerza, sintiéndose completamente entregada. Levantó las caderas y arqueó la espalda en la cama, sabía que así, él presionaría más. Todo su cuerpo cosquilleaba bajo la intensa misión de Andrew: hacerla alcanzar el cielo

—Jo, necesito...

—Hazlo —dijo con gentileza, escuchar su voz la hizo entrar como en un trance.

Y él estaba a punto de obedecerla, pero recordó que hace tiempo no compraba condones. Desaceleró las caricias y se separó un poco con la respiración pesada.

—Cariño —resopló enardecido—, no tengo protección. —Ella soltó una risita traviesa, luego observó los labios hinchados de Andrew y su boca voló hasta su oreja.

—Busca mi cartera —dijo con autoridad. Y selló la orden con un beso.

Andrew hizo lo que le pidió. Y cuando se la dio, esperó. Esperó observándola con su mirada intensa.

—Aquí está. —La sonrisa de él fue amplia.

—¿De dónde sacó eso, señorita? —Quiso saber.

—Pues tengo la mejor tía del mundo —dijo encogiéndose de hombros.

—¡Vaya que sí! —exclamó.

Jo sonrió mientras él se desnudaba y con descaro lanzaba la ropa al suelo. Sus ojos tenían la perfecta vista de su cuerpo, entonces su corazón latió fuerte cuando se subió a la cama. Ya sin ropa interior y con la protección necesaria, Andrew la besó con calma, la envolvió en sus brazos y suspiró con satisfacción. Sus cuerpos calientes estaban a punto de fusionarse, él le separó las piernas y ella lo miró a los ojos, era un momento especial que les pertenecía, que se habían ganado.

El tiempo se detuvo cuando se hicieron uno en esa habitación. Ese siempre fue el plan. Tal vez tardaron en descubrirlo. Tal vez no tanto. Ellos conocían el amor, pero el amor los desconocía a ellos, él era para ella, ella era para él, el Cielo les ofreció una segunda oportunidad y ellos se miraron al fin.

Un inmenso placer los arrastró sumiéndolos en el estado más dulce y profundo de inconciencia, ese momento tan extraordinario en que la

existencia se reduce a un instante de exquisita sensación. Andrew verdaderamente le hizo el amor, como ella deseaba. Y fue mejor de lo que imaginó. Ni por un momento lo dudó.



Jo suspiró recargada en el pecho de Andrew y por primera vez en mucho tiempo se sintió feliz. Dibujaba patrones sobre su espalda con un ritmo pausado que la relajaba.

—Jo...

—Mmm... dime.

—¿Recuerdas las preguntas que te hice por teléfono?

—Sí —respondió con voz suave, sonrió cuando sintió los labios de Andrew posarse sobre su frente.

—Pues qué bueno que las contestaste.

—No le digas a nadie que fallé una. —Él no pudo evitar reír ante su comentario.

—Será nuestro secreto.

—Más te vale, rockerito. —Jo cerró los ojos con un dulce agotamiento apoderándose de su cuerpo y suspiró.

—Descansa, preciosa.

—No creo poder caminar hasta mi habitación, no tengo fuerzas —susurró entre sus cálidos brazos.

—No pensaba dejarte ir —aseguró, acariciando la curva de su cadera.

Y con la piel erizada, Jo se quedó dormida.

Al cabo de un rato, él pensaba en lo bien que se sentía tenerla acurrucada en su pecho, pero no cayó dormido ni cerró los ojos de inmediato, estaba maquinando algo grandioso que haría para ella.



Jo se acurrucó más y soltó un suspiro de satisfacción, estaba como en un sueño profundo del que no quería despertar, dormía boca abajo, con el cabello revuelto cubriéndole el rostro y algunas hebras sobre la almohada. La sábana la cubría hasta la mitad de la espalda y la ropa de ambos seguía regada por el suelo dando fe de lo que ahí ocurrió.

El teléfono de Andrew sonando en la mesita de noche la sacó de su estado de nirvana, con los parpados pesados lo tomó y miró la pantalla. Todo indicio de sueño se esfumó al ver que se trataba de Valerie. Inmediatamente, él entró al cuarto resoplando porque la habían despertado. Ella le tendió el teléfono y caminó hacia el baño.

—Hola, ¿qué quieres? —preguntó sin muchas ganas.

—Buenos días, hijo. ¿Tú padre está contigo? No vino a dormir —soltó triste y preocupada.

—Se quedó en un hotel. —Su voz ronca evidenciaba enfado—. ¿De verdad creíste que llegaría?

—No. Bueno... dijo que necesitaba tiempo para pensar... la verdad es que no sé qué pasará ahora.

—Me parece que lo estás pensando tarde. Pero ya lo hecho, hecho está —dijo con reproche.

—Sí, lo sé, sin embargo, voy a buscarlo. Necesito saber que está bien.

—Bien, mamá, haz lo que tengas que hacer, pero no lo lastimes más. Quiero que sepas que no estoy de parte de ninguno de los dos, que necesito que resuelvan sus vidas, tienen que hacerlo —suplicó el hijo herido que de pronto emergió de él.

—Lo siento tanto, Andrew.

—No lo sientas, mamá. No soporto verlos mal a ninguno de los dos, pero tengo que ser claro, si fuiste capaz de enredarte con Preston Jones también serás capaz de ponerle fin a tu matrimonio.

—Es difícil, hijo, pero te aseguro que voy a resolver esto.

La llamada llegó a su fin.

Andrew se sentó en la cama y dejó caer la cabeza entre sus manos, no dejaría de querer a su madre por un divorcio, pero le dolía que hubiera traicionado así a su padre.

Jo dejó de quejarse en el espejo, no le agradaba estar envuelta solo con la sábana, el cuerpo entero le temblaba, pero eran ráfagas repentinas de felicidad porque recordaba lo que había pasado en esa habitación. Se llenó de valor y se asomó lentamente, vio a Andrew apretándose el puente de la nariz, seguro estaba enfadado con Valerie. Escaneó la habitación en busca de sus bragas.

—¿Qué haces ahí parada? —Su voz la hizo dar un respingo, la observaba entre confundido y divertido.

—Solo quiero agarrar esto. —Las recogió y se quedó muy quieta porque él caminó hasta ella—. Ya que las tengo... me voy.

—¿Adónde? —preguntó con sonrisa traviesa.

—A mi cuarto.

—Este ahora es tu cuarto.

—Pero necesito cambiarme y darme una ducha.

—Yo también, entonces tendremos que hacerlo juntos y luego almorzamos.

—¿Almorzamos?

—Señorita, son las tres de la tarde. —Acortó la distancia y le robó un beso—, debemos comer algo y mi menú te incluye a ti. —Sus brazos la pegaron a su cuerpo y a Jo se le escapó un suspiro—, vamos —susurró, y fue inevitable que Jo lo siguiera con la respiración acelerada.

—¿Esto será así siempre? —inquirió alzando una ceja con picardía.

—Sí, señorita. —La arrastró con él hasta la ducha—. ¿No te gustaría hacer el amor cada vez que tengamos ganas? Por favor, di que sí.

—No es nada de lo que me vaya a quejar nunca —respondió con las mejillas enrojecidas. Cuando lo miró a los ojos, él le sonrió y se acercó. Lo más lentamente posible, le quitó la sábana.

Durante una hora hicieron el amor bajo el agua tibia, besándose y acariciándose la piel sensible, como si estuvieran memorizándose el uno al otro.

Finalmente almorzaron, las manos inquietas de Andrew rara vez se alejaban de ella. Él le prometió que esa noche sería especial, dijo que se habían saltado un gran paso y que pensaba ponerle solución, pero cuando ella le preguntó qué harían, él solo sonrió y dijo que iría a comprar algunas cosas.

Mientras él estuvo fuera, Jo arregló su cabello y optó por vestirse “diferente”, había encontrado ese vestido corto en una venta navideña a un precio demasiado bueno para dejarlo pasar, se pintó los labios de rojo y se ahumó los ojos, encendió el reproductor y colocó música suave, las piernas le temblaban imaginando su reacción. Sonrió al colocarse la cadena de plata con alas de ángel y recordó cómo se sentía bajo su toque. Había llegado la noche y estaba lista. Lista para lo que viniera.

Andrew llegó con un par de bolsas y abrió mucho los ojos cuando miró a la chica de pie en medio de la sala. Abrió la boca por la sorpresa y luego sonrió de lado, jamás creyó en la posibilidad de ver a Jo vestida así.

—¡Vaya! —De inmediato dejó caer las bolsas en el mueble. Jo se mordió el labio y le devolvió la sonrisa simulando inocencia, pero lo que menos desprendía era eso, aunque su rostro estaba ruborizado.

Él tampoco estaba nada mal, vestido de pies a cabeza de negro y desprendiendo un perfume que podía robarle los sentidos a cualquiera. Sus ojos se oscurecieron un tono mientras la miraba, lamió sus labios y sonrió; pasaría la noche con la chica mala de su imaginación.

—Dios, estás...

—¿Loca? —preguntó en voz baja. La reacción de Andrew fue acercarse y hacerle sentir como lo ponía, colocó las manos sobre su trasero y la empujó hacia él.

—Ardiente, querrás decir. —Los ojos de Jo se ensancharon y se apartó con rapidez—. ¿Está jugando conmigo, señorita?

—Me prometiste una cita, rockerito.

Los ojos de Andrew brillaron con deseo y se inclinó, colocando un brazo bajo sus piernas y el otro detrás de su espalda. Caminó con ella en brazos por el pasillo y empujó la puerta del dormitorio para abrirla, se sentó sobre una silla frente a la ventana y la posicionó entre sus piernas. Jo suspiró cuando él la apretó ligeramente.

—Mira por el telescopio —le pidió. Ella lo observó sin comprender, pero Andrew colocó sus manos en la base del aparato, ansioso porque descubriera lo que él estuvo ocultando desde la noche anterior.

Jo se acercó y cerró un ojo, se veía la luna y...

¿Algo escrito en ella?

Eran letras, letras negras.

Su boca se abrió con sorpresa.

—¿Quieres ser mi novia? —Jo leyó en voz alta.

—Espero que digas que sí porque tengo una galaxia de sentimientos hacia ti —susurró en su oído mientras movía los dedos a lo largo de sus caderas.

—¡Digo que sí! —Y lo obligó a levantarse para abrazarlo y besarlo—, ¡Qué hermoso, Andrew, eres mago! —Lo miraba con emoción, aprendiendo que tenía más de veinte puntos en detalles.

—No, señorita, no soy mago, soy yo enamorándome.

—Te amo —pronunció, y sus ojos brillaron.

La sonrisa de los dos iluminó la habitación. Se besaron durante un tiempo hasta que él decidió quitarle el vestido.



Jo atendió su celular tan contenta como toda la semana.

¡Era el último día del año!

Pero también estaba nostálgica, eso no se podía negar.

—Jo, te he llamado varias veces, he querido hablar contigo desde el martes. —Se apresuró a decir, Jo sacudió la cabeza y entornó los ojos con cierta diversión. Su amiga era muy intranquila.

—¿Qué pasa, Erin? —inquirió, y miró de soslayo para asegurarse de que Andrew no oía la conversación, seguía en un sueño profundo.

—¿Qué harás hoy? —susurró.

—¿Disculpa? —preguntó sin oír bien. Erin pegó más la boca en el teléfono.

—¿Qué si se quedarán en casa o saldrán? —volvió a susurrar.

Y entonces Jo escuchó.

Cuando Andrew la invitó el día anterior, y después de pensarlo mucho, ella le había dicho que no. Pero al parecer, él había insistido. «Crear momentos juntos será divertido, señorita». Y ante esas palabras no pudo negarse.

—Saldremos, vamos a ir a la plaza.

—¡No! —chilló en la bocina. Jo arrugó la frente, se levantó de la cama y fue hasta la ventana—. De momento no puedo explicarte, pero no vayas.

—¿Qué sucede? —inquirió con preocupación, sintió algo raro en su voz.

—Hazme caso —pidió de manera evasiva—. Quédate en el apartamento.

—No lo sé... —Oyó a Erin respirar con pesadez, entonces susurró—:

aunque confieso que no tengo ganas de ir.

—¿De verdad!? —chilló, y ambas sintieron algo raro en el estómago. Tenían una extraña conexión y Jo comenzó a considerar la petición de su mejor amiga—. ¿Le dirás a tu chico?

—Apenas se levante, aunque seguro se molestará. —Se mordió el dedo meñique.

—Los hombres son así —repuso Erin—, vamos a ser positivas y a esperar que lo entienda. —Al cabo de un rato colgó la llamada.

Jo lanzó un suspiro. Su preocupación se debía a que todo el pueblo estaba acostumbrado a recibir el año nuevo en la gran plaza del paseo Aldebarán. Ella no tenía idea de cuál sería la reacción de ciertas personas al verlos juntos, sobre todo la de su padre, o la de Valerie, que no se cansaba de pedir disculpas telefónicas. Andrew no había vuelto a verla desde que días atrás despidieron a Gary en el aeropuerto.

Cuando se giró hacia Andrew sintió el conflicto dentro de ella. Quería millones de momentos junto a él, pero un extraño temor se apoderó de su interior.



Él se paró detrás de su novia y la abrazó cruzando los brazos sobre su vientre.

—Tranquila, bebé —susurró besando su cuello—. Respira.

—No debí venir —contestó insegura. Estaba nerviosa, sentía que haber ido a la plaza la acercaba a algo incierto.

—Todo saldrá bien, Jo. —La chica giró la cabeza para ver su rostro y Andrew besó su nariz—. No permitiré que nadie nos arruine la noche.

Pero ella seguía dudando.

Un suave viento había comenzado haciendo que las hojas se enredaran en sus tobillos, la fiesta duraba hasta el amanecer y por eso iban bien abrigados. Caminaban entre la gente cuando alguien le regaló a su novio una sonrisa tan dulce que Jo sintió ganas de entornar los parpados.

—¡Andrew, viniste! —exclamó con aparente naturalidad. Ninguno de los dos era tan tonto como para creer que no se emocionó al verlo, era simplemente imposible que la joven se hubiese desencantado tan rápido.

—Hola, Liz —musitó con duda. Y se asombró cuando la rubia sin perder tiempo se acercó y lo besó en la mejilla.

—Peyton, qué maravilla verte otra vez —dijo, para luego señalar en la distancia—. Tú tía está repartiendo galletas, si quieres ir me quedaré con

Andrew, podemos buscar unas bebidas mientras la saludas.

Jo soltó una corta carcajada y abrazó la cintura de su chico.

—Creo que él irá conmigo, Liz. —Ella frunció el ceño frustrada por la desconfianza de Jo—. Consigue a otra persona que te acompañe a buscar esas bebidas.

Y sin más se alejaron de una enfadada rubia.

Después de saludar a la tía Nancy se sorprendió así misma reconociendo que Andrew tenía razón, dependía solo de ellos no dejar que nadie les arruinara la noche. Observó el lugar, todos reían, bebían y bailaban, la pasaban bien; así que luego de unos minutos respiró profundo y comenzó a relajarse.

—¿Vino o Coca-Cola? —preguntó Andrew y le mostró dos vasos.

—Vino, porfa. —Él le guiñó y le dio un vaso plástico lleno del líquido rojizo, lo mismo decidió beber él.

—Tú padrino vendrá pronto —anunció Nancy con el móvil en la mano—. Dice que su guardia termina en una hora.

Jo asintió con la brisa agitando su pelo corto. Su tía y unas amigas se pusieron a servir la comida que habían preparado y la fila de personas creció, el fin de año parecía una gran feria.

—Vamos a bailar, señorita. —Andrew le tendió la mano, ella la tomó y se rio. Más relajada, como si hubiera olvidado el miedo.

Se abrieron paso entre la multitud y Jo caminaba tras él luciendo entusiasmada, sonaba una buena canción. Comenzaron a bailar y aunque no era una música lenta, él la mantenía muy cerca. Jo se reía pensando en que Andrew lo hacía adrede, Liz estaba a unos metros y no le despegaba los ojos de encima; decidieron ignorarla el resto del tiempo.

—Oye, Andrew, siento lo de esta mañana —intentaba disculparse—. No quiero que pienses que no me gusta divertirme, es solo que cuando mi padre aparece mis sentimientos colapsan.

—Lo sé, lo he visto. —Andrew la hizo girar, sintiéndose feliz por bailar con ella, la apretó de nuevo contra él y comenzó a moverse al ritmo de la música—. ¿Entonces qué te hizo cambiar de opinión?

Jo dio un paso hacia atrás, lo miró y suspiró.

—Verás, tengo buenos recuerdos de estas fiestas así que quise intentarlo, por eso y porque desde hace varios días he estado pensando en que... no sé cuándo volveremos a pasar otro fin de año... juntos. —Él abrió la boca, boqueó y la acercó de nuevo para darle un beso en la mejilla.

—Escucha, tengo que hablar contigo sobre eso, no sé qué voy hacer al respecto —susurró confundido—, siempre quise ir a España a estudiar, siempre reuní para comprar el pasaje. Y ahora que mi padre me lo regaló y tengo todo ese dinero ahorrado todo es más fácil. ¿Pero quieres saber la verdad? —Jo levantó la cabeza y asintió con tristeza—. Ahora que te conocí ya no quiero ir.

—¿Qué has dicho? —Al escucharla giraron la cabeza con rapidez. Valerie lo miraba con decepción.

—Mamá... —Soltó a su novia con lentitud.

—¿Tú crees que eso sería lo correcto? —Val desvió los ojos de su hijo y los clavó en Jo—. ¿Sabes? Él tiene derecho a cumplir su sueño. ¿Vas a interponerte?

—No, señora. —Sus cejas se habían juntado con confusión—, pero Andrew ya es un hombre, puede decidir —contestó asombrada por el ataque.

—Sigue siendo mi hijo, Peyton. El viaje está decidido, incluso antes de que tú aparecieras, no perderá la oportunidad por una chica tan orgullosa como tú. —Habló sin pensar.

—¡Mamá! —exclamó con enfado colocándose en medio de las dos —, ¿cómo puedes hablarle así?, ¿la culparás por lo que yo decida? Si Jo ha sido orgullosa no es tu problema, su padre no ha hecho las cosas bien y lo sabes. ¿Por qué no haces un esfuerzo y evitas más daños? —Valerie lo miró como si fuese un extraño.

—¡Daño es el que te va hacer ella! —Andrew le dirigió una mirada que la heló.

—¡No, daño es lo que tú estás haciendo! Prefieres tratarla mal antes que disculparte por todo lo que te traes con su padre —acusó, a lo que Val conmocionada lo miró llena de impotencia. Jo sacudió la cabeza, a punto de defenderse, pero Val se marchó muy molesta de allí.

—No puedo creerlo —dijo Andrew en un hilo de voz, apretaba el puente de su nariz y se le veía decepcionado.

—Me odia —balbuceó la chica—. Me culpa de ser orgullosa y juro que estoy cansada de ser la mala, pero...

—Shh, basta. —Sin saber qué hacer la abrazó, Jo lo recibió y apoyó la cabeza en su pecho como lo había hecho muchas veces. Que le dijera orgullosa porque no había perdonado a Preston era aborrecible, pero que la creyera capaz de pedirle a Andrew que se quedara en Starry Ville era impensable. Una parte de ella quería rodearle el cuello con los brazos y no

dejarlo escapar nunca, pero no podía pedírselo, lo quería muchísimo, él merecía cumplir su meta; así la felicidad se le fuera en ese avión.

Se guardó sus verdaderos sentimientos y negó con la cabeza. No sería egoísta.

—No sé si las cosas van a funcionar. —Habló escondida en su pecho—. Pero por lo pronto... quiero que me prometas que no vas a arruinar tu sueño por mí.

—En mi sueño ahora estás tú —aseguró con certeza, Jo levantó la mirada hacia Andrew—, ¿no quieres que me quede? Vamos, pídemelo. —Ella apretó su cintura, quería que supiera que era lo que más deseaba. Cerró los ojos por un segundo para memorizar como lucía él. Su rockerito. Su novio. Una lágrima se le escapó.

—No puedo hacerlo. —Andrew barrió con el pulgar la húmeda piel del contorno de los ojos de Jo—. No lo pienses más. ¿Dónde está el chico que quiere descubrir estrellas? Yo te voy a esperar, confía en mí.

—Es que te voy a extrañar demasiado —confesó sin aliento—, ¿y si vienes conmigo? —Jo soltó una risa suave.

—No puedo, mi mamá está mal y tengo que ayudarla a salir de la depresión —dijo, deseando que eso algún día ocurriera—, el solo hecho de saberte lejos me entristece más de lo que imaginas, pero te juro que estaré aquí cuando regreses. —Andrew colocó un mechón de cabello detrás de la oreja de su chica y sonrió.

—Aún tengo unas semanas para planear bien el secuestro y llevarte conmigo —le hizo saber, y antes de que ella respondiera, sus manos volaron al cuello de Jo para atraerla más a él y así poderle comer la boca, con un beso intenso y apasionado para sus espectadores, los cuales ya no importaron cuando Jo cerró sus puños en el jersey de su novio y se puso de puntillas. No encontraban la manera de detener la oleada de sentimientos que se apoderaba de ellos.

Se derretían con sus besos, así como sus miedos a la distancia. Andrew se dio cuenta de que ya no podría estar con ninguna otra mujer que no fuese ella, no desde que había puesto sus manos en el cuerpo de esa muchacha hermosa que lo volvía loco. Y Jo necesitaba más de él, necesitaba una vida entera, por ejemplo.

—¡Miren, parece que va a cantar! —escucharon, la voz había salido de una chica que estaba parada muy cerca y que llevaba un vestido verde, quizá muy descubierto para el frío.

—¿Cómo se le ocurre si no puede ni mantenerse en pie? —inquirió su acompañante, soltando una carcajada.

No fue hasta que Andrew y Jo voltearon a la pequeña tarima que lo reconocieron. Preston. Y ellos que habían creído que lo peor de la noche ya había pasado.

—¿Qué les pare...ce si canto una canción para... mi hija? —Estiró la botella hacia el frente y el público se sorprendió al ver al sheriff del pueblo en ese estado de ebriedad. El muchacho encargado de la música le dijo algo en el oído y éste lo empujó un poco—, vamos, que solo será una, luego puedes seguir colocando tu mierda... ¿Dónde está el micrófono? —El joven resopló, pero se inclinó hacia atrás, tomó el aparato y se lo dio. Preston sonrió victorioso y le entregó la botella.

Jo sintió un apretón en la mano derecha y fue entonces cuando notó que Andrew también tenía la cara desencajada, lo miró con terror, dándole a entender que se desmayaría ahí mismo. Los ojos de todo el mundo estaban puestos en su padre. ¿Cómo diablos se le ocurría hacerle eso? La gente comenzó a hablar, otros se reían de él, pasaron los minutos y lo único que podían escuchar eran las burlas dirigidas hacia Preston.

—¡Señoras y señores! —La voz ronca y enredada del sheriff retumbó en el micrófono—. Yo abandoné a mi familia en el peor momento y... mi hija nunca me ha dado la oportunidad de decirle lo malditamente mucho que lo siento... por ser un completo cobarde. Nathan era solo un niño y lo abandoné... lo abandoné porque no podía enfrentar esa mierda de enfermedad en su vida. ¡Dios, realmente me duele tanto haberlo perdido...!

Jo jadeó y Andrew tuvo que sostenerla cuando todo el color drenó de su rostro. Comenzó la canción y entonces ella sintió que se moría, era la letra que siempre cantaban juntos, en la casa, en los actos escolares, en el bar. Comenzó a hiperventilar y su novio la trató de abrazar, pero esta vez, ella no lo permitió y siguió llorando.

*“Siempre conté contigo, recuérdalo.
Y aunque haya crecido, nada cambió.
Y te pido que tengas presente
que siempre serás lo mejor que la vida me dio...”*

Los fuegos artificiales y varios gritos estallaron, eso la impulsó a una marea de recuerdos, las náuseas se apoderaron de su cuerpo, pero se obligó a aguantar.

Nathan apareció en su campo de visión y una luz fuerte inundó sus ojos,

su cara se contorsionó en una mueca y Andrew no sabía qué hacer. Jo lucía realmente mal.

—Esto es demasiado... —murmuró para su hermano.

—¿Qué? —preguntó Andrew.

—No... —dijo sin aliento—. ¡No, no, no!

—Jo, ¿qué pasa? —preguntó asustado, los ojos de Jo estaban llenos de agua y parpadeaba sin contener sus emociones.

—¡Nathan, haz algo! —gritó en su dirección—. ¡Cállalo!

Su novio era ajeno a lo que ella veía, pero comenzó a aterrorizarse. Los que estaban cerca la miraban como si se hubiese vuelto loca, no entendían por qué esa chica gritaba y lloraba. Las manos de Jo sudaban, todo el cuerpo le temblaba, la garganta se le secó y no pudo apartar la iniciativa de correr. Y así lo hizo. Giró sobre sus talones y salió disparada con un dolor muy grande en su expresión y con los ojos llenos de lágrimas. El rencor hacia Preston se apoderó de sus entrañas haciéndole difícil respirar. Lo único que deseaba era huir de ese estúpido pueblo y de él.

Andrew le gritaba que se detuviera, pero no lograba alcanzarla porque tenía que sortear a un montón de personas en el camino.

La impotencia de no tener un vehículo propio en ese momento la frustró, se sentó en el suelo sin pensar en su hermoso vestido y siguió llorando, dejando que los recuerdos la golpearan con fuerza. Creyó que nadie la escuchaba. Pero había alguien que siempre escuchaba sus sollozos. Peor aún, sentía toda su pena. Sentía como el dolor agudo atravesaba su corazón. Jo vio la sombra acercarse y subió la vista con rapidez. Se congeló.

—¡Por Dios! ¿Qué haces... tú aquí?

De un salto, Erin se agachó junto a ella, percibiendo que estaba muy furiosa y dolida y que en cualquier momento se desmoronaría.

—Hace frío, Jo. Levántate, por favor —susurró sin perder el control.

—¡Erin... sácame de aquí! —gritó con un tono de voz impropio de su amistad.

—Vamos, te llevaré a donde quieras, mi auto está por allá —le señaló en la distancia.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó secándose las lágrimas con el dorso de la mano—, ¿qué haces aquí?, ¿cómo me encontraste? —Erin suspiró mientras Jo la observaba con extrañeza, la entendía, claro que sí.

—Juro que te contaré todo... nunca pensé que podría. Hablaban en serio cuando me lo prohibieron.

—¡Jo! —Oyeron la voz de Andrew, que caminaba apresurado hacia ellas. La aludida sacudió la cabeza, necesitaba alejarse para aclarar sus pensamientos acerca de todo.

—¡Vamos, Erin! —Corrieron un poco y se subieron al auto—, ¡baja los seguros! —ordenó Jo, el sonido del motor rugió y también la voz del chico que golpeaba la ventana.

—¡Jo, por favor! —gritó—, ¿a dónde vas? —Ella no podía hablar, las lágrimas descendían por su rostro. Erin se dio cuenta de lo mal que estaba y decidió pisar el acelerador.

Andrew se pasó una mano por el cabello tirándoselo hacia atrás. No pudo hacer nada. Se fue. Corrió hasta su coche y lo abrió con rapidez, sin pensarlo mucho arrancó a toda velocidad.

Eran la 1:32 de la madrugada y Erin conducía en medio de una carretera desierta, durante varios minutos no se veían luces de frente. Jo iba a su lado y se secaba las lágrimas con los pulgares.

—¿Por qué te sientes tan mal? —preguntó la pelirroja.

—Bueno, tengo una gran lista de cosas —contestó.

—¿Y yo lo tengo que adivinar o me vas a contar qué sucedió en esa plaza?

—Sería increíble que pudieras adivinar.

—Amiga, tengo que decirte que puedo hacerlo. Si no hablas te podrías llevar una gran sorpresa. —Una sensación fría recorrió a Jo y la piel se le puso de gallina.

—No juegues conmigo, no estoy de humor —replicó mirando a lo lejos.

—No estoy jugando, te lo estoy diciendo para que luego no te espantes.

—¿De qué hablas? —Su rostro lleno de confusión—, lo que dices es muy loco. Y que te hayas aparecido en Starry Ville también lo es. —Erin decidió acelerar un poco el coche.

—Los grandes finales tienen que ser trágicos —susurró viendo por el retrovisor un destello.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jo en alerta máxima—. Me estás enredando la cabeza, a veces eres tan... — Se cayó cuando un auto rugió justo detrás y comenzó a tocar la bocina con desesperación. Jo giró la cabeza y Andrew apareció en su campo de visión, manejaba como un absoluto loco para tratar de colocarse al lado del auto de Erin.

—¡No huyas, Jo! ¡Para el auto! —escuchó que le gritaba.

Luego lo escuchó gritar de nuevo y de pronto frenó en seco. En medio de la vía había algo, justo entre los dos carriles, de gran tamaño e inmóvil. Un

autobús, una enorme pared que no podían esquivar, ni saltar, ni pasar de lado. Jo supo que Erin lo vio porque jadeó fuerte. Pisó el freno, pero no había manera de evitarlo. Y para ser sinceros así estaba escrito.

Erin extendió la mano hacia Jo sin quitar los ojos del camino, entonces la transformación tuvo lugar. Una luz enceguecedora salió del cuerpo de la pelirroja y unas alas brillantes aparecieron en sus omoplatos, desgarrando la ropa en tiras. Totalmente expandidas cubrieron a las dos chicas antes del impacto.



Bajó de su auto y quiso correr para auxiliar a Jo, pero frenó el impulso cuando una chica se materializó fuera del vehículo. Andrew sintió un rayo de asombro recorrer su cuerpo. ¿Qué estaba ocurriendo?

Nunca había visto algo así, le habían hablado de ellos y seguro que leyó sobre ángeles, pero jamás había presenciado nada semejante. Su aspecto no era como los imaginó, vistiendo ropas blancas y brillando como los muestran en el cine. En vez de eso parecía tan humana como cualquier persona y se movía utilizando sus piernas, Andrew la estaba viendo, y lo que más lo impactaba era que la chica pelirroja tenía alas.

La noche estaba impregnada con una fragancia a jazmín, el cielo lucía oscuro con un manto negro que se había antojado de cubrir todas las estrellas, la calle estaba desierta y solo tres personas ocupaban la escena; una de ellas era un ángel y que se mostrara justo después de un accidente hizo que Andrew se imaginara lo peor. Un trueno hizo eco y amortiguó su grito ahogado, corrió hasta el auto chocado y de inmediato un par de ojos lo miraron con cautela. Los ojos de Andrew se desplazaron desde el halo de luz que estaba sobre la cabeza de la chica al cuerpo desplomado en el asiento, inconsciente, viendo que estaba mal.

—Ella... no puede estar... —gimió él en dirección a Erin.

Los árboles se inclinaban por el fuerte viento que había llegado y las primeras gotas comenzaron a caer, el cielo se abrió en dos y pronto la lluvia estaba cayendo en amplias cortinas salpicando toda la calle y empapándolos.

Andrew por impulso se movió hasta su novia y cuando la vio más de cerca una expresión de terror se adueñó de su rostro, como la puerta había quedado muy golpeada por el impacto terminó de desprenderla de una patada, aseguró a Jo en sus brazos y con todo el cuidado que logró conseguir la fue sacando del vehículo. Agradeció cuando Erin lo ayudó a recostarla en el asfalto.

—Sé fuerte —susurró Erin en el oído de Jo—, te ayudaré. —La voz del ángel logró misteriosamente calmar un poco el corazón acelerado de Andrew, que no perdía atención sobre lo que ella hacía.

Arrodillada puso los dedos en el cuello de Jo, notando que no había pulso, eso era una señal visible de que ya era tarde. Pero aun viendo las mortales ojeras debajo de los ojos de su amiga no quiso darse por vencida. Buscó y no le encontró ninguna herida abierta, así que sospechó que había alguna interna, cerró los ojos con fuerza y llamó a *Rafael* con su mente —el Arcángel de la sanación—, Jo estaba perdiendo la batalla y Erin sabía que no podría sola, si Rafael no le otorgaba el conocimiento en pocos minutos el alma de Jo comenzaría a desprenderse del cuerpo.

Andrew de inmediato se dio cuenta de lo que pasaba, su humanidad no le permitía escuchar a Erin, pero él ya había vivido una experiencia similar con Jo. No podía quedarse de brazos cruzados, así que decidió intervenir. Acunó la cabeza de su chica contra su pecho con manos temblorosas y se concentró en rezar por ella, se concentró tanto, que Erin logró ver un haz de luz potente que comenzó a surgir de él, traspasando desde su cuerpo al de Jo, expandiéndose por todas sus arterias, viajando por toda su sangre y calentándola. Mientras Andrew hacía eso le pedía ayuda a la persona con el nivel más alto de interacción: a Dios. Erin pensó en que no importaba el problema y que tal vez, solo tal vez, si él seguía dejando la vida de Jo en manos del Creador, lo ayudaría.



Nathan deseaba estar con su hermana, pero tenía otra misión. Se había dado cuenta de que Preston estaba muy mal y lo siguió. Había manejado ebrio hasta su antigua casa y dada su condición le costó mucho estacionar, entrar luego de tanto tiempo acrecentó su dolor. Los compradores le habían hecho muchas ofertas y varios le habían ofrecido sumas más altas de lo que pedía, pero nadie lograba convencerlo aunque la decisión de vender la había tomado él. Preston sentía apego a esa casa, era como una adicción, sentía que no podía vivir sin ciertas cosas, que las necesitaba para sentirse bien y que si le faltasen prácticamente se sentiría morir. Por eso fue allí, necesitaba tratar

de llenar el vacío de alguna manera.

Siempre le había hecho creer a todos que ese lugar ya no le importaba, que no necesitaba de los recuerdos que un día lo hicieron feliz porque su trabajo lo llenaba, pero eso solo era la teoría, la práctica era otra cosa. Era mucho más significativo lo que le pasaba con esa casa. Por ejemplo, cuando se mudó para instalarse donde Nancy cada vez que volvía del trabajo se desviaba a la calle Estrella Polar, aunque no tuviese que pasar por allí para nada. Iba solo con su coche y hacía el mismo recorrido que formaba parte de su rutina en el pasado, pasaba por la puerta de su casa y se paraba para mirarla detenidamente, reducía mucho la velocidad para volver a sentir el olor a cena recién hecha, los gritos de Nathan en el jardín y la sensación de que Jo estaba en la casa del árbol en aquel momento. Podía llegar a poner la misma canción que ponía para llegar del trabajo por aquel entonces, imaginando que nada había cambiado, que todo seguía igual. No quería reconocer que ya solo iba allí porque extrañaba a su familia, porque su vida ahora estaba sola y en otro sitio.

Dirigió su atención a las escaleras y oyó como crujía la madera con cada uno de sus pasos, el cuarto de Nathan estaba en el segundo piso, abrió la puerta, la habitación era espaciosa, el techo era alto y las paredes estaban forradas con afiches de los Defensores de Connecticut. Abrió el armario y agradeció no haber tirado todos esos objetos que llevaban años en cajas, sabía que hurgar en el pasado le traería consecuencias a su alma, pero tenía muchísimas ganas de hacerse daño.

Nathan estaba de pie, al lado de la ventana, observando a su padre con atención. Todas las cosas que sacaba le devolvían un recuerdo; de hecho se acercó un poco cuando Preston acarició el libro *El principito*, acompañado de una nota en la primera hoja:

“Nat, tenerte como hijo me hace feliz.

*Y estaré feliz el tiempo que tenga el placer de tu compañía,
así sean diez minutos, dos años o treinta. No lo olvides...”*

Cuando Nathan miró hacia atrás, rememorando el día en que le regaló ese libro, recordó la expresión de impotencia que tenía Preston. Poco antes se había enterado de que sus padres se separaban, su madre y hermana eran un desastre emocional, pero él notaba que su padre se guardaba las lágrimas con cada beso o con cada abrazo. La realidad era que Preston estaba bloqueado, el maldito cáncer se había convertido en su terrible enemigo cuando inesperadamente le arrebató a su madre a los dieciocho, saber que había

vuelto por su hijo era muy difícil de comprender. Preston lo vio nacer, lo cuidó, lo abrazó, le enseñó sus primeras palabras y... no lo quería ver morir. Jodidamente no. Nada lo prepararía para eso, ni siquiera Connie amenazándolo con irse lejos. La fragilidad de las emociones de Preston brotó en esa habitación ante los ojos de Nathan.

—No tenía que ir contra la muerte, hijo... lo que sí podía era haber aprovechado cada momento para amarte y compartir con ustedes todo el tiempo que hubiese sido necesario. Tenía que haber dejado a un lado las cosas que no tenían prioridad y enfocarme en mi familia... cada segundo contaba. —Las lágrimas surcaron las mejillas de padre e hijo.

Debió haberse dado cuenta antes, pero estaba aterrado. Solía lamentarse cada día, abrigaba un rencor hacia él mismo que su hijo ignoraba. Cada noche, Nathan se preguntaba si su padre lo extrañaba, ahora sabía que sí. Y todo porque no estaba preparado para despedirse de él.

—Lo siento mucho, lo siento muchísimo, Nat —susurró queriendo asegurarse de que lo supiera—. Odiaba la idea de verte pasar por todo eso... yo solo, no podía...

Todo está bien, papá.

Trataba de consolarlo, pero Preston no podía escucharlo.

—Quiero que vuelvas, quiero que vuelvas, hijo... —sollozaba y se pasaba las manos por el cabello.

Estoy aquí, siempre estaré contigo.

Nunca había necesitado tanto darle un abrazo a su padre, no soportaba verlo así tan desecho. Y fue por eso que se agachó frente a él, jadeó en busca de aire y lo miró a los ojos.

—Lo hice todo mal. —Se lamentó Preston—. No me lo perdonaré nunca.

No digas eso, todo irá bien. Puedes enmendarlo, papá. Conmigo lo estás haciendo, ella también te perdonará.

Nathan cerró los ojos y cogió valor, con lentitud extendió la mano y se sorprendió porque sintió la de su padre, la barbilla de Preston comenzó a temblar, abrió la boca para decir algo, pero entonces dudó y la cerró. Sacudió la cabeza y fijó la vista en su mano; el chico apenas lo había rozado, pero Preston sintió la calidez.

—¿Nathan? —susurró vacilante. Consideró entonces que no estaba solo en aquella habitación y decidió estallar en llanto dejando de ser el hombre fuerte que se encerraba en su coraza. Se recostó en la cama y empapó de lágrimas la almohada, su hijo permitía que se desahogara acariciándole el cabello con su

mano fantasmal, reconfortándolo.

Algo hizo clic en la cabeza de Nathan en ese momento y recordó con una claridad increíble la carta que le escribió a Preston antes de marcharse. ¿La habría leído? Parecía que no. Cada musculo de su cuerpo se movió con rapidez, suplicándole que la buscara, que de alguna manera se la mostrara. Todo lo que quería decirle estaba ahí.

Se acercó hasta el pie de la cama y miró el libro, estaba seguro de que la había dejado dentro de él. Por una razón. Era el libro favorito de los dos. Esperaba que al faltar, su padre lo abriese y la encontrara. Había utilizado una hoja de un cuaderno viejo y un marcador verde para escribirla y no olvidó poner el nombre del destinatario en letra clara. Nathan se agachó frente al libro, relajó los hombros y el cuello, colocó su mano cerca de la portada y trató de tocarla con su dedo, pero no pasó nada. Después lo intentó hacia la izquierda, hacia la derecha, nada otra vez.

¿Entonces cómo pude tocarlo?

De pronto se le ocurrió algo. Creyó que tal vez debía concentrarse para que la energía no saliera de su mano sino de su cabeza. Él iba a descubrir si tenía razón. Respiró profundo y fijó la mirada en el libro, cerró los ojos y lo dibujó en su mente: la forma, el color, el tamaño. Visualizó su energía saliendo de su cuerpo y fluyendo hacia el libro. Nathan se concentró tanto que el libro comenzó a vibrar lento, luego más rápido, y utilizando en extremo su telekinesis lo arrojó al suelo. Sonrió por su logro.

Entonces, Preston se levantó de la cama y parpadeó varias veces antes de recoger el libro. Y justo ahí, a un lado, fue donde vio el papel con su nombre.

Y comenzó a leer:

Hola papá.

Sé que estamos pasando por un momento muy difícil y aunque Jo se niega a darme los detalles mis sentimientos me dicen que algo está muy mal. Te veo discutiendo con mamá todo el tiempo y eso me causa un profundo miedo. Ustedes eran cariñosos y se amaban, ¿por qué ahora no?, ¿acaso es por mi culpa?

Sé que cuando enfermé se esfumó la alegría de tu corazón, me parece que es así porque yo también me siento triste, confundido y a veces de mal humor.

Te escribo esto porque quiero pedirte un favor, creo que un adolescente que puede morir pronto tiene derecho a exigir algo, así suene un poco egoísta. Bueno, como ya dije, me preocupa mamá, no sé cómo tomará mi

partida, aún pelea con el doctor porque confía en que me voy a curar, pero algo dentro de mí me dice que eso no sucederá.

Así que te pido que la cuides, que no la dejes sola, debes prometerlo, ¿de acuerdo? Es un trato que debes cumplir porque pronto te necesitará.

Te amo, papá. No lo olvides tampoco.

P.D. No le escribí ninguna carta a Jo, ella ya se quedó con la casa del árbol.

Nat.

Nathan lo hizo dejar de llorar con su posdata. La impresión no fue fácil, su fea letra que apenas entendía lo hizo sentir calma, lo hizo sonreír. Sintió que su hijo estaba a su lado mostrándole aquel trato que debía comenzar a cumplir y susurrándole al oído que todo estaría bien. Sus palabras tuvieron un gran impacto en Preston. Eran palabras cortas, pero llenas de sinceridad. Eran palabras de súplica. Era su hombrecito enseñándole de la vida. No quería defraudarlo más. ¿Sabes? Era una cuestión de esperanza.



—¡Jo! ¡Peyton!

Abrió los ojos para encontrarse con ese espacio tan conocido. Estaba de nuevo en ese lugar rodeada de varias personas. En primera fila se encontraba Raguel, que le movía el brazo con energía mientras los demás murmuraban.

—Jo, ¿me escuchas? —Ella asintió y el ángel suspiró más relajado—. Gracias a Dios, creíamos que no.

—Erin... —consiguió decir, recordando la transformación. Uno de los ángeles allí presentes la ayudó a ponerse en pie.

—Ella está bien —prometió Raguel—. Erin acudió a ti al sentir que estabas tan triste y vulnerable, prefirió mostrarse, aunque lo tenía prohibido.

—¿Ella es...? ¿Erin es un...? —Sacudió la cabeza con asombro—, no puede ser. No puede ser un ángel. No puede ser que amiga sea un ángel y yo no me haya dado cuenta. —Ahogó un jadeo, pero logró decir—: ¿Lo que hizo le traerá problemas?, ¿volveré a verla?

—Erin, solo es Erin —dijo Raguel—. No tienes por qué verla diferente ahora. No debió mostrar su verdadera forma, pero confiamos en que nos dará una buena razón.

Jo aspiró una buena bocanada de aire. Se sentía débil. No estaba segura de lo que había pasado.

—¿Por qué estoy otra vez aquí? —preguntó con miedo.

—Tal vez porque ahora si estás muerta —sugirió el ángel de la reflexión.

Jo Enarcó una ceja. ¿Cuántas veces se puede morir uno?

—No, yo no puedo... Andrew...

—Sabrás de él. Pero ahora, por favor, sígueme —pidió Raguel con tranquilidad.

Jo lo siguió y no pasó mucho tiempo hasta que llegaron a unas puertas doradas, unas que ya sabía a donde la llevarían.

Perfecto, otro juicio.

Entonces Raguel abrió las puertas y se hizo a un lado para que ella pasara y se llevara una gran sorpresa. Había una gran pantalla y varios asientos. Raguel la invitó a sentarse y se acomodó a su lado, pero ella quería hacer muchas preguntas.

—No lo entiendo, elegí al hombre adecuado y cumplí el acuerdo. Estoy segura. —El ángel la silenció con un ademán y luego le indicó que mirara hacia la pantalla. A los pocos segundos inició una la escena de una película.

El corazón se le dividió en dos en ese momento.

La despedida dolía más de lo que imaginó. De pronto, su suéter no la abrigaba del frío que le recorrió el cuerpo en esa área del aeropuerto; ella no quería hablar, era como si tuviera algo atorado en la garganta. Y Andrew lucía igual, no había palabras para describir el remolino de emociones que tenía en el pecho, era la primera vez que le costaba sonreír; sus ojos desprendían tristeza. Las manos de Jo temblaban, era demasiado cuando el reloj iba en contra del amor. Perdió la cuenta de cuantas veces se dijo que no lloraría. Perdió porque lo había hecho desde que se levantó esa mañana. Ella era una muchacha enamorada que había atravesado varias pruebas para estar con él. ¿Por qué ahora los separaban?

Eso era un gran problema...

Jo no sabía qué haría con su vida, tampoco sabía si la relación que tenían sería tan fuerte como para soportar la distancia, tampoco si él sería el mismo cuando regresara. No sabía, tenía miedo.

El aire entró con dificultad a sus pulmones, la tristeza se intensificó cuando Andrew le tomó la mano y le regaló una dulce mirada llena de emociones y promesas que solo conocían ellos dos. Y entonces, él se despidió. Jo quiso sonreírle, decirle que ignorara las lágrimas que rodaban por su cara, pero dolía tanto... estaría muy lejos y pasaría demasiado tiempo para amanecer de nuevo en sus brazos. El dolor en su pecho era tan grande que sintió ganas de golpearse el lugar. Lo miró alejarse y una nueva ola de lágrimas la embistió...

Raguel puso pausa cuando una risa rota escapó de la boca de Jo al saberse sola otra vez, él se marcharía. Todos lo hacían, era un patrón repetitivo en su vida, un círculo doloroso que siempre terminaba destruyéndola.

—¿Qué sientes? —inquirió Raguel de improvisto.

—Soledad... —admitió con tristeza.

—¿Por qué?

Jo iba a contestar, pero razonó la respuesta. Se dio cuenta de que Andrew la amaba de verdad y de que era solo cuestión de tiempo para que volvieran a estar juntos. Y como si hubiera tenido una venda en los ojos que de pronto cayó entendió que la verdadera sensación de vacío venía por otra cosa.

Entonces las palabras salieron de su boca.

—Sé que Andrew me hace muy feliz, es la persona que se suponía debía escoger y eso hice. ¿Pero cuando él no esté y Nathan tampoco? Me he alejado de mi familia, he levantado un muro para protegerme, llegué a Starry Ville y ni siquiera me he propuesto hablar con mi padre... es que no encuentro la manera de aceptarlo de nuevo en mi corazón. —Raguel asintió como si hubiera estado esperando esa confesión.

—¿Y si te dijera que tu padre también estaba protegiéndose?

—¿Cómo?, ¿de qué?

—Él desarrolló un miedo a la muerte y para escapar de la realidad tomó malas decisiones, a veces las personas tienen que sufrir para darse cuenta de su error. Él ya aprendió la lección, siempre pensaste que los había olvidado, pero la verdad es que nunca lo hizo.

—¿Está realmente arrepentido?

—Así es, en todo este tiempo no ha llevado una vida plena. La misión de Nathan siempre fue llevarte de vuelta a Starry Ville para poder liberarlos de esa soledad. Necesitas ese equilibrio, Peyton. Con el tiempo lo entenderás. El no haber conocido el verdadero amor fue la razón para que volvieras a la vida la primera vez —continuó Raguel—. Y que sigas albergando rencor en tu alma provocó que estés de nuevo aquí y que *casi* mueras.

—¿Casi? —Raguel le sonrió.

—Aquí no es a donde perteneces. —Jo asintió lentamente—. Cuando estés del otro lado aprovecha y fomenta una relación sana con tu padre. Y con respecto a Andrew no tengas miedo a quedarte sola y aprende a ser feliz por ti misma, cuando consigas eso descubrirás que la felicidad que te llega por parte de los demás es adicional y multiplica la que ya tienes por tu cuenta. Solo podrás amar realmente a otros cuando te ames a ti misma.

Entonces, de forma inesperada, él adelantó la película y le mostró una última escena. Una del futuro. El corazón de Jo saltó.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó el ángel con voz cómplice.

—Sin duda. —Una gran sonrisa de paz y tranquilidad se extendió por todo su rostro.

—Entonces prepárate, del otro lado te esperan con anhelo.

-XXVIII-



Jo tenía los ojos cerrados, pero sus parpados comenzaron a moverse cuando escuchó los lamentos. La sujetaban, un cuerpo la arropaba tembloroso. Ella habría reconocido esos brazos en cualquier parte del mundo.

De forma lenta alzó la mano y pasó los dedos por su mejilla apartando las gotas de lluvia, él se removi6 y abrió mucho los ojos. Sorprendido atrapó su rostro y besó su frente dos veces.

—Jo, ¿estás bien? —La chica asintió. Estaba pálida, fría y mojada, pero respiraba.

—Estoy bien —le aseguró, sintiéndose mal por haberle causado sufrimiento otra vez. Y en un intento de aligerar las cosas, añadió—: no moriré más.

Andrew se rio con fuerza. Fue una risa loca y de total alivio.

—Te prohíbo que vuelvas hacerme esto —dijo más serio. Y aunque en sus ojos había mucho alivio la desesperación que había sentido todavía era palpable.

—No volverá a pasar, lo prometo —susurró—, no quería asustarte, yo solo quería escapar, no podía seguir en la plaza, no quería... —Cerró la boca dejando las palabras en el aire cuando se dio cuenta de que simplemente ya no podía seguir guardando rencor.

¿Dónde estará papá? Pensó.

—Cariño, está bien, no tienes que hablar de eso ahora si no quieres.

Antes de que Jo le contestara la cargó y corrió hacia su auto. La depositó

en el asiento del copiloto y consideró encender la calefacción, el frío de la madrugada impactaba en sus cuerpos en la oscura carretera.

Jo estaba confundida, tenía muchas cosas en la cabeza, pero se incorporó con rapidez al ver la silueta conocida al lado del auto.

¡Era ella! ¿Por qué nunca lo adivinó? Los ojos se le empañaron. La pelirroja se agachó junto a ella y la abrazó ya en su forma humana otra vez.

—Te metí en problemas. ¿Por qué te expusiste, Erin? No quiero dejar de verte, no quiero que te vayas por mi culpa. —Jo temía haber perdido a su mejor amiga.

—¿Eso es lo que crees que pasará? —preguntó, parecía estar rodeada de un aura de luz—. Bueno, tendré una reprimenda, pero en realidad tenía buenos motivos para mostrarme ante ustedes. Estaba por ocurrir una gran tragedia y yo quise evitarla, eso debería contar para cuando sea juzgada.

—Lo siento. No puedo creer que por mi estupidez ahora tengas que pasar por algo así.

—No lo sientas. —dijo y tomó su mano—, escucha, no podía quedarme a observar sin hacer nada, tenía que protegerte. Hemos pasado tiempo juntas, tenías derecho a saber la verdad. —Jo la miraba expectante, a la espera de que siguiera hablando. Pero Andrew carraspeó y se armó de valor para decir lo que tenía atorado en la garganta.

—Eres un ángel... —Empezó diciendo.

—¡Te dije que existían! —Jo lo cortó en el momento—. Tienes que confiar en mí, especialmente después de esto.

—Un ángel —repitió, y su labio se levantó en la esquina—. ¿Eres su ángel de la guarda?

—Pensé que era Nathan —intervino Jo, su voz asombrada.

—¡Lo sé! —contestó Erin—. Pero contrariamente a la creencia popular y a lo que podríamos decir a menudo para consolar a los que han perdido a un ser querido como tú, los ángeles guardianes no son solo familiares que han muerto. Estamos divididos por jerarquías: están los que entran al cielo y se quedan ahí, muy pocos son los que regresan para resolver algo pendiente como Nathan, también están los que son como yo, ángeles terrenales; seres espirituales con una inteligencia y una voluntad propia creada por Dios para servirle en alguna misión.

—¿Y cuál era tu misión? —Andrew intentaba entender, Erin lo miró con paciencia y ternura.

—Ustedes. —Sonrió—. Tenía que unir sus almas para que pudieran

compartir y disfrutar de esa maravillosa experiencia que se llama “amor”, así estarán más dispuestos a enfrentarse a cualquier reto o dificultad que tengan en sus vidas.

—Te creo. Ella me hace más fuerte. —Andrew cogió una gran bocanada de aire y la soltó cuando las dos chicas sonrieron.

—Dios quiere verlos felices y por eso les brinda infinitudes de caminos, guías y milagros. Él creó ángeles que asisten a muchas personas y los guían a esas experiencias. —Hablaba con cuidado para que entendieran bien lo que decía—. Cuando Jo estaba mal en Connecticut ya yo la estaba guiando hacia Jordan, pero pasó que tú apareciste en esa tienda de discos y le pedí a los superiores que me dejaran intervenir porque había un error. Esas cosas pasan, me di cuenta de que él no era lo que ella necesitaba.

—¿Qué? —Jo preguntó perpleja—. ¿Entonces tú escogiste a Andrew?

—No fui yo quien lo escogió, fue Dios quien lo hizo para ti.

—En ese caso, le estoy muy agradecida, porque sucede que me enamoré de su elección —dijo con total seguridad. Él sonrió detrás de eso.

—¿Cómo te sientes? —Erin miraba al muchacho con una ceja levantada.

—Andrew no creía en los ángeles. —Jo entrelazó sus dedos con los de él reflejando apoyo en ese gesto—. Debe ser difícil procesar toda esta nueva información.

—Está bien, cariño. Todo esto es nuevo, pero estoy dispuesto a entenderlo por ti. Pensaba que la ciencia lo era todo, pero ahora veo que no. Me siento como una persona diferente ahora, como si hubiera estado ciego por muchos años y ahora me han despertado... —Se detuvo—. No puedo creer que de verdad hablabas con tu hermano.

—Te dije que no necesitaba un psicólogo —bromeó.

—Bueno... —Jo fingió molestia y Andrew besó su cabeza.

—Estuviste genial allá arriba, estoy muy orgullosa de ti —dijo Erin.

—Gracias, aunque espero no volver hasta que hayan pasado varias décadas.

—Desearía poder decir lo mismo. —Inmediatamente Jo frunció el ceño y ella suspiró.

Simplemente así debía ser. Su misión ya estaba cumplida.

Jo se separó de Andrew y se le quedó mirando a Erin en silencio, entonces los ojos de las dos chicas se nublaron.

—¿Te tienes que ir?, ¿no te veré más? —Erin tomó sus manos y le sonrió.

—Encontraré la forma. Es una promesa.

—No puedes prometer eso, esto es diferente, tú eres diferente...

—Jo... —Apretó un poco sus manos—. Confía en mí.

La verdad es que siempre las despedidas son difíciles, más cuando no sabes si volverás a ver a esa persona tan querida. Jo asumió que si un ángel le estaba haciendo una promesa no la rompería. Ella era una versión diferente a la Erin que solía conocer, pero sin embargo le encantó verla así. La amistad que surgió entre ellas era sincera y abierta, pasaron momentos que siempre llevarían en su memoria.

—Te extrañaré mucho —susurró Jo, acariciando un mechón de cabello rojo de su amiga.

—Yo también —respondió con sinceridad. Y suspirando por el inminente adiós que las envolvía, dijo —: esa siempre es la consecuencia de querer a alguien.

Erin dio unos pasos hacia atrás, se arregló el cabello en un moño y desplegó de nuevo sus alas frente a la mirada atónita de sus dos amigos.

—¿No olvidas algo? —inquirió Jo con ojos brillantes.

—¿Cómo qué? —Quiso saber la pelirroja. Era hora de partir. La fuerte luz que iluminó la oscuridad así se lo hizo saber.

Jo se volvió para mirar a Andrew con sus ojos azules.

—Dame las llaves de tu auto —pidió.

—¿Qué?

—Las llaves, préstamelas un momento. —Andrew arrugó la frente, pero se sacó las llaves del bolsillo derecho de su jean y se las tendió. Jo se mordió el labio y logró despegar el llavero, contempló la pequeña guitarra de *Hard Rock Café* para luego ver a su amiga—. Un recuerdo de parte de nosotros.

Erin hizo una mueca graciosa y luego sonrió ampliamente. La incredulidad embargó el rostro de Andrew porque la expresión y complicidad de las dos chicas las hizo ver como dos niñas traviesas.

—Gracias... gracias por esto —susurró tan bajo que percibieron su emoción—. Es hora de irme.

—¿Volveremos a vernos? —Jo pregunta por última vez. Erin asintió.

—Nunca rompo mis promesas.

Jo apretó los labios y utilizó el dorso de su mano para secarse las mejillas. Erin miró hacia arriba y sin más, voló. El corazón de Jo latió a toda prisa, deseosa de ver a su amiga de nuevo algún día. Cuando se perdió de vista, se acurrucó en los brazos de Andrew y se aferró a él con fuerza.

—¿Estás bien? —dijo cerrando sus brazos alrededor de ella.

—Sí —contestó enterrando su rostro en su camisa y aspirando su familiar esencia.

—Hace mucho frío, señorita. Vamos, salgamos de aquí.

Caminaron hasta el auto y Andrew no arrancó hasta ver que Jo se puso el cinturón de seguridad, quizá todavía estaba traumatado por el accidente anterior, lo cierto es que arrancó y manejaba lento y con precaución. Se giraba a ratos para comprobar que ella estuviera bien, una vez que se relajó un poco soltó el aire.

—¿Dónde estará Nathan? —preguntó ella quedamente. El sueño y el cansancio la estaban venciendo.

—No lo sé, tal vez con tu papá. —Se inclinó y la besó en la mejilla—. ¿Cómo funciona?, ¿lo llamas y él aparece? Me parece tan loco todo eso.

—Que lo llame no significa que aparezca. Nathan siempre anda de aquí para allá, pero imagino que sí debe estar con papá. —Arrugó la frente al comprender—. Es nuestro *asunto pendiente*.

—¿Y ahora qué harás? —preguntó.

—Supongo que hablar con él. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Tienes que perdonarlo —dijo.

—Por eso estoy de nuevo aquí. Por eso y por ti.

—¿Cómo se supone que debo decirte ahora?, ¿ángel? —se burló.

—Eso de ángel no me queda. —Se echaron a reír.

—Es cierto, mi sobrenombre impresiona más a las mujeres.

—¿A las mujeres?

—Perdón —rectificó—. A una mujer, a una señorita que vale por mil ángeles.

—Ya cállate, Key, no trates de cambiar lo que dijiste. —Él sonrió.

—Te amo, Jo. Te amo y tú siempre serás la única mujer. Así lo decidió Dios —replicó Andrew—. Estos meses a tu lado han sido increíbles y no voy a echarlo todo a perder por una tontería. Nunca me había sentido tan feliz. Si tú quieres que te diga señorita, yo te diré así siempre, si tú dices que yo soy un rockerito, yo te cantaré todas las canciones de amor. Y si tú dices que también me amas, yo te haré feliz por el resto de nuestros días.

Él notó la presión de los labios de Jo en su mejilla.

—También te amo, Andrew —dijo entre una mezcla de sollozos y risas.

La suma de muchos ayeres formaban el pasado de Jo, un pasado que se componía de recuerdos tristes donde se podía ver pequeña, donde ella estaba rota. Pero no existe día más hermoso que el nuevo día. Esa noche, Jo

aprendió que no se puede avanzar mirando constantemente hacia atrás, que para mirar un nuevo horizonte debía perdonar y amar. No importaba lo difícil que pareciera, siempre habría un camino si Andrew le sonreía.



E staba entrando la tarde y el ruido proveniente de la planta baja lo despertó de un sueño profundo. Se levantó y recorrió el pasillo de puntillas para no levantar sospechas, con las dos manos bien sujetas a la pistola, preparado para cualquier cosa. Bajó las escaleras y descubrió que la puerta de la casa estaba abierta, se acercó y echó un vistazo.

—Preston... —Entonces se giró con rapidez y empuñó el arma. Fue mala idea porque la mujer gritó con fuerza. Una mujer de estatura promedio, flaca y con ojeras pronunciadas. Estaba cambiada, pero él supo sin dudar que se trataba de la madre de sus hijos. Un silencio sepulcral se adueñó de la escena, Preston apenas era consciente de su respiración. La tensión en la mirada de Connie fue lo que lo hizo reaccionar. Advirtió que ella tenía los ojos excesivamente brillantes, como si fuese a llorar, entonces bajó el arma y la ocultó en su pantalón detrás de su espalda.

—Demonios, yo... —titubeó.

—¿Acabas de apuntarme... con una pistola? —Él intentó ignorar la culpa que comenzó a invadirlo.

—¡Dios mío, no fue mi intención! —Connie apretó la mandíbula, convenciéndose de que debió tocar el timbre.

—¿Cómo entraste? —preguntó, la comisura de su labio derecho se curvó, quizá con algo de reprobación.

—Conservé mi llave —se justificó—. Me sorprende que en tantos años no hayas cambiado la cerradura.

—No ha hecho falta, pero no era aconsejable que entraras así —advirtió.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿No es también mi casa? Creo que puedo entrar sin tocar. Ahora... —Hizo una pausa—, es posible que inconscientemente quieras matarme. — El hombre emitió una leve risa.

—Estaba durmiendo y escuché ruido. ¿Qué crees que pensé si a este lugar solo entro yo?

Tardó unos segundos, pero al final ella volvió a responder:

—Lo siento —dijo con voz compungida—, la verdad es que no sé qué hago aquí. No quería asustarte. —A Preston no le gustó su actitud cabizbaja y derrotada, una parte de él comenzó a entender el daño que ella sentía, pero sabía que en el fondo debía estar la mujer de antes.

—Estás aquí porque te lo pedí...

—¡Porque me lo suplicaste! —exclamó a la defensiva.

—Como sea, gracias por venir. —Connie le lanzó una mirada asesina.

—Lo hice por mi hija, ¿entendido? Nada de lo que yo haga es asunto tuyo.

—Ahora sí es asunto mío.

—Salí de Connecticut un par de horas después de que me llamaste. ¿Por qué estabas borracho?, ¿dónde está mi hija?

—Era fin de año... Me di cuenta de que ella estaba en la plaza y comencé a cantarle por un micrófono. Juro que mi intención no era lastimarla, pero así fue. —Preston no tuvo que decir más porque Connie lo entendió rápidamente.

—¡Debería darte vergüenza, eres la autoridad del pueblo! —Él agachó la cabeza.

—Pues la tengo, créeme.

—¿Y ahora quieres que te ayude con ella? —dedujo enfadada.

—Por favor...

—¡No!

—Escucha, Jo no me habla. Es dura conmigo, no me mira, Connie. No quiere saber nada de mí.

—¿Y la culpas? ¡Tú te ganaste eso a pulso!

—Fuiste tú quien los alejó de mí —demandó él—. Empacaste y te los llevaste.

—Oh, ¿en serio? —replicó sorprendida—, ¿y tú llamaste o fuiste a Connecticut? No importa dónde estábamos, podías haber visitado a tus hijos, podías haber llamado y haberles dicho que los extrañabas. ¡Yo nunca lo hubiera impedido! —gritó con ojos encendidos. Preston se congeló al escucharla, miró su rostro, lucía severo y determinado. Se dio cuenta de que

la conversación se pondría fea. Debía bajar un poco la guardia, suficiente daño le había causado ya.

—Todos los días de mi vida quise hacerlo —comenzó—. Pero no podía, no podía ir y ver el sufrimiento de mi madre en Nathan. No sé si era un juego del destino, pero no quería jugar.

—¿De qué demonios hablas? —resopló—, la enfermedad que tenía Beatriz no era la misma que padecía Nathan. Sé que fue difícil para ti enterarte de que nuestro hijo tenía cáncer, lo sé, pero no vengas con esa tontería de que no querías jugar, Preston. Sabías lo que pasaría con él y aun así me dejaste pasar por todo eso sola. —Preston caminó hasta el mueble y se sentó abatido, era hora de enfrentar todo.

—Lo siento.

—¿Lo sientes?

—Sí, lo siento. —Connie estaba de pie con las manos en sus caderas, cansada de tanta mierda. Sus ojos cayeron, retrocedió y su pecho comenzó a subir y bajar mientras recuperaba el aliento.

—Estoy yendo al psicólogo. —Él levantó la vista y se le partió el corazón al verla, era algo que no esperaba, pero probablemente la mejor decisión que había tomado. Deseó que ella tuviera suerte y aprendiera a lidiar con el dolor de haber perdido a su hijo. Entonces comenzó a considerar la idea.

—También me gustaría acudir a uno. —Verlo a los ojos cuando dijo eso la sorprendió, comenzó a llorar peor que el último día que lo vio, ese día cuando su esposo decidió tomar el camino cobarde. Ambos pasaban por un proceso de duelo y debían atravesar las diferentes etapas de este: negación, ira, negociación, depresión, y por último, la aceptación.

Cuando un ser querido muere pareciera que nosotros también morimos con él, pero debemos afrontar que no es así. Cada persona siente y vive las cosas de diferente manera, Connie ya había pasado por la negación, la ira y la depresión, por eso se dio cuenta de que él apenas empezaba el proceso. Y por segunda vez.

—Preston...

—¿Cómo puedo arreglarlo?, ¿qué debo hacer para que me perdonen? Ya te lo dije, lo siento. No puedo cambiar el pasado y no estoy seguro de cómo continuar si tú y Peyton no me perdonan. —Connie sollozó.

—No es justo que pidas eso —susurró con el dolor flotando en su pecho—. No estuviste presente en la vida de Peyton ni en la enfermedad de Nathan, no sé si mereces mi perdón, pero no voy a decidir por mi hija.

—¿Puedes al menos hablar con ella? —preguntó con esperanza en la voz. El solo verlo suplicar rasgó su corazón en pedazos.

—No lo sé —dijo mientras tomaba asiento en un mueble frente a él—, ¿sabes lo difícil que es nuestra relación ahora? —Preston negó con la cabeza—. Bueno, Peyton se fue de la casa porque perdí el control, estábamos discutiendo porque yo quería dinero para comprar más calmantes... se suponía que me ayudarían a dormir, pero no funcionaban, con nada dejaba de pensar. Y yo... yo le lancé un jarrón de flores, luego le dije cosas horribles, cosas que la hirieron mucho. Pensé que regresaría y me acosté, pero no volvió esa noche, ni la siguiente, entonces comencé a desesperarme. Hasta que al tercer día recibí una llamada de tu hermana y me contó que Peyton estaba aquí. ¡Me molesté mucho! Sentí que me había traicionado, pero entonces con la cabeza ya desintoxicada de pastillas lo pensé mejor; entendí que había regresado a ti. ¿Sabes? Porque ella siempre te extrañó.

—Pero me odia.

—No, Preston, no lo hace —dijo y luego se levantó para mirar por la ventana, suspiró con nostalgia al ver la casa del árbol—, ella no te odia. Y supongo que es hora de que le hagamos saber que nosotros tampoco la odiamos. —Él estuvo de acuerdo.

Entre muecas de incomodidad que intentaban disimular bastante mal, él le ofreció una taza de té, y en cuanto se lo terminaron, ella le pidió que le contara sobre la vida de Peyton en Starry Ville. Cosa que le incomodaba, pero es que no sabía de su hija desde hace unos meses. Eso no habría pasado si le hubiera prestado más atención, si hubiera afrontado la muerte de Nathan de otra manera hubiera estado al tanto de todo y no tendría que preguntar.

—No estuve de acuerdo, pero conozco al chico desde hace unos años y aunque me costó aceptarlo, Jo fue obstinada y firme con su decisión de alquilar esa habitación —le contó.

—Tranquilo, ella ya es una adulta, imagino que necesita su espacio.

—Ha pasado bastante tiempo con Andrew —replicó—. ¿Qué crees que salió de eso?

—¿Son novios? —preguntó, sus labios formaron una pequeña sonrisa. Preston advirtió que Connie estaba muy tranquila con la noticia y deseó gruñir con frustración, dio un paso al frente para acercarse más a ella con la esperanza de que pudiera sentir su enojo y lo apoyara.

—¡Claro que sí, mujer!

—¿Y cuál es el problema? —intentó mediar porque se dio cuenta de que

estaba celoso, pero lo conocía, sabía que omitía algo—, ¿es un mal chico? —Preston presionó los labios formando una línea recta, Andrew no le parecía un mal chico, pero sabía que si Valerie se lo proponía los alejaría y su hija sufriría mucho.

—Da igual, se irá de Starry Ville en poco tiempo. —Se encogió de hombros.

—¿Y temes que ella quiera irse con él? —Preston se llevó una mano al pecho, su rostro ahora si se tornó preocupado. «Irse con él», repitió en su mente.

—No, eso no pasará. —Sin embargo, Connie empezó a pensar algo muy distinto.



Suspiró recargada sobre el pecho de Andrew, completamente cálida, por primera vez en mucho tiempo tranquila. Percibía sus labios presionados contra la cima de su cabeza y su cuerpo le transmitía una sensación de paz, de estar en el lugar correcto. Esa proximidad tan íntima no solo era perfecta, era mucho más que eso, era como si empezara a vivir.

¿Creen que antes lo hacía? Pues no era así.

Comenzar a trabajar desde los quince no era lo que tenía planeado, lo hacía para ayudar a su madre y para tener dinero ahorrado por alguna emergencia. No fue una adolescente normal, Jo tuvo que crecer pronto, tratar de ser madura, aparentar que podía con tantos problemas; era mucha la presión que tuvo que soportar. Siempre estaba corriendo al hospital, escuchando cómo debían alimentar a Nathan, los posibles tratamientos, sus medicinas y su cuidado en general. Ni siquiera pudo inscribirse en la universidad. Era como una autómatas, como una maquina que hacía y se movía solo por otra. La mayoría de las veces incluso se olvidaba de que respiraba. Su madre dejó el empleo y fingía que no era una adicta a las pastillas, su padre que no le afectaba la separación, y ella... bueno, ella fingía ser fuerte y que no necesitaba nada más.

Pero la muerte de Nathan la hizo llegar a su límite. Hay un punto en el que la cuerda se rompe, y así como un terremoto todos los sentimientos afloran. Su enojo comenzó a transformarse en tristeza. ¿Si se moría su madre lo notaría?, ¿la extrañaría?

Puede que Jo también hubiera estado entrando en depresión. Puede que no. Pero lo que sí es seguro es que necesitaba un respiro. Renegó mucho del regreso a Starry Ville y solo cuando el tren llegó, por un momento, sintió que

hacía lo correcto; pero el enojo regresó con más fuerza cuando supo que su padre quería vender la casa. Su familia estaba rota, su hermano se había ido, no tenía un lugar al cual llamar hogar. ¿Quién la protegería, cuidaría o velaría por ella? Cuando pensaba en todo eso el miedo se apoderaba de su cuerpo. No... No quería tanta soledad.

Pero, una intervención divina ocurrió. Al ir conociendo a Andrew pudo darse cuenta de algo que no había pensado antes, fue como si le señalaran un camino con sentido. Él iba disipando el miedo cuando compartían momentos, sueños, ilusiones y tristezas, ese sentimiento tan conocido como el *amor* iba surgiendo y la llenaba de paz. Andrew se convirtió en una luz brillante, en la estrella que le mostraba el norte y que le daba razones para seguir, y a pesar de que estuvo confundida con Jordan, de una extraña manera siempre tuvo la certeza de que el rockerito era el indicado. Fue algo mágico que Erin los ayudara a encontrarse, desde ahí todo comenzó a tomar forma, Andrew la hacía sentir bien con tan solo una mirada, era un hombre increíblemente guapo, dulce y detallista; un hombre con el que podía construir un futuro, que la hacía sentir viva de nuevo.

Un hombre que le había espantado el miedo a la soledad.

Con su brazo rodeó su abdomen marcado y lo abrazó más, él inhaló el aroma a champú de su cabello y su mano comenzó a acariciar la piel de su cintura.

—¿Tienes hambre? —preguntó con los labios pegados a su cuello.

—Sí, pero estoy muy cómoda aquí. —Movi6 el rostro y arrugó la nariz cuando la barba de él le hizo cosquillas.

—¿Quieres pizza? —propuso—. Puedo ir por ella.

—Con maíz.

—Les diré.

De un salto se puso de pie, tomó su sudadera gris y su teléfono, besó los labios de su novia y a los minutos salió de la habitación. Jo hizo una mueca al sentir frío, estiró los brazos y se sentó en la cama, al rato se dedicaba a prepararse un café.

Escuchó el timbre de llamada de su celular y sonrió.

¿Qué se le habrá olvidado?

Tal vez era para preguntarle el sabor de la bebida.

—¡Wow, cariño! ¿Ya me extrañas? —bromeó—. Imagino cuantas llamadas al día recibiré cuando estés en España.

—Seguro que muchas... —Las piernas de Jo se paralizaron.

—¿Mamá?

—Bien, recuerdas mi voz. —Todo lo que Jo había planeado decirle cuando al fin la viera se le fue de la cabeza.

—¿De verdad eres tú?

—Es cierto, soy tu mamá. La peor del mundo —añadió, y ese comentario llenó de rabia a su hija.

—No eres la peor mamá del mundo. No lo eres. —Entonces las lágrimas brotaron de sus ojos, Connie sollozó en silencio—. Me alejaste y me dolió mucho, aunque entiendo tus razones, no quieres ver mi cara porque te recuerdo una y otra vez a Nathan, pero adivina, eso no ha cambiado, nos seguimos pareciendo porque somos hermanos. He estado pensando que no es mi culpa. ¡No lo es! ¡Fueron tus genes!

—Lo sé, hija —respondió atenta a cada una de sus palabras—, te juro que yo te quiero así como eres y lamento haberte hecho creer lo contrario. En realidad, me avergüenza haberte dicho todo eso. —Eso calmó un poco a Jo, que salió de la cocina y se sentó en el mueble. Sus ojos estaban comenzando a enrojecerse y respiró hondo, si su madre había tomado la iniciativa de llamarla, ella le daría la oportunidad de hablar.

—¿Cómo has estado? —Se atrevió a preguntar.

—Como en el infierno, compáralo con eso. —Connie sonaba sincera y un poco cansada. Y aunque habían estado alejadas, Jo la conocía bien.

—Quise ayudarte... lo intenté.

—Y lo hiciste, cariño. El hecho de que te fueras me hizo comprender que había tocado fondo.

—Suenas diferente. —Jo se inclinó y se secó los ojos con la punta de un cojín.

—Me siento diferente, más tranquila, es porque he estado recibiendo ayuda —explicó.

—¿De quién? —Jo pensó en Nathan, pero inmediatamente descartó esa idea.

—De un psicólogo que me ha estado haciendo entender muchas cosas.

—Vaya... —dijo emocionada—. Mamá, yo no quería dejarte sola, sabes que no.

—Hiciste bien al montarte en ese tren, nunca sentiste que tu hogar estaba en Connecticut —Su voz era cálida y tranquila.

—Te quiero, mamá. Te he extrañado mucho, sé que deberíamos tener esta conversación en persona, pero en este momento no puedo ir.

—¿Por qué?

—Pues... porque tengo novio y pronto se muda a otro país. Quiero estar aquí hasta entonces.

—¿Lo amas? —Jo sonrió, no podía creer que su madre se interesara en algo referente a ella.

—Mucho, pero no estaremos juntos por un buen tiempo. Y no quiero perderlo, mamá, estoy harta de estar sola, pero ahora él también se va.

—Entiendo.

—Me siento extraña al hablar contigo de estas cosas.

—Aún no has entendido, cariño.

—¿Entender qué?

—Que quiero ser tu madre de verdad, la que siempre debí ser.

—Mamá...

—Seguro que si vienes a casa estaré muy contenta de saber más cosas de ese chico. Y tú padre se ocupará de la cena.

—¿De qué hablas? —Irguió la espalda.

—No debes ir a Connecticut, Peyton. Estoy en Starry Ville y quiero verte, ojalá tú quieras vernos a nosotros.

Luego de colgar, Jo pasó los siguientes minutos ansiosa y se tomó otra taza de café. Se puso unos pantalones grises, una camisa manga larga de cuadros y unas botas de invierno. Llamó a Andrew para ponerlo al corriente de los acontecimientos y después salió hacia su antigua casa. Porque a donde uno fue feliz siempre regresa.

-XXX-



Jo llegó a su casa en veinte minutos, estaba ansiosa por ver a su madre y comprobar si estaba mejor. Necesitaba asegurarse y hablar con ella, sabía que no lo creería hasta que la viera porque Connie estaba muy mal cuando la dejó y a veces parecía hasta una extraña. Pero tenía la esperanza de que el cambio fuera real porque por más adulta que ya fuera la había extrañado, al menos en los últimos años.

Al golpear la puerta se encontró con ella, que no se mostró sorprendida al verla, en realidad, Connie le sonrió, abrió más la puerta y la invitó a pasar.

—Hola, cariño. —Jo se quedó paralizada.

—¿Él está aquí? —preguntó, Connie miró hacia la segunda planta.

—Se está dando una ducha, bajará pronto.

—Bien, porque prefiero hablar contigo primero, si te parece.

—Claro, no hay problema. —Y entraron.

Jo estaba seria, apenas se había movido y mantenía las manos ocultas dentro de los bolsillos de su suéter, tenía la boca seca, pero no quería pedir nada. No sabía cómo manejar la situación. Connie tomó la iniciativa.

—Hice té, ¿quieres? —preguntó, su hija observaba las fotos familiares sobre la chimenea.

—Oh, no, no te preocupes.

—Preston dijo lo mismo —refunfuñó—, ustedes siempre prefieren café o chocolate caliente, pero no había nada de eso en los estantes —sacudió la cabeza—, en realidad no hay nada, tengo que hacer algunas compras. —

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Y yo que creí tener la cena asegurada. —Connie se rio.

—No, no es así. —De pronto pensó en algo y detuvo la risa—, ¿estás comiendo bien? No quiero que pases hambre. —Jo arrugó la frente y negó.

—¿Me veo desnutrida? Estoy bien, gano dinero haciendo algunas cosas. —Su madre estiró el brazo y acarició su mejilla.

—Sé que siempre has sido fuerte e independiente, es solo que me preocupa, a ambos nos preocupa.

—¿Qué les preocupa?

—Que sigas trabajando en *cosas* que no te sirvan para el futuro, ahora todo puede cambiar para ti, hija.

—¿A qué te refieres? No tengo una carrera y no hay mucho empleo en Starry Ville. Era trabajar en la tienda de antigüedades o hacer investigaciones con Andrew sobre... astronomía —mintió—. ¿Qué podría cambiar?

—Peyton, el futuro. Es hora de planear, quiero ayudarte —dijo en voz baja y sonrió por su cara de confusión—. ¿Has pensado que ya hiciste suficiente por los demás?, ¿hay algo que realmente te guste y que no hayas hecho porque estabas cuidando de Nathan y de mí?

—¿Cómo volver a estudiar? —preguntó nerviosa. A lo mejor lo había pensado un par de veces y decidió que eso no ocurriría. No mientras la universidad fuera tan costosa.

—Tú decides. Si quieres estudiar una carrera, lo harás. —Oh, eso fue una sorpresa. Uno de esos momentos que lo cambia todo.

—¿Y cómo lo haré? —inquirió pensando, tenía claro que la ingeniería en sonido le apasionaba, pero ni Andrew sospechaba de esa aspiración, solo lo sabía Nathan.

—Pasó algo extraño hace unos días y no terminaba de entender cómo había pasado —comenzó, pero se detuvo y se acomodó en el mueble frente a ella—. ¿Sabías que tu hermano tenía un seguro de vida?

—No —dijo—. ¿Cómo que un seguro? No podíamos pagarlo.

—Pues así era. —Echó la cabeza hacia atrás y suspiró antes de contarle—. A la casa se presentó un hombre con la piel colorada y el cabello entrecano, usaba un traje gris y se identificó como un empleado de Pronto Seguros, el hombre revolvió su maletín y sacó un contrato para explicarme de forma extensa lo que allí decía. En resumen decía, que hace un par de años tú padre contrató una póliza sin decirnos y como Nathan... falleció... el beneficiario debe recibir el dinero.

Pasaron varios segundos mientras Jo procesaba la información. Recordó a un hombre de traje que quería hablar con ella en el entierro, pero que al final no pudo atender.

—Creo que vi a ese hombre en el cementerio, pero debe haberse ido porque no te vio. —Connie apartó la mirada sintiendo pena—. O tal vez se dio cuenta de que no era el momento para decirme que tenías que cobrar un seguro.

—Puede ser, pero en todo caso la beneficiaria del seguro no soy yo.

—¿No?

—No, eres tú.

—¿Yo?

—Sí, Peyton, tú padre puso ese dinero a tu nombre. —Cuando Jo escuchó eso experimentó un momento de tal regocijo que se le formó un nudo en la garganta, no por el dinero o por cuánto fuera el monto, era porque después de tanto tiempo, su padre le demostraba que se preocupaba por ella. La miró asombrada mientras su madre le explicaba algunos detalles.

—Con franqueza, hija, debes hablar con tu padre sobre ese dinero. Ahora que has aceptado que quieres estudiar en la universidad quiero proponerte una idea, pero no sé si él estará de acuerdo. —Jo clavó sus ojos azul cielo sobre ella.

—¿Qué?, ¿qué idea?

—Contéstame algo antes. ¿Quieres de verdad a ese joven con el que estás?

—¿Por qué la pregunta?

—¿Se aman, cariño? —insistió.

—Sí —respondió. Y era verdad, ellos poseían ese sentimiento. Cuando se conocieron intentaron que no fuera así, pero poco a poco cada uno se ancló dentro del corazón del otro y eso nunca se les pasaría, Dios y los ángeles lo sabían.

—¿Por qué se alejarán entonces?

—Así debe ser —dijo y sus ojos comenzaron a empañarse de nuevo—. Ya te lo dije, él viajará en unos días a España porque quiere cumplir su sueño de ser astrónomo.

—¿Y en España no puedes estudiar lo que quieres?

—No lo sé. —Ladeó la cabeza—. Quizá... pero...

—¿Por qué no lo averiguas? —inquirió al tiempo que sacudía con la mano el polvo de la mesita que tenía en frente—. Peyton, con el dinero del

seguro puedes hacer lo que quieras.

—Mamá, quiero estar contigo, estás atravesando por momentos duros, solo quiero estar ahí y acompañarte. —Se limpió los ojos con la manga del suéter—. Andrew lo entenderá, será difícil, pero podremos con la distancia.

—¿Y quién te dijo que Connie estará sola? —Las dos mujeres alzaron la cabeza y lo miraron, estaba parado al pie de la escalera.

—Qué bueno que estés aquí. —Connie suspiró después de evaluar la reacción de Jo—. Así escuchas lo que Peyton tiene que decirte.

—Mamá... no creo que sea un buen momento. —Pero ella la ignoró y Preston no abrió la boca, solo caminó y se paró junto ellas para observarlas.

Él había escuchado la conversación y su primer pensamiento fue gritar un rotundo no, pero sabía que no estaba en condiciones de prohibir algo, ni siquiera porque la propuesta de Connie le estrujaba el corazón. Lo último que esperó ese día fue que Connie acudiera a su llamado y que irrumpiera en la casa, pero así lo hizo, entonces estaba sentada en el mueble proponiéndole a su hija que se alejara nuevamente de ellos.

—Hablábamos de que debería irse a España, le haría bien —dijo con tranquilidad hacia a Preston.

—No sé qué decir, no entiendo qué esperas —respondió en tono cortante.

—En realidad espero encontrar algo que la haga feliz, se lo merece —refutó mirando los ojos de Jo, esos ojos que sin dudar extrañaría mucho. Preston resopló porque no le causaba nada de alegría imaginarla sola, la última vez que sintió eso, en la competencia de esquís, casi se vuelve loco.

—¿Qué opinas tú? —Él soltó de golpe con tristeza en la voz—. ¿Quieres ir?

—Andrew me lo había propuesto, espera mi respuesta antes del veinte de enero.

—Ah... —comentó mirando al suelo—, entonces ve, usa el dinero para lo que quieras. —Preston intentó retirarse, pero ella lo detuvo.

—¡Espera! —Jo se levantó con rapidez, a juzgar como lo veía, Connie advirtió que la cosa podría terminar mal—, ¿eso es todo lo que dirás? —Asintió, a su hija se le apretó el estómago con decepción.

Lo miraba y pensaba en lo fácil que se había rendido. Ella entró por la puerta de esa casa con la intención de sacar una bandera blanca, pero la actitud indiferente de su padre la hizo vacilar. No era estúpida, no creía que las cosas cambiarían de un día para otro o que todo volvería a ser como

cuando era más pequeña. ¡Pero, diablos! ¿No quería intentarlo? Era su padre y lo extrañaba. Sus mejores recuerdos eran con él. Quería gritárselo, pero no sabía cómo. Le dolía en el alma, quería decir tantas cosas, pero todo estaba atorado en su garganta. De forma instintiva, Preston puso una mano en el hombro de su hija y para su sorpresa, Jo se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar. Él estiró el otro brazo y la atrajo hacia él, Jo no se apartó. Su padre la abrazó al fin sintiendo que cada lágrima le quemaba el pecho.

—Haría cualquier cosa por retroceder en el tiempo y no haberte dejado de abrazar nunca. —Sus palabras la devolvieron al momento.

—Odio que lo hayas dejado de hacer —sollozó—, odio tanto que hayas dejado de ser mi papá... yo te extrañaba. —Preston la apretó más fuerte ahogándose con sus propias lágrimas.

—¿Por qué no me llamaste?

—No sé, no podía, tenía miedo de que dijeras que ya no te importábamos —respiró hondo varias veces—. Creí que nos habías olvidado. Y era una mierda. Varias veces tomé el teléfono, pero luego simplemente desistía.

—Nunca te hubiera dicho que no me importaban.

—Espera, necesito sacar todo. —Se echó hacia atrás y lo miró con ojos rojos—, Nathan también quería hablar contigo, no le dijimos a mamá, pero habíamos planeado venir a Starry Ville para enfrentarte. Todos los días, durante su último mes, solo hablaba de eso, pero simplemente se marchó antes y... y ya no pude cumplir con él. —Preston la agarró del brazo para cerciorarse de que lo miraba.

—Lo hiciste, ¿me oyes? —dijo y le acunó el rostro con las manos—. Tú madre me contó todo lo que hiciste por Nathan, lo amaste de una forma altruista y eso seguro significó más para él que no haber cumplido con un plan.

—Era tan insistente y terco como ustedes, ¿saben? —dijo Connie entre lágrimas—. Estoy segura de que Nathan si vino contigo y de que en este momento está sonriendo como tanto nos encantaba.

—Yo también lo creo así —murmuró Preston—. Sentí que estuvo aquí toda la noche, acompañándome, él seguirá latiendo siempre en nuestras vidas.

A Jo se le cortó la respiración y saboreó las palabras que no podía confesar y que acababa de escuchar de boca de sus padres. La hacía muy feliz que ellos de alguna manera también experimentaran su energía en el mundo terrenal.

De pronto sonrió. Su hermano había hecho acto de presencia, y no una

cualquiera, una luz fuerte reflejaba su rostro y parecía estar rodeado de un aura celeste. Jo aún estaba en sintonía con sus emociones y notó que su expresión era de profunda alegría; imaginó que era por lo mucho que había deseado verlos juntos.

Él se giró un poco y Jo abrió mucho los ojos tan pronto como las vio, su cuerpo entero se erizó, Nathan las sacudió con diversión y ella vio la sombra en la pared. Dos alas majestuosas y un anillo de luz en su cabeza.

—No puede ser... —dijo, él sonrió con fuerza.

¡Puedo volar! ¡Puedo volar, Jo! ¡Espera, no solo puedo volar, puedo planeaaaaaar!

El corazón de Jo estalló de alegría. Nathan tenía alas. Había resuelto su *asunto pendiente*.

-XXXI-



—¿Qué te parece? —Él preguntó.

Jo volvió a sonreír realmente impresionada, pero su rostro se ensombreció de inmediato cuando advirtió algo.

—¿Estás feliz por mí o estás aterrorizada? —Movié las alas con seguridad—, dime si no es Cool. —Jo, nerviosa, se giró hacia su madre, las rodillas le temblaban.

—Mamá, cambié de opinión, ¿podrías darme té?

—Claro, en unos minutos lo traigo, cariño —dijo complacida, luego miró a Preston—. ¿Tú quieres?

—¿Té? —Hizo una mueca—. No, mejor iré a la tienda por algunas cosas.

—Eso sería *Cool*. Digo, genial... sería genial —contestó Jo.

—Entonces también traeré algo para cenar. —Le guiñó el ojo, agarró las llaves de su auto y se marchó.

Connie se fue a la cocina y Jo aprovechó el momento de soledad para soltar el aire, no podía responderle a Nathan con ellos ahí.

—¡No me hagas estas cosas, ellos no lo entenderían! ¿Qué crees que dirán si me ven hablando con la pared? —inquirió.

—Muy bien, muy bien, no más preguntas delante de ellos, aprenderé a enviarte señales de humo. —bromeó, y miró de soslayo sus alas—. ¿Crees que deba guardarlas?

Jo tuvo que contener la risa. Los hermanos pueden ser a veces muy molestos, pero aceptémoslo, también llegan a ser amigos, aliados, héroes o... hasta ángeles locos.

—Simplemente no intentes volar dentro de la casa, eso sería demasiado para mí.

—Aguafiestas. —murmuró, pero inmediatamente se transformó. Usaba un jean negro, una franela a rayas y tenía el cabello alborotado como de costumbre. Luego le sonrió a Jo, porque si bien ya no era humano, seguía siendo su hermana mayor; no quería ganarse una reprimenda.

Connie estaba en la cocina y seguramente no escuchaba, pero igual Jo optó por conversar como conspiradora, muy bajito. No quería postergar más lo que le estaba taladrando la cabeza, solo quería saber si había llegado el momento de despedirse, porque si así era ya nada más importaba.

—Hoy te irás, ¿verdad? —Nathan asintió mirándola fijamente. Su rostro parecía sereno, aunque en su interior todo estaba demasiado alborotado.

—Hoy se cumple el trato. He resuelto mi *asunto pendiente* y ya no puedo seguir aquí, tan solo me queda esta noche; así me lo han hecho saber. —Ella agachó la cabeza pensando en que solo le quedaban algunas horas junto a él, desgraciadamente así debía ser. Empleó toda su fuerza de voluntad para no romper en llanto cuando la tristeza comenzó a predominar en su pecho. Era algo inevitable, pero lo aceptaría. Una última noche.

—¿Tú estás bien con eso? —preguntó mirándolo a través de sus pestañas. Él también se contenía, pero no dejaba escapar ningún rastro de temor—, ¿qué debemos hacer en tu última noche en Starry Ville? —Por todo lo ocurrido la relación entre los hermanos Mitchell había cobrado otra dimensión, se habían visto obligados a hacer frente a emociones muy confusas e intensas, era normal que sintieran profundas ganas de hacer algo memorable. Nathan la miró con complicidad.

—Sé lo que quiero hacer. —Hizo una pausa—, pero eso puede esperar un poco. —Fue lo último que dijo antes de que Connie regresara a la sala con dos tazas de té.

Jo convenció a su madre de armar el viejo árbol de navidad, por petición de Nathan, claro está. Connie daba instrucciones: aquí faltan, aquí no y finalmente sonrió cuando Jo colocó el ángel en la punta. Nathan desconectó las luces a propósito y Jo resopló, él las volvió a encender y ocultó su sonrisa tras unas ramas. Preston llegó al rato con la cena y su expresión de asombro fue épica, no creía lo que veía. Para él fue como una brisa fresca de recuerdos.

Dejó a las mujeres Mitchell en la divertida tarea de poner los adornos y se fue a la cocina a buscar unos cubiertos. Sonrió cuando las escuchó reír, no

podía evitar sentirse feliz. La casa volvía a parecer un hogar, le encantaba. Cuando entró con la comida a la sala, las dos detuvieron lo que hacían y lo ayudaron con los envases, se ubicaron en los muebles y comenzaron a cenar ahí sentados sin importar que no estaban usando la mesa del comedor o la mejor vajilla.

—Estaba muy rico. —Jo dijo finalmente. Preston sonrió con satisfacción

—No estaba seguro de si todavía les gustaba.

—Amo la comida china, pero ésta siempre será la mejor —dijo Connie ganándose una amplia sonrisa de su hija.

La noche comenzó a caer y Jo se levantó del mueble antes de que sus padres la retuvieran por más tiempo, llevó los envases sucios a la cocina y los echó en la papelera. Había llegado el momento de estar con Nathan.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó porque sabía que él la había seguido—. Podemos hacer lo que sea, incluso sacar la moto esquí, no importa si tengo que inventar cualquier excusa.

—Me gusta esa idea —respondió Nathan—. Pero tengo pensado algo muy diferente.

—¿Cómo qué?

—¿Sabes si papá arregló la escalera de la casa del árbol? —Jo asintió.

—Estoy segura que sí, cuando llegué vi que habían cambiado la soga.

—Perfecto. —Sonrió—. Ve y diles que pasarás la noche escuchando música en la casa del árbol. No te molestarán. Te espero en la entrada.

—¿Prefieres escuchar música en la casa del árbol a hacer algo loco?

—No me subestimes. Solo no olvides que prometiste hacer lo que yo quiera. Ahora ve y despídete, el tiempo corre.

Por un momento, Jo creyó que pasarían una noche tranquila, pero la sonrisa de Nathan vaticinaba lo contrario.

—Ya vuelvo...

—Aquí te espero.

Jo les comunicó a sus padres lo acordado, se despidió y prometió desayunar con ellos al día siguiente. Luego se puso su suéter, tomó su bolso y volvió a salir. Nathan la esperaba mientras jugaba con su aliento y el frío.

Saber que no subirían a la casa del árbol no le gustó, y se puso todavía más nerviosa cuando él le explicó lo que harían.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Es lo correcto —respondió en tono divertido.

—¡Pero es una locura!

Ninguna promesa se rompe, fue lo que dijo cuando ella intentó seguir protestando. Así que decidió cerrar la boca y continuó caminando hasta que llegaron a una calle, una en donde vivían los idiotas que la hicieron perder la competencia de esquí. Se detuvieron justo en frente de la casa.

—Dime que tienes un plan.

—Claro que sí —contestó arqueando una ceja—. Primero debemos abrir una de las ventanas.

—No, eso no, eso es invasión a la propiedad privada.

—Es necesario para que puedas entrar —refutó—. Creo que soy el único aquí que puede traspasar paredes.

—¡Madre mía, entonces entra y abre la puerta! —dijo Jo—, pero hazlo con cuidado, ya sabes que papá es el sheriff, si me descubren tampoco sé desaparecer. —Nathan echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada.

—De acuerdo.

Unos minutos de silencio y finalmente Nathan abrió. Se miraron y Jo soltó un resoplido. Entre ellos surgió un debate sobre dónde quedaban las habitaciones, pero al final acordaron que estaban en la segunda planta.

—Esto no es buena idea, Nat. —Se lamentó cuando llegaron a una de las puertas.

—Creo que están ahí —susurró al escuchar voces. Con temor, Jo giró la manilla y entre abrió. Estaban concentrados jugando algo en un *Play Station*, de espaldas a ellos.

—Sí, están ahí —confirmó ella.

—Perfecto —declaró .

Aprovechando que los padres de Alonso y José no se encontraban, Nathan le pidió a Jo que se maquillara de forma exagerada y fea. Como pudo se blanqueó el rostro con polvo, remarcó sus ojeras con rímel y con un pinta labios rojo se dibujó sangre en el rostro. Él la hizo sentarse en el pasillo, con la cabeza gacha y el cabello sobre la cara. Entre risas se pusieron manos a la obra.

¡Oh, señores! Se cagarán encima. Pensó Nat antes de entrar.

Ya en el cuarto comenzó con cosas simples: sopló en la oreja de José, le haló el gorro de lana y luego pateó su silla. Éste detuvo el juego, frunció el ceño y miró a su hermano por unos segundos.

—¿Qué te pasa? —inquirió—. ¿Podrías parar ya?

—¿Qué estoy haciendo? —preguntó Alonso sin entender.

—¡No te hagas, sabes bien lo que haces! ¿Soplarme la oreja? ¡De verdad

eres idiota!

—Yo no...

—Una más y te golpearé —le advirtió. Y volvió a reanudar el juego ante la mirada atónita de su hermano.

A los minutos, Nathan volvió a la carga. Con un golpe seco hizo que ellos giraran la vista hacia la húmeda ventana, Alonso y José observaron con miedo la frase que Nat iba formando con su dedo: “Fue un gran error lo de la montaña.” Los chicos no podían creerlo y extrañados se levantaron, pero la adrenalina en sus cuerpos subió de nivel cuando el televisor se apagó y la luz del cuarto comenzó a titilar.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Alonso.

—No lo sé —contestó José, y lo tomó del brazo—. Revisemos el panel de la luz.

Pero Nathan se interpuso y ambos chocaron contra algo inexistente. Fue cuando de verdad sintieron que algo estaba en esa habitación, acechándolos.

—Hay que bajar. —Habló de nuevo José con voz temblorosa, Alonso no podía zafarse de su agarre, ya le dolía. Sus ojos fueron directo a la puerta que Nathan estaba abriendo y notaron como el pomo se movía.

—¡No quiero morir! —suplicó Alonso, la oscuridad de la habitación incrementó su miedo.

—¡Cállate! ¡Muévete, hazlo! Bajemos y salgamos de aquí —ordenó José con el corazón acelerado.

Cuando lograron salir, José soltó a su hermano y al mismo tiempo se frenó. Un terrible susto inundó sus cuerpos al ver a la chica en el pasillo, era Jo, que ya disfrutaba de su papel. Comenzó a moverse gateando hacia ellos, su cabello seguía tapándole el rostro y José soltó un gemido, enseguida se pegaron a la pared. Jo se detuvo, alerta a cualquier movimiento, se reía de manera psicótica mientras se incorporaba. De la nada levantó el rostro y... gritó con fuerza.

La cara de Alonso se contrajo en una mueca de terror y se desmayó. A José le fue peor: se meó. El grito cesó al cabo de unos segundos, pero en su lugar apareció Nathan con un pote de champú y una almohada.

—¿Peyton? —preguntó José histérico. Pero fue tarde, Nathan, o lo que sea que él no veía, vació el pote de champú en su cabeza y rompió la almohada; a los pocos segundos estaba empegostado y lleno de plumas.

La broma finalizó, no sin que antes Jo tomara un par de fotos con su teléfono celular y le diera una clara advertencia a José.

—¡Si serán imbéciles! —exclamó con burla—, ¿estos son los mismos hombrecitos que me sacaron de la competencia? Déjame decirte que se portaron como todas unas señoritas. Quiero que recuerdes una cosa —le advirtió—. Antes de meterte conmigo de nuevo debes saber que soy una rencorosa psicópata, la locura está en mis genes. Imagino que notaste que no vine sola, él podría asustarlos cada vez que yo se lo pidiera. ¿Quieres eso?, ¿quieres que él se quede con ustedes?

—¡No! —gritó rotundamente, no sabía quién era, pero estaba seguro de que había alguien más.

—Ummm... entonces pide disculpas antes de que él decida quedarse para siempre.

—¡Pido disculpas por lo que pasó! ¡Por todo! ¡Actuamos muy mal! —La voz le temblaba—. ¡Por favor, que no se quede aquí!

—Está bien, tranquilízate. Mi psicólogo me dijo que estoy obsesionada con la venganza, pero le demostraré que no es así.

Era tarde, así que Jo le dio la espalda y sin importarle que él estuviese apoyado en la pared pasando el susto salió de ahí entre risas.



—Con que rencorosa psicópata, ¿eh? —le dijo sonriendo.

—Como si no lo hubieses disfrutado —contestó Jo.

Estaban en la casa del árbol, acostados boca arriba sobre una alfombra naranja, contaban estrellas y escuchaban un cd viejo de *John Lennon*. Un pequeño reloj despertador marcaba las 11:05.

—Es precioso, ¿verdad? —Nathan se refería al cielo que se apreciaba desde la ventanilla redonda del techo.

—Me encanta como las estrellas iluminan la noche oscura.

—«Iluminan» —repitió él—. Las estrellas se iluminan con el fin de que algún día, cada uno pueda encontrar la suya.

—Qué bonito, Nat.

—*El Principito* —añadió—. Papá también te lo leyó varias veces.

—Ah, sí —dijo recordando algunos fragmentos del libro.

—¿Tienes alguna estrella favorita? —preguntó Nathan.

—Me parece que todas son iguales —admitió.

—¿Lo dices en serio? —Nat se echó a reír, sabía que ninguna estrella era igual a otra.

—Bueno, no sé, quizá no —le contestó moviendo los pies al ritmo de la música—. Quiero decir, parecen iguales desde esta distancia.

—Existen millones de estrellas en el cielo. Estrellas de todos los colores: blancas, plateadas, doradas, rojas, azules. Todas ellas antes vivían en la tierra, pero cuando murieron su lugar pasó a ser el cielo —explicó.

—¿Cuál color serás tú? —dijo girando su rostro hacia él.

—Una estrella verde.

—No hay estrellas de ese color.

—Pues entonces seré único.

—¿Y por qué verde?

—Porque es el color de la esperanza. Quiero iluminar el corazón de cada persona que se sienta perdida, que en esa luz verde siempre encuentren paz y felicidad. —Hablaban con una certeza increíble.

—Entonces desde aquí será fácil encontrarte —contestó su hermana sonriendo—. ¿Sabes? Tú ya comenzaste esa misión. Mírame, Nat, mira cómo has iluminado de nuevo mi vida y has llenado de esperanza a papá y a mamá. Ten la certeza de que serás el mejor ángel que tendrán allá arriba.

—Intentaré iluminarlos siempre —aseguró.

Se quedaron un rato más observando el firmamento, las estrellas brillaban con más intensidad y la hora se acercaba. Pequeñas lágrimas comenzaron a escurrirse de las pestañas de Jo, Nathan bajó el brazo y sin mirarla agarró su mano. Ella brincó de alegría al sentir el contacto.

—Un hermano no debería tener que despedirse de su compañera de travesuras, de su mejor amiga, de su hermana. No debería ser así, pero esto es lo que nos tocó —susurró como disculpándose. Jo se giró hacia él y negó entre lágrimas.

—Nat, ¿crees en el amor a distancia? —La esquina de su labio se curvó—, espero que sí, porque yo, mientras esté aquí nunca te olvidaré, siempre tendrás a alguien que te recordará. —Suspiró—. ¿Es un trato?

—Es un trato —contestó apretando los labios.

—Ven aquí. —Y abrazó a su ángel con mucha fuerza—. Te extrañaré tanto...

—No lo hagas —pidió con rapidez—. Ve a España, haz lo que te guste, diviértete.

—Lo haré —le prometió.

Nathan cerró los ojos con fuerza.

Doce en punto.

Él se apartó, pero no dejó de mirarla mientras retrocedía paso a paso. Jo sollozó y lo observó treparse al techo de la casa del árbol, también vio cuando

descubrió sus alas.

Al final alzó las cejas, sonrió y... voló. Voló hacia el sur hasta convertirse en un punto brillante y verde.

Cuando Jo llamó a Andrew y le explicó lo que había sucedido en su mano tenía una pluma suelta y blanca; la prueba de que un ángel se había marchado para siempre.

-XXXII-



— **S**hh, no llores, cariño. Por favor, no llores.

Pero es que en solo un día había vivido muchas emociones...

Tristeza por la partida de Nathan...

Felicidad por la reconciliación con sus padres...

Por eso lloraba con descontrol.

Diez minutos después, acompañada por Andrew, se quedó dormida en la alfombra de la casa del árbol. Él veló su sueño y no paró de abrazarla. Quería protegerla de lo que fuera.

Cuando amaneció, Andrew le pidió que comiera. Antes de salir del apartamento y con rapidez había metido algo de comida en unos envases y se los había llevado.

—¿Estás bien, preciosa? —Jo movió el cuello y lo miró con ojos rojos y hinchados.

—Pronto lo estaré. —Como Andrew no dejaba de observarla con preocupación, murmuró—: tranquilo, rockerito, fue una noche difícil, pero sé que hay que continuar.

—¿Te duele el cuello? —Jo asintió y él con un gesto cariñoso colocó las manos en los hombros de la chica.

—El rockerito te ayudará. —Ella sonrió y Andrew se acomodó mejor para comenzar con el masaje. De pronto, Jo dio un respingo de dolor—. Ay, señorita, lo siento, aguante un poco.

Ella se rio y dijo:

—Continúa, cariño. No dormir en tu cama fue una tortura. —Andrew

flexionó las piernas, agarró su cadera y la haló hacia atrás para recostarla en su pecho.

—A pesar de esa nariz enrojecida que te da un aire a *Rodolfo el reno* sigues siendo la mujer más hermosa, sexy y especial del mundo —dijo en su oído, Jo sonrió—, y ahora que confiesas que extrañaste mi cama soy el hombre con más ganas de hacerte el amor en ella. —Su novia se giró y se lanzó a su boca, él la recibió gustoso.

—Dios, Andrew... te quiero tanto... cuando dices esas cosas haces que mi cuerpo se caliente y que quiera estar contigo todo el día.

—Eso me gusta, espero que no te abstengas.

—No lo haré. —Deseosa de su boca volvió a besarlo, luego se miraron y Andrew la abrazó de nuevo de tal manera que Jo se echó a reír.

—Rockerito... Cariño... Me ahogas. —La soltó sonriendo y Jo se giró para poder verlo a los ojos. Andrew se inclinó y comenzó a llenarle el cuello de besos, ella se rio y empujándolo un poco con sus manos, dijo —: tengo algo que contarte, pero primero aleja esa boca de mí.

—No, dímelo después, ahora quiero besarte.

—Andrew...

—Vale, pero cuando terminemos de hablar te irás conmigo y pasaremos el día entero debajo de las sábanas.

—¿Hoy no tienes que hacer nada para el viaje?

—No, hoy no. —La curiosidad podía con él, luego de un último beso en la nariz le preguntó—: ¿es algo malo o bueno?

—Mmm, depende, pero tiene que ver con el viaje y el apartamento. No sé cómo te lo voy a tomar.

—Ya lo hemos discutido, Jo. Te quedarás ahí, no tienes que irte.

—No. Llama al dueño y entrégalo en la fecha acordada. —Andrew arrugó la frente y ella miró las tres arrugas que se le formaron, su cara de enfado le encantaba y sus ojos pardos aún más. Comenzó a resoplar y ella se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

¡Oh, Dios! ¿Qué cara pondrá?

—Vamos, termina de contarme en donde vivirás, quiero saberlo. —Suspiró haciéndose la loca, extendió la mano, agarró su bolso y lo abrió para sacar su celular. Andrew la miraba con una ceja levantada mientras ella tecleaba algo; como si nada le indicó que esperara un momento y cuando encontró lo que buscaba se lo enseñó.

—Mira, aquí quiero vivir. —Al ver lo que le mostraba y pensando que no

estaba leyendo bien se acercó más a la pantalla. Abrió la boca y la volvió a cerrar, sorprendido, sin entender por qué había buscado una página de universidades en España. La miró y ella le sonrió con calidez.

—Es una decisión difícil, hay varias universidades cerca de la tuya... —La cara de Andrew era un poema, y como no reaccionaba, Jo argumentó—: eso sí, dime si puedo ir en el mismo vuelo porque yo le tengo respeto a los avio...

—¿Irás!? —Jo sonrió al oír la felicidad en su voz.

—Eso estoy diciendo —respondió señalando la pantalla de su celular, él estaba atónito, procesando cada palabra, abrió los ojos y apretó la cintura de la chica, pidiéndole que se girara—. Mira, desde que mamá me contó que el dinero del seguro de vida es mío no dejo de pensar en ese viaje, casi me como las uñas porque asusta. ¡Asusta mucho! Tengo un miedo que no te quiero ni contar, voy a irme a otro país y... contigo.

Él no respondió, su corazón latía a toda velocidad, temiendo que fuera una broma. Ella sonrió y pegó la frente a la de Andrew, sus labios susurraron un «Te amo». Lo soltó y lo volvió a mirar. Él miró el teléfono y se movió lo más cerca que podía estar de ella.

—¿Te vas conmigo a España? —Jo esbozó una sonrisa tan amplia que le robó el aliento.

—Solo si tú quieres —respondió ella en voz baja.

—¿Cómo no voy a querer? —El metro ochenta de Andrew Key se abalanzó sobre ella y la besó con todo lo que tenía, demostrándole toda su alegría en el beso. Y Jo le correspondió. Le correspondió hasta que no pudieron respirar, cuando se alejó un poco, le dijo —: Peyton Jones Mitchell, señorita de mi vida, haré que valga la pena.

Luego la abrazó y comenzaron a reír. Rieron fuerte. Sonrieron nerviosos porque el futuro era incierto, pero el camino prometía felicidad.



Era una mañana fría, más de diez centímetros de nieve cubría el jardín y en el cielo el sol luchaba por distinguirse.

—¿Qué crees que dirá? —preguntó Andrew mientras caminaban hacia la casa.

Jo se encogió de hombros, ignoraba la reacción de su padre. Tocó la puerta esperando que aceptara a su invitado. Por naturaleza, Preston era un gruñón, pero deseaba que lo recibiera sin problemas. Connie fue la que abrió, lucía diferente, su pelo estaba totalmente negro y arreglado y a su hija le

pareció más joven y hermosa.

—¡Oh, eres tú! —dijo sonriendo, abrió la puerta por completo—. Estaba por llamarte para que bajaras a comer.

—Ya lo hice, Andrew me trajo desayuno. Cumple muy bien su papel de novio. —Se rio—. Aunque no tengo idea de si aprendió a hacer chocolate caliente o lo compró.

—Bueno, ¿pero sabía bien? —Se defendió él.

—Sí, estaba delicioso —admitió apretando su mano.

—Eso es lo que importa —contestó Connie con una sonrisa—, bienvenido entonces, Andrew. —Se apartó un poco y lo invitó a pasar. Jo lo siguió.

—¿Usted fue la que le enseñó a preparar chocolate? —La madre de Jo asintió—, deberá enseñarme, no quiero escuchar más burlas como esa. —Connie se echó a reír y también Jo, quien luego le dirigió una mirada de asombro porque él le sonrió con picardía, Connie le había rodeado la cintura con un brazo y lo conducía a la sala.

Preston sonrió al escuchar a Jo, aunque hizo una mueca cuando se acercó a saludar y vio a Andrew. Connie advirtió su gesto apesadumbrado y le dirigió una mirada que detuvo cualquier cosa que él planeaba decir.

—Buenos días, Andrew. Madrugaste. —Así lo saludó.

—Pero valió la pena, señor Jones. —Él paseó los ojos por los de su hija con mirada tormentosa. Apretó los dientes. Iban a decirle algo importante, lo presintió.

—Sí, papá, es justo lo que estás pensando —comentó Jo con media sonrisa—. Andrew y yo queremos hablar con ustedes.

—¿De qué quieren hablar y por qué a esta hora?

—Escuché que le trajo desayuno. Y como comprenderás, no podemos hacer reuniones en la casa del árbol, se caería —comentó Connie y Andrew ahogó la risa.

—Sí, eso lo sé —resopló mirándolo por encima del hombro—, veo que estás muy contento. ¿De qué quieres hablar?, ¿no deberías estar ocupado con lo de tu viaje? —Él esperaba una respuesta que lo hiciera echarlo de su casa, pero al contrario, Andrew solo lo miró a los ojos con respeto.

—Señor Jones, mi felicidad solo se debe a su hija y a lo que ha decidido. Le aseguro que no pretendo burlarme. Ella me pidió que la acompañara y aquí estoy. Jo es mi amiga, mi novia, y no miento cuando digo que la amo, pero accedí, más que todo, es porque necesito su aprobación para un viaje. —Deslizó la vista hacia Connie—. También la de usted.

Connie le volvió a sonreír cariñosamente, entendiendo porqué su hija estaba tan enamorada. Andrew era muy guapo, pero también un joven caballero.

—No queremos irnos sin que esté de acuerdo. Me gustaría olvidar lo que ha pasado y hacer bien las cosas —argumentó con seguridad—. Preston lo estudiaba, le pareció que había sonado sincero. Sabía que era un buen muchacho y que hacía feliz a su hija, pero había alguien más que desaprobaría esa locura.

—Yo no creo que a tu madre le guste la idea, Andrew. Y honestamente...

—Tú podrías arreglarlo —lo interrumpió Jo.

—Han pasado muchas cosas que son difíciles de procesar —respondió apretando los labios. Sabía que podía hacerlo, tan solo debía dar muchas explicaciones. Tanto a Valerie como a la mujer que estaba sentada en el mueble. Pero lo valía, Connie lo tenía trastocado con su regreso, él se había dado cuenta de que aunque quiso odiarla por un tiempo nunca había dejado de amarla, si su esposa aceptaba mudarse de nuevo a Starry Ville, lo cual él ya le había propuesto, de ninguna manera lo echaría a perder. La vida podía ser diferente entonces para todos. Esperaba poder explicárselo a Valerie.

—¿Puedo saber porque tú? —preguntó Connie. La expresión de Preston le dijo que él sentía que fuera así.

—Prometo explicarte todo. —Ella asintió y miró a su esposo con una ceja levantada, si pensaba que ella no sospechaba nada estaba loco, sin hablar de la cara de incomodidad de los otros dos.

—Si puedes arreglarlo, hazlo. Nuestra hija está en el medio.

—Lo haré. Tal vez pueda reunirme con Valerie mañana.

—Estoy en una especie de matrimonio abierto, entonces será hoy —le señaló molesta. Si tenía que presionarlo lo haría.

Preston movió la cabeza de arriba abajo ante la atenta mirada de todos. No podía hacer menos. De pronto comenzó a caminar hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó Connie mientras él se alejaba.

—Arreglaré esto. Necesito de vuelta a mi familia, quiero que tú y Jo llamen de nuevo a esta su casa, quiero vivir una vida normal con mi esposa y encontrarla cuando regrese del trabajo. —Cerró la puerta cortando cualquier respuesta.

Preston atravesó el pueblo desde su casa a una velocidad con la que hubiera multado a cualquiera, pero en cuanto subió las escaleras no tenía ni la más remota idea de qué decirle. O más bien sí la tenía, quería terminar con

ella, preferentemente en buenos términos. Además, tenía que contarle que sus hijos viajarían juntos y que tenían que dejar sus problemas fuera de eso, era obvio que Andrew y Jo se querían, podía entender por qué planificaban un futuro lejos de ellos.

Soltó una risa amarga. Preston Jones, sinónimo de moralidad y rectitud, quien se había opuesto siempre a aceptar al hijo de su amante, nada más y nada menos estaba ahí para abogar por él. Sacudió la cabeza. Llamaría a Logan para tomarse un trago. O quizá dos.

Valerie estaba en la casa, Preston sabía que no salía hasta las nueve y que seguramente desayunaba, habían estado juntos por tanto tiempo que conocía sus horarios. Se acercó y tocó el timbre. Valerie rodó los ojos y soltó un bufido cuando abrió.

—¿Qué haces aquí, Preston? No puedes seguir viniendo cuando te plazca, no quiero caer en boca de todo el pueblo.

—Eso no pasará, Valerie —murmuró.

—¿Me acabas de llamar por mi nombre completo? Esto será interesante —siguió—: ¿Significa que ahora somos amigos?

—Se supone que siempre lo fuimos —contestó.

—¡Oh, pero más ahora que tú esposa regresó! ¿No? —Preston la miró, ella se contenía y su rostro estaba serio.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió—, yo le pedí que viniera, estoy arrepentido de muchas cosas y necesitábamos hablar. —Valerie arrugó la frente y pareció ofendida.

—En este pueblo los chismes vuelan, Preston. Y tú no eres el único arrepentido, ya le pedí disculpas a mi hijo y me aseguraré de pedírselas a Peyton. —Él asintió.

—De ellos quiero hablarte...

—¡Oh, no! —soltó antes de que continuara—. Tengo suficiente con esta ruptura, hoy no voy a escuchar nada en contra de mi hijo.

—Val... —dijo tocando su hombro, ella alzó la vista y lo miró con tristeza—. Sé que no apruebas ese noviazgo, pero no puedo seguir permitiéndolo. Él habló conmigo, está realmente enamorado de Peyton y quiere construir un futuro con ella, necesitan nuestro apoyo. Sé que tampoco me gustaba, pero necesito que pongas tu mejor esfuerzo en esto.

—Les puede ir mal, Preston. —Sacudió su cabeza.

—No les irá mal, Valerie.

—Tú no lo sabes...

—Lo sé, tengo un buen presentimiento. Ya son grandes e inteligentes, ellos no se separarán. Deberías haber visto su cara cuando me dijo que la ama, supe justo ahí que era sincero. —Ella se echó a llorar, Preston y Andrew habían sido su compañía por largo tiempo, no podía imaginar la vida sin ellos, pero debía confiar en que era lo correcto.

Besó a Preston en la mejilla y prometió que los llamaría. Él no dijo nada más, solo susurró un sincero «gracias.»

Luego de mucho tiempo la vida de Preston se encaminaba. Quería estar con Connie y se lo demostraría una y otra vez hasta que lo aceptara, eran una familia y no quería pasar más noches lejos de ella.



Andrew y Jo pasaron lo que restó de mañana con Connie, hablaron del viaje y sobre un posible trabajo para ella, un amigo de Andrew trabajaba como odontólogo en el pueblo y él le prometió ponerlos en contacto. También buscaron nombres de psicólogos por internet; era importante que ella siguiera atendiendo su depresión.

Cuando salieron de ahí lo hicieron a paso lento. Jo se empeñó en conducir y él cedió tras su protesta inútil, se montó en el asiento del copiloto mientras ella se abrochaba el cinturón de seguridad, giró la llave del contacto y el motor encendió.

—Esta vez lo estacionarás —le aseguró Andrew.

—No, lo harás tú. ¿Y si lo rayo o me monto en la acera?

—No pienses tanto, te diré paso a paso que hacer y lo lograrás. Lo haremos juntos, ahora seremos una pareja que aprenderá el uno del otro. —Jo se giró en el asiento, alzó la mano y la deslizó por su mejilla, acariciándolo con toda la ternura que sentía.

—Eres el hombre más especial del mundo, lo supe desde el primer día cuando te vi sentado afuera de la estación de trenes y pensé que estabas loco por haber llevado un letrero con labios rojos. —Él se rio negando con la cabeza.

—Y yo recuerdo haber pensado que eras preciosa —le aseguró—, lo que más me impactó de ti fueron tus ojos, son azul cielo, pero cuando los miré vi colores que incluso no existen. —Jo correspondió a su mirada intensa, él sí que parecía ver dentro de ella.

—Y esa llamada... —bromeó poniendo las manos en el volante y quitó el freno de mano—, nunca me habían atendido el teléfono así. —Una sonrisa curvó sus labios—. ¿Cómo fue? «Usted es el ganador de veinticinco insultos

y una tirada de teléfono por levantarme a esta hora de mi cama...»

—Tenía sueño —admitió riendo—, pero ahora que recuerdo, tú me debes una respuesta, señorita. —Se giró unos instantes con curiosidad.

—¿Una respuesta?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ese día te puse fácil la última pregunta.

—¿Y quieres hacerme otra?

—Sí, eso quiero.

—De acuerdo... Así que teníamos una pregunta pendiente —concluyó mirando sus ojos—. Me gusta, hazla.

—Para esa pregunta me esmeraré un poco. Te llevaré a cenar. En un restaurante español. Una noche estrellada. —Sonrió divertida.

—Cuéntame más, rockerito —pidió con entusiasmo—. ¿Podrías llevar un lirio?

—¿De verdad?, ¿te gustó el lirio o lo que hice con él? —preguntó acercándose lo más que podía.

—No, no voy hablar de eso porque estoy manejando —dijo con una risita nerviosa—. Solo diré que si te queda de paso una floristería no dudes en comprarlo.

Calor les recorrió el cuerpo con el pensamiento de repetir aquello. Jo se sonrojó con la intensidad de su mirada.

—Siempre me sorprendes...

—¡No me veas así! Nunca me han hecho esa pregunta y cuando llegue el momento quiero que sea perfecto.

—Yo tampoco la he hecho. Así que será nuestra primera vez; aunque nos hayamos saltado un paso

—¿Qué paso? —investigó.

—Señorita, vivimos juntos —le recordó—, no voy a esperar a casarnos para volver a tocarte. —Andrew deslizó los labios por sus dedos entrelazados—. Entonces, por ahora, agrego esta otra pregunta. ¿Me harías el honor de ser mía hoy y todas las noches que nos queden de vida?

La chica paró el auto en medio de la calle, se inclinó y presionó su boca con fuerza sobre la de él. Fue un beso lento y húmedo. Jo suspiró cuando Andrew pasó su mano por su pelo, sus ojos brillaban y sus mejillas estaban enrojecidas. Y entonces pensó en lo increíblemente feliz que sería junto a ese hombre.

—Sí, Andrew. Un millón de veces sí —respondió. Lo que ella necesitaba estaba justo frente a ella, por eso respondió que sí, porque cuando encuentras a alguien a quien cuidar, querer, y sobre todo, amar; debes aceptar y hacerle saber que nunca lo dejarás ir porque te diste cuenta de que es para ti.

Si el destino tiene ganas de juntar almas, lo hará. En cualquier momento, en cualquier lugar del mundo, la vida y la muerte se topan y logran resolver su historia inconclusa.

FIN





¿ Te has fijado en cómo se comunican nuestros seres queridos cuando ya no están en este plano?

A veces pasan cosas fuera de lo normal que nos hacen recordarlos con más fuerza, como si ellos quisieran mostrarnos señales para que sepamos que siguen con nosotros.

Jo siempre se encuentra plumas, Nathan suele dejarlas por todas partes. Las consigue por casualidad cuando camina por la calle o puede que salgan volando de su monedero. Los números también la hacen recordarlo, por ejemplo, el día de su cumpleaños o el día de su muerte piensa que son fechas claves, es como si esos días su espíritu se conectara más fuerte con ellos. Andrew incluso encontró un objeto religioso en su primer día de universidad, llevaba puesta una chaqueta de cuero negra y cuando metió la mano en su bolsillo sintió algo frío; era una cruz de plata y pensó que Nathan le estaba deseando suerte.

No estoy diciendo que acepten cualquier suceso al azar como una señal, eso sería algo tonto, pero a veces solo se trata de discernir para sentir esa posible conexión. No se cierren a algo tan mágico.

A Jo le resulta sorprendente lo distinta que es ahora, es como si hubiera recibido un golpe de fe. El vecino de abajo, *su corazón*, ya no vive con temor, el miedo a quedarse sola ya no existe y puedo explicarlo de manera muy simple: se debe a que antes, ella creía en Dios, era algo cerebral, ella creía, pero no estaba segura de que existía. Ahora no es algo inseguro, ya no cree, ahora sabe que existe. Nadie la hará dudar nunca y eso se ha vuelto como un don, la fe se grabó en su cuerpo y reflexionar la hizo encontrar el camino

adecuado.

¿Creen que logró eso de la noche a la mañana?

Les aseguro que no.

Le costó reconciliarse por completo con su padre, pero finalmente no fue tan complicado cuando él se mostró arrepentido. Cuando dio permiso a su corazón para perdonar se convirtió en una nueva persona, mucho más valiente, más sincera.

Los únicos miedos que tiene en la actualidad son normales.

Y son muy pocos:

1. Que el cabello de Andrew no crezca rápido. (Se lo cortó al ras.)

2. Que la sociedad actual siga ignorando quien es *Kurt Cobain*.

3. Que Jordan recuerde algún día que perdió unos guantes de invierno.

4. Hace un par de años empezó a robarse llaveros y sabe que Preston lo desaprobaba totalmente.

5. El otro día, conduciendo la moto Vespa que el rockerito le regaló por su graduación, la multaron.

6. A veces tiene pesadillas donde aparecen Alonso, José y la niña del Aro.

7. Está segura de haber visto a Erin, pero con pelo negro. ¿Habrá vuelto a la Tierra?, ¿le hablará algún día?

8. Debe recibir a sus suegros y a sus padres en navidad, para la boda, no puede remediar el hecho de que siempre son cenas incómodas.

9. Teme que Andrew descubra que bota el chocolate caliente en el fregador cada vez que él lo prepara. (Le sigue quedando horrible.)

10. En la mañana cuando Andrew le preguntó si estaba nerviosa, le dijo que sí, aunque la verdad es que su acto de graduación no le asusta, pero los mareos la hacen pensar en el milagro de dar vida.

—¿Señorita? —susurró Andrew—. Estás preciosa, creo me enamoré.

—Siempre lo has estado, rockerito.

—No encuentro las llaves del auto, debe ser porque estoy emocionado por tu acto de grado.

—Vamos, sé dónde las dejaste.

—Un día de estos voy a olvidar hasta como me llamo.

—Y yo te lo recordaré, cariño —prometió, haría lo que fuera por él.

—Gracias —musitó en su oído mientras apretaba su cintura—. Te amo, preciosa.

—Yo también, Andrew, más de lo que imaginas.

—Luego te daré una sorpresa —dijo mientras se dirigían a la puerta.

Jo sonrió y contestó:

—A ver si superas la mía.

Cerró la puerta de la casa y se giró para que él no descifrara la expresión en su cara. Jo sabía que el *asunto* que ahora tenían *pendiente* requeriría más superación y coraje. Pondría toda su energía y confianza en lo que estaba por venir. Ellos ya tenían el valor y el amor para lograrlo.

Agradecimientos

Cuando pienso en el hecho de que *Asunto pendiente*, será ahora un libro que exista, que no solo estará en mi cabeza o computadora, sino que podrá estar en varias bibliotecas, mi corazón grita un completo ¡Gracias, Dios!

También quiero ofrecer mi eterna gratitud a varias personas que me acompañaron durante todo el proceso.

Para mis Ángeles Lectores, a los que iniciaron conmigo y a los que se sumaron en el camino, por ustedes comencé esta novela y siempre sentí su apoyo sin límites: Dimi, Jenn, Vero, Ana, Karen, Daniela, Jerald, Marina, Loli, Diana, Doumari, Ana M., Katerine, Leri, Silvia, Luciana, Anabel, Lena, Marian, Candis, Sami, Stephany, Jimena, Anyela. Gracias por viajar conmigo hasta Starry Ville.

Para Andreu Martorell, quien aceptó ser la imagen del protagonista y ha sido el mejor Andrew Key desde entonces (y también es, locamente, el amor pendiente de varias lectoras) Gracias por ser parte de esta linda locura, por compartir tus poemas con el mundo y por el ánimo que me has dado.

Para Mel Portuguez, quien fue la primera persona que leyó la novela. Gracias por tu amistad y por valorar con tanto cariño a Nathan, un personaje especial que representa a cada ser querido que hemos visto volar antes de tiempo.

Jonathan Mariñas, mi querido amigo, estoy tan agradecida contigo, todos los días. Gracias por creer que soy una buena escritora y por repetírmelo cuando más lo necesito, tus palabras siempre son luz.

Para Love Kiss Distribuciones, por todo lo que están haciendo para que *Asunto pendiente* llegue a más lectores. Millones de gracias, Jelly.

Sobre la autora

Carolina Vivas es de Caracas, la capital de Venezuela.

Escribe novelas románticas desde los dieciséis años porque disfruta adentrándose en sus mundos paralelos y creando hermosos personajes.

Cree en la magia, en escribir en papel sus emociones, en el destino y en las almas gemelas. Tiene 35 años y su tiempo en la lectura lo divide entre comedias y fantasía.

Obras:

- No te vi, te reconocí
- La receta ganadora
- Arecuna
- Lo que queda de mi alma

Redes:

Facebook: Carolina Vivas /Grupo: Ángeles Lectores CV

Twitter: @Crln25

Wattpad: Crln25

Instagram: Crln25 / Ángeles Lectores CV